



Jo Ellen, una fotógrafa de éxito, se ve acosada por un desconocido que le envía fotos perturbadoras, entre las cuales hay una de su madre, desaparecida misteriosamente veinte años atrás. Es una foto terrible: en ella, su madre aparece desnuda, joven... y muerta. Desesperada, Jo Ellen abandona Nueva York y regresa a su casa en la costa de Georgia. Su familia aún sigue marcada por lo que considera un abandono inmotivado por parte de la madre. La presencia de Jo Ellen enturbia las cosas, pero más la enturbia la llegada de un apuesto y joven arquitecto del que se enamora y la certeza de que su perseguidor la ha seguido hasta allí. ¿O en realidad éste se encuentra en la propia mansión familiar?

# PRIMERA PARTE

**Cuando regreso azotado por el tiempo...  
Mi cuerpo es una bolsa de huesos; destrozado por dentro...**

**JOHN DONNE**

## 1

Soñó con Sanctuary. La gran casa, que resplandecía muy blanca a la luz de la luna, se alzaba sobre las dunas del este y los pantanos del oeste tan majestuosa como una soberana sentada en su trono. Erigida cien años atrás cerca de las oscuras sombras del bosque de robles, donde el río se deslizaba en un turbio silencio, era un enorme tributo a la vanidad del hombre.

Al abrigo de los árboles parpadeaban los destellos dorados de las luciérnagas, mientras las criaturas de la noche se agitaban preparándose para cazar o ser cazadas. Los seres salvajes moraban en las sombras.

No había luces en las altas y estrechas ventanas de Sanctuary, y tampoco en sus graciosos porches ni en sus puertas imponentes. La noche era oscura y su aliento contenía la humedad del mar. Los únicos sonidos que interrumpían el silencio eran el silbido del viento al atravesar el ramaje de los robles y los secos golpecitos, como de dedos huesudos, de las hojas de las palmeras. Las blancas columnas se erguían como soldados que custodiaban la blanca galería. Nadie abrió la puerta de entrada para darle la bienvenida.

A medida que se aproximaba oía el crujido cada vez más fuerte de la arena y las caracolas que cubrían el sendero. Las cadenas de la hamaca del porche crujían, pero nadie se recostaba sobre ella para contemplar la luna.

El perfume de los jazmines y las rosas se mezclaba con el aroma salobre del mar. Se oía el ruido del agua al deslizarse sobre la arena.

El ritmo de las mareas, su pulso uniforme y paciente, recordaba a todos los habitantes de la isla de Lost Desire que, cuando se le antojara, el mar podía reclamar la tierra y todo cuanto se alzaba sobre ella.

Aun así se alegró al oírlo, la música del hogar y de la infancia. Tiempo atrás había corrido por ese bosque tan libre como un ciervo, explorado los pantanos y paseado por las playas con la indiferencia de los jóvenes.

Después de tantos años, regresaba a su hogar.

Apretó el paso, subió presurosa por los escalones y cruzó la galería hasta posar la mano en el gran tirador de bronce, que brillaba como un tesoro.

La puerta estaba cerrada con llave.

Accionó el picaporte y empujó la pesada superficie de caoba. ¡Dejadme entrar!, exclamó para sus adentros mientras el corazón le latía deprisa. He vuelto a casa.

La puerta no se abrió. Cuando acercó el rostro al vidrio de una de las altas ventanas que la flanqueaban, sólo vio oscuridad en el interior.

Y tuvo miedo.

Echó a correr para rodear la mansión y cruzó la terraza con macetas llenas de flores de brillantes colores. El tintineo del viento se trocó en un sonido duro y discordante, el golpeteo de las hojas de las palmeras se le antojó un silbido de advertencia. Intentó abrir otra puerta y comenzó a sollozar mientras la golpeaba con los puños.

¡Por favor! ¡Por favor no me dejéis fuera! ¡Quiero volver a casa!

Aún lloraba cuando recorrió el sendero del jardín. Entraría por la puerta del porche posterior. Nunca estaba cerrada, pues su madre solía afirmar que las cocinas siempre debían estar abiertas para recibir a las visitas.

Sin embargo no conseguía encontrarla. Los árboles se alzaban robustos y frondosos, las ramas y el musgo le cortaban el paso.

Se había perdido y, en su confusión, tropezaba con las raíces y se esforzaba por escrutar las tinieblas. El viento crecía en intensidad, aullaba y la azotaba como si quisiera castigarla. Las hojas de las palmeras semejabán espadas. Se volvió y descubrió que donde antes estaba el sendero ahora discurría el río, que la separaba de Sanctuary. La hierba alta de sus orillas se mecía con frenesí.

De pronto se vio de pie, sola y sollozante en la ribera opuesta.

Fue entonces cuando supo que estaba muerta.

Jo luchó por escapar de la pesadilla, cuyos afilados bordes le arañaban la piel mientras pugnaba por salir de ese túnel. Le ardían los pulmones y tenía la cara empapada de sudor y lágrimas. Tendió una mano temblorosa y a tientas buscó la lámpara de mesita de noche. En su desesperación por huir de la oscuridad, dejó caer un libro y un cenicero repleto de colillas.

Cuando por fin encendió la luz, alzó las rodillas y, tras rodearlas con los brazos, se mecía para tranquilizarse.

No ha sido más que un sueño, se dijo. Una pesadilla.

Estaba en su hogar, en su cama, en su apartamento, a miles de kilómetros de Sanctuary. No era lógico que una mujer adulta de veintisiete años se dejara asustar por una estúpida pesadilla.

Sin embargo aún temblaba cuando cogió un cigarrillo. Después de tres intentos logró prender una cerilla.

El reloj de la mesita marcaba las tres y cuarto. Comenzaba a convertirse en algo habitual. No había nada peor que los ataques de nervios de las tres de la noche. Se levantó para recoger el cenicero que había derribado y decidió que por la mañana limpiaría el suelo. Se sentó sobre el colchón para tratar de tranquilizarse.

Ignoraba por qué sus sueños la llevaban de vuelta a la isla de Lost Desire y a la casa de la que había escapado a los dieciocho años. Sin embargo suponía que cualquier estudiante de psicología de primer curso conseguiría interpretar el resto del simbolismo. La mansión estaba cerrada con llave porque dudaba de que alguien le diera la bienvenida si decidía regresar. En los últimos tiempos había considerado tal posibilidad, pero no estaba segura de querer volver.

Se acercaba a la edad que tenía su madre cuando se marchó de la isla, cuando abandonó a su marido y a sus tres hijos sin siquiera mirar atrás.

Se preguntó si Annabelle se habría planteado alguna vez volver y si habría soñado también que la puerta estaba cerrada para ella.

Prefería no pensar en eso, no quería acordarse de la mujer que le había destrozado el corazón veinte años antes. De hecho, era algo que ya debería haber superado. Había logrado vivir sin su madre, sin Sanctuary y sin su familia. Incluso había prosperado, por

lo menos en el ámbito profesional.

Mientras golpeaba el extremo del cigarrillo, observó su dormitorio. Era sencillo, práctico. A pesar de que había viajado mucho, conservaba pocos objetos como recuerdo, salvo las fotografías en blanco y negro que había enmarcado para decorar la habitación. Había elegido entre sus obras las que le resultaban más tranquilizadoras; un banco de plaza vacío, un solitario sauce llorón cuyas hojas caían sobre un pequeño estanque claro como un espejo, un jardín a la luz de la luna, con gran riqueza de sombras, texturas y contrastes; la playa desierta al amanecer tentaba a quien la veía a entrar en la fotografía para sentir la arena bajo sus pies.

Había colgado esa última instantánea la semana anterior, después de regresar de los Outer Banks de Carolina del Norte. Tal vez ése es uno de los motivos que me han llevado a pensar en casa, conjeturó. Había estado muy cerca. Podría haber viajado hacia el sur hasta llegar a Georgia para luego tomar el trasbordador que efectuaba la travesía entre tierra firme y la isla.

No había caminos que condujeran a Desire, ni puentes que cruzaran el estrecho.

Sin embargo no había continuado hacia el sur. En cuanto hubo terminado la tarea que le habían encomendado, regresó a Charlotte para entregarse a su trabajo.

Y a sus pesadillas.

Apagó el cigarrillo y se levantó. Como sabía que no lograría conciliar el sueño, se puso un par de pantalones de chándal. Trabajaría un poco para distraerse.

Es probable que lo que me inquieta sea el contrato del libro, pensó mientras salía descalza del dormitorio. Ese contrato significaba un enorme progreso en su carrera. Una importante editorial le había propuesto publicar un libro con su colección de fotografías. La oferta le había resultado inesperada y estimulante.

*Estudios de la naturaleza*, de Jo Ellen Hathaway, pensó mientras entraba a la pequeña cocina para preparar un poco de café. No, ese título sugería un proyecto científico. ¿*Vislumbres de vida*? Demasiado pomposo.

Sonrió mientras bostezaba y se echaba hacia atrás la cabellera pelirroja. Debía limitarse a hacer fotografías y dejar que los expertos se encargaran de la selección.

Después de todo, sabía cuándo era necesario imponerse y cuándo convenía mantenerse al margen. Durante casi toda su vida había tenido que hacer una cosa o la otra. Tal vez enviara un ejemplar a su casa. ¿Qué opinaría de él su familia? ¿Terminaría sobre una de las mesitas de café, donde algún huésped lo cogería y hojearía mientras se preguntaba si Jo Ellen Hathaway estaría emparentada con los Hathaway dueños de la posada de Sanctuary? ¿Su padre llegaría a abrirlo alguna vez para conocer su obra? ¿O simplemente se encogería de hombros, lo dejaría en cualquier lugar sin mirarlo siquiera y saldría para recorrer su isla? La isla de Annabelle.

Era poco probable que a esas alturas se interesara por su hija mayor, y una tontería que a la hija le importara su indiferencia.

Alejó ese pensamiento, tomó una taza azul que colgaba de un gancho y se dedicó a mirar por la pequeña ventana. Estar levantada a las tres de la madrugada tiene sus ventajas, decidió. No sonaría el teléfono. Nadie la llamaría ni le enviaría un fax ni esperaría nada de ella. Durante algunas horas no tenía necesidad de ser nadie ni de hacer nada. Si se le descomponía el estómago o le dolía la cabeza, nadie se enteraría.

La calle estaba oscura y desierta, húmeda por la lluvia de finales del invierno. Un farol solitario esparcía un pequeño charco de luz: no había nadie para gozarla, pensó Jo. La soledad es un misterio que ofrece numerosas posibilidades.

Como tantas veces le sucedía, la imagen le atrajo. Dejó atrás el aroma del café para coger la cámara Nikon y salir descalza a la fría noche con la intención de fotografiar la calle desierta.

Nada le tranquilizaba tanto. Con una cámara en la mano y una imagen en la mente, lograba olvidar todo lo demás. Pisó diversos charcos mientras probaba distintos ángulos. Con distraído enojo se echó hacia atrás el pelo. No le molestaría si se lo cortara, pero como nunca tenía tiempo le caía sobre la cara en una mata rizada. Se reprochó no habérselo sujetado con una diadema.

Tras una docena de tomas quedó satisfecha. Al volverse, levantó la vista y observó que no había apagado las luces de su casa. Ni siquiera se había percatado de que había encendido tantas cuando se dirigía del dormitorio a la cocina.

Con los labios apretados, cruzó la calle y volvió a enfocar la cámara. Se agachó con el propósito de captar en un contrapicado esas ventanas iluminadas en un edificio oscuro. Se titularía *El refugio de la insomne*. Dejó escapar una breve carcajada cuyo eco la estremeció. Por último bajó la cámara.

Tal vez comenzaba a volverse loca. ¿Qué mujer en su sano juicio estaría en la calle a las tres de la noche, tiritando de frío, para fotografiar las ventanas de su apartamento?

Se frotó los ojos y deseó conseguir lo único que la había eludido toda la vida: la normalidad.

Necesito ayuda para llegar a ser normal, pensó. Hacía más de un mes que no dormía una noche entera y en las últimas semanas había perdido cinco kilos.

Necesitaba gozar de cierta paz interior. No recordaba si alguna vez la había tenido. ¿Amigos? Por supuesto que tenía amigos, pero ninguno lo bastante íntimo para llamarlo en mitad de la noche en busca de consuelo.

¿Familia? Bueno, tenía una especie de familia. La vida de su hermano y hermana nada tenía que ver con la suya; su padre era casi un desconocido, y desde hacía veinte años no sabía nada de su madre.

La culpa no es mía, se recordó mientras cruzaba la calle, sino de Annabelle, que había dejado a su familia desconcertada y con el corazón destrozado al huir de Sanctuary. Desde el punto de vista de Jo, el problema residía en que los demás no habían logrado superar ese trauma. En cambio, ella sí.

No se había quedado en la isla como su padre, ni dedicado su vida a dirigir y cuidar Sanctuary como su hermano Brian, ni se había marchado de allí con tontas fantasías como su hermana Lexy.

En lugar de ello había estudiado y trabajado para forjarse su propio camino. Si en ese momento estaba un poco nerviosa era porque había querido abarcar demasiado y la tensión la había devorado. Agregaría algunas vitaminas a su dieta y volvería a estar en forma.

Incluso podría tomarme unas vacaciones, pensó mientras sacaba las llaves del bolsillo. Desde hacía cuatro años sólo viajaba por cuestiones de trabajo. Tal vez iría a México, a las Antillas, a cualquier parte donde el ritmo de vida fuese lento y el sol caliente. De ese modo lograría relajarse y aclararse las ideas. Ésa era la mejor manera de superar el bache.

Al entrar en el apartamento pisó un pequeño sobre cuadrado de papel manila que había en el suelo. Por un instante permaneció inmóvil, mirándolo fijamente.

¿Estaba allí cuando salió? En todo caso ¿qué hacía allí? Un mes atrás había recibido un sobre de esas características por primera vez, con el resto de la correspondencia, su nombre cuidadosamente escrito.

Con las manos temblorosas cerró la puerta y echó la llave. Se inclinó para recoger el sobre y tras dejar la cámara lo abrió.

Al sacar su contenido dejó escapar un gemido. La fotografía era obra de un profesional. Estaba perfectamente encuadrada, como las tres anteriores. En ella aparecían unos ojos femeninos de párpados pesados, forma almendrada, espesas

pestañas y cejas pobladas. Jo sabía que eran de un azul profundo, porque eran los suyos. Y expresaban un profundo terror.

¿Cuándo, cómo y por qué la habían tomado? Se llevó una mano a la boca mientras analizaba la fotografía, convencida de que esos ojos eran un reflejo perfecto de los suyos. De pronto el miedo la obligó a correr hasta el cuarto oscuro, donde presa del nerviosismo abrió de un tirón un cajón, revolvió en su interior y encontró los sobres que había guardado. Cada uno contenía una fotografía en blanco y negro de cinco por quince centímetros. Los latidos del corazón la ensordecían mientras las observaba con atención. En la primera los párpados aparecían cerrados, como si estuviera durmiendo. En la segunda las pestañas se separaban un poco para dejar ver un atisbo del iris. En la tercera los ojos estaban abiertos y nublados por la confusión.

Encontrar las dos primeras instantáneas entre su correspondencia la había inquietado, por supuesto, pero no la habían atemorizado, a diferencia de esta última, centrada en sus ojos, brillantes por el temor.

Jo retrocedió temblando y se esforzó por mantener la calma. ¿Por qué sólo los ojos?, se preguntó. ¿Cómo era posible que alguien se le hubiera aproximado lo suficiente para fotografiarla sin que lo hubiera advertido? Además esa persona acababa de estar muy cerca de ella, sólo separada por la puerta de entrada.

Presa del pánico, se dirigió al comedor y revisó las cerraduras. El corazón le latía deprisa cuando por fin se apoyó contra la puerta de entrada y el pavor se vio sustituido por el enojo.

¡Cretino!, pensó. Pretendía aterrorizarla. Quería que se encerrara en el apartamento, que la sobresaltaran las sombras, que se abstuviera de salir por temor a que la vigilara. Ella, que no conocía el miedo, se ponía a merced de ese individuo.

Ella, que había vagado sola por ciudades desconocidas, recorrido senderos peligrosos y calles desiertas, escalado montañas y explorado junglas con la cámara como escudo, nunca se había asustado por nada. De pronto, a causa de unas fotografías las piernas le temblaban como la gelatina.

Sin embargo debía admitir que su miedo aumentaba semana tras semana, la hacía sentir impotente, desprotegida, brutalmente sola.

Se alejó de la puerta. No estaba dispuesta a seguir viviendo de esa manera. Procuraría olvidarlo, enterrarlo en la memoria. Dios era testigo de que era una experta en eso de enterrar traumas.

En cuanto se tomara el café empezaría a trabajar.

A las ocho de la mañana ya había experimentado todos los estados de ánimo posibles: fatiga, energía nerviosa, calma creativa y de nuevo agotamiento.

No conseguía trabajar de una manera mecánica, ni siquiera en los aspectos más básicos. Se empeñaba en cuidar cada detalle. Para ello era necesario que se tranquilizara, que eliminara tanto el enojo como el miedo. Mientras bebía la primera taza de café, se convenció de que debía averiguar qué movía a la persona que le enviaba esas fotografías. Tal vez un admirador de su obra trataba de llamarle la atención, de conseguir que se interesara por la de él.

Eso tenía sentido. De vez en cuando impartía conferencias y organizaba talleres de trabajo. Además había realizado tres importantes exposiciones en los últimos tres años. No era difícil ni extraordinario que alguien la hubiera fotografiado.

Tal posibilidad se le antojaba razonable.

Se trataba, pues, de una persona creativa, que había ampliado la zona de los ojos y cortado con pericia las fotografías para enviárselas en una especie de serie. Aunque parecían recién reveladas, era imposible determinar cuándo y dónde se tomaron. El negativo podía tener un año de antigüedad o quizá más.

En todo caso, su reacción al recibirlas había sido excesiva, se lo había tomado como algo demasiado personal.

A lo largo de los años muchos admiradores le habían mandado muestras de su trabajo. Por lo general llegaban con una carta en la que el remitente alababa su obra antes de pedirle ayuda o consejos y, en algunos casos, incluso sugerirle que colaboraran en un proyecto.

El éxito profesional de que gozaba era relativamente nuevo. No se había acostumbrado aún a las presiones que comportaba ni a las expectativas, que en ocasiones se convertían en una pesada carga.

Mientras hacía caso omiso de los retortijones del estómago y bebía el café ya frío, admitió que no sabía manejar su éxito. Tal vez lo llevaría mejor, pensó al tiempo que meneaba la cabeza para relajar los hombros, si la dejaban en paz y le permitieran dedicarse a lo que mejor sabía hacer.

En un lado del cuarto oscuro colgaban las copias en proceso de secado. Ya había revelado el último grupo de negativos y, después de instalarse en un banco frente a la mesa de trabajo, deslizó una tira de contactos en el negatoscopio para estudiarla, toma por toma, a través de una lupa.

Enseguida la asaltaron el miedo y el desánimo. Todos los negativos estaban desenfocados, borrosos. ¡Maldita sea! ¿Cómo era posible? ¿Se le habría estropeado el rollo entero? Cambió de posición y parpadeó antes de observar la imagen magnificada de altas dunas y un sembrado de avena que se aclaraban.

Dejó escapar una carcajada de amargura, se echó hacia atrás y movió los hombros tensos.

—No son los negativos los que están desenfocados y borrosos, sino tú.

Dejó la lupa y cerró los ojos para descansarlos. Le faltaba energía para levantarse y preparar más café. Sabía que necesitaba comer, que entrara algo sólido en su estómago, también debía dormir y tenderse sobre la cama, alejar las preocupaciones y dejarse ir.

No obstante temía hacerlo, pues en los sueños perdería ese tembloroso control que en ese momento poseía.

Empezaba a pensar que debía acudir a un médico, tomar algo para los nervios antes de que la situación se le escapara de las manos. Sin embargo eso significaba visitar a un psiquiatra que sin duda querría hurgar en su cerebro y desenterrar asuntos que ella había decidido olvidar.

Se las arreglaría para superar sola la crisis. Era muy capaz de apañárselas sola o, como decía su hermano Brian, era capaz de propinar codazos a todo el mundo para asumir el control de una situación.

¿Qué alternativa había tenido? ¿Qué alternativa habían tenido los tres cuando se quedaron solos y se vieron obligados a abrirse camino en ese remoto trozo de tierra? La furia la sacudió con tal fuerza que se estremeció y cerró los puños sobre el regazo mientras se contenía para no pronunciar las palabras que deseaba escupir a ese hermano que ni siquiera estaba allí.

Estoy cansada, se dijo. Necesitaba olvidar el trabajo, tomar uno de los somníferos que había comprado y aún no había probado, desconectar el teléfono y dormir un poco. Entonces se sentiría más fuerte y tranquila.

Al notar una mano sobre el hombro lanzó un grito y arrojó la taza de café al aire.

—¡Caramba, Jo! —Bobby Bañes retrocedió al tiempo que dejaba caer la correspondencia que llevaba en la mano.

—¿Qué haces aquí? —Jo se levantó de un salto del banco mientras Bobby la miraba con la boca abierta.

—Yo... dijiste que querías que empezáramos a las ocho. Sólo he llegado unos

minutos tarde.

Jo trató de recuperar el aliento al tiempo que se aferraba a la mesa de trabajo para no perder el equilibrio.

—¿Las ocho?

Su alumno y asistente asintió con cautela y tragó saliva. Jo tenía un aspecto fiero y parecía dispuesta a atacar. Era el segundo semestre que trabajaba con ella y creía haber aprendido a anticipar sus órdenes, medir sus estados de ánimo y evitar sus momentos de mal humor. Sin embargo, ignoraba cómo actuar ante ese terror que percibía en sus ojos.

—¿Por qué no has tocado el timbre, maldita sea?

—Lo he hecho. Al ver que no contestabas, supuse que estarías aquí, en el cuarto oscuro, de manera que utilicé la llave que me diste cuando te marchaste para cumplir tu último encargo.

—¡Devuélvemela! ¡Ahora mismo!

—Por supuesto. Está bien, Jo. —Sin apartar la vista de ella, hundió la mano en el bolsillo del tejano desteñido—. No pretendía asustarte.

Jo hizo un esfuerzo por controlarse y tomó la llave que le ofrecía. Se percató de que en ese momento su desconcierto era tan grande como su miedo.

—Lo siento, Bobby. Me has asustado. No te he oído llamar.

—Está bien. ¿Quieres que te sirva otra taza de café?

Jo negó con la cabeza y por fin dejó de temblar. Mientras se sentaba en el banco, consiguió sonreír a Bobby. Es un buen alumno, pensó, todavía un poco pretencioso con respecto a su trabajo, pero sólo tiene veintiún años.

Pensó que el muchacho trataba de ofrecer la imagen de un artista; se recogía el cabello, de un rubio oscuro, en una coleta, y en una oreja lucía un aro de oro que acentuaba su rostro largo y enjuto. Tenía una dentadura perfecta. Sin duda sus padres confiaron en la ortodoncia, dedujo Jo mientras se pasaba la lengua por los dientes, un poco torcidos.

Además tiene buen ojo, pensó, y un gran potencial. Después de todo por eso estaba allí. Jo siempre se mostraba dispuesta a ofrecer a otros lo que se le había concedido a ella.

Como Bobby todavía la miraba con cierto recelo, se esforzó por sonreír de nuevo.

—He pasado una mala noche.

—Se te nota. —Al ver que Jo arqueaba una ceja, el joven esbozó una sonrisa—. El arte de percibir bien lo que uno mira es lo que importa, ¿verdad? Y tú pareces destrozada. Seguro que no has dormido nada.

No cabía duda de que Jo no era vanidosa. Se encogió de hombros y se frotó los ojos doloridos.

—No demasiado.

—Deberías tomar esos somníferos. Mi madre los utiliza. —Se agachó para recoger los trozos de la taza rota—. Y tal vez te convendría beber menos café.

Al levantar la vista observó que Jo no lo escuchaba. Estaba absorta en sus pensamientos, advirtió. Un nuevo hábito. Pensó en darse por vencido y desistir de su empeño por conseguir que su profesora llevara una vida más saludable, pero decidió insistir.

—Te mantienes a base de café y cigarrillos.

—Sí —confirmó Jo con expresión adormilada.

—Todo eso acabará contigo. Deberías seguir un programa de ejercicios. En las últimas semanas has adelgazado unos cinco kilos. Con tu estatura deberías pesar más.

—Sí.

—Deberías consultar a un médico. Si quieres que te sea sincero, sospecho que estás



anémica. Estás muy pálida y se podría guardar la mitad de tu equipo fotográfico en las bolsas que tienes bajo los ojos.

—Una observación muy amable por tu parte.

Bobby arrojó los trozos de la taza a la papelería mientras pensaba que Jo era muy hermosa, por más que se esforzara por disimularlo. Jamás la había visto maquillada, y llevaba el pelo peinado hacia atrás; cualquier persona con un poco de sentido artístico sabría que esa cabellera debería enmarcar su rostro ovalado, de rasgos delicados, ojos exóticos y boca sensual.

Se ruborizó al pensarlo. Jo se reiría si se enterase de que se había enamorado un poco de ella el primer día que la vio. Suponía que se había debido tanto a la admiración profesional que le inspiraba como a una fuerte atracción física, por lo menos en parte.

En cualquier caso no cabía duda de que si Jo procurara destacar esa piel de magnolia, se aplicara carmín a los labios y se maquillara los ojos para resaltar las largas pestañas, sería una mujer irresistible.

—Te prepararé el desayuno —sugirió—, siempre que tengas algo aparte de barras de chocolate y pan duro.

Jo respiró hondo.

—No es necesario. Tal vez nos detengamos en un bar para comer algo.

Se levantó del banco y se inclinó para recoger la correspondencia.

—Te convendría tomarte unos días de vacaciones, pensar en ti misma. Mi madre va a un centro de salud de Miami —explicó Bobby.

Las palabras de su ayudante no eran más que un zumbido en sus oídos. Jo tomó el sobre de papel manila con su nombre escrito en letras mayúsculas y se enjugó el sudor que le cubría la frente. Sintió una opresión en el estómago que delataba algo más que miedo; era terror.

El sobre era más grueso y pesado que los anteriores. Arrójalo a la basura, se decía. No lo abras. No mires su contenido.

No obstante sus dedos ya lo abrían. Mientras tanto, ahogó un sollozo. De pronto cayó al suelo un montón de fotografías. Cogió una. Era una toma en blanco y negro de cinco por siete.

Esta vez no sólo aparecían sus ojos, sino todo su cuerpo. Reconoció el fondo: un parque cercano a su casa, por el que con frecuencia paseaba. En otra se la veía en el centro de Charlotte, de pie en la orilla de una vereda, con la bolsa de la cámara colgada del hombro.

—Es una fotografía excelente.

Cuando Bobby se inclinó para levantar una instantánea, Jo lanzó un gruñido y le golpeó la mano.

—¡No te acerques! ¡No te acerques! ¡No me toques!

—Jo, yo...

—¡Te he dicho que no te acerques! —Se arrodilló para observar las fotografías. Se las habían tomado mientras realizaba actividades cotidianas; saliendo del mercado con una bolsa de la compra, subiendo o bajando del coche...

Está en todas partes, me vigila. Me persigue, quiere cazarme, pensó mientras empezaban a castañetearle los dientes. Trata de atraparme y no puedo hacer nada por evitarlo. Nada, hasta que...

De pronto tuvo la impresión de que todo en su interior se apagaba. La fotografía que sostenía se agitaba como si se hubiera levantado un fuerte viento. No podía gritar. Parecía que le faltaba el aire.

Tenía el cuerpo completamente insensible.

La fotografía era magistral, con un uso de la luz, las sombras y las texturas perfecto.

Estaba desnuda y la piel resplandecía de una manera aterradora. Aparecía tendida, con el mentón inclinado, la cabeza en un ángulo suave, un brazo cruzado sobre el vientre y el otro sobre la cabeza, en la postura del durmiente que sueña.

Sin embargo los ojos estaban abiertos y la mirada fija. Ojos de muñeca. Ojos muertos.

Por un momento se sintió de nuevo atrapada en una pesadilla, impotente, incapaz de luchar para salir de la oscuridad.

Con todo, a pesar del terror, percibía las diferencias. La mujer de la fotografía lucía una abundante cabellera que le enmarcaba el rostro, que era más delicado y maduro que el suyo.

—¿Mamá? —susurró Jo con la vista clavada en la fotografía—. ¿Mamá?

—¿Qué te pasa, Jo? —preguntó Bobby con voz trémula mientras contemplaba sus ojos vidriosos—. ¿Qué demonios ocurre?

—¿Dónde está su ropa? —Jo ladeó la cabeza, y comenzó a mecerse mientras su mente se llenaba de sonidos fuertes, atronadores—. ¿Dónde está ella?

—Tranquilízate —pidió Bobby al tiempo que tendía la mano para quitarle la fotografía.

Jo levantó la cabeza.

—¡No te acerques! —De pronto sus mejillas recuperaron el color. Sus ojos adquirieron una expresión de persona demente—. ¡No me toques! ¡No la toques!

Desconcertado, Bobby se enderezó y levantó las manos.

—Está bien, Jo. Está bien.

—No quiero que la toques. —Tenía mucho frío. Volvió a mirar la fotografía. Era Annabelle; joven, increíblemente hermosa y fría como la muerte—. No debió abandonarnos. No debió marcharse. ¿Por qué se fue?

—Tal vez no tuvo otra alternativa—murmuró Bobby.

—No, su lugar estaba a nuestro lado. La necesitábamos, pero no nos quería. ¡Es tan hermosa! —Las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras la fotografía temblaba en sus manos—. ¡Es una belleza! Parece una princesa de cuento de hadas. Yo creía que era una princesa. Nos abandonó. Nos dejó y se fue. Ahora está muerta.

—¡Vamos, Jo! —Bobby se inclinó hacia ella—. Ven conmigo. Buscaremos ayuda.

—¡Estoy tan cansada! —susurró Jo mientras el muchacho la cogía en brazos como a una criatura—. Quiero ir a casa.

—Está bien. Cálmate.

La fotografía revoloteó en el aire y cayó al suelo sobre las demás, boca abajo. Jo vio la frase escrita en el reverso con letras grandes: MUERTE DE UN ÁNGEL.

En lo último que pensó antes de perder el conocimiento fue en Sanctuary.

## 2

Al amanecer el ambiente era brumoso, como el de un sueño que está a punto de desvanecerse. Los rayos de luz traspasaban el dosel de las copas de los robles y hacían destellar el rocío. Las currucas y los pinzones que anidaban en el musgo despertaban y lanzaban sus gorjeos matinales. Un cardenal voló silencioso entre los árboles como un proyectil rojo.

Era su hora favorita del día. Al alba, cuando las exigencias todavía no habían llegado, podía estar solo, enterrarse en sus pensamientos.

Brian Hathaway jamás había vivido en otra parte que no fuese Desire. Nunca había querido marcharse de allí. Conocía la tierra firme y había visitado grandes ciudades. Incluso había pasado unas vacaciones en México, de manera que conocía el extranjero.

Sin embargo Desire, con todas sus virtudes y defectos, era su tierra. Allí nació, treinta años antes, en una noche de septiembre azotada por un vendaval, en la gran cama de roble en la que en la actualidad dormía, en presencia de su padre y con la asistencia de una partera negra que fumaba en pipa y cuyos progenitores habían sido esclavos de sus antepasados. La anciana se llamaba señorita Effie, y cuando él era pequeño le contaba cómo se había producido su nacimiento. Le explicaba que mientras fuera el mar rugía enfurecido, en la gran casa, su madre se había portado como un soldado y, con una carcajada, lo había arrojado de su matriz para que cayera en manos de su padre.

Era una buena historia. Brian solía imaginar a su madre riendo mientras su padre esperaba, ansioso por recibirlo en sus manos.

Hacía ya mucho que su madre se había marchado y que la señorita Effie había muerto. Había transcurrido mucho tiempo desde ese momento en que su padre lo cogió en sus brazos.

Brian caminaba bajo la neblina, cada vez más tenue, entre los enormes árboles con el tronco lleno de líquenes rosados y rojos. Era alto y delgado, de físico muy parecido al de su padre, de abundante cabello negro, piel atezada y ojos de un azul frío. Las mujeres encontraban melancólico y atractivo su rostro ovalado. La boca era firme y, más que a sonreír, tendía a esbozar un gesto de amargura.

Ése era otro aspecto que a las mujeres les resultaba atractivo: el desafío que significaba arrancar una sonrisa a Brian.

El leve cambio de luz le indicó que era hora de regresar a Sanctuary. Debía preparar el desayuno para los huéspedes de la posada.

Se sentía tan a gusto en la cocina como en el bosque, lo que no dejaba de extrañar a su padre. Brian sabía, y le resultaba divertido, que Sam Hathaway se preguntaba si su hijo era gay. Después de todo, un hombre que deseaba ganarse la vida cocinando debía de ser un poco raro.

Si hubieran tenido la costumbre de hablar con franqueza, Brian le habría explicado que, aunque disfrutaba preparando un merengue, prefería a las mujeres cuando de sexo se trataba. Por otro lado, ¿esa tendencia a alejarse de los demás no era un rasgo distintivo de los Hathaway?

Brian caminaba por el bosque con el sigilo de un ciervo. Decidió tomar el sendero más largo, desviándose hacia Half Moon Creek, donde la niebla se alzaba del agua como humo blanco y un trío de palomas bebía feliz en medio del silencio.

Todavía tengo tiempo, pensó. En Desire siempre había tiempo. Se sentó en un tronco caído para contemplar el amanecer.

La isla tenía tres kilómetros de anchura y apenas diecinueve de largo. Brian conocía cada palmo del terreno, la arena de las playas, los pantanos sombreados donde habitaban pacientes caimanes. Amaba las dunas, las praderas rodeadas de pinos jóvenes y robles viejos. Con todo, nada le gustaba tanto como el bosque, plagado de parajes oscuros y misteriosos.

Conocía la historia de su familia, que tiempo atrás se había dedicado al cultivo del algodón, que recogían esclavos. Sus antepasados habían amasado fortunas. Los ricos acudían a ese pequeño paraíso aislado para cazar ciervos, recoger caracolas, pescar en embarcaciones o en la playa.

Ofrecían alegres fiestas en la sala de baile a la luz de las velas de las arañas de cristal, apostaban en la sala de juego mientras bebían un excelente whisky sureño y fumaban gruesos cigarros cubanos. En las calurosas tardes de verano haraganeaban en las galerías mientras los esclavos les servían vasos de limonada fría.

Sanctuary había sido un enclave para privilegiados y el ejemplo de una manera de vivir destinada al fracaso.

El magnate naviero que había convertido Sanctuary en su retiro privado acumuló y dilapidó una enorme fortuna.

Aunque la familia ya no era tan rica como antaño, Sanctuary todavía se mantenía en pie, y la isla continuaba en manos de los descendientes de esos reyes del algodón y emperadores del acero. Las cabañas que se alzaban detrás de las dunas, o se acurrucaban a la sombra de los árboles o daban al estrecho de Pelican pasaban de una generación a la siguiente, de tal modo que sólo un puñado de familias podía proclamar que Desire era su hogar.

Y así seguiría.

El padre de Brian se oponía con idéntico fervor a ecologistas y constructores. En Desire no se edificarían urbanizaciones para veraneantes y ningún gobierno bien intencionado lograría convencer a Sam Hathaway de que convirtiera la isla en una reserva nacional.

Es, pensó Brian, el monumento que le dedica a su esposa infiel. Su bendición y su maldición a la vez.

En la actualidad llegaban veraneantes, a pesar de la soledad de Desire, o tal vez a causa de ella. Para mantener la casa y la isla, los Hathaway habían transformado parte de su hogar en una posada.

Brian sabía que a Sam esa situación le resultaba detestable, que le indignaba cada pisada que los desconocidos dejaban en la isla. Según recordaba, era el único tema en que discrepaban sus padres. Annabelle quería abrir el lugar a un número mayor de turistas, atraer más gente, establecer allí la intensa vida social de que en una época gozaron sus antepasados. Sam insistía en limitar la cifra de visitantes. Brian sospechaba que ése fue el motivo que impulsó a su madre a marcharse; la necesidad de relacionarse, de conocer gente.

Con todo, del mismo modo que la isla no podía impedir el avance del mar, Sam Hathaway no consiguió, pese a sus esfuerzos, detener los cambios, pensó Brian mientras un ciervo desaparecía entre los árboles. De hecho a él tampoco le gustaban, pero en el caso de la posada habían sido necesarios. Y lo cierto era que le complacía dirigirla, planificar, seguir una rutina. Le encantaban los turistas, las voces de desconocidos, observar sus distintos hábitos y expectativas, oírles hablar de los lugares de donde procedían.

No le molestaba que entrara gente en su vida... siempre y cuando no tuvieran

intenciones de quedarse. De todos modos, dudaba de que alguien quisiera permanecer allí largo tiempo.

Ni siquiera Annabelle aguantó.

Se puso en pie, un poco irritado por esa cicatriz de veinte años de antigüedad que, de una manera inesperada, volvía a dolerle. Hizo caso omiso de ella y enfiló el sendero zigzagueante que ascendía hacia Sanctuary.

Cuando salió del bosque la luz, que al incidir sobre el chorro de agua de una fuente convertía cada gota en un arco iris, lo deslumbró. Miró hacia la parte trasera del jardín. Como siempre, los tulipanes crecían en desorden, los claveles silvestres parecían un tanto mustios y los... ¿cómo se llaman esas flores amarillas?, se preguntó. No era más que un jardinero mediocre. Los veraneantes esperaban encontrar jardines bien cuidados, al igual que antigüedades resplandecientes y excelentes comidas.

Sanctuary debía conservarse en el mejor estado posible para atraerlos, lo que significaba invertir numerosas horas de trabajo. Sin huéspedes, era imposible mantenerlo. Así pues, pensó Brian mientras miraba con expresión ceñuda las flores, es un círculo vicioso. Un pez que se muerde la cola.

—Agérato.

Brian volvió la cabeza. Al entornar los ojos para protegerlos de la luz distinguió una figura femenina. Había reconocido la voz. Le irritaba que se hubiera acercado así, por detrás. De hecho, la doctora Kirby Fitzsimmons siempre le producía cierta irritación.

—Agérato —repitió ella sonriente. Sabía que su presencia le molestaba, y lo consideraba un progreso. Había tardado casi un año en conseguir que por lo menos Brian tuviera esa reacción ante ella—. Es el nombre de las flores que estás mirando con tanto fastidio. Tus jardines necesitan más cuidados, Brian.

—Ya me ocuparé de ello —replicó antes de refugiarse en su mejor arma: el silencio.

Nunca se sentía cómodo delante de Kirby. No se trataba tan sólo de su aspecto físico, aunque era bastante atractiva si a uno le gustaban las rubias delicadas. Brian suponía que tal vez se debía a su modo de ser, que de delicado no tenía nada. Kirby era eficiente, competente y parecía saber un poco de todo.

Hablaba con el acento de la gente de clase alta de Nueva Inglaterra. Para él no era más que una maldita yanqui. Sin duda también tenía los pómulos de los yanquis. Sus ojos eran de un verde mar, la nariz, levemente respingona, y la boca, ni demasiado grande ni demasiado pequeña.

Brian esperaba que un día le dijeran que había regresado a tierra firme tras cerrar la cabaña que había heredado de su abuela y desistir de la idea de inaugurar una clínica. Sin embargo Kirby permanecía allí, mes tras mes, y poco a poco su vida se entretejía en la de la isla.

Y él no lograba quitársela de la cabeza.

Kirby le sonreía, con una expresión burlona en los ojos, mientras se echaba hacia atrás un mechón del cabello color trigo, que le caía sobre los hombros.

—Es una mañana preciosa.

—Es temprano. —Brian hundió las manos en los bolsillos. Cuando estaba cerca de Kirby, no sabía qué hacer con ellas.

—No es demasiado temprano para ti. —Ladeó la cabeza. Era agradable mirarlo, pero Brian Hathaway era uno de los nativos a quien le costaba conquistar—. Supongo que todavía no está listo el desayuno.

—No lo servimos hasta las ocho. —Por supuesto, lo sabía tan bien como él.

—¿Cuál es el plato especial de esta mañana?

—Todavía no lo he decidido. —Como no había forma de quitársela de encima, se resignó cuando ella echó a andar a su lado.

—Yo voto por los gofres de canela. No me importaría comerme una docena. —Alzó los brazos sobre la cabeza para desperezarse.

Brian procuró no fijarse en la manera en que la blusa de algodón destacaba sus pechos firmes y pequeños. Al acercarse a la casa enfilaron el sendero lleno de conchas trituradas y flanqueado de flores.

—Puedes aguardar en la sala de estar de los huéspedes o en el comedor.

—Preferiría sentarme en la cocina. Me gusta verte cocinar. —Antes de que Brian pudiera inventar una objeción, Kirby ya estaba en el porche trasero.

Como siempre reinaban allí un orden y una limpieza absolutos. A Kirby le gustaba la pulcritud en un hombre tanto como una complexión atlética y un cerebro bien ejercitado. Brian poseía las tres cualidades, motivo por el que le interesaba averiguar la clase de amante que era.

Sospechaba que con el tiempo lo descubriría, pues siempre conseguía salirse con la suya. Para ello debía limitarse a seguir luchando hasta resquebrajar la armadura con que él se protegía.

Sabía que no era indiferente a Brian, pues lo había sorprendido mirándola en algunas ocasiones. Era una cuestión de simple tozudez, una característica que también apreciaba. Además, las contradicciones de ese hombre le resultaban divertidas.

Se sentó en un banquito frente a la mesa de desayuno, consciente de que él no hablaría a menos que lo animara, ya que Brian siempre guardaba las distancias con los demás. Le serviría una taza de café no demasiado fuerte, como a ella le gustaba, haciendo honor a su innato sentido de la hospitalidad.

Permanecieron en silencio unos minutos, mientras ella paladeaba la humeante bebida. No había mentido al decir que le gustaba verlo cocinar.

Si bien las cocinas solían considerarse el dominio tradicional de las mujeres, ésa era muy masculina, como su dueño, con sus grandes manos, su cabello alborotado y su rostro duro.

Sabía, porque los habitantes de la isla se enteraban de casi todo cuanto les ocurría a los demás, que Brian había reformado la pieza unos ocho años antes, y que él mismo la había diseñado y elegido los colores y materiales. Así la había convertido en el taller de trabajo de un hombre, con largos mostradores de mármol y reluciente acero inoxidable.

Bajo tres amplias ventanas enmarcadas en madera había instalado una mesa para las comidas familiares, aunque por lo que Kirby sabía los Hathaway casi nunca se reunían para almorzar. El suelo era de baldosas de un blanco cremoso y las paredes blancas y sin adornos. Sin embargo había toques domésticos en el brillo de las ollas de cobre que colgaban de ganchos en las paredes, en las ristras de pimientos y ajos, en el estante con antiguos utensilios de cocina. Suponía que Brian los consideraba más prácticos que hogareños, pero dotaban de calidez a la estancia.

Conservaba la antigua chimenea, que recordaba la época en que la cocina era el centro de la casa, un lugar para reunirse. A Kirby le encantaba que, en invierno, Brian la encendiera y el olor a madera quemada se mezclara con el de los guisos aromatizados con hierbas.

Para Kirby, cocinar exigía cierto grado de pericia de que ella carecía, de modo que por lo general se limitaba a sacar un plato ya preparado de la nevera y descongelarlo en el horno a microondas.

—Me encanta este lugar —afirmó. Brian, que batía algo en un enorme bol azul, dejó escapar un gruñido. La mujer se levantó del banco para servirse una segunda taza de café, se inclinó y sonrió al ver la pasta que Brian batía—. ¿Gofres?

Él cambió de posición. El perfume de Kirby le molestaba.

—Era lo que querías, ¿verdad?

—Sí. —Levantó la taza y sonrió por encima del borde—. Es agradable conseguir lo que uno quiere, ¿no te parece?

Tiene unos ojos preciosos, pensó Brian. De pequeño, creía en las sirenas e imaginaba que todas tenían ojos como los de Kirby.

—No es difícil que consigas lo que deseas si sólo se trata de gofres.

Dio media vuelta para sacar una plancha de un armario. Después de enchufarla, se volvió y chocó contra Kirby. En un acto instintivo la cogió del brazo.

—Estás en mi camino.

Ella se acercó un poco, feliz con la agradable sensación que le producía su contacto.

—Tal vez podría ayudarte.

—¿En qué?

Ella sonrió y posó la mirada en sus labios, luego en sus ojos.

—En lo que sea. —¿Qué diablos!, pensó, y colocó la mano sobre el pecho de Brian—. ¿Necesitas algo?

La sangre de Brian comenzó a bullir. Sin poder evitarlo, apretó el brazo de Kirby. Por un instante pensó en empujarla contra el mostrador y tomar lo que ella insistía en ofrecerle. Eso le borraría la sonrisa de la cara.

—Estás en mi camino, Kirby.

Todavía no le había soltado el brazo, lo que ella consideró un progreso. Kirby, por su parte, continuaba con la mano sobre el pecho de Brian y percibía los latidos acelerados de su corazón.

—Ya hace casi un año que estoy en tu camino, Brian. ¿Cuándo piensas hacer algo al respecto?

Los ojos del hombre destellaron antes de que los entornara. Kirby respiró hondo. ¡Por fin!, pensó al tiempo que se inclinaba hacia él.

Brian le soltó el brazo de forma tan brusca que ella estuvo a punto de caer.

—Tómame el café —indicó él—. Tengo que trabajar.

Observó con satisfacción que, en efecto, la sonrisa de suficiencia había desaparecido de la cara de Kirby, que fruncía el entrecejo mientras sus ojos echaban chispas.

—¡Maldita sea, Brian! ¿Cuál es el problema?

Él procedió a untar de mantequilla la plancha.

—Yo no tengo ningún problema. —La miró un instante al tiempo que tapaba la plancha. Kirby estaba colorada y tenía los labios apretados. Está furiosa, pensó complacido.

—¿Qué debo hacer? —preguntó ella al tiempo que dejaba la taza sobre el impoluto mostrador con tal brusquedad que derramó parte del café—. ¿Es necesario que entre completamente desnuda en esta cocina?

—¡Bueno! ¡No es mala idea! Después de eso podría aumentar los precios de la posada. —Inclinó la cabeza—. Es decir, siempre que desnuda seas atractiva.

—¡Desnuda soy muy atractiva y te he dado numerosas oportunidades para comprobarlo!

—Supongo que me gusta crear mis propias oportunidades. —Abrió la nevera—. ¿Quieres huevos con los gofres?

Kirby apretó los puños mientras se decía que había jurado curar, no herir, y luego dio media vuelta.

—¡Guárdate tus puñeteros gofres! —exclamó antes de marcharse.

Brian sonrió al oír el portazo. Complacido por haberla derrotado, decidió premiarse con unos gofres. Los servía en un plato cuando se abrió la puerta que comunicaba con la casa.

Lexy permaneció un instante inmóvil, como si posara, un hábito más que un intento

de impresionar a su hermano. La cabellera le caía hasta los hombros en una cascada de rizos enredados de color rojo renacimiento, el tinte que había elegido hacía poco.

Le gustaba Tiziano y consideraba que ese tono le favorecía más que el rubio que había usado en los últimos años.

El color era apenas más claro y brillante que el que Dios le había dado, y armonizaba con su piel, de un blanco lechoso. Tenía los ojos garzos, como los de su padre, si bien cambiaban de tono. Ese día poseían el matiz de los mares brumosos, que había acentuado con un ligero maquillaje.

—Gofres —exclamó. Su voz era un ronroneo felino que había practicado religiosamente hasta hacerlo suyo—. Estupendo.

Brian cortó un trozo y lo comió de pie. Su hermana echó hacia atrás su cabellera de gitana y se acercó al mostrador del desayuno con una expresión de mal humor. A continuación pestañeó y sonrió cuando Brian le tendió el plato.

—Gracias, querido. —Le puso la mano en una mejilla y le besó la otra.

A diferencia del resto de los Hathaway, Lexy tenía la costumbre de tocar, besar y abrazar. Brian recordaba que, tras la marcha de su madre, Lexy era como un cachorro que buscaba la compañía y el cariño de cuantos la rodeaban. Era lógico, pensó, pues entonces sólo contaba cuatro años. Le tiró del pelo con suavidad y le alcanzó la miel.

—¿Hay alguien más levantado?

—Mmm. La pareja del cuarto azul ya se ha despertado, y la prima Kate está en la ducha.

—Creía que esta mañana te encargarías de los desayunos.

—Y pienso hacerlo —replicó ella con la boca llena.

Brian levantó una ceja y observó la corta bata que lucía su hermana.

—¿Ése es tu nuevo uniforme de camarera?

Ella cruzó las largas piernas y dio otro mordisco al dulce que tenía en el plato.

—¿Te gusta?

—Podrás retirarte con las propinas que recibirás.

—Sí. —Lanzó una breve carcajada y cortó otro trozo de gofre—. En efecto, ése es el sueño de mi vida; servir a desconocidos y ahorrar las propinas que me dan para poder jubilarme de una manera esplendorosa.

—Todos tenemos pequeñas fantasías —observó Brian mientras colocaba ante su hermana una taza de café con crema y azúcar. Comprendía su amargura y desilusión, aunque no las compartía. Ladeó la cabeza y preguntó—: ¿Quieres que te cuente las mías?

—Apuesto a que tienen algo que ver con ganar un concurso de cocina.

—Tal vez.

—Yo quería ser alguien, Bri.

—Eres alguien. Alexa Hathaway, la princesa de la isla.

Ella alzó la vista al cielo antes de levantar la taza de café.

—No duré ni un año en Nueva York, ni un puñetero año.

—¿Y quién desea estar en Nueva York? —Sólo pensarlo le producía escalofríos. Calles llenas de multitudes, de olores, sin aire.

—Es un poco difícil ser actriz en Desire.

—Querida, en mi opinión lo estás haciendo muy bien. Si vas a ponerte de mal humor, llévate los gofres a tu habitación, pues de lo contrario acabarás por desanimarme.

—Para ti todo es fácil. —Apartó el plato de sí, y Brian consiguió cogerlo antes de que cayera al suelo—. Tienes lo que quieres; vivir en un lugar aislado, hacer lo mismo todos los días... Papá te ha entregado la casa para dedicarse a recorrer la isla y



asegurarse de que nadie toca ni un grano de su preciosa arena. —Se levantó del banco y estiró los brazos—. Y Jo tiene lo que quiere. Es una fotografía de éxito que se pasa la vida viajando. En cambio, ¿yo qué tengo? Un patético curriculum con una serie de anuncios publicitarios, unos pocos trabajos de extra y el papel protagonista de una obra en tres actos que no pasó de la noche del estreno. Y ahora estoy aquí de nuevo, sirviendo mesas, cambiando las sábanas de las camas de otros. No aguanto más...

Brian aplaudió al cabo de unos segundos.

—Un gran discurso, Lex. Sabes muy bien qué palabras debes utilizar. Tal vez deberías mejorar la puesta en escena. Los gestos resultan demasiado ampulosos.

A Lexy le temblaron los labios.

—¡Vete al cuerno, Bri! —Alzó el mentón antes de salir.

Brian cogió el tenedor y se dispuso a terminar el desayuno que había dejado su hermana.

Al cabo de una hora, Lexy prodigaba sonrisas y zalamero encanto sureño. Era una experta camarera, lo que la había salvado de la pobreza durante su estancia en Nueva York, y servía las mesas con aparente placer y donaire.

Lucía una falda lo bastante corta para irritar a Brian, como pretendía, y un suéter que destacaba sus curvas. Su figura era excelente y se esforzaba por conservarla. Al fin y al cabo era un arma de trabajo, tanto para una camarera como para una actriz. Al igual que la sonrisa pronta y radiante.

—¿Desea que le caliente el café, señor Benson? ¿Qué tal está la tortilla? Brian es un cocinero excelente, ¿no le parece?

Como el señor Benson parecía apreciar mucho sus pechos, se inclinó un poco más para complacerle antes de dirigirse hacia otra mesa.

—Si no me equivoco se marchan hoy, ¿verdad? —Dedicó una gran sonrisa a los recién casados que se hacían arrumacos en la mesa del rincón—. Espero que vuelvan a la isla.

Mientras recorría el comedor, se detenía cuando un huésped quería conversar y pasaba de largo si notaba que prefería que lo dejaran en paz. Durante los días de semana apenas si había trabajo, y ella tenía oportunidades más que suficientes para desempeñar su papel.

Sin embargo, lo que deseaba era actuar en una sala rebosante de público, en uno de los grandes teatros de Nueva York. En cambio, pensó mientras mantenía su luminosa sonrisa, no tenía más remedio que interpretar el papel de camarera en una casa que nunca cambiaba, en una isla que nunca cambiaba.

Todo ha permanecido igual durante centenares de años, pensó. A Lexy no le interesaba la historia. En su opinión el pasado era aburrido y estaba tediosamente tallado en rocas, al igual que Desire y las personas que la habitaban.

Los Pendleton se casaban con un Fitzsimmons, un Brodie o un Verdón, las cuatro familias más importantes de la isla. De vez en cuando algún vástago rompía la tradición para contraer matrimonio con alguien de tierra firme. Incluso algunos se marchaban, pero la mayoría permanecía allí, viviendo en las mismas casas, generación tras generación.

Es todo tan... previsible, pensó Lexy mientras abría la libreta de pedidos y sonreía a los ocupantes de la mesa siguiente.

Su madre se había casado con un hombre de tierra firme y ahora los Hathaway reinaban en Sanctuary. Eran éstos los que vivían y trabajaban allí y, desde hacía más de treinta años, se esforzaban por mantener la casa y proteger la isla.

Aun así Sanctuary era y siempre sería la casa de los Pendleton, que se alzaba en lo alto de la colina. Y no parecía haber manera de escapar de ella.

Se guardó la propina en el bolsillo y retiró los platos sucios. Tan pronto como entró en la cocina sus ojos adquirieron una expresión fría. Del mismo modo que la víbora se desprende de la piel, Lexy dejó atrás su encanto. Se enfureció al observar que a Brian no le molestaba la actitud desdeñosa con que lo trataba y, tras dejar los platos sucios sobre el mostrador con brusquedad, tomó la cafetera y volvió al comedor.

Durante dos horas sirvió mesas, retiró platos y reemplazó manteles y cubiertos... mientras soñaba con el lugar donde deseaba estar.

Broadway. ¡Había estado tan segura de poder lograrlo! Todo el mundo le aseguraba que poseía un talento innato. Por supuesto, eso fue antes de que viajara a Nueva York y conociera a centenares de chicas a quienes les habían dicho lo mismo.

Quería ser una actriz seria, no una modelo con la cabeza llena de pájaros que posaba para anuncios de ropa interior. Estaba convencida de que empezaría desde arriba. Después de todo era inteligente, bonita y lista.

Ver Manhattan le infundió ánimo y energía. Era como si la ciudad estuviera esperándome, pensó mientras tomaba nota a los clientes de la mesa seis. Toda esa gente, el ruido, la vitalidad y ¡ah!, los comercios con esa ropa maravillosa, los restaurantes sofisticados y la sobrecogedora sensación de que todo el mundo tenía algo que hacer.

Ella también tenía algo que hacer y algún lugar adonde ir.

Alquiló un apartamento demasiado caro, pues no estaba dispuesta a conformarse con una habitación pequeña. Se dio el lujo de comprarse ropa nueva en Bendell's y pasó un día entero en Elizabeth Arden. Todo eso le supuso un gasto importante, pero lo consideró una inversión. Quería ofrecer el mejor aspecto posible cuando se presentara a las pruebas para alguna obra de teatro.

Durante el primer mes se sucedieron las decepciones. Nunca sospechó que encontraría tanta competencia ni tanta desesperación en las chicas que, como ella, acudían a las audiciones para conseguir un papel.

Recibió algunas ofertas, pero casi todas implicaban trabajar tendida de espaldas. Tenía demasiado orgullo y demasiada confianza en sí misma para aceptarlas.

Ahora había de reconocer que debido al orgullo y la confianza en sí misma, así como la inocencia, se había visto obligada a volver a la isla.

Sin embargo, se recordó Lexy, se trataba de una situación momentánea. Faltaba poco menos de un año para que cumpliera los veinticinco, y entonces recibiría su herencia; lo que quedaba de ella. Con el dinero regresaría a Nueva York y esa vez actuaría con mayor cautela e inteligencia.

Aún no estoy acabada, decidió. Se estaba tomando un año sabático. Algún día subiría a un escenario para sentir el cariño y la admiración del público. Entonces sería alguien.

Alguien más que la hija menor de Annabelle.

Llevó los últimos platos a la cocina. Brian ya terminaba de limpiar el lugar. En el fregadero no había ni ollas ni sartenes sucias, y el mostrador no tenía ni una mancha. A pesar de saber que era una maldad, Lexy dobló la muñeca para que la taza que se balanceaba sobre la pila se volcara y estrellara contra el suelo.

—¡Ay! —exclamó y sonrió con perversidad al ver que Brian volvía la cabeza.

—Debe de divertirse ser una imbécil, Lex —dijo él con frialdad—. Lo haces muy bien.

—¿En serio? —Incapaz de contenerse, empujó el resto de los platos, que cayeron con gran estrépito. Los restos de comida y los fragmentos se dispersaron por el piso.

—¡Maldita sea! ¿Qué tratas de demostrar? ¿Que sigues siendo tan destructiva como siempre? ¿Que sabes que habrá alguien detrás de ti que limpie lo que ensucias? —Se

encaminó con furia hacia un armario de donde sacó una escoba—. Hazlo tú misma — agregó al tiempo que se la tendía.

—¡No me da la gana! —Aunque ya lamentaba su acción impulsiva, le devolvió la escoba. La colorida porcelana yacía a sus pies—. Ahí tienes tus preciosos platos. Recógelos tú.

—Si no limpias este estropicio, te juro que te propinaré varios escobazos en la espalda.

—Inténtalo, Bri. —Estaba decidida a no dar su brazo a torcer. Saber que se había comportado mal no era más que un catalizador que la inducía a no ceder—. Inténtalo, y te arrancaré los ojos con las uñas. Estoy harta de que me digas qué debo hacer. ¡Esta casa es tan mía como tuya!

—Bueno, veo que nada ha cambiado por aquí.

Los rostros de Lexy y Brian estaban rojos de furia cuando se volvieron hacia la puerta trasera. Quedaron petrificados al ver a Jo con dos maletas a los pies y una expresión de cansancio en la cara.

—Supe que estaba en casa al oír el estruendo de la vajilla y las voces alegres.

En un repentino cambio de humor, Lexy enlazó el brazo con el de Brian.

—Mira, Brian. Ha vuelto la otra hija pródiga. Espero que nos quede un poco de cordero.

—Me conformaré con una taza de café —repuso Jo mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

### 3

Jo estaba de pie junto a la ventana de su antigua habitación. El paisaje era el mismo. Bonitos jardines que esperaban a que alguien arrancara las malas hierbas y los regara. Los alhelíes ya habían florecido, y las campanillas azules se mecían a merced del viento. Las violetas exhibían sus caritas insolentes, custodiadas por las altas espadas de los iris púrpura y los alegres tulipanes amarillos.

Contempló las palmeras, de distintas clases, y más allá los robles sombríos, junto a los cuales los helechos y las flores silvestres crecían con indiferencia.

La luz era hermosa, plateada y perlada a medida que las nubes avanzaban por el cielo, arrojando leves sombras. La imagen era de paz, de soledad, y poseía la perfección de un cuento de hadas. Si Jo hubiese tenido la energía suficiente, habría salido para captarla con la cámara y apropiársela.

Había extrañado el lugar. Qué raro es, pensó, comprender de pronto que añoraba la vista desde la ventana del dormitorio donde pasé casi todas las noches de los primeros dieciocho años de mi vida.

Había dedicado muchas horas a trabajar en el jardín con su madre, a aprender los nombres de las flores, los cuidados que necesitaban, disfrutando al sentir la tierra bajo los dedos y el sol en la espalda. Las aves y las mariposas, el ulular del viento, el paso de las nubes por un cielo muy azul eran recuerdos preciados de su primera infancia.

Por lo visto los había olvidado, pensó al alejarse de la ventana. Todas las fotografías que había tomado allí, tanto con la cámara como con la mente, hacía mucho tiempo que estaban archivadas.

La habitación apenas si había cambiado. En Sanctuary todavía resplandecían el estilo y el buen gusto de Annabelle. Para su hija mayor había elegido una preciosa cama de bronce con dosel. La colcha, de antiguo encaje irlandés, era herencia de los Pendleton, y a Jo siempre le había encantado por su dibujo y su textura, porque parecía resistente e intemporal.

En el empapelado de la pared florecía un alegre motín de campanillas azules sobre un fondo de tono marfil. El mobiliario era acogedor, de color miel. Annabelle había escogido las antigüedades, las lámparas en forma de globo y las mesas de madera de arce, las sillas y los jarrones siempre llenos de flores frescas. Quería que desde pequeños sus hijos aprendieran a convivir con la belleza y la apreciaran. Sobre la repisa de la chimenea de mármol había velas y caracolas. En los estantes de la pared, en lugar de muñecas, había libros. De niña, a Jo no le gustaban las muñecas.

Annabelle estaba muerta. Por mucho que quedara de ella en esa pieza, en la casa, en la isla, estaba muerta. Había fallecido tras su marcha, veinte años atrás, con lo que su abandono se había convertido en un hecho irrevocable.

¡Dios Santo! ¿Qué sentido tiene que alguien haya inmortalizado su muerte en una fotografía?, se preguntó Jo enterrando la cabeza entre las manos. ¿Y por qué enviaban esa prueba de inmortalidad a la hija de Annabelle?

MUERTE DE UN ÁNGEL. Esas palabras estaban escritas en el reverso de la fotografía. Jo las recordaba con claridad. Se llevó la mano al pecho para apaciguar los latidos del corazón. ¿Qué clase de enfermedad es ésta?, se preguntó. ¿Qué clase de amenaza? ¿Y qué parte de esa amenaza se dirige a mí?

La había visto, era real, por más que cuando le dieron el alta en el hospital y regresó a su casa la fotografía hubiera desaparecido. No podía admitir que había sido fruto de su imaginación, que había sufrido una alucinación, pues ello significaba reconocer que había perdido la razón.

¿Cómo enfrentarse a tal posibilidad?

El caso era que a su regreso la instantánea ya no estaba allí. Había encontrado las demás, en las que aparecía realizando actividades cotidianas, que habían quedado esparcidas por el suelo del cuarto oscuro, tal como las había dejado al sufrir la conmoción.

Por mucho que la buscó por todo el apartamento, no logró hallar la fotografía que le había causado el ataque de nervios.

Si nunca había estado allí... Cerró los ojos y apoyó la frente contra el vidrio de la ventana. Haberlo inventado, haber deseado, siquiera de manera inconsciente, que esa terrible imagen fuese un hecho, que su madre estuviera expuesta de esa manera y muerta... ¿en qué la convertía?

¿Qué debía aceptar? ¿Su propia inestabilidad emocional o la muerte de su madre?

No pienses más en ello, se dijo. Se llevó una mano a la boca al notar que le costaba respirar. Arrincónalo, ciérralo bajo llave hasta que estés más fuerte. No vuelvas a desmoronarte, Jo Ellen, o terminarás de nuevo internada en un hospital con médicos que te analizarán el cuerpo y la mente.

Debes dominarlo. Respiró hondo, muy hondo. Debes controlarlo hasta que puedas formular todas las preguntas necesarias, hasta que conozcas todas las respuestas.

Decidió que trataría de simular que ésa era una visita normal a su casa.

Había bajado la tapa del escritorio para colocar sobre ella una cámara, quizá lo único que se atrevería a desempaquetar. Miró las maletas colocadas sobre la hermosa colcha. La mera idea de abrirlas, de sacar la ropa y colgarla en el armario, de doblarla para guardarla en los cajones le resultaba agotadora, imposible de llevar a cabo. En lugar de ello se sentó en una silla y cerró los ojos.

Lo que debía hacer era pensar y planear. Trabajaba mejor cuando elaboraba una lista de tareas y objetivos, anotados en el orden en que le resultarían más prácticos y eficaces. Volver a casa había sido la única solución, de manera que resultó práctico y eficaz. Se trata, se prometió, del primer paso. De hecho sólo debía poner en orden sus pensamientos y planear el paso siguiente.

Al cabo de unos minutos se sumió en un sueño ligero.

Más tarde, cuando llamaron a la puerta, se sobresaltó y despertó desorientada. Se puso en pie de un salto, avergonzada de haberse quedado dormida en pleno día. Antes de que llegara a la puerta, ésta se abrió y se asomó la prima Kate.

—¡Bueno, estás aquí! ¡Por el amor de Dios, Jo, pareces una moribunda! Siéntate y cuéntame lo que te pasa mientras te tomas un té.

Esa actitud sincera y autoritaria era típica de Kate, pensó Jo, que sonrió al verla entrar con una bandeja en las manos.

—En cambio tú tienes un aspecto estupendo.

—Me cuido. —Kate depositó la bandeja sobre la mesa auxiliar y señaló un sillón—. Cosa que a todas luces tú no has hecho. Estás demasiado delgada y pálida, y el peinado no te favorece, pero ya arreglaremos eso más

tarde. —Sirvió el té en dos tazas de porcelana color marfil—. Bien, ¿qué ocurre? preguntó ladeando la cabeza.

—He decidido tomarme unas vacaciones —contestó Jo, que había viajado en coche desde Charlotte con la intención de disponer de tiempo para inventar los motivos que le habían inducido a volver a su casa—. Unas semanas de descanso.

—Jo Ellen, a mí no me engañas.

Nunca conseguí engañarla, pensó Jo. Nadie lograba engañarla desde que llegó a Sanctuary, unos días después de la huida de Annabelle, para pasar una semana; veinte años después permanecía allí.

Dios sabe cuánto la necesitábamos, pensó Jo, consciente de que no conseguiría que Katherine Pendleton la creyera. Bebió el té con lentitud para ganar tiempo.

Kate era prima de Annabelle, y el parecido familiar era evidente en los ojos y la complexión. Sin embargo, mientras que, por lo que Jo recordaba, Annabelle era delicada y muy femenina, Kate era arisca y directa.

Sí, no cabe duda de que se cuida, observó Jo. Llevaba el pelo corto, una especie de gorra pelirroja que armonizaba con su rostro de zorro alerta. Su atuendo era informal, pero jamás se la veía descuidada. Llevaba siempre los téjanos bien planchados, las camisas de algodón almidonadas. Tenía las uñas muy cortas y esmaltadas. A sus cincuenta años, se mantenía delgada y, de espaldas, se la podía confundir con una adolescente.

Había entrado en sus vidas en el momento más desgraciado y nunca les había fallado. Había permanecido a su lado para ayudarles y animarles, y con su estilo directo les había indicado qué debían hacer. Los quería y había creado en Sanctuary una ilusión de normalidad.

—Te he extrañado, Kate —reconoció Jo—. Te lo aseguro.

Kate la miró fijamente un instante y un destello apareció en sus ojos.

—No conseguirás ablandármelo Ellen. Tienes problemas y una única alternativa: contármelos u obligarme a sonsacártelos. De una manera u otra me enteraré de lo que te sucede.

—Necesito descansar.

No lo dudo, pensó Kate, salta a la vista. Conociendo ajo, le extrañaba que la amargura que delataba su rostro se debiera a un hombre, de modo que sólo quedaba el trabajo. Su profesión la llevaba a lugares lejanos y desconocidos, a menudo peligrosos, donde reinaban la guerra y los desastres. Y sabía muy bien que su joven prima la había antepuesto a su vida y la familia.

Mi pobre y dulce niña, pensó Kate. ¿Qué has hecho? Asíó con fuerza la taza para impedir que le temblara la mano.

—¿Te han hecho daño?

—No, no. —Jo depositó el té en la mesita para frotarse los ojos doloridos—. No es más que un exceso de trabajo, estrés. Supongo que durante el último par de meses me he excedido. He estado sometida a una gran tensión.

Las fotografías. Mamá.

Kate frunció el entrecejo; los surcos que se le formaron eran lo que ellos llamaban, y no por afecto, la «arruga culpable de los Pendleton».

—Entonces ¿has perdido tanto peso y te tiemblan las manos a causa de esa tensión, Jo Ellen?

Jo se puso a la defensiva y enlazó en el regazo las manos trémulas.

—Supongo que no me he cuidado demasiado —respondió con una sonrisa—, actitud que pienso modificar.

Mientras tamborileaba los dedos sobre el brazo del sillón, Kate observó el rostro de su prima. La angustia que reflejaba era demasiado profunda para que obedeciera tan sólo a un exceso de trabajo.

—¿Has estado enferma?

—No. —La mentira surgió de su boca con tanta convicción como había planeado. De forma deliberada expulsó de su mente la imagen de la habitación del hospital,

persuadida de que Kate la percibiría—. Sólo estoy un poco deprimida. Últimamente no duermo bien. —Inquieta por la mirada fija de Kate, se puso en pie para sacar una cajetilla de tabaco del bolsillo de la chaqueta que había, dejado sobre una silla—. Tengo ese contrato para un libro que te mencioné por carta. Supongo que la responsabilidad me produce estrés. —Encendió un pitillo—. Es algo nuevo para mí.

—Deberías sentirte orgullosa en lugar de preocuparte.

—Tienes razón. —Jo exhaló una bocanada de humo al tiempo que trataba de alejar de la mente la imagen de Annabelle, las fotografías—. Por eso he decidido tomarme unas vacaciones.

No es todo, sospechó Kate, pero por el momento basta.

—Me alegro de que decidieras venir aquí. Gracias a la comida que prepara Brian recuperarás los kilos que has perdido. Además, necesitamos ayuda. La mayor parte de las habitaciones y cabañas ya están reservadas para todo el verano.

—¿De modo que el negocio funciona? —preguntó Jo sin demasiado interés.

—La gente desea alejarse de su rutina diaria. Casi todos los que vienen buscan tranquilidad y soledad, porque de lo contrario irían a Hilton Head o Jekyll. En todo caso, quieren toallas y ropa de cama limpias. —Kate tabaleó con los dedos mientras pensaba en el trabajo que le esperaba esa tarde—. Lexy nos echa una mano añadió—, pero no se puede confiar en ella. Es tan capaz de desaparecer el día entero como de cumplir con las tareas que se le han encomendado. Ella también ha sufrido algunas desilusiones y el dolor que provoca el crecer.

—Lex tiene veinticuatro años, Kate. Ya es una adulta.

—Algunas personas tardan más que otras en alcanzar la madurez. No es un defecto, sino un hecho. —Kate se puso de pie. No dudaba en defender a sus polluelos, aunque fuera a base de picotazos.

—Y algunas nunca aprenden a enfrentarse a la realidad —apostilló Jo— y se pasan la vida culpando a los demás de sus fracasos y decepciones.

—Alexa no es una fracasada. Nunca te has mostrado comprensiva con ella... ni ella contigo. Eso también es un hecho.

—Nunca le he pedido que sea comprensiva conmigo. —Los viejos resentimientos salían a flote como la grasa sobre el agua sucia—. Jamás he pedido nada ni a ella ni a nadie.

—No, tú nunca has pedido nada, Jo —repuso Kate con tranquilidad—. Si pidieras, tal vez tendrías que devolver algo. Si permitieras que te necesitaran, tal vez deberías admitir que también tú los necesitas. En fin, ya es hora de que los tres os enfrentéis a los hechos. Hace dos años que no os veis.

—Sé muy bien cuánto tiempo ha pasado —replicó Jo con amargura—; Brian y Lexy me han dispensado la bienvenida que esperaba.

—Tal vez si hubieras esperado más, habrías recibido más. —Kate apretó los labios—. Ni siquiera has preguntado por tu padre.

Jo apagó el cigarrillo con enojo.

—¿Qué quieres que pregunte?

—No me hables con ese tono, jovencita. Si piensas quedarte bajo este techo, mostrarás el mismo respeto que te tienen a ti. Mientras estés aquí, cumplirás con tu parte del trabajo. Durante los últimos años tu hermano ha cargado con todo el peso de este establecimiento. Es hora de que la familia lo ayude y de que tú formes parte de la familia.

—No soy una mesonera, Kate, y no creo que Brian quiera que me entrometa en su negocio.

—Nadie te pide que laves la ropa, lustres los muebles o barras la arena de la galería.

Ante el tono helado de su prima, Jo adoptó una actitud desafiante y defensiva.

—En ningún momento he dicho que no asumiré mis obligaciones; sólo quería decir...

—Sé muy bien qué querías decir y te aseguro, jovencita, que estoy harta de esa clase de actitudes. Tú y tus hermanos preferiríais hundiros en el pantano a pedirnos un favor. Y tú te morderías la lengua con tal de no preguntar por tu padre. Ignoro si esa postura obedece a un exceso de orgullo o de tozudez; en todo caso mientras estés aquí procura ser amable. Éste es un hogar, ¡y ya es hora de que lo sintamos como tal!

—Kate... —Jo se interrumpió al ver que su prima se encaminaba hacia la puerta.

—Ahora estoy demasiado furiosa para conversar contigo.

—Sólo quería decir... —Cuando la puerta se cerró con fuerza, Jo tomó aire.

Le dolían la cabeza y el estómago y los remordimientos la ahogaban como una toalla mojada.

Kate se equivoca, pensó. Siento que esta casa es realmente mi hogar.

Desde el borde del pantano, Sam Hathaway observó a un halcón que volaba en busca de caza. Esa mañana había salido antes del amanecer para dirigirse al extremo opuesto de la isla. Sabía que Brian se había marchado a la misma hora, pero no intercambiaron una sola palabra. Cada uno seguía su propio camino.

A veces Sam conducía el todoterreno, pero por lo general caminaba. Algunos días se encaminaba hacia las dunas para ver salir el sol, que teñía el agua de color sangre y luego dorado. Se dedicaba a andar varios kilómetros por la playa, observando el grado de la erosión, buscando algún nuevo montículo de arena. Dejaba las caracolas allí donde las había depositado el mar.

Pocas veces se internaba en las praderas. Eran tan delicadas que hasta la huella de un pie las perjudicaba y cambiaba. Sam se resistía a los cambios.

Algunos días vagaba hasta el límite del bosque, detrás de las dunas, donde los lagos rebosaban de vida y música. Otras mañanas prefería la quietud y la falta de luz que reinaban en el bosque al rugir de las olas. Como la garza que aguarda paciente a que aparezca un pez descuidado, podía permanecer inmóvil largas horas. En ocasiones, cuando se encontraba entre los pantanos, rodeado de sauces llorones y hierba espesa, lograba olvidar la existencia de otro mundo aparte de ése, el suyo. Allí, los caimanes que se ocultaban entre los juncos para digerir la comida y las tortugas que descansaban al sol, con el riesgo de convertirse en alimento de aquellos, le resultaban más reales que los seres humanos.

Con todo, rara vez iba más allá de los estanques para adentrarse en el umbroso bosque, el lugar que más le gustaba a Annabelle. Sin embargo, algunos días se sentía atraído hacia allí, hacia los pantanos y sus misterios, donde existía un ciclo natural que entendía muy bien: crecimiento y decadencia, vida y muerte. Ningún hombre influía en él ni, mientras Sam pudiera impedirlo, lo destruiría.

Observaba cómo los cangrejos escarbaban en las orillas, produciendo un sonido tan suave y apagado como el de las pompas de jabón al reventarse. Sam sabía que, en cuanto él se alejaba, los depredadores se deslizaban sobre el barro para desenterrar a los laboriosos crustáceos y darse un festín.

Todo eso formaba parte del ciclo.

En ese momento, cuando la primavera se hallaba en su esplendor, la hierba pasaba del dorado al verde, y las praderas comenzaban a florecer con los colores de la lavanda y la manzanilla. Había visto llegar más de treinta primaveras a Desire, y nunca dejaban de sorprenderle.

La tierra pertenecía a su mujer, quien la recibió después de que hubiera pasado de



generación en generación. En cuanto Sam puso en ella sus pies, la convirtió en suya, del mismo modo que Annabelle fue suya tan pronto como la vio.

No logró mantener a su lado a su esposa, pero a causa de su marcha conservó la hacienda. Sam era un fatalista... No existía manera de escapar al destino.

Había conseguido la tierra gracias a Annabelle, y él la atendía, la protegía con fiereza y jamás la abandonaba.

Ya hacía años que se volvía en la noche en busca del fantasma de su mujer, y cada vez que miraba Desire lo encontraba en todas partes.

Era a la vez su dolor y su consuelo.

Sam observaba las raíces de los árboles, que quedaban expuestas en el lugar donde el agua se comía la tierra en el borde de los pantanos. Algunos afirmaban que era preciso tomar medidas para preservar esas orillas, pero Sam estaba convencido de que la naturaleza dictaba sus propias normas. Si el hombre, con buenas o malas intenciones, cambiaba el curso del río, ¿de qué manera repercutiría en otras zonas? No, nadie debía interferir en las batallas que libraban la tierra, el mar, el viento y la lluvia.

A cierta distancia, Kate observaba a Sam, un hombre alto, delgado, de piel bronceada y cabello oscuro, que comenzaba a encanecer. Su boca era lenta para la sonrisa, y las arrugas que le surcaban el contorno de los ojos, de color garzo, contribuían a mejorar su apariencia. Tenía las manos y los pies grandes, característica que había heredado su hijo. Aun así se movía con gracia.

Cuando Kate llegó a Desire no le dio la bienvenida, y en los veinte años que llevaba allí jamás le había pedido que se marchara. En ocasiones Kate se preguntaba qué pensaría o haría Sam si, de repente, empaquetara sus pertenencias y se fuera.

En cualquier caso, dudaba de que alguna vez se marchara de allí, pues estaba enamorada de Sam Hathaway.

En ese momento alzó los hombros y levantó el mentón. Aunque sospechaba que él ya había reparado en su presencia, sabía que no le hablaría a menos que ella lo animara.

—Jo Ellen ha llegado en el transbordador de la mañana.

Sam continuó observando el vuelo del halcón. Sí, sabía que Kate estaba allí, al igual que presumía que debía de existir algún motivo que la hubiera arrastrado hasta el pantano, ya que a su hija no le gustaban el barro ni los caimanes.

—¿Por qué ha venido? —preguntó.

—Es su hogar, ¿no es cierto? —respondió Kate tras lanzar un suspiro de irritación.

—No creas que ella piensa en Sanctuary de esa manera. Hace mucho que dejó de considerarlo su hogar —replicó Sam con lentitud, como si le costara pronunciar las palabras.

—En cualquier caso, es su casa. Tú eres su padre y supongo que querrás darle la bienvenida.

Sam recordó a su hija mayor. Y vio a su mujer con una claridad que le provocó desesperanza y humillación. Con todo, al hablar empleó un tono de indiferencia.

—Más tarde iré a la casa.

—No venía desde hace casi dos años, Sam. ¡Por el amor de Dios, ve a ver a tu hija!

Él se movió con enojo e incomodidad. Por lo general Kate siempre le provocaba esas reacciones.

—Hay tiempo, a menos que decida tomar el transbordador para marcharse esta misma tarde. Recuerdo que no solía permanecer mucho en un mismo lugar, y que siempre estaba impaciente por alejarse de Desire.

—Ingresar en la universidad y forjarse una carrera y una vida propia no significa desertar.

Aunque Sam pareció no inmutarse, Kate adivinó que la flecha acababa de dar en el

blanco y lamentó haber tenido que lanzarla.

—Ha vuelto, Sam. No creo que esté en condiciones de ir a ninguna parte por un tiempo.

Kate se acercó a él, le tomó un brazo con firmeza y lo obligó a mirarla. A veces no hay más remedio que plantearle las cosas con claridad, por muy obvias que sean, para que las entienda, pensó. Y era eso lo que se proponía hacer en ese momento.

—Está dolida. Me temo que no se encuentra bien, Sam. Ha perdido peso y está pálida como el papel. Asegura que no ha estado enferma, pero miente.

Por primera vez los ojos de Sam reflejaron preocupación.

—¿Tiene problemas laborales?

¡Bueno, por fin!, pensó Kate, que procuró disimular su satisfacción.

—No se trata de esa clase de dolor —respondió con más suavidad—. Es un sufrimiento interior, por más que no consigo identificarlo. Necesita su hogar, a su familia. Necesita a su padre.

—Si Jo está en un apuro, sin duda lo solucionará, como ha hecho siempre.

—Querrás decir que no ha tenido más remedio que hacerlo —repuso Kate, que deseó zarandearlo hasta aflojar la llave con que ese hombre se había cerrado el corazón—. ¡Maldita sea, Sam! Te necesita.

Él miró hacia los pantanos.

—Ya ha pasado el tiempo en que me necesitaba para que le curara los moretones y le vendara las heridas.

—No; no es así. —Kate retiró la mano del brazo de Sam—. Sigue siendo tu hija, siempre lo será. Belle no fue la única que se alejó, Sam. —Le miró de hito en hito mientras meneaba la cabeza—. Brian, Jo y Lexy también la perdieron, pero no tenían por qué haberte perdido a ti.

Sam sentía una opresión en el pecho y pensó que desaparecería si lo dejaban solo.

—Ya te he dicho que más tarde subiré a la casa. Si Jo Ellen tiene algo que decirme, hablaremos entonces.

—Cualquier día comprenderás que eres tú el que tienes algo que decir a Jo, a todos tus hijos.

Tras estas palabras se marchó, con la esperanza de que Sam lo entendiera cuanto antes.

## 4

De pie en la puerta de la terraza oeste, Brian observó a su hermana. Reparó en su aspecto frágil, su expresión tímida, asustada. Sin duda se siente perdida, pensó. Todavía llevaba los pantalones holgados y el suéter demasiado amplio que lucía a su llegada. Se había puesto unas gafas oscuras, redondas, de montura metálica, que Brian supuso utilizaba para trabajar y, en su opinión, acentuaban la impresión de que era una inválida.

Sin embargo solía ser la fuerte, recordó. Desde que era una niña, insistía en hacerlo todo por sí misma, encontrar las respuestas, resolver los problemas, librar sus propias luchas.

Nunca tenía miedo; era la que más alto trepaba a los árboles, la que nadaba hasta más allá del rompiente, la que más rápido corría a través del bosque, y sólo para probar que era capaz, pensó Brian. Tenía la sensación de que Jo Ellen siempre había tenido la necesidad de demostrar algo.

Después, tras la marcha de su madre, Jo parecía decidida a demostrar que no necesitaba nada ni a nadie, aparte de sí misma.

En fin, se dijo Brian, por lo visto ahora necesita algo. Salió a la terraza cuando ella se volvió para mirarlo a través de las gafas de sol, se sentó a su lado en la mecedora y le tendió el plato que llevaba en la mano.

—Come.

Jo miró el pollo frito, la ensalada fresca y el panecillo.

—¿Es el plato especial del día?

—La mayoría de los huéspedes ha decidido organizar un picnic y pedir una cesta con comida. Es un día demasiado bonito para desaprovecharlo.

—La prima Kate dice que estás muy ocupado.

—Bastante. —Comenzó a balancearse en la mecedora, como solía—. ¿Qué haces aquí, Jo?

—En su momento consideraré que me vendría bien volver. —Tomó un trozo de pan y lo mordió. El estómago se le revolvió como si rechazara el alimento. Jo insistió y tragó—. Te echaré una mano y no te molestaré.

Al oír el chirrido de la mecedora, Brian pensó que tendría que echarle aceite.

—No recuerdo haber dicho que me molestaras —le replicó con calma.

—Entonces trataré de no molestar a Lexy. —Jo comió otro bocado de pollo y frunció el entrecejo al ver los geranios rosados que caían sobre el borde de una jardinera con querubines tallados—. Puedes decirle que no pienso modificar su estilo.

—Díselo tú misma. —Brian abrió el termo que también había llevado y le sirvió una limonada recién preparada—. No estoy dispuesto a entrometerme en vuestros asuntos, pues de hacerlo lo único que conseguiría sería recibir puntapiés de mis dos hermanas.

—De acuerdo, entonces quédate al margen. —Empezaba a dolerle la cabeza. Tomó el vaso y bebió—. No comprendo por qué me guarda tanto rencor —añadió.

—Sospecho el motivo —replicó Brian arrastrando las palabras antes de llevarse el termo a la boca y beber—. Tú has triunfado, eres famosa, independiente, una estrella en alza en tu profesión; en definitiva, todo a lo que ella aspira. —Cogió el pan recién sacado del horno y lo partió en dos. Le ofreció un trozo a Jo—. Sin embargo, no acabo de entender su actitud.

—Todo cuanto he hecho ha sido para mi propia satisfacción. No he trabajado de firme con la única intención de lucirme ante ella. —Se llevó un trozo de pan a la boca—. No tengo la culpa de que abrigue la ilusión infantil de ver su nombre en luces de neón mientras la gente le arroja rosas a los pies.

—El hecho de que tú lo consideres una fantasía infantil no significa que ese deseo sea menos real para ella. —Levantó la mano al ver que Jo se disponía a hablar—. Sospecho que cualquier día os tiraréis de los pelos y supongo que ella te ganará sin ninguna dificultad.

—No quiero pelearme con ella —repuso Jo con cansancio mientras percibía el aroma de la glicina que se enredaba en un enrejado cercano—. No he venido para pelearme con nadie.

—Eso será un cambio.

La frase arrancó una sonrisa a Jo.

—Tal vez he madurado.

—A veces se producen milagros. Anda, come.

—No recordaba que fueras tan autoritario.

—Procuro ser un poco más duro.

Con una risa sofocada, Jo tomó el tenedor y comenzó a comer.

—Cuéntame las novedades, Bri, y lo que sigue igual.

—Veamos, Giff Verdón ha añadido otra habitación a la casa Verdón...

—Espera —lo interrumpió Jo al tiempo que fruncía el entrecejo—. ¿Te refieres al joven Giff, a ese chico flaco con cara de vaca? ¿El que se moría por Lex?

—El mismo. Giff ha engordado un poco y es muy hábil con el martillo y el serrucho. Ahora le encargamos todas las reparaciones. Todavía suspira por Lexy, pero sospecho que ahora ya sabe cómo actuar.

Jo lanzó un bufido y continuó comiendo.

—Ella lo devorará vivo.

Brian se encogió de hombros.

—Tal vez, pero me temo que Lexy lo encontrará más duro de roer de lo que imagina. Rachel, la chica de los Sanders, se ha comprometido con un universitario de Atlanta, adonde se mudará en septiembre.

—Rachel Sanders. —Jo trató de recordarla—. ¿Era la que ceceaba o la que no paraba de reír?

—La de las risitas... tan agudas que nos volvía sordos a todos. —Satisfecho al ver que Jo comía, se arrellanó en la mecedora y se relajó—. La anciana señora Fitzsimmons murió hace más de un año.

—¡La anciana Fitzsimmons! —murmuró Jo—. Solía desbullar ostras en el porche de su casa mientras su perezoso perro de caza dormitaba a sus pies.

—El perro también murió poco después, supongo que de pena.

—Me dejó hacerle unas fotografías —recordó Jo— cuando aún estaba aprendiendo. Todavía las conservo. Un par no eran malas. El señor David me ayudó a revelarlas. Debía de considerarme una pesada insoportable, pero me dejaba practicar. —Jo se reclinó y comenzó a balancearse con un ritmo tan lento y monótono como el de la isla—. Espero que tuviera una muerte rápida, sin sufrimiento.

—Falleció mientras dormía. Tenía noventa y seis años. No se puede pedir más.

—No. —Jo cerró los ojos—. ¿Qué ha sido de su casa?

—Pasó a sus herederos. En 1923 los Pendleton compraron la mayor parte de las tierras de los Fitzsimmons, pero ella conservó la vivienda y el pequeño terreno que la rodea. Se la legó a la nieta. —Brian tomó un gran trago de limonada—. Es una doctora y ha abierto su consultorio aquí.

—¿De modo que por fin hay médico en Desire? —Jo abrió los ojos y arqueó las cejas—. ¡Bueno, bueno! ¡ Es una muestra de civilización! ¿ Y la gente acude a ella ?

—Parece que sí. Por lo visto ha decidido instalarse en la isla.

—Debe de ser la primera residente permanente que tenemos desde hace... ¿cuánto tiempo?, ¿diez años?

—Más o menos.

—Me pregunto por qué... —Jo se interrumpió de pronto—. ¿No será Kirby, Kirby Fitzsimmons? —añadió—. Cuando éramos pequeños pasó dos veranos en la isla.

—Supongo que le gustó tanto que decidió volver.

—¡Increíble! Kirby Fitzsimmons, y nada menos que doctora. —Experimentó un enorme placer, una sensación que ya le resultaba casi desconocida—. Éramos muy amigas. Recuerdo el verano en que el señor David vino para tomar fotografías y trajo consigo a su familia.

Se alegró al recordar a aquella amiga de acento norteno, las aventuras que habían compartido o imaginado juntas.

—Tú te escapabas con los hijos del señor David y no me dirigías la palabra siquiera. Cuando no daba la lata al señor David para que me dejara su cámara, salía con Kirby para meternos en líos. Caramba, han pasado veinte años. Fue el verano en que...

—El verano en que mamá se marchó —interrumpió Brian.

—Lo recuerdo todo muy borroso —dijo Jo con tono amargo—. Calor, días largos, noches llenas de neblina y sonidos. ¡Y tantas caras! —Deslizó los dedos debajo de las gafas para frotarse los ojos—. Los madrugones para seguir al señor David a todas partes, los bocadillos de jamón, los baños en el río. Mamá me entregó una vieja cámara, la antigua Brownie, y yo corría con Kirby hasta la casa de los Fitzsimmons para tomar fotografías hasta que la señora Fitzsimmons nos ordenaba que nos fuéramos. Disponíamos de tantas horas hasta que el sol se ponía y mamá nos llamaba para la cena. —Cerró los ojos—. Conservo muchas imágenes, y sin embargo no consigo ver ninguna con claridad. Después mamá se marchó. Una mañana me levanté y descubrí que se había ido.

—El verano terminó para nosotros entonces —le murmuró Brian.

—Sí. —Ajo volvían a temblarle las manos. Hundió una en el bolsillo en busca de un cigarrillo—. ¿Piensas en ella alguna vez?

—¿Por qué había de pensar en ella?

—¿No te preguntas adonde fue, qué hizo? —Estremecida, Jo dio una calada mientras en su mente aparecía un par de ojos de largas pestañas y sin vida—. ¿O por qué se fue?

—Ya no tiene nada que ver conmigo. —Brian se puso en pie y cogió el plato—, ni contigo; de hecho, con ninguno de nosotros. Han pasado veinte años, Jo Ellen, y considero que es demasiado tarde para que empecemos a preocuparnos.

Jo observó a Brian que se encaminaba hacia la casa. Sin embargo, yo estoy preocupada por ese asunto, pensó, y también aterrorizada.

Lexy todavía estaba alterada cuando cruzó las dunas rumbo a la playa. Estaba segura de que Jo había regresado para jactarse de su éxito. Su presencia en Sanctuary poco después de que ella hubiera llegado con su fracaso a cuestras no le parecía una mera coincidencia.

Jo se pavonearía y graznaría en señal de triunfo mientras ella se moría de envidia. Sólo de pensarlo le hervía la sangre. Esta vez no, se prometió. Esta vez mantendría la cabeza bien alta, no permitiría que la consideraran inferior. No pensaba seguir interpretando el papel de la hermana menor. He madurado, pensó, y ya es hora de que se

den cuenta.

Había mucha gente en la amplia media luna de la playa. Cada grupo marcaba su lugar desplegando toallas y sombrillas de brillantes colores. Notó que varios tenían las cestas de picnic de Sanctuary.

La asaltaron los olores del mar, a pollo frito y bronceadores. Un chiquillo llenaba un cubo de arena con una pala, mientras la madre leía una novela bajo el parasol. Un hombre se transformaba con lentitud en una langosta bajo el sol. Dos parejas a quienes había servido esa mañana el desayuno compartían un picnic y reían mientras escuchaban música en un cásete portátil.

Deseó que no hubiera nadie allí, en su playa. Como necesitaba estar sola, se alejó de la muchedumbre y mientras caminaba distinguió una figura en el agua, el brillo de un par de hombros bronceados y mojados, el resplandor del pelo desteñido por el sol. Giff es un hombre de costumbres, que además seguía los consejos del médico. Siempre nadaba un rato durante el descanso de la tarde. Lexy sabía que estaba enamorado de ella.

No trata de ocultarlo, pensó, y a ella le gustaba recibir las atenciones de un hombre atractivo, sobre todo cuando necesitaba que le levantaran el ánimo. Un poco de flirteo y la posibilidad de acostarse con un hombre sin más compromiso tal vez le alegrarían el día.

Se rumoreaba que a su madre le encantaba coquetear, pero Lexy apenas recordaba nada de ella porque era muy pequeña cuando se marchó; sólo conservaba unas imágenes vagas y perfumes suaves. Con todo, estaba convencida de haber heredado de Annabelle su capacidad para flirtear. A su madre le gustaba acicalarse, sonreír a los hombres, y si la teoría del amante secreto era cierta, Annabelle había hecho algo más que sonreír, al menos en ese caso.

Era la conclusión a la que había llegado la policía después de meses de investigaciones.

Lexy creía ser buena en el sexo; se lo habían dicho tantas veces que lo consideraba una virtud. Por lo que a ella se refería, nada la relajaba tanto. Disfrutaba con las sensaciones ardientes y suaves que experimentaba mientras lo practicaba. Además la mayoría de los hombres ignoraba si mientras hacían el amor, su pareja pensaba en ellos o en un apuesto galán de Hollywood. Rara vez lo notaban, siempre y cuando la mujer actuara bien y Lexy se consideraba una buena actriz.

Decidió que era hora de abrir el telón de terciopelo para Giff Verdón. Extendió sobre la arena la toalla que llevaba, consciente de que él la observaba. Como si se hallara sobre un escenario, Lexy puso todo su corazón en la actuación. Se quitó las gafas de sol y las dejó caer con indolencia. A continuación se desprendió de las sandalias con extrema lentitud y se levantó las faldas del corto vestido veraniego que lucía para deslizarlo por la cabeza como si ofreciera un número de *strip-tease*. Cuando se quedó en biquini, dejó caer la prenda de algodón, se echó hacia atrás el pelo con ambas manos y por último entró en el mar contoneando las caderas.

Giff la observó, consciente de que sus movimientos y gestos eran deliberados, pero no le importaba. No podía apartar la vista de Lexy, y tampoco impedir que su cuerpo se pusiera rígido y duro de deseo mientras contemplaba sus curvas, su piel dorada.

Al ver que las olas mecían a Lexy, se imaginó dentro de ella a merced del oleaje. Advirtió que ella también lo miraba riendo; el verde de sus ojos se confundía con el del mar.

La muchacha se sumergió y apareció de nuevo con el pelo mojado.

—El agua está fría —exclamó entre risas.

—Por lo general no te bañas en el mar hasta junio.

—Tal vez hoy necesitaba el agua fría. —Dejó que una ola lo acercara a él.

—Mañana estará aún más fría —le informó él—. Va a llover.

—Mmm. —Lexy flotó unos instantes tendida de espaldas al tiempo que contemplaba el cielo—. Entonces quizá vuelva. —Se puso en pie y comenzó a caminar por el mar.

Lexy estaba acostumbrada a que, desde la adolescencia, Giff observara todos sus movimientos. Eran de la misma edad y se habían criado juntos. Sin embargo Lexy notaba que durante el año que había permanecido en Nueva York Giff había cambiado. Su rostro era más fino, y su boca había adquirido una expresión más firme. Las largas pestañas que en la adolescencia eran motivo de burla por parte de sus amigos ya no parecían afeminadas. Tenía el pelo castaño, muy lacio, y los ojos castaño oscuro. Cuando le sonrió, se le formaron unos hoyuelos en las mejillas.

—¿Ves algo interesante? —preguntó Giff.

—Tal vez. —Le gustaba la voz del muchacho. Las palpitaciones que sentía en el estómago eran inesperadamente fuertes.

—Supongo que habrás venido hasta aquí a nado, medio desnuda, por algún motivo. No negaré que he disfrutado con el espectáculo, pero ¿te importaría decirme de qué se trata? ¿O prefieres que lo adivine?

La joven echó a reír.

—Tal vez sólo quería refrescarme.

Eso supongo. —Le sonrió, contento de saber que la conocía mucho mejor de lo que ella pensaba—. Me he enterado de que Jo ha llegado en el transbordador de la mañana.

La sonrisa se borró del rostro de Lexy y sus ojos adquirieron una extraña frialdad.

—¿Y qué?

—De modo que supongo que tendrás ganas de eliminar algunas tensiones. ¿Te gustaría utilizarme para lograrlo? —Al ver que comenzaba a nadar hacia la orilla, la siguió y la cogió por la cintura—. Te complaceré —afirmó mientras ella trataba de liberarse—. De hecho siempre lo he deseado.

—Aparta las manos de... —Se interrumpió cuando él posó la boca en la suya. No sospechaba que Giff Verdon fuera capaz de moverse con tal rapidez y decisión.

Tampoco se había fijado nunca en que sus manos eran grandes, ni había imaginado que su boca fuera tan... sensual. Lexy procuró guardar las formas, pero al final no pudo evitar lanzar un gemido y separar los labios para invitarlo a continuar.

Lexy tenía el sabor que él había supuesto. Las fantasías que se había forjado durante diez años se desmoronaron y se renovaron con colores frescos y brillantes, alimentados por el amor y un deseo inesperado.

Cuando ella enlazó las piernas alrededor de su cintura, Giff estaba perdido.

—Te deseo. —Deslizó los labios por la garganta de Lexy, mientras las olas los mecían—. Sabes que siempre te he deseado.

El agua cubrió la cabeza de Lexy y la absorbió hacia abajo. Cuando emergió al sol radiante, Giff volvió a besarla en la boca.

—Entonces, adelante —dijo entre jadeos, sorprendida por la urgencia de su lascivia—. Aquí mismo, ahora.

Él la había deseado así desde que tenía edad para recordar, preparada y ansiosa. El sexo le palpitaba de forma casi dolorosa por la necesidad de estar dentro de ella, de hacerla suya. Sin embargo sabía que si obedecía a su instinto, la tomaría y la perdería con la rapidez de un relámpago.

Así pues, deslizó las manos por la cintura de Lexy para rodearle las nalgas y la atormentó con los pulgares hasta que los ojos de la joven se nublaron.

—Yo he esperado, Lex. —La soltó—. Tú también puedes esperar.

Ella luchó por mantenerse a flote y escupió agua mientras lo miraba con perplejidad.

—¿A qué viene esto?  
—No me interesa rascarte cuando te pica para que después te alejes ronroneando. —  
Levantó una mano para apartarse el pelo empapado de la cara—. Cuando estés decidida  
a algo más que eso, ya sabes dónde encontrarme.  
—¡Hijo de puta!  
—Ve a desahogar tu furia, querida. Ya hablaremos cuando hayas tenido tiempo de  
pensarlo con tranquilidad. —De repente le aferró el brazo—. Haremos el amor cuando  
me necesites de verdad.  
Lexy le apartó la mano.  
—¡No vuelvas a tocarme!  
—Claro que te tocaré —replicó mientras ella se alejaba nadando—, y hasta me  
casaré contigo —añadió en un susurro. Exhaló una larga bocanada de aire al verla salir  
del agua—. A menos que me mate primero.  
Para aplacar su deseo, se sumergió en el mar.

Jo había reunido la energía necesaria para dar un paseo. Cuando caminaba por los  
jardines, se topó con Lexy, que se acercaba a toda prisa. No se había molestado en  
secarse, de manera que el vestido se le adhería al cuerpo. Jo enderezó los hombros y  
arqueó una ceja.

—¿Cómo está el mar?  
—¡Vete al infierno! —Jadeante y todavía humillada, Lexy se detuvo.  
—Me temo que ya estoy en él. Debo reconocer que me habéis dispensado la  
bienvenida que esperaba.  
—Es lógico. Este lugar no significa nada para ti, y nosotros tampoco.  
—¿Cómo sabes que no significa algo para mí, Lexy?  
—No te veo cambiando sábanas ni sirviendo mesas. ¿Cuándo fue la última vez que  
limpiaste un baño o fregaste un suelo?  
—¿Es eso lo que has estado haciendo esta tarde? —Jo miró las piernas húmedas y  
cubiertas de arena de su hermana y su pelo empapado—. Debía de ser un cuarto de baño  
enorme.  
—No tengo por qué darte explicaciones.  
—Lo mismo digo, Lex. —Cuando Jo echó a andar, Lexy la cogió del brazo.  
—¿Por qué has vuelto?  
De repente Jo se sintió agotada y le entraron ganas de llorar.  
—No lo sé. En cualquier caso no pretendo pelearme ni contigo ni con nadie. Estoy  
demasiado cansada...

Lexy la miró con sorpresa. En otra época, su hermana no habría dudado en ofenderla  
con su sarcasmo. Jamás había visto a Jo temblar de esa manera.

—¿Qué te sucede?  
—Te lo diré en cuanto lo descubra. —Jo apartó la mano de su hermana—. Déjame en  
paz, y yo procuraré no molestarte.

Se alejó con rapidez por el sendero en dirección al mar. No miró las dunas ni levantó  
la vista para admirar el vuelo de la gaviota que gritaba con estridencia. Necesito  
reflexionar, pensó, durante un par de horas para decidir qué debo hacer, cómo  
decírselo... si al final consideraba que debía decirlo.

¿Podía hablarles de su crisis nerviosa? ¿Contarles que había estado dos semanas  
internada en un hospital por un desequilibrio mental? ¿La escucharían con comprensión,  
con hipocresía o con hostilidad?

¿Y qué importancia tenía?



¿Acaso podía explicarles lo de las fotografías? Aunque mantuvieran una relación distante, eran su familia. ¿Valía la pena someterlos al dolor de desenterrar el pasado? Y si alguno exigía ver la fotografía, tendría que decirles que había desaparecido.

Como Annabelle.

O que nunca había existido.

La creerían loca. ¡Pobre Jo Ellen! Loca como una cabra.

¿Podría decirles que, después de salir del hospital, había permanecido varios días encerrada en su apartamento, sin parar de temblar? ¿Que había buscado con desesperación la fotografía que demostraría que no era una demente?

Había regresado a su hogar porque al final había reconocido que estaba enferma. Si hubiera prolongado un día más su encierro, jamás habría reunido el coraje necesario para volver a salir.

Aún conservaba la imagen de la fotografía en la mente; la textura, los tonos, la composición. Mostraba a su madre cuando era joven. ¿Acaso no era así como Jo la recordaba? Joven, con el cabello largo, ondulado, la piel tersa... Si sufría alucinaciones en las que aparecía su madre, era lógico que la viera tal como era cuando se marchó.

Tenía casi la misma edad que yo ahora, pensó. Posiblemente ésa era otra de las causas de su miedo, los sueños y el nerviosismo. ¿Annabelle era tan inquieta y nerviosa como su hija mayor? ¿Habría tenido de verdad un amante? Habían corrido rumores al respecto, comentarios que hasta una criatura llegaba a entender.

Antes de su marcha nunca había habido rastros de un amante ni sospechas de infidelidad, pero después las habladurías circularon sin cesar.

Cabía suponer que Annabelle era discreta e inteligente, pues en ningún momento había dado muestras de querer escapar.

¿Mi padre no lo sospechó?, se preguntó Jo. Sin duda un nombre debía darse cuenta de si su mujer estaba inquieta, insatisfecha o se sentía desgraciada. Sabía que sus padres habían discutido por cuestiones que atañían a la isla, pero ¿era eso motivo suficiente para decidir partir, para abandonar el hogar, al marido y los hijos? ¿Su padre nunca adivinó sus intenciones o acaso ya por aquel entonces hacía caso omiso de los sentimientos de quienes lo rodeaban?

Le resultaba difícil recordar si Sam había sido distinto alguna vez. En todo caso, tenía la certeza de que en una época había habido risas en esa casa. Sus ecos todavía resonaban en su mente, poblada además de imágenes de sus padres abrazados en la cocina, de su madre riendo o caminando por la playa de la mano de su esposo.

Con el paso del tiempo se habían vuelto borrosas, pero estaban allí. Y eran reales. Si había logrado almacenar tantos recuerdos de su madre en su memoria, también podría recuperarlos. Tal vez entonces comenzaría a entender y decidiría qué debía hacer.

Al oír ruido de pasos levantó la mirada y vio un hombre con una gorra que le ocultaba los ojos. Caminaba con paso resuelto.

Otra escena largo tiempo olvidada surgió en su mente. Se vio como una niña que corría por el sendero, con el pelo al viento, riendo y saltando mientras él extendía los brazos para recibirla, alzarla en el aire y luego estrecharla.

Parpadeó para alejar la imagen y detener las lágrimas que pugnaban por aflorar a sus ojos. Él no sonrió, y Jo comprendió que, por más que se empeñara en negarlo, veía en ella a Annabelle.

Jo levantó el mentón y lo miró a los ojos.

—¡Hola, papá!

—Jo Ellen. —Se detuvo a treinta centímetros de distancia y la observó. Kate tenía razón. Estaba pálida, parecía enferma. Como no sabía cómo acariciarla, prefirió creer que de todos modos a ella no le gustaría que lo hiciera. Hundió las manos en los

bolsillos—. Kate me anunció que habías vuelto.

—Llegué en el transbordador de la mañana —explicó ella, aunque sabía que la información era innecesaria.

Permanecieron en silencio unos minutos, más incómodos que si fueran unos desconocidos.

—¿Tienes problemas? —preguntó Sam.

—Sólo he decidido tomarme unas vacaciones.

—Estás demacrada.

—Últimamente he trabajado demasiado.

Con el entrecejo fruncido, el hombre miró la cámara que colgaba del cuello de Jo.

—Pues no parece que estés de vacaciones.

Con expresión ausente, la joven acarició la cámara.

—Es difícil desprenderse de las viejas costumbres.

—Es cierto. —Respiró hondo—. Hoy hay una luz preciosa y las olas son grandes. Creo que sería una fotografía bonita.

—Iré a verlo. Gracias.

—Te aconsejo que la próxima vez te pongas un sombrero. Es probable que el sol te queme.

—Sí, tienes razón. Lo recordaré.

A él no se le ocurrió nada más que decir, de manera que inclinó la cabeza a modo de saludo y siguió subiendo por el sendero.

—Cuidado con el sol.

—Lo tendré. —Jo se volvió con rapidez y echó a andar como aturdida porque en su padre acababa de oler la isla, ese perfume misterioso que le destrozaba el corazón.

A kilómetros de distancia, bajo la luz roja del cuarto oscuro, introdujo el papel en una bandeja de líquido de revelado. Le gustaba recrear un momento tan lejano, ver cómo cobraba forma, sombra tras sombra, línea tras línea.

Ya casi había terminado la primera fase y quería gozarla, sacar de ella todo el placer posible antes de seguir adelante.

Por fin había conseguido que regresara a Sanctuary. Dejó escapar una risita al pensarlo. De momento todo estaba saliendo como lo había planeado. Era allí donde la quería; de lo contrario, habría acabado con ella antes.

Todo debía ser perfecto. Él conocía la belleza de la perfección y la satisfacción que proporcionaba trabajar con cuidado para crearla. No Annabelle, sino su hija; un círculo perfecto que se cerraba. Ella sería su triunfo, su obra maestra.

Reclamarla, tomarla, matarla.

Cada etapa del proceso debía ser captada en fotografías. ¡Ah, cómo apreciaría eso Jo! Estaba impaciente por explicárselo todo, a ella, la única persona capaz de comprender su ambición y su arte.

La obra de Jo le atraía y la comprendía hasta el punto de que se sentía como un amigo íntimo de la artista. Y llegarían a ser aún más íntimos.

Sonriendo, sacó el papel de la bandeja con el revelador y lo levantó para colocarlo en el fijador. Comprobó la temperatura del líquido y esperó con paciencia antes de encender la luz blanca para examinar la fotografía.

Una belleza, una verdadera belleza. Una hermosa composición. Iluminación espectacular... un halo tan perfecto sobre el pelo, sombras adecuadas para perfilar el cuerpo y destacar el tono de la piel.

Cuando la fotografía estuvo completamente fijada, la sacó de la bandeja y la colocó

bajo el agua corriente para lavarla. Ahora podía permitirse soñar con lo que vendría.

Se sentía más cerca que nunca de ella, a quien quedaba ligado por las fotografías que reflejaban la vida de ambos. Ansiaba enviarle la siguiente, pero debía elegir el momento con sumo cuidado.

A su lado, sobre la mesa de trabajo, había un diario abierto cuyo texto aparecía desteñido por el tiempo.

El momento decisivo es la meta de mi trabajo. Captar ese evento corto y pasajero donde todos los elementos, toda la dinámica de un tema, alcanzan el clímax. ¿Qué momento más decisivo puede haber que el de la muerte? ¿Y qué control mayor puede ejercer el fotógrafo sobre ese momento, sobre la posibilidad de captarlo en la película, que planear, escenificar y provocar esa muerte? Ese único acto une al sujeto y al artista, los convierte en parte del arte y de la imagen creada.

Dado que sólo mataré a una mujer, que sólo manipularé un momento decisivo, la he elegido con gran cuidado.

Se llama Annabelle.

Con un suspiro, colgó la fotografía para que se secara y encendió la luz blanca para estudiarla mejor.

—Annabelle —murmuró—, tan hermosa. Y tu hija es tu viva imagen.

Dejó allí a Annabelle y salió para ultimar los preparativos de su viaje a Desire.

## 5

El transbordador cruzó el estrecho de Pelican hacia el este, hacia Lost Desire. Nathan Delaney se hallaba en la borda de proa como entonces, cuando tenía diez años. No era la misma embarcación, él ya no era un chiquillo, pero quería recrear lo mejor posible el momento.

La brisa era fresca, y su olor, misterioso. En su primer viaje a la isla hacía más calor; era lógico, pues entonces estaban a fines de mayo y ahora mediaba abril.

Nos acercamos, pensó mientras recordaba cómo él, sus padres y su hermano menor se habían arracimado junto a la barandilla de proa ansiosos por ver Desire, donde pasarían las vacaciones.

Apreciaba pocas diferencias. En la isla se alzaban los robles majestuosos, envueltos en musgos que parecían encajes, las palmeras y los magnolios de hojas brillantes, que aún no habían florecido.

¿Estaban en flor cuando efectuó su primer viaje? un muchachito hambriento de aventuras no prestaba atención a las flores.

Levantó los binoculares que le colgaban del cuello. En aquella mañana lejana su padre le había enseñado a trocarlos para vislumbrar el vuelo veloz del pájaro carpintero. Sin embargo, enseguida se inició la acostumbrada discusión porque Kyle se los pidió y Nathan se negó a dejárselos.

Recordó que su madre se reía de ellos mientras su padre hacía cosquillas a Kyle para distraerlo. Nathan recordaba bien la escena: una mujer hermosa con el pelo al viento, los ojos brillantes por el entusiasmo; dos chicos fuertes que se peleaban y un hombre alto y moreno, de piernas largas y cuerpo delgado.

Soy el único que queda, pensó Nathan. Había heredado la complexión de su padre, y el chico regordete se había convertido en un hombre de largas piernas y caderas estrechas. Su rostro también recordaba al de su padre en las mejillas hundidas y en el gris oscuro de los ojos. En cambio tenía la boca de su madre y, como ella, el cabello castaño con vetas doradas y rojas; su padre decía que era como el color de la caoba bien pulida.

Se apartó de los ojos los binoculares para observar cómo la isla cobraba forma. Distinguía el toque de color de las flores silvestres, algunas cabañas diseminadas, así como caminos rectos o zigzagueantes y el relámpago de un arroyo que desaparecía entre los árboles. Añadían misterio a la escena las oscuras sombras del bosque donde en un tiempo habitaron caballos y cerdos salvajes, el resplandor de los pantanos y los pastos dorados y verdes iluminados por el amanecer.

El lugar aparecía brumoso a causa de la distancia, como si fuera un sueño.

Después vislumbró una mancha blanca en una colina, el veloz parpadeo que producía el sol al reflejarse en el vidrio. Sanctuary, pensó, y no dejó de mirarlo hasta que el transbordador viró hacia el muelle y la casa se perdió de vista.

Nathan se alejó de la borda y se encaminó hacia su todoterreno. Cuando se sentó dentro, con el sonido de las máquinas de la embarcación como única compañía, se preguntó si estaría loco al haber vuelto allí para explorar el pasado y, de alguna manera, repetirlo.

Se había marchado de Nueva York con todo lo que le importaba en el coche. Su

equipaje era sorprendentemente escaso, pues nunca había necesitado rodearse de objetos. Gracias a ello su divorcio, ocurrido dos años antes, no acarreó complicaciones adicionales. Maureen era una coleccionista, y se ahorraron tiempo y disgustos cuando él le propuso que se quedara con todo lo que tenían en el apartamento del West Side. Por supuesto, ella le había tomado la palabra y le había dejado tan sólo la ropa y un colchón.

Cerrado ya ese capítulo de su vida, durante los dos años siguientes Nathan se dedicó por entero a su trabajo. Diseñar edificios no sólo era su profesión, sino también su pasión. Viajó, estudió lugares y trabajó en cualquier parte donde pudiera instalar su mesa de dibujo y su ordenador. Analizó diversos edificios, exploró el arte que había en ellos, desde las grandes catedrales de Italia y Francia hasta las viviendas vacías del sudoeste de Estados Unidos. En definitiva, fue libre.

Más tarde perdió a sus padres de una manera repentina, y se sintió perdido. Se preguntaba por qué creía que encontraría los pedazos en Desire.

Había decidido que permanecería allí por lo menos seis meses. Consideraba una buena señal el hecho de haber podido alquilar la misma cabaña donde se había alojado ese verano con sus padres. Sabía que escucharía el eco de sus voces, esta vez con oídos de hombre. Vería sus fantasmas con los ojos de un hombre. Y regresaría a Sanctuary con el propósito de un hombre.

¿Le recordarían los hijos de Annabelle?

Pronto lo descubriré, se dijo cuando el transbordador ancló en el muelle.

Observó cómo retiraban las cuñas de las ruedas del vehículo que lo precedía. Una familia de cinco, observó, y por los enseres que llevaban supuso que acamparían en los terrenos habitados para tal fin en la isla. Meneó la cabeza mientras se preguntaba cómo podía alguien pasar las vacaciones en una tienda de campaña, durmiendo en el suelo.

La luz disminuyó cuando el cielo se cubrió de nubes, y con el entrecejo fruncido observó que avanzaban con rapidez desde el este. Sabía que en las islas las tormentas se desataban con rapidez. La última vez que estuvieron allí diluvió durante tres días seguidos, durante los cuales él y Kyle, aburridos y sin poder salir, se pelearon como dos lobeznos. Sonrió al recordarlo y se preguntó cómo habría podido soportarlo su madre.

Bajó del transbordador y enfíló el camino lleno de baches que se alejaba del muelle. Como llevaba las ventanillas abiertas, oía el alegre rock and roll que sonaba en el vehículo que lo precedía. La familia que se prepara para acampar, pensó, ya se divierte, sin importarle que llueva. Decidió seguir su ejemplo y disfrutar de la mañana.

Tendría que visitar Sanctuary, por supuesto, pero lo haría como arquitecto. Recordaba que era un magnífico ejemplo del estilo colonial: amplias galerías, imponentes columnas, ventanas altas y estrechas. Ya de pequeño le había interesado lo suficiente para fijarse en esos detalles. Las gárgolas, recordó, conferían a la casa un toque personal en lugar de desvirtuar su estilo. Él había asustado a Kyle diciéndole que de noche cobraban vida y rondaban por los alrededores. Había además un torreón con un mirador alrededor, balcones con vistosas barandas de hierro o piedra, chimeneas de piedra procedente de tierra firme.

Evocó la visita al ahumadero, que en aquella época todavía estaba en uso, y las habitaciones para los esclavos, reducidas a ruinas, donde él y Kyle habían encontrado una serpiente de cascabel enroscada en un rincón oscuro.

Habían visto ciervos en los bosques y caimanes en los pantanos; los susurros de los piratas y los fantasmas llenaban el aire. Era un lugar espléndido para las grandes aventuras y también para los secretos.

Pasó por los pantanos occidentales, con sus pequeñas islas de árboles. El viento que acababa de levantarse agitaba y arrancaba susurros a la hierba. En la orilla descansaban dos garzas reales, cuyas largas patas parecían zancos en el agua poco profunda.

Después apareció el bosque, exuberante y exótico. Redujo la velocidad para que el vehículo que lo precedía se perdiera en la distancia. Percibía la quietud y los oscuros secretos que se ocultaban allí. El corazón empezó a latirle deprisa. Había viajado hasta allí para enfrentarse a algo, diseccionarlo y, con el tiempo, tal vez comprenderlo.

Las sombras eran espesas y el musgo colgaba de los árboles como telas de arañas monstruosas. Para ponerse a prueba, apagó el motor. No oía nada salvo los latidos de su corazón y el rumor del viento.

Fantasmas, pensó. Tendría que buscarlos allí. Cuando los encontrara, ¿qué haría? ¿Los dejaría allí donde vagaban, noche tras noche, o continuarían acosándolo, murmurándole en sueños?

¿Vería el rostro de su madre o el de Annabelle? ¿Y cuál de los dos gritaría más fuerte?

Exhaló una gran bocanada de aire y de pronto se sorprendió buscando un cigarrillo aunque hacía un año que había dejado de fumar. Enojado, hizo girar la llave del arranque pero sólo obtuvo por respuesta un ruido sordo. Apretó el acelerador para que entrara gasolina en el carburador y volvió a hacer girar la llave, con idéntico resultado.

—¡Mierda! —murmuró—. Esto sí es perfecto.

Se reclinó en el asiento y empezó a tamborilear con los dedos sobre el volante. Tendría que bajarse, levantar el capó y examinar el motor. Sabía qué vería; cables, tubos y gomas. Merecía quedarse clavado en un camino desierto por haberse dejado convencer y comprar el coche de segunda mano de un amigo.

Resignado, se apeó y abrió el capó. Sí, pensó, lo que suponía. Un motor. Se inclinó y, mientras lo manipulaba, le cayó la primera gota en la espalda.

—Esto es aún más perfecto. —Hundió las manos en los bolsillos de los téjanos y frunció el entrecejo mientras la lluvia le mojaba la cabeza.

Debía haber sospechado que algo no andaba bien cuando su amigo le entregó por el mismo precio una caja de herramientas. Por un instante consideró la posibilidad de sacarlas y emprenderla a golpes con el motor. No creía que diera resultado, pero por lo menos se desahogaría.

Retrocedió y quedó petrificado cuando el fantasma salió de las sombras del bosque y lo miró.

Annabelle.

El nombre resonó en su cerebro. Ella lo observaba, de pie bajo la lluvia, inmóvil con la cabellera pelirroja húmeda y enredada; sus grandes ojos azules reflejaban serenidad y tristeza. Nathan notó que le flaqueaban las piernas y apoyó una mano sobre el guardabarros.

La mujer se echó hacia atrás el pelo mojado y se acercó a él. En ese momento Nathan comprobó que no era un fantasma. No era Annabelle, sino su hija; estaba seguro. Soltó el aire que había contenido y se le apaciguó el corazón.

—¿Problemas con el motor? —preguntó Jo con tono desenfadado. Al advertir la forma en que la miraba el hombre deseó haber permanecido al abrigo de los árboles y dejar que se las arreglara solo—. Supongo que no está aquí, con este aguacero, para contemplar el paisaje.

—No. —Le alegró que su voz sonara normal. De todos modos, si hubiera delatado cierto nerviosismo, la situación en que se encontraba habría bastado para justificarlo—. No consigo ponerlo en marcha.

—Bueno, eso es un problema. —El individuo le resultaba vagamente familiar. Tenía un rostro agradable y masculino, los ojos interesantes, de mirada directa. Si hubiese sido aficionada a los retratos, no habría dudado en fotografiarlo—. ¿Ha descubierto qué falla?

Su voz, muy dulce, con acento sureño, lo ayudó a relajarse.

—He conseguido encontrar el motor —bromeó—. Está justo donde sospechaba.

—Estupendo. ¿Y ahora qué?

—Trato de decidir cuánto tiempo debo mirarlo simulando que entiendo de mecánica antes de subir al coche para guarecerme de la lluvia.

—¿No sabe arreglarlo? —preguntó ella con sorpresa.

—No. También uso zapatos e ignoro cómo se tiñe el cuero.

Cuando se disponía a cerrar el capó, Jo alzó una mano para impedirlo.

—Le echaré un vistazo.

—¿Es usted mecánico?

—No, pero tengo algunas nociones. —Lo apartó con el codo y revisó en primer lugar la conexión de la batería—. No veo nada averiado aquí, pero tendrá que vigilar la corrosión si piensa quedarse un tiempo en Desire.

—Me quedaré unos seis meses. —Se inclinó hacia el motor—. ¿Qué debo cuidar?

—Estas conexiones. La humedad de la isla les perjudica. ¿Le importaría apartarse un poco?

—Perdone. —Nathan retrocedió unos pasos. Era evidente que no lo recordaba y decidió simular que él tampoco la conocía—. ¿Vive en la isla?

—Ya no.

Jo se colocó la cámara sobre la espalda para no golpear con ella el vehículo.

Nate se fijó en la máquina. Era una Nikon. Compacta, silenciosa y más resistente que otros modelos, solían elegirla los profesionales. Su padre tenía una. Él también.

—¿Ha salido para hacer fotografías bajo la lluvia?

—Cuando salí no llovía —contestó ella—. Pronto tendrá que cambiar la correa del ventilador, pero ahora no es ése el problema. —Se enderezó mientras la lluvia caía sobre ella—. Suba al coche e intente ponerlo en marcha para que oiga cómo suena.

—Usted manda.

Jo sonrió al verlo entrar en el todoterreno. No cabe duda de que le he herido en su orgullo masculino, pensó. Inclino la cabeza al oír el quejido del motor, apretó los labios y examinó de nuevo bajo el capó.

—¡Arranque otra vez! —A continuación añadió en voz baja—: El carburador.

—¿Qué?

—El carburador —repitió mientras con el pulgar levantaba la tapa metálica—. Póngalo en marcha de nuevo. —Esa vez el motor volvió a la vida. Con una expresión satisfecha, cerró el capó y se acercó a la ventanilla del conductor—. Se pega y queda cerrado, eso es todo. Más vale que lo examine un mecánico. De todos modos, por el sonido del motor, creo que necesita una revisión. ¿Cuándo lo pusieron a punto por última vez?

—Lo compré hace quince días. Me lo vendió un amigo.

—¡Ah!, eso es un error. En fin, de momento le hará su servicio.

Antes de que se alejara, Nathan sacó el brazo por la ventanilla para cogerle la mano. Notó que era fina, larga, elegante y a un tiempo fuerte.

—Espere, la llevaré... Está diluviando y es lo menos que puedo hacer.

—No es necesario. Puedo...

—Tal vez tenga otra avería. —Le dedicó una sonrisa encantadora y persuasiva—. En ese caso, ¿quién me arreglará el carburador?

Jo consideró que era una tontería negarse, y una tontería aún mayor sentirse atrapada sólo porque le había cogido la mano. Se encogió de hombros.

—Está bien. —Se echó hacia atrás y se sintió aliviada cuando él la soltó de inmediato. Rodeó el todoterreno y se instaló empapada en el asiento del pasajero—.

Bueno, el interior está en buen estado.

—Mi amigo me conoce demasiado bien. —Nathan puso en marcha los limpiaparabrisas y miró a Jo—. ¿Adonde va?

—Suba por este camino y en el primer desvío doble a la derecha. Sanctuary no queda lejos; en fin, en Desire nada queda lejos.

—Estupendo. Yo también voy a Sanctuary.

—¿Ah, sí? —Dentro del coche el aire era espeso y pesado. El aguacero que borraba los árboles y ahogaba todos los sonidos, parecía aislarlos. Jo procuró disimular su turbación y lo miró directamente a los ojos—. ¿Se quedará en la casa grande?

—No; sólo voy a buscar las llaves de la cabaña que he alquilado.

—De modo que se quedará seis meses. —Se tranquilizó cuando él empezó a conducir, libre por fin del escrutinio de sus intensos ojos grises—. Serán unas largas vacaciones.

—De hecho trabajaré aquí. Sólo quería cambiar de aires.

—Desire queda lejos de su hogar —comentó Jo, que sonrió cuando él la miró—. Los de Georgia reconocemos a un yanqui de inmediato, no sólo por el

acento, sino también por la forma de moverse. —Se echó hacia atrás el pelo mojado. Si hubiera vuelto caminando, pensó Jo, no habría tenido que buscar temas de conversación. Con todo, hablar era mejor que soportar un silencio embarazoso—. ¿No habrá alquilado la cabaña Little Desire, la que está junto al río?

—¿Cómo lo sabe?

—¡Ah! Aquí todo el mundo se entera de todo. Además mi familia es la propietaria de las cabañas, así como de la posada y el restaurante, y ayer mismo me asignaron Little Desire, adonde tuve que llevar las sábanas y toallas para el yanqui que se alojará en ella durante seis meses.

—De manera que, además de mi mecánico, es usted mi ama de llaves. Soy un hombre afortunado. ¿A quién debo llamar si se obstruyen las cañerías?

—En ese caso, encontrará un desatascador en el armario. Si necesita instrucciones para usarlo, se las escribiré. Es aquí donde debe girar —avisó.

Nathan dobló a la derecha y comenzó a ascender por el camino.

—Probaré de nuevo. Si me apetece preparar un par de bistecs, enfriar una botella de vino e invitarla a comer, ¿a quién debo llamar?

—Tendrá mejor suerte con mi hermana. Se llama Alexa.

—¿También arregla carburadores?

Jo dejó escapar una carcajada y meneó la cabeza.

—No, pero es muy bonita y le encanta recibir invitaciones de hombres.

—¿Y a usted no?

—Digamos que soy más selectiva que Lexy.

—¡Ay! —Nathan lanzó un silbido y se llevó una mano al corazón—. Ha dado en el blanco.

—Sólo trato de ahorrarnos tiempo a los dos. Allí está Sanctuary —murmuró.

Nathan divisó la casa a través de la cortina de lluvia. Era antigua y magnífica, tan elegante como una belleza sureña vestida para recibir visitas. Decididamente femenina, pensó Nate, con esas líneas fluidas y de un blanco virginal. Altas ventanas con arcos y barandillas de hierro forjado adornaban los balcones, donde las flores surgían de maceteros de arcilla. En los espléndidos jardines, bajo el peso de la lluvia, las flores se inclinaban a los pies del edificio como hadas.

—¡Maravilloso! —murmuró Nathan—. Los elementos que se han añadido armonizan con la estructura original, la acentúan en lugar de modernizarla. Es una combinación maestra de estilos, clásicamente sureña sin respetar los cánones. No podría



ser más perfecta si la isla hubiese sido diseñada para esta casa, en lugar de la casa para la isla.

Al detener el vehículo al pie del camino de entrada se percató de que Jo lo miraba con curiosidad.

—Soy arquitecto —explicó—. Los edificios como éste me fascinan.

—Bueno, entonces supongo que querrá verlo por dentro.

—Me encantaría. Además quedaría en deuda con usted y por lo menos podría invitarla a comer un bistec en mi cabaña.

—La visita le resultará más interesante si es mi prima Kate quien le muestra la casa. Es una Pendleton —replicó Jo mientras abría la portezuela—. Heredamos Sanctuary a través de los Pendleton. Nadie la conoce mejor que ella. Entre. Podrá secarse un poco y recoger las llaves.

Se apresuró a subir por los escalones, se detuvo en el porche para menear la cabeza y sacudirse el agua del pelo mientras él se acercaba.

—¡Caramba, menuda puerta! —Nathan acarició la madera tallada con actitud reverente. Es extraño que la haya olvidado, pensó. Bueno, no tanto, porque siempre entraba corriendo por la puerta posterior.

—Caoba de Honduras —explicó Jo—, importada a principios del siglo XVIII, mucho antes de que a nadie se le ocurriera desmontar los bosques. Realmente es una belleza. —Accionó la pesada manija de bronce y entraron a Sanctuary—. El suelo es de pino —añadió mientras recordaba a su madre encerándolo con paciencia—, al igual que la escalera principal, cuyas barandas son de roble tallado y se construyeron aquí, en Desire, en la época en que era una plantación especializada sobre todo en el cultivo del algodón. La araña es más reciente; la compró en Francia la esposa de Stewart Pendleton, el magnate naviero que reconstruyó el edificio principal y le agregó las alas. Muchos muebles se perdieron durante la guerra de Secesión, pero Stewart y su mujer viajaban mucho y adquirieron antigüedades que les gustaban y consideraron quedarían bien aquí.

—Tenían buen ojo —comentó Nathan mientras contemplaba las escaleras del amplio vestíbulo y su brillante araña de cristal.

—Y un bolsillo bien lleno —agregó Jo al tiempo que se detenía para permitir que Nathan vagara a su antojo.

Las paredes estaban pintadas de amarillo pálido y suave para que proporcionaran una impresión de frescor durante las tardes calurosas del verano. Unas molduras de madera tallada enmarcaban el techo.

Los muebles eran pesados y grandes. Un par de sillones estilo Jorge II flanqueaban una mesa hexagonal sobre la que había una alta urna de bronce llena de lilas de exquisito perfume.

Aunque no le interesaban las antigüedades, Nathan solía observar con atención todos los aspectos de los edificios, incluido su contenido. Admiró todos los detalles de la decoración y el mobiliario. La mezcla de estilos se le antojó realmente inspirada.

—¡Increíble! —Con las manos en los bolsillos traseros, se volvió hacia Jo—. Supongo que debe de ser maravilloso vivir aquí.

—En efecto —concedió ella con sequedad y cierta amargura. Él arqueó una ceja en un gesto inquisitivo—. Los registros se hacen en aquella sala —indicó.

Se encaminó hacia el pasillo y entró en la primera habitación a la derecha. Observó que alguien había encendido la chimenea, posiblemente con el propósito de crear un ambiente acogedor en ese día lluvioso para los huéspedes que decidieran acudir allí.

Se acercó al escritorio Chippendale y abrió el cajón superior, donde revisó los papeles en busca de los contratos de alquiler de las cabañas. Arriba, en el ala de la familia, había una oficina con un archivo y un ordenador que Kate aún no dominaba.

Sin embargo no deseaban entretener a los clientes con trámites tan ordinarios.

—Cabaña Little Desire —dijo Jo tras coger el contrato. Observó que ya contaba con el sello que indicaba que se había recibido el depósito y que estaba firmado por Kate y Nathan Delaney.

Jo lo dejó sobre el escritorio y abrió otro cajón para sacar unas llaves colgadas de un aro con el nombre de la cabaña.

—Ésta abre tanto la puerta principal como la posterior, y la más pequeña es la del cuarto trastero que hay debajo de la cabaña. Yo en su lugar no guardaría allí nada importante. Estando tan cerca del río las inundaciones son frecuentes.

—Lo tendré en cuenta.

—Ayer me encargué de instalar el teléfono. Todas las llamadas se cargarán a su cuenta mensual. —Abrió otro cajón del que sacó una carpeta—. Aquí encontrará la información habitual: los horarios del transbordador, cómo alquilar aparejos de pesca o de navegación, si lo desea... También contiene un folleto donde se describen la isla, su historia, flora y fauna. ¿Por qué me mira así? —preguntó de repente.

—Tiene unos ojos preciosos. Es difícil no mirarlos.

Jo le entregó la carpeta.

—Le conviene más mirar lo que hay ahí dentro.

—Está bien. —Nathan la abrió y comenzó a hojear su contenido—. ¿Siempre está usted tan nerviosa o se lo provooco yo?

—No soy nerviosa, sino impaciente. No todos estamos de vacaciones. ¿Se le ocurre alguna pregunta... que se refiera a la cabaña o a la isla?

—De momento no.

—Dentro de la carpeta encontrará las indicaciones necesarias para llegar a la cabaña. Si me hace el favor de firmar el contrato para confirmar que ha recibido las llaves y la información...

Nathan sonrió, sorprendido por la rapidez con que esa mujer olvidaba la típica hospitalidad sureña.

—De acuerdo —dijo al tiempo que tomaba el bolígrafo que le ofrecía.

—El desayuno, la comida y la cena se sirven en el comedor de la posada. Los horarios también figuran en la carpeta. Si le apetece organizar un picnic, se le proporcionará una cesta con la comida necesaria.

Nathan disfrutaba oyendo su voz y aspirando su aroma; olía a lluvia.

—¿Le gustan los picnics? —preguntó.

Ella lanzó un profundo suspiro, le arrebató el bolígrafo de la mano y firmó debajo de la rúbrica del hombre.

—Pierde el tiempo flirteando conmigo, señor Delaney. Simplemente no me interesa.

—Cualquier mujer sensata sabe que una declaración como ésa sólo representa un desafío. —Se inclinó para leer su firma.

—Jo Ellen Hathaway —informó ella con la esperanza de que se marchara cuanto antes.

—Me alegro de que me haya rescatado, Jo Ellen. —Le tendió la mano, divertido al ver que ella vacilaba antes de estrechársela.

—Pida a Zeke Fitzsimmons que le revise el todoterreno. Se lo dejará en perfectas condiciones. Le deseo que disfrute de su estancia en Desire.

—Ya ha comenzado mejor de lo que esperaba.

—Entonces no debía de esperar gran cosa. —Retiró la mano y se encaminó hacia la puerta principal—. Ya ha dejado de llover —comentó mientras entraban el aire húmedo y la neblina—. No creo que le resulte difícil encontrar la cabaña.

—No. —Recordaba muy bien el camino—. Estoy seguro de que la encontraré.

Volveremos a vernos, Jo Ellen. —Tendré que verla, pensó, por varios motivos.

Ella inclinó la cabeza y cerró la puerta mientras él permanecía inmóvil en el porche, reflexionando.

## 6

El tercer día en Desire, Nathan despertó presa del pánico. El corazón le latía deprisa, le costaba respirar y tenía el cuerpo cubierto de sudor. Se incorporó en la cama, con los puños cerrados, y recorrió con la mirada las sombras de la habitación.

La débil luz del sol se filtraba por las persianas y dibujaba una jaula sobre la fina alfombra gris.

Diversas imágenes desfilaron por su mente; árboles iluminados por la luna, jirones de niebla, el cuerpo desnudo de una mujer con el pelo oscuro extendido, los ojos muy abiertos, vidriosos.

Fantasmas, se dijo mientras se frotaba los párpados. Los esperaba. Se aferraban a Desire como el musgo a los árboles.

Se levantó y, como un chico que juega a avanzar sin pisar las hendiduras entre las baldosas, caminó por las líneas de sol en dirección al cuarto de baño. Tras correr la alegre cortina rayada, tomó una ducha de agua caliente e imaginó el pánico como una neblina oscura que giraba antes de desaparecer en la rejilla.

Se secó mientras el vapor lo envolvía. Se puso una vieja camiseta y unos pantalones cortos de gimnasia; después, sin afeitarse y con el pelo caído sobre la cara, se encaminó hacia la cocina para calentar agua y prepararse un café instantáneo. Frunció el entrecejo al ver el cazo y el colador que proporcionaban los dueños de la cabaña. En ese momento habría pagado mil dólares por una cafetera. Colocó el cazo en el fogón de una cocina que tenía más años que él y se dirigió a la sala para oír las noticias en la radio. Despotricó al encenderla.

Ni una cafetera ni una televisión decentes, se quejó mientras trataba de sintonizar uno de los tres canales disponibles. Recordó que Kyle y él siempre protestaban por el aparato con que contaban en la cabaña.

«¿Qué podemos ver en este aparato? ¡Es una porquería!», exclamaban.

«No habéis venido aquí para estar todo el santo día con la nariz pegada a la pantalla», replicaba su madre.

Tuvo la impresión de que los colores eran distintos. Creía recordar que el tapizado de los sillones y el sofá era de un tono pastel, en lugar de la tela de figuras geométricas de colores verde, azul y amarillo chillones que ahora los cubría.

El ventilador del techo solía chirriar, y había tenido que engrasarlo; ahora sólo se oía el suave siseo de las paletas.

La larga mesa de comedor era la misma; él y su familia se reunían alrededor de ella para comer, jugar y armar rompecabezas. Él y Kyle eran los encargados de quitarla después de las comidas, y algunas mañanas su padre permanecía sentado ante ella con una taza de café.

Su padre enseñó a él y a Kyle a atrapar luciérnagas con un frasco con la tapa agujereada. La noche fue cálida, la caza vertiginosa. Después Nathan colocó el bote junto a su cama y observó, hasta quedar dormido, cómo los animales parpadeaban y se iluminaban.

A la mañana siguiente todas las luciérnagas que había capturado habían muerto, asfixiadas, porque el libro que había dejado sobre la tapa impidió que el aire penetrara por los orificios. No recordaba haber puesto allí ese gastado ejemplar de *Johnny*

*Tremaine*. Al ver los insectos muertos se sintió apenado y culpable, de manera que salió de la cabaña y los arrojó al río.

Ese verano no cazó más luciérnagas. Irritado al evocar ese episodio, se alejó del televisor y volvió a la cocina, donde vertió en una taza un chorro de agua hirviendo y una cucharada de café. Salió con ella al porche, protegido por una reja de alambre, para contemplar el río.

Era lógico que los recuerdos surgieran ahora que se encontraba allí. Precisamente había ido por eso, para rememorar ese verano, paso a paso, día por día, así como para decidir qué debía hacer con respecto a los Hathaway. Bebió un sorbo de café e hizo una mueca de desagrado al percibir su sabor amargo, pero como había descubierto que gran parte de la vida era amarga, volvió a beber. Jo Ellen Hathaway. La recordaba como una chica flaca, que solía llevar una coleta casi siempre medio deshecha y tenía un carácter irritable. A los diez años no le interesaban demasiado las chicas, de manera que apenas si le había prestado atención. Sencillamente era una de las hermanas menores de Brian.

Y lo sigue siendo, pensó, y continúa tan delgada. Y por lo visto su genio no ha mejorado. En cambio, la cola de caballo había desaparecido. Decidió que el pelo corto se ajustaba más a la personalidad de Jo, aunque no resaltara la belleza de su rostro. Además lo llevaba descuidado, como si se negara a seguir los dictados de la moda. El color de su cabello semejava al pelaje de un ciervo salvaje.

Se preguntó a qué obedecerían su palidez y el aspecto de cansancio que ofrecía. No parecía la clase de mujer que se siente destrozada por un fracaso sentimental. En todo caso, algo la hacía sufrir. Sus ojos rebosaban de pena y secretos.

Ahí radica el problema, se dijo Nathan, pues sentía debilidad por las mujeres de mirada triste.

Será mejor que te resistas, se dijo. Preguntarse qué sucedía detrás de esos ojos grandes y tristes le impediría cumplir con sus propósitos. Lo que necesitaba era tiempo y objetividad antes de dar el paso siguiente.

Mientras bebía otro trago de café decidió que se vestiría y caminaría hacia Sanctuary para desayunar. Había llegado el momento de volver, observar y planear; de agitar nuevos fantasmas.

Sin embargo le apetecía quedarse allí, mirar a través del delgado alambre, sentir el aire húmedo, observar cómo el sol absorbía con lentitud la humedad perlada del suelo y rozaba el río como las alas de un hada.

Si aguzaba el oído percibía el ruido del mar, su continuo retumbar. Identificaba sonidos más cercanos, como el canto de las aves, el monótono golpeteo del pico de un pájaro carpintero que trataba de cazar insectos en algún lugar sombrío del bosque. El rocío brillaba como trozos de vidrio sobre las hojas de las palmeras y no había viento que las moviera. Quien eligió este lugar para la cabaña tenía buen criterio, pensó. Era un canto a la soledad, ofrecía un excelente paisaje e intimidad. La estructura de la vivienda era sencilla y funcional: una caja de cedro colocada sobre pilotes, con un porche amplio protegido por una pantalla de alambre y una terraza estrecha abierta al este. Dentro el techo se inclinaba para proporcionar una sensación de espacio. En cada extremo había dos dormitorios y un baño.

El y Kyle dormían en habitaciones separadas. Como era el mayor, reclamó la más grande. La cama de matrimonio lo hacía sentir adulto y superior. En la puerta colgó un cartel que rezaba: POR FAVOR, LLAME ANTES DE ENTRAR.

Le gustaba quedarse levantado hasta tarde para leer, reflexionar y oír el murmullo de las voces de sus padres y el de la radio. Le encantaba escuchar sus risas. La risita pronta de su madre, la carcajada profunda de su padre, que parecía surgir de la boca del estómago. Eran sonidos familiares en su infancia. Le dolía pensar que nunca volvería a

escucharlos.

Un movimiento le llamó la atención. Volvió la cabeza y, donde esperaba encontrar un ciervo, vio un hombre que se deslizaba como la neblina por la orilla del río. Era alto y delgado, de pelo oscuro y corto.

Al notar que se le secaba la garganta, Nathan se obligó a beber un trago de café sin dejar de observar al individuo que se acercaba. De pronto el sol le iluminó la cara.

No era Sam Hathaway. Nathan sonrió al reconocer a Brian. Después de veinte años ambos se habían convertido en hombres.

Brian levantó la mirada, entornó los ojos y escrutó la figura que se hallaba detrás del alambre. Había olvidado que la cabaña estaba alquilada; así pues, a partir de entonces tendría que pasear por la orilla opuesta del río. Consideró oportuno intentar entablar conversación.

—¡Buenos días! —saludó al tiempo que levantaba la mano—. No pretendía molestarle.

—No me molesta. Sólo estaba tomando un pésimo café y mirando el río.

El yanqui, recordó Brian. Un alquiler de seis meses. Recordó que Kate le había aconsejado que se mostrase amable.

—Es un lugar muy agradable. —Brian hundió las manos en los bolsillos con cierta rabia al verse obligado a prescindir de esos momentos de soledad—. ¿Ya se ha instalado?

—Sí. —Nathan vaciló antes de preguntar—: ¿Todavía sigue tratando de cazar el *Semental Fantasma*?

Brian parpadeó e inclinó la cabeza. El *Semental Fantasma* formaba parte de una leyenda que se remontaba a los días en que los caballos salvajes moraban en la isla. Se decía que el más grande, un semental negro increíblemente veloz, recorría los bosques. Quien lo apresara, montara y cabalgara vería cumplidos todos sus deseos. Durante la infancia, la mayor ambición de Brian había sido apresar y montar el *Semental Fantasma*.

—Me mantengo alerta por si lo encuentro —murmuró Brian al tiempo que se acercaba—. ¿Nos conocemos?

—Acampamos juntos una noche, en la orilla opuesta del río, en una tienda llena de parches. Teníamos una sogá, un par de linternas y un paquete de Fritos. Recuerdo que por un momento nos pareció oír a un animal galopar y un relincho agudo y salvaje. —Nathan sonrió—. Tal vez lo oímos.

Brian abrió los ojos como platos.

—¿Nate? ¿Nate Delaney? ¡Hijo de puta!

La puerta crujió cuando Nate la abrió.

—Entra, Bri. Te prepararé una taza de café imbebible.

Brian subió por la escalera sonriente.

—Deberías haberme avisado que venías, que habías llegado. —Brian tendió la mano para estrechar la de Nathan—. Mi prima Kate se encarga de las cabañas. ¡Caramba, Nate! Pareces un vagabundo.

Nathan se pasó la mano por la barba sin afeitarse.

—Estoy de vacaciones.

—¡Menuda sorpresa! ¡Nate Delaney! —Brian meneó la cabeza—. ¿Qué diablos has hecho durante todos estos años? ¿Cómo está Kyle? ¿Cómo están tus padres?

La sonrisa de Nathan se borró.

—Ya te lo contaré. —Al menos te explicaré una parte, agregó para sus adentros—. Primero te prepararé esa horrible taza de café.

—¡No, por favor! Ven a la casa. Te serviré un café decente, y algo para desayunar.

—Está bien. Espera a que me ponga un par de pantalones y unos zapatos.  
—Me cuesta creer que nuestro yanqui haya regresado —comentó Brian mientras Nathan entraba en la cabaña—. ¡Dios mío! Esto me hace retroceder muchos años.  
Nathan se volvió para mirarlo.  
—Sí, a mí también.

Unos minutos después, sentado al mostrador de la cocina de Sanctuary, Nathan aspiraba el aroma celestial del café y el tocino frito. Observó cómo Brian picaba con gran habilidad unos champiñones y unos pimientos para preparar una tortilla.

—Por lo visto se te da muy bien cocinar.  
—¿No has leído el folleto? El restaurante es de cinco estrellas. —Brian colocó una taza delante de Nathan—. Bebe.

Nathan tomó un trago y cerró los ojos con satisfacción.

—Desde hace dos días no pruebo nada más que arena y tal vez eso me haya estropeado el paladar, pero diría que éste es el mejor café que se ha preparado jamás en el mundo civilizado.

—No te quepa duda de que así es. ¿Por qué no viniste antes?

—Porque estaba aclimatándome. —Acostumbrándome a los fantasmas, por supuesto, pensó Nathan—. Sin embargo, ahora que he probado tu café, no faltaré nunca.

Brian echó las hortalizas picadas en una sartén para saltearlas y comenzó a rayar queso.

—Espera a saborear la tortilla. ¿A qué te dedicas tú? ¿Acaso eres un rico que puede permitirse el lujo de disfrutar de seis meses de vacaciones?

—He traído trabajo conmigo. Soy arquitecto. Mientras disponga de un ordenador y una mesa de dibujo, puedo trabajar en cualquier parte.

—Arquitecto. —Brian se inclinó sobre el mostrador sin dejar de batir los huevos—. ¿Eres bueno?

—Mis edificios están a la altura de tu café.

—¡Bueno! —Con una risita Brian se volvió hacia la cocina. Con la facilidad que aporta la experiencia, vertió los huevos, colocó el tocino sobre el papel para que desprendiera la grasa y observó los bizcochos que se cocían en el horno—. ¿Y qué tal le va a Kyle? ¿Se ha convertido en un hombre rico y famoso como quería?

Nathan se sintió como si le hubieran asestado una puñalada y en el corazón. Dejó la taza en el mostrador y esperó a que dejaran de temblarle las manos.

—En eso estaba. Ha muerto, Brian. Ocurrió hace un par de meses.

—¡Dios mío, Nathan! —Brian se volvió impresionado por la noticia—. Lo siento.

—Estaba en Europa. Hacía aproximadamente dos años que vivía allí. Estaba navegando por el Mediterráneo en un yate donde ofrecían una especie de fiesta. A Kyle le encantaban las fiestas —murmuró Nathan mientras se frotaba la sien—. La policía llegó a la conclusión de que debió de haber bebido demasiado y se cayó por la borda. Tal vez se golpeó la cabeza. El caso es que desapareció.

—Es muy duro. Lo lamento. —Brian removió el contenido de la sartén—. Perder a un familiar es como si nos arrancaran un trozo de nosotros mismos.

—Sí, así es. —Nathan respiró hondo antes de agregar—: Sucedió pocas semanas después de que murieran mis padres... En un choque de trenes en América del Sur. Papá tenía un contrato de trabajo, y desde que Kyle y yo ingresamos en la universidad mamá siempre viajaba con él. Decía que era como si disfrutaran de una prolongada luna de miel.

—¡Santo Dios, Nate! ¡No sé qué decir!

—No hay nada que decir. —Nate se encogió de hombros—. Al final todo se supera. Supongo que mamá se habría sentido perdida sin papá, y no sé cómo habrían reaccionado ambos ante la muerte de Kyle. Si piensas en que en todo lo que sucede existe un motivo, consigues salir del pozo.

—Sin embargo a veces los motivos son terribles —susurró Brian.

—Por lo general, lo son. En realidad no cambian nada. Me alegro de haber regresado y de verte.

—Nos divertimos mucho ese verano.

—Fue uno de los mejores de mi vida. —Nathan se esforzó por sonreír—. ¿Piensas servirme la tortilla, o quieres hacerte rogar?

—No es necesario que ruegues. —Brian colocó la comida en un plato—. Recuerda, cuando hayas acabado, que los aplausos me alientan.

Nathan tomó un tenedor y comenzó a comer.

—Bueno, ahora cuéntame las últimas aventuras de Brian Hathaway.

—Me temo que no hay mucho que contar. Dirigir la posada me absorbe la mayor parte del tiempo. Ahora recibimos huéspedes durante todo el año. Al parecer, cuanto más frenética es la vida fuera de la isla, mayor es el número de personas que desean huir de ella, por lo menos durante los fines de semana. Aquí los alojamos, los alimentamos y los entretenemos.

—Supongo que eso implica una actividad continua.

—Así sería, fuera de aquí. En la isla todo sigue un ritmo lento.

—¿Tienes mujer, hijos?

—No. ¿Y tú?

—Estuve casado —contestó Nathan con sequedad—, pero decidimos separarnos. No tuvimos hijos. ¿Sabes quién me recibió? Tu hermana Jo Ellen.

—¿En serio? —Brian se acercó con la cafetera para volver a llenar la taza de Nathan—. Llegó hace apenas una semana. Lex también está aquí. Somos una gran familia feliz.

Cuando Brian se volvió, Nathan arqueó las cejas sorprendido por el tono con que había pronunciado la última frase.

—¿Y tu padre?

—Sería imposible sacarlo de Desire aunque la dinamitáramos. Últimamente ni siquiera se desplaza a tierra firme para comprar. Ya lo verás vagando por la isla.

La puerta se abrió, y Lexy entró en la cocina.

—Tenemos un par de madrugadores que desean tomar café. —La muchacha se interrumpió al ver a Nathan. En un gesto automático se echó hacia atrás el cabello, ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa seductora—. Bueno, veo que tenemos compañía. —Se acercó para apoyarse contra el mostrador de tal modo que Nathan percibiera el aroma de Eternity, con el que acababa de perfumarse—. Si Brian le ha permitido adentrarse en sus dominios, debe de ser usted alguien especial.

Nathan miró a Lexy a los ojos y advirtió que eran perspicaces y observadores.

—Brian se ha apiadado de un viejo amigo —replicó Nathan.

—¿En serio? —Le gustaba el aspecto duro de ese hombre y gozaba con la aprobación masculina que se reflejaba en sus ojos—. Bueno, entonces preséntame a tu viejo amigo, Brian. Ignoraba que tuvieras alguno.

—Nathan Delaney —dijo Brian con tono cortante al tiempo que se aproximaba al fogón para tomar la segunda ronda de café recién preparado—. Lexy, mi hermana menor.

—Nathan. —La joven le tendió una mano con las uñas pintadas de un rojo chillón—. Brian todavía me considera una niña con trenzas.



—Es el privilegio de los hermanos mayores. —A Nathan le sorprendió que la mano de esa sirena fuese tan firme—. En realidad yo te recuerdo como una niña con trenzas.

—¿En serio? —Un poco desilusionada porque Nathan no le había retenido la mano, Lex se acodó en el mostrador y se inclinó hacia él—. No puedo creer que te haya olvidado. Por lo general recuerdo a todos los hombres atractivos que han entrado en mi vida.

—Por aquel entonces aún llevabas pañales —intervino Brian con tono sarcástico— y todavía no habías adoptado la pose típica de una mujer fatal. El plato especial del desayuno es tortilla de queso y champiñones —informó sin hacer caso de la mirada maligna que le dirigía su hermana menor.

Lexy consiguió contenerse y esbozó una sonrisa.

—Gracias, encanto —le replicó con un ronroneo mientras cogía la cafetera que él le ofrecía. Luego se volvió hacia Nathan pestañeando—. Espero que te sientas a gusto aquí. A Desire acuden muy pocos hombres interesantes.

En parte porque le parecía tonto privarse del placer y en parte porque sabía que Lex lo deseaba, Nathan observó cómo salía contoneando las caderas. A continuación se volvió hacia Brian con una lenta sonrisa.

—¡Cómo es tu hermana, Bri!

—Le convendría recibir unos buenos azotes. No tiene derecho a tratar así a un desconocido.

—Pues yo he disfrutado con su compañía. —Al ver que Brian se acaloraba, alzó una mano—. No te preocupes por mí, amigo. Esa clase de chicas sólo trae quebraderos de cabeza, y yo ya tengo bastantes. Te aseguro que miraré pero nunca tocaré.

—No es asunto mío —murmuró Brian—. Está decidida no sólo a buscar problemas, sino a encontrarlos.

—Las mujeres como ella por lo general saben salir de los líos en que se meten. —Se volvió al oír que la puerta se abría de nuevo. Esta vez fue Jo quien entró.

En cambio las mujeres como ésta, pensó Nathan, sortean las dificultades a base de puñetazos. Se preguntó por qué preferiría esa clase de mujeres y esa clase de métodos.

Al verlo Jo se detuvo y frunció el entrecejo un instante.

—Parece muy cómodo, señor Delaney.

—Es que así me siento, señorita Hathaway.

—Caramba, qué formalidad —comentó Brian mientras buscaba una taza limpia—, sobre todo teniendo en cuenta que una vez la empujaste al río y, cuando trataste de ayudarla, te partió un labio en señal de gratitud.

—¡Yo no la empujé! —Nathan sonrió al advertir que Jo arrugaba la frente de nuevo—. Sencillamente resbaló. En cambio es cierto que me hizo sangrar el labio y me llamó cerdo yanqui.

La imagen afloró a la mente de Jo y cobró nitidez poco a poco. Una tarde calurosa de verano, el contacto con el agua fría, la cabeza sumergida. Y salió nadando.

—¡Eres el hijo del señor David! —Una sensación de calidez invadió su cuerpo. Por un instante sus ojos la delataron, y el pulso de Nathan se detuvo—. ¿Cuál de ellos ?

—Nathan, el mayor.

—¡Por supuesto! —Se echó hacia atrás el pelo, no con el estudiado movimiento de seducción de su hermana, sino con distraída impaciencia—. Lo cierto es que me empujaste, y salí sin ayuda de nadie. De todos modos te perdono, porque luego te hinché el labio... y porque debo mucho a tu padre.

A Nathan comenzaron a latirle las sienes.

—¿A mi padre?

—Yo lo seguía como una sombra, lo atormentaba sin piedad haciéndole preguntas

sobre fotografía, sobre el funcionamiento de la cámara. ¡Fue tan paciente conmigo! Debí de volverle loco al interrumpir continuamente su trabajo, pero nunca me regañó. Me enseñó mucho, no sólo los conocimientos básicos, sino a mirar y a ver. Supongo que estoy en deuda con él por cada fotografía que he tomado en mi vida.

A Nathan se le revolvió el desayuno en el estómago.

—¿Eres fotógrafa profesional?

—Jo es una fotógrafa importante —dijo con amargura Lexy que acababa de entrar—. La trotamundos J. E. Hathaway, que a medida que avanza hace fotografías de la vida de los demás. Dos tortillas, Brian, con beicon y una salchicha. Los de la habitación 201 ya han bajado a desayunar, señorita viajera; debes hacer las camas.

—Mutis por la izquierda del escenario —murmuró Jo en cuanto Lexy se marchó—. Sí —añadió volviéndose hacia Nathan—, en gran parte soy fotógrafa gracias a David Delaney. De no haber sido por el señor David, tal vez me sentiría tan frustrada y amargada como Lexy. ¿Cómo está tu padre?

—Ha muerto —contestó Nathan mientras se ponía en pie—. Tengo que volver a la cabana. Gracias por el desayuno, Brian.

Salió a toda velocidad.

—¿Muerto?

—En un accidente —le contó Brian—, hará unos tres meses. Fallecieron su padre y su madre. Y un mes después perdió a su hermano.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jo al tiempo que se pasaba una mano por la cara—. Menuda metedura de pata. Enseguida vuelvo.

Depositó el jarrón sobre el mostrador y se alejó deprisa para reunirse con Nathan.

—¡Nathan! ¡Nathan, espera un minuto! —Lo alcanzó en el camino que cruzaba el jardín—. Lo siento. —Le puso una mano en el brazo para detenerlo—. Lamento mucho haber hablado tanto.

Nathan se esforzó por recuperar la calma, por pensar con claridad.

—Está bien. Lo que ocurre es que todavía no lo he superado.

—Si lo hubiera sabido... —Se interrumpió y se encogió de hombros en un gesto de impotencia, reprochándose su torpeza.

—Pero no lo sabías. —Nathan se relajó un poco y apretó la mano que Jo mantenía en su brazo. Parece tan angustiada, pensó. Y lo único que había hecho era rasguñar sin querer una herida todavía abierta—. No te preocupes.

—Ojalá me hubiera mantenido en contacto con él —agregó ella, pensativa—. Desearía haberle agradecido todo cuanto hizo por mí.

—Déjalo ya —masculló al tiempo que la miraba con una expresión de fiereza y frialdad—. Dar las gracias a alguien por lo que has llegado a ser en la vida es lo mismo que culpar a alguien por lo que no has conseguido. Todos somos responsables de nuestro destino.

Jo retrocedió un paso con cierta turbación.

—Es cierto, pero algunas personas influyen en el camino que tomamos.

—Entonces es extraño que los dos estemos de nuevo aquí, ¿no te parece? —Miró hacia Sanctuary, cuyas ventanas brillaban al sol—. ¿Por qué has regresado, Jo?

—Es mi hogar.

Nathan observó la palidez de su rostro, los ojos llenos de dolor.

—¿Y éste es el lugar adonde vuelves cuando te sientes perdida e infeliz?

Jo cruzó los brazos sobre el pecho, como si tuviera frío. Por lo general era ella quien observaba, no le gustaba que la escrutaran y la comprendieran con tanta facilidad.

—Es donde uno se refugia.

—Por lo visto hemos decidido volver al mismo tiempo. ¿Por obra del destino? Me

pregunto si habrá sido el destino o el azar. —Nathan sonrió mientras trataba de convencerse de que se debía a la casualidad.

—Pura coincidencia. —Lo prefería—. ¿Por qué has vuelto?

—¡Ojalá lo supiera! —Exhaló una bocanada de aire al tiempo que la contemplaba. Quería borrar el dolor y la preocupación que traicionaban sus ojos, oírle reír. De repente tuvo la seguridad de que eso le aliviaría a él también—. En todo caso, ya que estoy aquí, ¿por qué no me acompañas hasta la cabana?

—Conoces el camino.

—Me resultaría más agradable andar acompañado. Contigo.

—No me apetece.

—Pues a mí sí. —Su sonrisa se hizo más amplia cuando tendió la mano para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja—. Será divertido ver quién consigue arrojar al otro al río.

Los hombres no flirteaban con ella. Jamás. O por lo menos ella nunca lo había notado. El hecho de que él tratara de seducirla, y ella lo notara, la irritó sobremanera. La famosa arruga de la frente de los Pendleton se formó en su rostro.

—Tengo mucho trabajo.

—Es cierto. Has de cambiar las sábanas de la habitación 201. Nos veremos, Jo Ellen.

Jo observó cómo se alejaba al tiempo que meneaba la cabeza para que el cabello volviera a cubrirle las orejas. A continuación se encogió de hombros como si tratara de evitar una caricia indeseable. De todos modos hubo de admitir que aquel hombre le interesaba más de lo que hubiera querido.

# 7

Nathan salió a pasear con una cámara fotográfica. Se sentía obligado a desandar los pasos que había dado su padre en Desire... o tal vez borrarlos. Eligió la pesada y antigua Pentax, una de las favoritas de su padre y sin duda, pensó, una de las que había llevado a la isla ese verano, junto con la pesada Hasselblad y la sofisticada Nikon, además de un equipo de lentes, filtros y películas. Nathan había transportado todo consigo y lo había guardado en la cabaña, siguiendo las instrucciones de su padre.

Eligió la Pentax porque era la que su progenitor solía emplear. Caminó hasta la playa; las olas estaban cubiertas de espuma y la arena parecía de diamante. Se puso las gafas oscuras para protegerse del intenso sol y subió hasta el sendero que discurría entre las movedizas dunas. La brisa marina lo despeinaba. Se detuvo para oír el batir de las olas y el grito de las gaviotas que las sobrevolaban y se zambullían en ellas.

Las caracolas que la marea arrastraba hasta la playa se diseminaban como juguetes en la arena, por donde los activos chorlitos blancos se movían hacia atrás y hacia adelante como hombres de negocios que se apresuraban para asistir a una reunión. Detrás de la primera rompiente, un trío de pelícanos volaba en formación ni militar. De pronto uno se abatió sobre el agua, seguido de los otros dos; segundos después alzaban de nuevo el vuelo con el desayuno en el pico.

Con la tranquilidad que aporta la experiencia, Nathan levantó la cámara, retiró la tapa del objetivo, aumentó la velocidad del obturador para captar los movimientos y enfocó a los pelícanos, que rozaban la cresta de la ola antes de elevarse.

Después de hacer la foto sonrió. Llevaba años sin practicar su afición favorita. Ahora pensaba recuperar el tiempo perdido y dedicarle por lo menos una hora diaria.

No podía haber pedido un principio más perfecto. En la playa sólo había aves y caracolas. Sus pisadas eran las únicas que marcaban la arena. Es un milagro, pensó. ¿En qué otro lugar podía un hombre disfrutar de semejante soledad y de esa maravillosa belleza?

En esos momentos era lo que necesitaba. Milagros, belleza, paz. Se acercó a la arena suave y húmeda de la orilla y de vez en cuando se acuclillaba para examinar una concha o dibujar con el dedo la forma de una estrella de mar. Las dejaba allí donde las encontraba, coleccionándolas sólo en fotografías.

El aire y la caminata lo ayudaron a calmarse después del nerviosismo que le había producido la visita a Sanctuary. De modo que es fotógrafa, pensó al tiempo que contemplaba una cabaña que asomaba detrás de unas dunas. ¿Sabría su padre que la chiquilla de la que un verano fue mentor le había seguido los pasos? ¿Le habría importado, enorgullecido, divertido?

Todavía recordaba el día en que su padre le enseñó cómo funcionaba una cámara. Las manos grandes que cubrían las pequeñas con suavidad y las guiaban con paciencia. El aroma de la loción para después del afeitado que usaba; una fragancia seca, como le gustaba a su madre. El pelo oscuro, peinado con pulcritud, formaba ondas que partían de la frente, los ojos grises, muy serios.

«Respetar siempre el equipo, Nate. Tal vez algún día decidas dedicarte a la fotografía. Viaja con la cámara por el mundo y observa todo cuanto encuentres. Aprende a mirar y verás mucho más que los demás. Tal vez elijas otra profesión y la fotografía se

convierta en una mera afición que practicarás en vacaciones; la utilizarás para conservar los momentos que consideres importantes. Respeta tu equipo, aprende a usarlo bien y nunca perderás esos momentos.»

—De todos modos, ¿cuántos habremos perdido? —se preguntó Nathan en voz alta—. ¿Y cuántos mantendremos guardados por más que nos hubiera convenido perderlos?

—¿Qué dice?

Nathan se sobresaltó cuando esa voz interrumpió sus recuerdos y una mano le tocó el brazo.

—¿Qué? —Retrocedió un paso, temeroso de haberse topado con uno de sus propios fantasmas. En cambio vio a una rubia hermosa, delgada, que lo observaba a través de unas gafas con los cristales de color ámbar.

—Perdone. Le he asustado. —Inclinó la cabeza y lo miró de hito en hito, sin parpadear—. ¿Está bien?

—Sí. —Nathan se mesó el cabello mientras notaba cómo le flaqueaban las piernas. Se sentía turbado porque la mujer lo estudiaba como si se tratara de un ser de otro planeta que examinara con un microscopio—. Ignoraba que hubiese alguien más por aquí.

—Cada mañana corro un rato para hacer ejercicio explicó ella, que vestía una camiseta gris, húmeda por el sudor, y un par de pantalones cortos de color rojo—. Vivo en esa cabaña que usted observaba.

—¡Ah! —Nathan se obligó a mirar de nuevo hacia el edificio, con las planchas plateadas de madera de cedro, el tejado marrón inclinado—. Tiene una vista maravillosa.

—Lo mejor son los amaneceres. ¿Seguro que se encuentra bien? Lamento entrometerme, pero cuando veo a una persona sola en la playa, con aspecto abatido y hablando sola, no puedo evitar acercarme. Es mi trabajo —agregó.

—¿Es policía de playa? —preguntó él con sequedad.

—No. —Ella sonrió y le tendió la mano—. Soy médico. La doctora Kirby Fitzsimmons. Dirijo una clínica en la isla.

—Nathan Delaney, en perfecto estado de salud. ¿Antes no vivía una anciana en esa cabaña? Una mujer menuda de pelo cano.

—Mi abuela. ¿La conocía? Porque usted no es de la isla.

—No, en efecto. La conocí porque de niño pasé aquí un verano. Desde que llegué, no dejan de asaltarme los recuerdos. Precisamente estaba evocando algo cuando usted se acercó.

—¡Ah! —Los ojos que protegían las gafas de sol perdieron la expresión profesional para reflejar calidez—. Eso lo explica todo. Comprendo muy bien qué siente. Pasé aquí varios veranos de mi infancia y los recuerdos me rodean. Por eso decidí instalarme aquí cuando mi abuela murió. Siempre me encantó este lugar. —A continuación se cogió el pie y dobló la pierna hacia atrás hasta apoyar el talón contra la nalga—. Usted debe de ser el yanqui que ha alquilado durante seis meses la cabaña Little Desire.

—Por lo visto ha corrido la voz.

—Desde luego. Aquí las noticias vuelan. No es habitual que un hombre soltero decida permanecer aquí seis meses. Algunas mujeres están intrigadas. —Kirby repitió el ejercicio con la otra pierna—. ¿Sabe? Creo que le recuerdo. ¿No eran usted y su hermano amigos de Brian Hathaway? Mi abuela decía que los chicos de los Delaney y Brian Hathaway se habían vuelto inseparables.

—Tiene buena memoria. ¿Usted estaba aquí ese verano?

—Sí, fue el primero que pasé en Desire. Supongo que por eso lo recuerdo tan bien. ¿Ya ha visto a Brian? —preguntó con tono indiferente.

—Hace un rato me preparó el desayuno.

—Es un cocinero excelente. —Kirby miró más allá de la cabaña—. Me he enterado de que Jo ha vuelto. Hoy, después de cerrar la clínica, iré a la casa. —Consultó el reloj—. Por cierto, debo empezar a trabajar dentro de veinte minutos, de modo que será mejor que marche. Me alegro de verle, Nathan.

—Yo también, doctora —replicó él mientras Kirby se alejaba corriendo.

Tras una carcajada, la mujer dio media vuelta y se acercó de nuevo.

—Me dedico a la medicina general —anunció—. No dude en acudir a mí si tiene algún problema.

—Lo tendré presente. —Nathan sonrió mientras Kirby se marchaba.

Diecinueve minutos después, Kirby se puso una bata blanca sobre los téjanos. La consideraba una especie de disfraz que convencía al paciente desconfiado de que realmente era una doctora; el atuendo y el estetoscopio que asomaba del bolsillo proporcionaban a los isleños el valor que muchos necesitaban para permitir que la meta de Granny Fitzsimmons les examinara.

Entró en el consultorio, que antaño había sido la bien provista despensa de su abuela. Kirby había dejado intacta una pared cubierta de estantes, donde colocaba los libros y papeles, además del pequeño fax que la mantenía en contacto con tierra firme. Había retirado el resto de los anaqueles porque no deseaba seguir los pasos de su abuela y almacenar toda clase de alimentos, desde melones hasta tomates guisados.

Había trasladado a la habitación el pequeño y pulido escritorio de madera de cerezo, que había viajado con ella desde Connecticut, uno de los pocos muebles que había llevado consigo. Sobre él descansaban varias hojas de papel secante y la agenda que le entregaron sus padres como regalo de despedida. Ambos habían quedado sorprendidos al conocer sus intenciones de instalarse en la isla.

Su padre se había criado en Desire y se consideraba afortunado por haber podido huir de allí.

Kirby sabía que los dos se habían emocionado cuando decidió ingresar en la facultad de medicina y seguir los pasos paternos. Supusieron que, como el padre, se especializaría en cirugía cardíaca, con el tiempo heredaría su consultorio y disfrutaría de la vida regalada de que ellos gozaban.

Sin embargo Kirby se decantó por la medicina general, y eligió la casita de su abuela y la simplicidad de la vida en la isla. Era feliz.

Junto a la agenda con sus iniciales grabadas en oro, había un teléfono y un intercomunicador, para el caso poco probable de que necesitara un asistente, además de un bote lleno de lápices con la punta bien afilada.

Durante sus primeros años de práctica, Kirby se había dedicado casi en exclusiva a sacar punta a los lápices y gastarlas dibujando garabatos sobre el secante.

Aun así se quedó en la isla, perseveró y poco a poco empezó a usarlos para anotar horas de consulta. Un bebé que sufría de garrotillo, una anciana con artritis, una niña con rubéola.

Quienes primero confiaron en ella fueron los viejos y los jóvenes. Después acudieron otros para que les cosiera las heridas, les aliviara el dolor y les curara los problemas estomacales. Al final todo el mundo recurría a la doctora Kirby y la clínica marchaba viento en popa.

Consultó la agenda; un examen ginecológico anual, una sinusitis, el chico de los Matthews, que padecía de otitis y la vacuna del bebé de los Simmons. Bueno, la sala de espera no estaría abarrotada, pero sí ocupada toda la mañana. Además, pensó con una

risita, tal vez se le presentaran un par de urgencias para animar el día.

Como Ginny Pendleton tenía hora para las diez, Kirby calculó que aún disponía de por lo menos diez minutos. Ginny siempre llegaba tarde a todas partes. Buscó el historial clínico y se dirigió a la cocina para servirse una taza del café que había preparado esa mañana. Luego regresó al consultorio.

La habitación donde antaño dormía en verano estaba ahora inmaculadamente limpia. En lugar de colgar los esquemas del sistema nervioso o del interior del oído con que algunos médicos decoraban sus consultorios, había elegido cuadros de flores silvestres, pues consideraba que aquellos inquietaban a los pacientes.

A continuación sacó una bata de algodón con una larga abertura (consideraba que las de papel eran humillantes), y la dejó sobre la camilla mientras tarareaba la sonata de Mozart que sonaba en el estéreo. Aun aquellos que odiaban la música clásica se relajaban al oírla.

Colocó el instrumental que necesitaría para el examen ginecológico y, apenas hubo terminado de beber el café, oyó la campanilla que accionaba la puerta de entrada al abrirse.

—¡Perdón, perdón! —exclamó Ginny al tiempo que entraba presurosa en la sala de espera—. El teléfono sonó en el instante en que salía.

Era una joven de unos veinticinco años con la piel muy bronceada. Kirby solía decirle que si tomaba en exceso el sol pronto ofrecería un aspecto envejecido. Llevaba el cabello, de un rubio casi blanco, en una melena que le llegaba hasta los hombros; lo tenía muy rizado y afirmaba que necesitaba el cuidado de un buen peluquero.

Ginny procedía de una familia de pescadores y, aunque pilotaba un barco con la misma seguridad que un pirata, limpiaba pescado con gran habilidad y desbullaba ostras con sorprendente rapidez, prefería trabajar en el campamento Heron, donde ayudaba a los novatos a montar una tienda, asignaba lugares para acampar y llevaba la contabilidad.

Ese día lucía una de sus camisas preferidas, de un rojo brillante con bordes blancos. Kirby se preguntó con curiosidad cuántos de sus órganos internos estarían comprimidos bajo los ceñidos téjanos que llevaba.

—Siempre me retraso. —Ginny le dedicó una sonrisa contrita que hizo reír a Kirby.

—Todo el mundo lo sabe. Adelante. Primero orina en la botella. Ya conoces el procedimiento. Después pasa al consultorio. Desnúdate y ponte la bata con la abertura hacia adelante. Avísame en cuanto estés lista.

—Muy bien. La llamada era de Lexy —informó a voz en grito mientras cruzaba el vestíbulo con las botas de vaquero—. Está inquieta.

—Eso no es una novedad —replicó Kirby.

Ginny continuó hablando mientras salía del baño y entraba en el consultorio.

—De todos modos, irá al campamento esta noche, alrededor de las nueve. —Se oyó un golpe cuando arrojó una bota al suelo—. El número doce está vacío. Es uno de mis favoritos. Se nos ha ocurrido preparar una buena hoguera. ¿Te apetece venir?

—Te agradezco la invitación. —Sonó un segundo golpe—. Lo pensaré. Si decido ir, llevaré provisiones.

—Me habría gustado invitar a Jo, pero ya sabes cómo se pone Lexy cuando está su hermana. De todos modos espero que le pida que la acompañe. —Ginny hablaba como si le faltara el aliento, por lo que Kirby dedujo que estaba quitándose los téjanos—. ¿Ya has visto ajo?

—No; espero verla más tarde.

—A esas dos les convendría charlar largo rato. No entiendo por qué Lexy está tan

furiosa con Jo, aunque de hecho parece enojada con todo el mundo. También echó pestes de Giff. Si un hombre tan atractivo como Giff me mirara de arriba abajo como a ella, sería la mujer más feliz del mundo. No lo digo porque seamos primos. En realidad, si no fuésemos parientes, me arrojaría a sus brazos. Ya estoy preparada.

—Apuesto a que Giff terminará conquistándola —le comentó Kirby al tiempo que cogía el historial clínico a su paso—. Es tan obstinado como ella. Vamos a ver cuánto pesas. ¿Has tenido algún problema, Ginny?

—No, me encuentro muy bien. —La joven subió a la balanza y cerró los ojos—. ¡Por favor no me digas cuánto peso!

Con una risita, Kirby movió las pesas. Le sorprendió el peso de su paciente.

—¿Has realizado ejercicio con regularidad, Ginny?

Todavía con los ojos cerrados, la muchacha meneó la cabeza.

—Más o menos.

—Gimnasia aeróbica durante veinte minutos tres veces por semana. Y no pruebes el chocolate. —Como además de doctora era mujer, Kirby desplazó las pesas hasta ponerlas en el cero antes de que Ginny abriera los ojos—. Siéntate en la camilla; te tomaré la tensión.

—Debería ver ese vídeo de Jane Fonda. ¿Qué opinas de la liposucción?

Kirby le colocó el esfigmómetro.

—Creo que deberías caminar por la playa un buen rato cada día e imaginar que las zanahorias son chocolatinas. De ese modo perderás sin dificultad los kilos que te sobran. La presión arterial es correcta. ¿Cuándo tuviste el último período?

—Hace dos semanas. Se me atrasó siete días. Me llevé un susto de muerte.

—Supongo que usarás un diafragma, ¿verdad?

Ginny cruzó los brazos.

—Bueno... Sí. Muy a menudo. No siempre resulta cómodo.

—Tampoco lo es el embarazo.

—Siempre les obligo a que utilicen condones, sin excepción. Ahora mismo hay un par de tipos formidables acampados en el número seis.

Kirby se enfundó los guantes con un suspiro.

—El sexo con desconocidos acarrea con frecuencia complicaciones.

—Sí, ¡pero es tan divertido! —Ginny sonrió mientras miraba el póster de un cuadro de Monet que Kirby había colocado en el techo—. Además siempre me enamoro un poco de ellos. Tarde o temprano encontraré al hombre de mi vida. Entretanto, es lógico que tanteé el terreno.

—Un terreno minado —murmuró Kirby.

—Tal vez. —Mientras se imaginaba caminando entre las flores del cartel, Ginny se acarició el vientre con los dedos cubiertos de anillos—. ¿Nunca te has estremecido de deseo ante un hombre al que acabas de conocer?

Kirby pensó en Brian y respondió con un suspiro:

—Sí.

—¡Me encanta que eso me suceda! ¿A ti no? Es tan primitivo...

—Supongo que sí, pero dejando de lado lo primitivo y los inconvenientes, debes usar siempre el diafragma.

Ginny levantó la vista al cielo.

—Sí, doctora. ¡Ah! Hablando de hombres y de sexo, Lexy me contó que ha conocido al yanqui y es un tipo muy atractivo.

—Yo también me encontré con él.

—¿Y estás de acuerdo con Lex?



—Sí. —Kirby le levantó un brazo con suavidad y se lo colocó sobre la cabeza para examinarle los pechos.

—Es un viejo amigo de Bri; pasó un verano aquí con su familia. Su padre era fotógrafo y publicó un libro de fotografías de estas islas. Mi madre todavía conserva un ejemplar.

—¡El fotógrafo! ¡Por supuesto! Lo había olvidado. Hizo fotografías a mi abuela. Más tarde, cuando las reveló, le mandó una. Todavía la guardo en mi dormitorio.

—Esta mañana, cuando se lo expliqué, mamá me enseñó el tomo. Es realmente bonito —agregó Ginny mientras Kirby la ayudaba a sentarse—. Hay una fotografía en la que aparece Annabelle Hathaway trabajando en el jardín de Sanctuary junto con Jo. Mamá recordó que el hombre la tomó el verano en que Annabelle se marchó, y yo aventuré que tal vez se había escapado con él. Sin embargo mamá me contó que el fotógrafo, su mujer y sus hijos seguían en la isla cuando ella se fue.

—Ocurrió hace veinte años. La gente debería olvidar ya ese asunto y no removerlo más.

—Los Pendleton son Desire —repuso Ginny—, y Annabelle era una Pendleton. En esta isla nadie olvida nada. Era una auténtica belleza —comentó mientras bajaba de la camilla—. Lo digo por la foto, porque apenas si la recuerdo. Si se arreglara un poco más, Jo se parecería a ella.

—Supongo que Jo prefiere parecerse a sí misma. Estás muy bien de salud, Ginny. Vístete.

—Gracias. ¡Ah! Y, Kirby, intenta ir al campamento. Será una velada sólo para mujeres. En el número doce.

—Ya veremos.

A las cuatro de la tarde Kirby cerró la clínica. Sólo se le presentó una emergencia; un veraneante al que le había quemado el sol al quedarse dormido en la playa. Cuando se marchó su último paciente, se retocó el maquillaje, se cepilló el cabello y se perfumó al tiempo que trataba de convencerse de que lo hacía para sentirse bien. Sin embargo, como pensaba ir a Sanctuary, sabía que se engañaba. Tenía la esperanza de ofrecer un aspecto fantástico para que Brian Hathaway sufriera al verla.

Salió por la puerta que daba a la playa. Le encantaba la emoción repentina e impactante de ver el mar tan cerca de su casa. Observó que una familia jugaba en la arena y, por encima del rugido de las olas, oyó las risas infantiles. Se puso las gafas de sol y bajó por los escalones a toda prisa. La angosta pasarela de madera que Giff había construido alrededor de la vivienda la separaba de las dunas. La brisa azotaba un grupo de cipreses y arremolinaba la arena en torno a sus tobillos. Añadió sus huellas a todas las que cruzaban la playa y, se alejó del borde del pantano, pues conocía lo bastante bien el lugar para respetar su fragilidad. Poco después dejó atrás el brillo caluroso de la zona costera para adentrarse en la fresca y mortecina caverna que formaba el bosque.

Caminaba con rapidez, no porque tuviera prisa, sino porque deseaba llegar a su destino. Estaba acostumbrada a los murmullos y los ruidos apagados de la floresta, a los cambios de luz. Por eso se asombró cuando se detuvo y aguzó el oído al percibir un sonido extraño. Se volvió despacio y escudriñó las sombras. Había oído algo, sentido algo; la pavorosa sensación de que alguien la observaba.

—¿Hola? —Tembló ante el eco de su propia voz—. ¿Hay alguien ahí?

El rumor de las hojas, las pisadas amortiguadas de un ciervo o un conejo, y el pesado silencio del aire. ¡Idiota!, se dijo. ¡Por supuesto que no hay nadie aquí! Además, si hubiera alguien, ¿qué importancia tendría? Reanudó la marcha por el sendero que tan

bien conocía y se obligó a aflojar el paso.

Un sudor frío le corría por la espalda, y le costaba respirar. Luchó contra el creciente miedo y de nuevo se volvió, convencida de que captaría un rápido movimiento, pero sólo vio ramas y musgo que destilaba agua.

¡Maldita sea!, pensó mientras se llevaba la mano al corazón, que le latía deprisa. Había alguien allí, oculto tras un árbol, al amparo de las sombras, observándola. Seguro que son unos chiquillos, conjeturó, un par de niños traviesos que quieren hacerme pasar un mal rato.

Retrocedió unos pasos al tiempo que miraba a ambos lados. De nuevo oyó un sonido leve, apagado. Trató de hablar, de hacer un comentario dirigido a esos muchachos maleducados, pero el terror le impidió articular palabra. Guiada por el instinto, dio media vuelta y echó a andar presurosa.

Cuando percibió el sonido más cerca, enterró su orgullo y empezó a correr. La persona que la perseguía sofocó una risilla antes de lanzarle un beso. Kirby cruzó el bosque jadeando y contuvo un sollozo al ver el cambio de luz, que era cada vez más brillante y explotó en colores cuando salió de entre los árboles. Sólo entonces, miró hacia atrás, preparada para ver a un monstruo que se abalanzaría sobre ella.

Dejó escapar un grito cuando chocó contra la sólida barrera de un torso y unos brazos que la rodearon con fuerza.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué ha sucedido? —La mujer se hundió en el pecho de Brian como si se tratara de una madriguera—. ¿Estás herida? ¡Déjame ver!

—No; no estoy herida. Espera un minuto.

—Está bien —dijo mientras le acariciaba el pelo. Estaba arrancando hierbajos en el otro extremo del jardín cuando oyó la frenética carrera de Kirby. Se disponía a averiguar qué sucedía cuando ella salió como una exhalación del bosque y chocó contra él.

Notaba los latidos del corazón de Kirby contra su torso, tan rápidos como los del suyo. Lo había asustado con esa mirada de animal salvaje, como si esperara que alguien la atacara por la espalda.

—Estaba muerta de miedo —balbució la mujer mientras seguía aferrada a Brian—. No eran más que unos chiquillos, estoy segura. Tuve la sensación de que me perseguían, de que trataban de atraparme. No eran más que unos niños...

—Ya ha pasado. Trata de calmarte. —Es tan frágil, pensó. Espalda delicada, cintura estrecha, pelo sedoso. De manera inconsciente la atrajo aún más hacia sí. ¡Santo cielo, qué bien olía! Por un instante apoyó la mejilla sobre su cabeza y disfrutó del perfume y la textura de su cabello mientras le acariciaba con lentitud el cuello.

—No comprendo por qué me he dejado arrastrar por el pánico de esa manera. No suelo asustarme. —A medida que el miedo remitía, se percató de que Brian la estrechaba y acariciaba. Advirtió que tenía los labios sobre su pelo. El corazón de Kirby volvió a acelerarse, esta vez no a causa del terror—. Brian —murmuró al tiempo que le pasaba las manos por la espalda y levantaba la cabeza.

—Tranquilízate, estás a salvo —susurró y, de manera impulsiva, la besó en la boca.

Brian notó que se le cortaba el aliento y le flaqueaban las piernas cuando Kirby separó los labios, tan cálidos y suaves. Alentado por su reacción, le mordisqueó la lengua mientras le ponía las manos en las nalgas para atraerla aún más hacia sí.

En cuanto la boca de Brian aprisionó la suya, Kirby dejó de pensar. Esa experiencia le producía una sensación desconocida, vertiginosa. Hasta ahora siempre había logrado dominar sus emociones, en cierta forma salir de sí misma para dirigir y controlar la situación, pero esta vez se veía incapaz. La boca de Brian era cálida y ávida, su cuerpo, duro, sus manos, grandes y exigentes. Por primera vez se sintió vulnerable, como si él

podiera partirla en dos.

Por motivos que no alcanzaba a comprender, todo aquello resultaba insoportablemente excitante. Al tiempo que murmuraba el nombre de Brian entre sus labios voraces, le rodeó el cuello y echó la cabeza hacia atrás, dispuesta a entregarse a él.

Fue el cambio de actitud, la repentina disponibilidad, sus gemidos lo que lo devolvieron a la realidad. La había alzado hasta ponerla de puntillas, le clavaba los dedos en la carne y sólo deseaba poseerla allí mismo.

¡En el jardín de su madre! ¡En pleno día! Al lado de su casa. Enfadado con ambos, Brian la apartó de sí.

—Esto era lo que querías, ¿no es cierto? —exclamó con furia—. Te has esforzado mucho para demostrar que soy tan débil como los demás.

—¿A qué viene esto? —Kirby parpadeó para aclararse la vista.

—La treta de la damisela en peligro te ha dado resultado.

Ella volvió a la tierra de golpe. En los ojos de Brian brillaban el mismo calor y la misma dureza que antes tenía su boca, pero por motivos distintos, con una pasión diferente. Cuando captó sus palabras y el significado que encerraban, montó en cólera.

—¿Realmente crees que he inventado esa historia, que me he comportado como una idiota para que me besaras? ¡Hijo de puta arrogante y presuntuoso! —Sintiéndose insultada lo apartó de sí de un empujón—. ¡Yo no utilizo artimañas ni soy una damisela desvalida! Además, besarte no es la meta de mi vida. —Se echó hacia atrás el cabello y se irguió—. He venido para ver a Jo, no a ti. —Respiró hondo, decidida a protegerse con un manto de calma y dignidad—. El problema, Brian, es que te apetecía besarme y has disfrutado. Ahora necesitas culparme, acusarme de haber ideado una ridícula treta femenina, porque en realidad te gustaría volver a besarme, acariciarme otra vez, por más que te niegues a reconocerlo. En cualquier caso, ése es tu problema. He venido para ver ajo.

—Jo no está aquí —masculló Brian—. Salió hace un rato con la cámara.

—Bueno, entonces te agradecería que le transmitieras este recado: campamento Heron, a las nueve de la noche, en el lugar doce; una salida de mujeres solas. ¿Serás capaz de recordarlo o prefieres que lo anote?

—Se lo diré. ¿Algo más?

—No, nada. —Se volvió y enseguida vaciló. Le producía pavor regresar sola por el bosque. Cambió de dirección y enfiló por el sendero. Tardará el doble, pensó, pero una buena caminata me ayudará a aplacar la furia.

Brian frunció el entrecejo al ver el camino que tomaba, luego miró hacia el bosque.

De repente tuvo la sensación de que lo que Kirby le había contado era cierto, lo que no sólo lo convertía en un imbécil, sino en un imbécil desagradable.

—Espera, Kirby, te acompañaré.

—No, gracias.

—¡Maldita sea! ¡Te he dicho que esperes! —La alcanzó, la cogió del brazo y quedó sorprendido al ver la rabia que reflejaba su rostro cuando lo miró.

—Si alguna vez quiero que me toques, Brian, te lo haré saber. También te avisaré cuando necesite algo de ti. —Se liberó de un tirón—. Entretanto me cuidaré sola.

—Lo siento. —Se maldijo por haberse disculpado. Al ver las cejas arqueadas de Kirby deseó haberse mordido la lengua.

—¿Qué has dicho?

Ya es tarde para echarme atrás, pensó Brian.

—He dicho que lo siento. Mi comportamiento ha sido imperdonable. Deja que te lleve a casa.

Ella alzó la cabeza en actitud triunfal y le dedicó una sonrisa de satisfacción.  
—Gracias. Te lo agradeceré.

## 8

—Se suponía que debías llevar cerveza, en lugar de ese vino fino. ¡Eres una esnob! — Mientras protestaba, Lexy cargó el saco de dormir y demás enseres en el Land Rover de Jo.

—Me gusta el vino bueno —replicó Jo con calma.

—De todos modos, no entiendo por qué te apetece pasar la noche en el bosque. — Lexy frunció el entrecejo al ver el saco de dormir de Jo; era de excelente calidad. Para Jo Ellen siempre lo mejor, pensó con amargura, mientras colocaba las botellas de cerveza—. Allí no encontrarás ningún bar distinguido, ni camareros ni un elegante *maître*.

Jo pensó en las noches que había dormido en tiendas de campaña, en moteles de segunda o en el interior de un coche, tiritando de frío. Cualquier cosa con tal de obtener una buena fotografía. Alzó la bolsa de comestibles que había pedido a Brian y se echó hacia atrás el pelo.

De alguna manera lograré sobrevivir. —Fui yo quien organizó esto porque quería alejarme de aquí al menos una noche. Deseaba relajarme en compañía de mis amigas.

Jo cerró la quinta portezuela del vehículo con fuerza y apretó los dientes cuando el sonido retumbó como un disparo. Sería más fácil marcharme, pensó, volver a casa y que Lexy vaya sola al campamento. Sin embargo, no estaba dispuesta a tomar el camino más cómodo.

—Ginny también es mi amiga y hace años que no veo a Kirby. —Rodeó el automóvil, se instaló en el asiento del conductor y esperó.

La alegría que había sentido cuando Brian le transmitió la invitación de Kirby había desaparecido. Con todo, estaba decidida a seguir adelante, a no permitir que su hermana la disuadiera, a pesar de que tenía la certeza de que pasaría una pésima velada. Lexy se acomodó a su lado tras cerrar con un portazo.

—Ponte el cinturón de seguridad —ordenó Jo, y Lexy lanzó un suspiro de exasperación mientras obedecía—. Escucha, ¿por qué no nos emborrachamos y simulamos, aunque sea por una noche, que nos llevamos bien? A una excelente actriz como tú no le costará ningún esfuerzo.

Lexy ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa radiante.

—Vete a la mierda, querida hermana.

—Allá vamos. —Jo arrancó el motor y como de costumbre buscó enseguida un cigarrillo.

—¿Te importaría no fumar en el coche?

Jo encendió el mechero.

—Es mi coche.

Se dirigió hacia el norte. Jo se relajó con el aire balsámico que entraba por las ventanillas y no se quejó cuando Lexy puso en marcha el estéreo a todo volumen. La música fuerte significaba que no era preciso conversar, y no conversar eliminaba la posibilidad de discutir; por lo menos durante el viaje hasta el campamento.

Condujo a bastante velocidad y a medida que avanzaba recordaba cada curva del camino. Eso también la tranquilizaba. ¡Había cambiado tan poco! Allí la oscuridad todavía caía con rapidez, y en la noche se oían sólo los sonidos del viento y del mar; que

creaban la impresión de que la isla era un lugar enorme, un mundo regido por las mareas.

Rememoró otra ocasión en que circuló con rapidez por ese mismo camino, con la radio a todo volumen. Esa vez Lexy también la acompañaba. La última primavera antes de abandonar Desire, una primavera suave y fragante. Por aquel entonces debía de tener dieciocho años, y Lexy quince. Reían. La prima Kate había marchado a la casa de su hermana, en Atlanta, de manera que nadie se preocuparía por el paradero de las dos adolescentes.

Entonces gozábamos de libertad y estábamos unidas, pensó Jo. La isla permanecía igual, como siempre, pero las dos jovencitas habían desaparecido.

—¿Cómo está Giff? —preguntó Jo.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Jo se encogió de hombros. En esa época que acababa de recordar, Giff estaba enamorado de Lexy, y ésta lo sabía. Jo se preguntó si la situación seguiría así, si sería otra constante de la isla.

—No lo he visto desde que llegué. Me dijeron que se dedica a la carpintería y a las reparaciones de toda clase.

—Es un imbécil. No me interesa lo que hace. —Lexy miró por la ventanilla y frunció el entrecejo al recordar la maravillosa sensación que había experimentado en sus brazos—. No me atraen los muchachos de la isla. Me gustan los hombres. —Se volvió para dirigir una mirada desafiante a su hermana—. Hombres con estilo y dinero.

—¿Conoces alguno?

—A bastantes. —Lexy apoyó un brazo en la ventanilla, en una actitud de orgullosa indiferencia—. En Nueva York abundan. Me gustan los hombres que saben adonde van. Nuestro yanqui, por ejemplo.

Jo se puso tensa y se esforzó por relajarse.

—¿Nuestro yanqui?

—Nathan Delaney. Tiene pinta de saber lo que quiere... en lo que a mujeres se refiere. Diría que es exactamente mi tipo. Rico.

—¿Por qué supones que es rico? —Puede permitirse disfrutar de seis meses de vacaciones. Un arquitecto con estudio propio debe de tener unos buenos ingresos. Además ha recorrido mundo... Los hombres que han viajado llevan a lugares interesantes a las mujeres. Por otro lado, está divorciado. Los divorciados aprecian a las mujeres amables.

—Por lo visto has realizado una buena investigación.

—¡Por supuesto! —Se desperezó con movimientos lujuriosos—. Sí, no cabe duda de que Nathan Delaney es mi tipo. Es probable que gracias a él no me aburra durante un tiempo.

—Hasta que regreses a Nueva York —dijo Jo— y cambies de coto de caza.

—En efecto.

—Interesante. —Los faros del Land Rover iluminaron el discreto cartel del campamento Heron. Redujo la velocidad y salió del camino para internarse en una zona pantanosa—. Siempre creí que te tenías en más estima.

—No tienes ni idea de lo que pienso ni de lo que deseo.

—Por lo visto, no.

Se produjo un silencio sólo quebrado por el croar de los sapos. Al oír un ruido agudo, como de algo que se rompía, Jo se estremeció. Era el sonido inconfundible de un caimán que destrozaba con los dientes el caparazón de una tortuga. Creía comprender a la perfección lo que la presa sentía durante esos últimos instantes de vida. La sensación

de impotencia al ser víctima de algo enorme, cruel y hambriento.

Aferró con más fuerza el volante para detener el temblor de las manos. Se dijo que al fin y al cabo a ella no la habían atrapado. Había logrado escapar y, de ese modo, ganado un poco más de tiempo. Todavía controlaba la situación.

No obstante la ansiedad la atacaba con insistencia. Se obligó a respirar con lentitud para calmarse. ¡Sólo quería ser normal! Apagó la radio.

Pasó ante la pequeña caseta de recepción, vacía ahora que se había puesto el sol, y avanzó entre las lagunas. Aquí y allá resplandecía la luz de las fogatas. Una música espectral flotaba de las radios y luego desaparecía. Distinguió en las praderas el brillo blanco y delicado de los lirios iluminados por la luna.

Decidió que regresaría a pie para hacer fotografías, que se relajaría con el silencio y la soledad. Así se sentiría a salvo.

—Allí está el coche de Kirby.

Me zumban demasiado los oídos, pensó Jo al tiempo que respiraba hondo.

—¿Qué?

—Ese pequeño descapotable que hay allí es de Kirby. Aparca detrás.

—Está bien. —Jo obedeció y al apagar el motor descubrió que el aire estaba lleno de sonidos. Los rumores del mundo oculto detrás de las dunas y más allá del límite del bosque. Además estaba plagado de olores; a pescado, a agua y a vegetación húmeda.

—¡Jo Ellen!

Kirby salió corriendo de la oscuridad y estrechó a Jo, a quien los abrazos fuertes e inesperados siempre pillaban desprevenida. Kirby se apartó un poco y le puso las manos en los brazos con una amplia sonrisa de felicidad.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido! ¡Me alegro tanto de verte! ¡Ah, tenemos que contarnos tantas cosas! Oye, Lexy, ¿por qué no sacamos el equipaje y tomamos una copa?

—Ha traído vino —anunció Lexy mientras abría la portezuela trasera.

—¡Estupendo! Descorcharemos algunas botellas. Tenemos un montón de comida para acompañarlo. A medianoche ya estaremos borrachas. —Kirby y Jo se dirigieron a la parte posterior del Land Rover—. Por fortuna soy médico. ¿Qué es esto? —Hurgó en la bolsa de comestibles—. Paté. ¿Cómo lo has conseguido?

—Di la lata a Brian hasta que me lo entregó —explicó Jo.

—Buena idea. —Kirby levantó la bolsa y cogió lo que cargaba Lexy—. Yo me ocuparé de esto. Ginny está encendiendo el fuego. ¿Necesitáis ayuda?

—No, ya llevaremos lo demás. —Jo se colgó del hombro la cámara, se colocó bajo el brazo el saco de dormir y con la otra mano cogió las botellas de vino. —Lamento lo de tu abuela, Kirby. —Lo sé. Disfrutó de una vida larga, como quería. Lexy, déjame que lleve esa bolsa. —Kirby sonrió a ambas y decidió que acababa de eliminar la tensión que existía entre las hermanas cuando llegaron—. ¡Caramba, qué hambre tengo! No he comido en todo el día. Lexy cerró el coche de un portazo. —Entonces vamos. ¡Quiero una cerveza! —¡Mierda! Tengo la linterna en el bolsillo de atrás del pantalón. —Kirby se volvió—. ¿Puedes cogerla? —preguntó a Jo.

Con cierta dificultad, Jo consiguió sacarla y la encendió. Comenzaron a caminar en fila por el sendero angosto.

El lugar de reunión ya estaba preparado. Una alegre fogata ardía en el centro de una superficie de arena rastrillada. Ginny se sentó sobre la nevera y comenzó a comer patatas fritas mientras bebía una cerveza.

—¡Aquí llega! —exclamó alzando el vaso en un brindis—. ¡Bienvenida a casa, Jo Ellen Hathaway!

Jo dejó caer el saco de dormir y sonrió. Por primera vez se sentía en su casa. Y bienvenida.

—Gracias.

—Conque médico —dijo Jo, que estaba sentada con las piernas cruzadas junto a la hoguera, mientras bebía chardonnay en un vaso de plástico. Sobre la arena yacía una botella de vino vacía—. Me cuesta creerlo. Cuando éramos pequeñas solías decir que serías arqueóloga o algo por el estilo, una especie de Indiana Jones femenina, dispuesta a explorar el mundo.

—Decidí que, en lugar del mundo, prefería explorar la anatomía. —Un tanto achispada ya, Kirby untó un poco más de paté en una galletita—. Lo cierto es que me gusta.

»Ya sabemos a qué te dedicas, Jo, pero ¿hay algo especial que puedas contarnos? —preguntó Kirby con la intención de derivar la conversación hacia la recién llegada.

—No. ¿Y tú?

—He tratado de conquistar a tu hermano, sin éxito.

—¿Brian? —preguntó Jo, que se atragantó con el vino—. ¿Brian?

—Es soltero, atractivo, inteligente. —Kirby se chupó el pulgar—. Además prepara un paté estupendo. ¿Por qué te extraña?

—No lo sé. Es... Simplemente Brian.

—Brian finge que ella no le interesa —intervino Lexy—, pero te aseguro no le es indiferente.

—¿Qué no le soy indiferente? —inquirió Kirby con los ojos entornados—. ¿Cómo lo sabes?

—Un actor tiene que observar a la gente, fijarse en como se comporta. Le pones nervioso, lo que le irrita muchísimo. Y si le irritas, significa que no le eres indiferente.

—¿En serio? —Aunque estaba un poco mareada, Kirby apuró el vino y se sirvió más—. ¿Te ha hablado de mí? ¿Te ha...? —Levantó una mano y puso los ojos en blanco—. Actúo como una colegiala. Olvida que te lo he preguntado.

—Cuanto menos hable Brian acerca de algo, más piensa en el asunto —le informó Lexy—. Casi nunca te nombra.

—¿De veras? —preguntó Kirby más animada—. ¿Es eso cierto? Vaya, vaya. Entonces tal vez le dé otra oportunidad. —Parpadeó cuando una luz la deslumbró—. ¿Qué ha sido eso? —inquirió mientras Jo bajaba la cámara.

—Tenías un aire tan jactancioso. Ginny, acércate más a Lex. Quiero fotografiaros a las tres.

—Ya empieza —murmuró Lexy, que sin embargo se echó hacia atrás el pelo y posó.

Rara vez hacía retratos. Esta vez se dio el gusto, permitió que sus amigas posaran para la cámara, ajustó el ángulo y las iluminó con la linterna.

Observó que las tres eran hermosas; Ginny con su melena rubia y rizada y su sonrisa franca; Lexy con su orgullo y su mal genio; Kirby con su seguridad y su clase.

Son mías, pensó Jo. Por distintos motivos, cada una formaba parte de ella. Lo había olvidado durante demasiado tiempo. De pronto las lágrimas le nublaron la vista.

—Os he extrañado mucho, a todas. —Dejó la cámara en el suelo y se puso en pie—. Necesito ir al baño.

—Te acompañaré —se ofreció Kirby mientras Jo se alejaba. Cogió una linterna y la siguió presurosa—. ¡Jo! ¡Espera! —Tuvo que apurar el paso para alcanzarla y tomarla del brazo—. ¿Qué te ocurre?

—Tengo la vejiga llena. Como médico, deberías reconocer los síntomas.



Cuando Jo echó a andar de nuevo, Kirby la aferró con más fuerza.

—Querida, te lo pregunto como amiga y como doctor. Mi abuela habría dicho que tienes los nervios a flor de piel. En el rato que llevamos juntas me he percatado de que estás débil y estresada. ¿No piensas decirme qué te pasa?

—No lo sé. —Jo se frotó los ojos para contener las lágrimas—. Me resulta imposible hablar del asunto. Sólo necesito un poco de paz.

—Está bien. —La confianza se gana poco a poco, pensó Kirby—. ¿Por qué no vienes un día para que te haga un examen clínico?

—Tal vez lo haré. Ya lo pensaré. —Jo consiguió sonreír—. De momento te diré sólo una cosa. —¿Qué?

—Debo ir enseguida al baño. —Bueno, ¿por qué no lo has dicho antes? —Con una risita, Kirby iluminó el sendero—. Si paseas por el campamento sin una linterna, terminarás en el estómago de un caimán. —Kirby alumbró los alrededores y la espesa vegetación que rodeaba el estanque cercano.

—Creo que podría recorrer esta isla con los ojos cerrados. Quédate tú con la linterna. Echaba de menos este lugar más de lo que creía, Kirby, pero todavía me siento como una forastera aquí.

—Llevas muy poco tiempo en la isla. Concédete el tiempo que necesites.

—Eso trato de hacer. Yo primero —añadió Jo antes de entrar en la pequeña caseta del baño.

Kirby dejó de reír y de pronto empezó a temblar. En cuanto Jo cerró la puerta se sintió tremendamente sola y vulnerable. Los sonidos del pantano la envolvían; susurros, voces, ruidos como de algo que rebotaba. Las nubes cubrieron la luna, aferró la linterna con fuerza.

Esto es ridículo, se reprochó. No es más que una reacción tardía a la experiencia que he vivido esta tarde. No estaba sola. Había tiendas de campaña por todas partes. Incluso distinguía el brillo de linternas y fogatas. Y sólo una endeble puerta de madera la separaba de Jo.

No tengo por qué asustarme, se recordó. No había nada ni nadie en la isla que deseara causarle mal. Casi gritó de alegría al ver salir a Jo del lavabo.

—Ahora te toca a ti —dijo Jo mientras se subía la cremallera de los téjanos—. Lleva la linterna; yo he estado a punto de caerme—. Está muy oscuro ahí dentro y casi no hay aire.

—Podríamos haber caminado hasta los baños principales.

—En ese caso, cuando hubiéramos llegado ya no lo habría necesitado.

—Buen argumento. Espérame, por favor.

Jo asintió y se apoyó contra la puerta. Al instante se enderezó al oír el sonido de pies descalzos que se acercaban con suavidad. Se puso tensa, pero se convenció de que era la reacción típica de una persona que vivía en la ciudad. Observó que se aproximaba una luz.

—¡Hola! —susurró una voz masculina muy agradable.

Jo se esforzó por calmarse.

—¡Hola! Mi amiga saldrá dentro de un minuto.

—No se preocupe. Sólo pretendía pasear a la luz de la luna antes de acostarme. Estoy allí, en el diez. —Avanzó unos pasos más, pero permaneció en la oscuridad—. Es una noche estupenda, y el lugar es precioso, pero no esperaba encontrarme con una mujer tan hermosa.

—Nunca se sabe qué se encontrará uno en la isla.

—Jo entrecerró los ojos cuando él los alumbró—. Es parte de su encanto.

—No cabe duda. Disfruto, de cada minuto. Cada paso representa una aventura. La

expectativa, no saber qué nos aguarda. Me encanta... la expectativa...

No, concluyó Jo, su voz no es agradable. Era como melosa... demasiado dulce. Además el hombre arrastraba las palabras de forma exagerada, como los yanquis que pretendían imitar a los sureños.

—Entonces estoy segura de que no le desilusionará lo que Desire le ofrece.

—Lo que me ofrece ahora es perfecto.

Si hubiera tenido la linterna, Jo habría olvidado los buenos modales y le habría iluminado la cara. Lo que convierte su voz en algo tan pavoroso es que surge de la oscuridad, pensó Jo. Cuando la puerta crujió a su lado, se movió con rapidez y tendió la mano para coger la de Kirby aun antes de que hubiera salido del baño.

—Tenemos compañía—dijo Jo, que se enfureció al oír el tono agudo de su voz—. Por lo visto éste es un lugar muy concurrido.

Cuando miró hacia atrás levantando la mano de Kirby que sostenía la linterna, no vio a nadie. Presa del pánico, se la arrebató a su amiga y alumbró los árboles que las rodeaban.

—Estaba aquí. Había alguien. No han sido imaginaciones mías.

—Está bien. —Kirby apoyó la mano sobre el hombro de Jo y se inquietó al notar que temblaba—. ¿Quién era?

—No lo sé. Se acercó, me habló. ¿No le has oído?

—No; no he oído nada.

—Lo cierto es que hablaba en un susurro. Por eso no le has oído. No quería que lo oyeras, pero estaba aquí. —Aferró a Kirby con fuerza.

—Te creo, querida, ¿por qué no había de creerte?

—Porque ya no está y porque... —Se le quebró la voz y se tambaleó por un instante antes de recobrar el equilibrio—. Estaba oscuro, me asustó. No pude verle la cara. —Respiró hondo y se echó hacia atrás el pelo.

—No te preocupes. Hoy, cuando iba a Sanctuary, me asusté en el bosque. Corrí como un conejo.

Jo lanzó una risita y se secó el sudor de las manos en los téjanos.

—¿En serio?

—Corrí como una loca y me arrojé a los brazos de Brian. Ante mi actitud se sintió tan importante y varonil que me besó.

—¿Y cómo fue? —preguntó Jo, más calmada.

—¡Maravilloso! Creo que sin duda le daré otra oportunidad. —Estrechó la mano de Jo—. ¿Estás mejor?

—Sí. Lo siento.

—No te preocupes. Este lugar asusta a cualquiera. —Sonrió—. ¿Por qué no nos acercamos con sigilo y damos un susto a Ginny y Lexy?

Oculto en la oscuridad, él las observó alejarse cogidas de la mano. Sonrió mientras oía sus voces. Comprendió que era mejor que una amiga la hubiera acompañado. Si Jo se hubiera topado con él estando sola, tal vez se habría visto obligado a dar el paso siguiente.

Y no estaba preparado para pasar a la acción. Todavía le quedaba mucho que organizar.

Sin embargo ¡cómo la deseaba! Ansiaba gozar de esa boca sensual, generosa, estirar esas largas piernas, apretar el delicado cuello.

Cerró los ojos y dejó volar la imaginación. La imagen petrificada de Annabelle, tan quieta y perfecta, cobró vida y se convirtió en Jo.

Recordó un pasaje del diario que llevaba consigo.

El asesinato nos fascina a todos. Aquellos que lo niegan son unos mentirosos. El hombre se siente indefenso y se ve atraído hacia el espejo de su propia inmortalidad. Los animales matan para sobrevivir; por comida, territorio, sexo. La naturaleza mata sin emoción.

En cambio el hombre también mata por placer. Siempre ha sido así. De todos los animales somos los únicos que sabemos que al acabar con una vida adquirimos poder.

Pronto experimentaré esa perfección. Y la captaré. Mi propia inmortalidad.

Se estremeció de placer.

Incertidumbre, pensó mientras volvía a encender la linterna para guiarse. Sí, le encantaba la incertidumbre.

## 9

El alegre silbido despertó a Nathan. Mientras se deslizaba en el estado que precede a la consciencia total, soñó con un pájaro que gorjeaba feliz sobre el arco que crecía junto a su ventana. Hubo un ave así en su infancia, un ave burlona que entonaba su canto matinal todos los días del verano y al que llamó *Bud*. Eran días de canícula en que se ocupaba de actividades importantes, como pasear en bicicleta, jugar a la pelota y comer helado.

El trino despertaba a Nate, que sonreía al oírlo y saludaba a *Bud*. A finales de agosto se sintió abatido cuando el pájaro lo abandonó. Su madre le explicó que probablemente *Bud* había decidido emprender sus vacaciones de invierno.

Nathan se volvió en la cama y pensó que era extraño que *Bud* supiera silbar *Anillo de Fuego*. Medio adormilado lo vio posarse en el antepecho de la ventana convertido en un ave de dibujo animado, un personaje de Disney con finas plumas negras. Cuando el pájaro comenzó a ejecutar una extraña coreografía, Nathan despertó sobresaltado.

Miró con fijeza la ventana, casi convencido de que vería ese extravagante animal de dibujo animado.

—¡Caramba! —Se pasó una mano por la cara—. Nunca más volveré a comer chiles por la noche.

Se tendió boca abajo sobre el colchón y de pronto se dio cuenta de que, aunque el ave no estaba allí, el silbido continuaba.

Lanzó un gruñido, se levantó de la cama y se puso los téjanos cortados que se había quitado la noche anterior. Con la mente aún embotada, miró el reloj parpadeando, hizo una mueca y salió de la habitación con la intención de averiguar quién estaba tan alegre a las seis y cuarto de la mañana.

Guiándose por el silbido, que en ese momento interpretaba *San Antonio Rose*, salió del porche y bajó por los escalones. Detrás de su todoterreno había aparcada una furgoneta roja cuyo dueño, encaramado a una escalera, manipulaba las tuberías de la casa mientras silbaba. Al ver los músculos que se le marcaban bajo la fina camisa azul, Nathan reprimió el impulso de asesinarlo.

Tal vez consiga vencer a ese muchacho, pensó. Era más o menos de la misma estatura. No le veía el rostro, pero la gorra, los vaqueros ajustados y las botas le indicaron que debía de ser un jovencito. —¿Qué demonios estás haciendo? El desconocido volvió la cabeza y le dirigió una alegre sonrisa.

—¡Buenos días! El tubo del aire acondicionado pierde agua. Debo arreglarlo antes de que haga más calor. —¿Te dedicas a reparar esos aparatos? —¡Diablos! Me dedico a reparar cualquier cosa. —Bajó de la escalera y se limpió la mano en los téjanos antes de tendérsela a Nate—. Soy Giff Verdón. Arreglo cualquier cosa.

Nathan observó los afables ojos castaños, el incisivo torcido, los hoyuelos, el pelo enredado y desteñido por el sol que escapaba bajo la gorra. —¿También sabes preparar café? —Sí, siempre que usted me proporcione los elementos necesarios.

—Hay una cosa en forma de cono con algunos... —Nathan ilustró con las manos a qué se refería—. Y una cafetera.

—Café colado. Es el mejor. Y tengo la impresión de que necesita usted una taza ahora mismo, señor Delaney.

—Lláname Nathan. Te pagaré cien dólares por ella.  
 Giff se echó a reír y le dio unas palmadas en la espalda.  
 —Se lo prepararé gratis. Entremos.  
 —¿Siempre empiezas a trabajar al amanecer? —preguntó Nathan mientras subía por los escalones detrás de Giff.  
 —Si se madruga se disfruta más del día. —Se encaminó hacia la cocina y llenó el cazo de agua—. ¿Tienes filtros?  
 —No.  
 —Bueno, entonces no tendremos más remedio que improvisarlos. —Cogió unas servilletas de papel, las dobló y las colocó en el cilindro de plástico—. Eres arquitecto, ¿verdad?  
 —Sí.  
 Nathan se pasó la lengua por los dientes y pensó que debía cepillárselos. Después del café. Tras una buena taza, se podía conquistar mundos, cruzar océanos, seducir mujeres.  
 —En un tiempo yo también pensé en dedicarme a eso.  
 —¿A qué? —inquirió Nathan mientras Giff buscaba el café en los armarios.  
 —A la arquitectura. Imaginaba edificios, ventanas, techos, ladrillos. —Giff vertió café en el cono con la descuidada precisión que otorga la costumbre—. Incluso entraba en ellas para observar su interior. A veces cambiaba los elementos de lugar. Esa escalera no queda bien allí, será mejor colocarla aquí.  
 —Comprendo a qué te refieres.  
 —Bueno, no tenía dinero suficiente para matricularme en la universidad y pasar una temporada fuera de la isla, de manera que empecé a construir.  
 Nathan sacó dos tazas.  
 —¿Eres constructor?  
 —Bueno, no. En realidad, realizo algunas tareas de albañilería y arreglo desperfectos.  
 —Dio una palmada sobre el cinturón de herramientas que le rodeaba la cintura—. Sé usar un martillo, y por aquí siempre hay algo que reparar, de manera que me mantengo ocupado. Tal vez algún día construiré una de las casas que solía imaginar.  
 Nathan se apoyó contra el mostrador, y la boca se le hizo agua cuando Giff vertió agua caliente sobre el cono con café.  
 —¿Has hecho algún trabajo en Sanctuary?  
 —¡Por supuesto! Un poco de todo. Colaboré con los obreros que reformaron la cocina para Brian, y ahora la señorita Pendleton se ha empeñado en agregar una dependencia para instalar un *jacuzzi* y una especie de gimnasio. Los veraneantes buscan esa clase de diversiones. Yo lo estoy diseñando.  
 —El lado del sur sería el mejor —opinó Nathan—. La luz sería la indicada y se podría construir entre los jardines.  
 —Sí, eso mismo he pensado yo. —La sonrisa de Giff se hizo más amplia—. Si usted ha llegado a la misma conclusión, supongo que voy por el buen camino.  
 —Me gustaría ver los planos.  
 —¿Sí? —Estaba sorprendido y contento—. Estupendo. Se los traeré en cuanto los haya completado. Que los revise será un pago mucho mejor que los cien dólares que me ofreció por el café. Le advierto que tarda en colarse —agregó al advertir que Nathan miraba la cafetera, que se llenaba con lentitud—. Las cosas buenas nunca son rápidas.  
 Poco después, cuando estaba en la ducha, bebiendo un segundo café mientras el agua caliente le corría por la espalda, Nathan dio la razón a Giff. Para algunas cosas, valía la pena esperar. La mente se le había aclarado, su cuerpo casi cantaba gracias a la cafeína. Una vez que se hubo vestido y después de tomar un tercer café, decidió caminar hasta Sanctuary para desayunar.

Cuando bajó por los escalones, Giff y su furgoneta habían desaparecido. Debe de haberse ido a arreglar alguna otra cosa, supuso. Al muchacho le había divertido su petición de que escribiera las instrucciones para preparar el café, pero lo cierto era que Nathan necesitaba saber qué debía hacer en todo momento.

De pronto comenzó a silbar una vieja canción country, lo que le sorprendió, porque ni siquiera le gustaba esa música. Cuando se adentró en el bosque, tenebroso y verde, aflojó el paso y siguió la curva suave del río bajo los arcos que formaban los árboles. Como aquel lugar siempre le producía la impresión de estar en una iglesia, dejó de silbar.

Le llamó la atención un movimiento y se detuvo para observar una mariposa amarilla que revoloteaba por el sendero. A la izquierda, las hojas de palmera, las vides enredadas y los troncos retorcidos formaban un muro.

A pesar de que significaba dar un rodeo, siguió andando por el camino del río, que se ensanchaba más adelante. Entonces la vio agachada junto a un árbol caído, con una rodilla hincada en la tierra húmeda, la chaqueta arremangada y el cabello sujeto en una cola. Nathan ignoraba por qué la encontraba tan atractiva e interesante.

Se detuvo para observar a Jo. Creyó adivinar qué pretendía captar; la luz sobre el agua, donde se reflejaban los árboles, la leve neblina que se levantaba. Un milagro pequeño, íntimo. Sin duda también le atraía el meandro que formaba el río, la manera en que la corriente se perdía detrás de esa curva, donde el pasto era alto y la espesura de los árboles disuadía al caminante de aventurarse más allá.

Al ver aparecer una cierva a la izquierda, avanzó con sigilo y se acuclilló detrás de Jo, que se sobresaltó cuando le puso una mano en el hombro.

—Chist. A la izquierda —le murmuró al oído.

A pesar del susto, Jo modificó la posición de la cámara para enfocar al animal, respiró hondo y esperó. Fotografió a la cierva cuando alzaba la cabeza y olisqueaba el aire. Apretó de nuevo el obturador cuando miró hacia el río y clavó la vista en los dos humanos agazapados e inmóviles. a Jo empezaron a dolerle los brazos al cabo de unos minutos, pero no estaba dispuesta a desistir. El premio llegó cuando la cierva empezó a caminar con gracia por la hierba mientras su cría salía de entre los árboles para beber junto a ella en la orilla.

Los rayos del sol penetraban en la neblina, y las lenguas de los ciervos formaban ondas suaves sobre el agua oscura. Jo decidió reducir el tiempo de exposición para acentuar el aura sobrenatural y prescindir de la claridad de la realidad. La fotografía debía mostrar una escena mágica, de cuento de hadas.

No bajó la cámara hasta que se le acabó la película. Después observó en silencio cómo se alejaba el animal.

—Gracias. Si no me hubiera avisado, tal vez no los habría visto.

—No, estoy seguro de que no se te hubieran escapado.

Jo volvió la cabeza, y reprimió el impulso de apartarse de un salto. No había advertido que estaba tan cerca, ni que aún mantenía la mano sobre su hombro.

—Eres muy sigiloso, Nathan. No te había oído.

—Estabas absorta. ¿Fotografiaste lo que querías antes de la aparición de la cierva?

—Ya veremos qué sale.

—Yo también he hecho algunas fotografías. Es mi afición.

—Es lógico. Lo llevas en la sangre.

A Nathan no le gustó el comentario.

—No; no soy un apasionado de la fotografía. Sólo tengo un interés de aficionado, además del equipo de un profesional —añadió refiriéndose al de su padre—, pero me falta la capacidad. —Sonrió—. Ese no es tu caso.

—¿Cómo lo sabes, si nunca has visto mis obras?

—Una excelente pregunta. Supongo que lo he deducido al verte trabajar hace un rato. Posees la paciencia necesaria para aguardar en silencio e inmóvil. La inmovilidad es una cualidad atractiva.

—Tal vez, pero ya hace mucho que estoy quieta. —Al ver que se incorporaba, Nathan la cogió del codo para ayudarla—. Gracias por todo. Ahora ya puedes reanudar tu paseo.

—Jo Ellen, si sigues esforzándote por librarte de mí, acabarás por traumatizarme.— La notaba más descansada esta vez. Sus mejillas habían recuperado el calor, lo que sin embargo podía obedecer al enojo. Con una sonrisa levantó la réflex de una sola lente que colgaba del cuello de Jo—. Yo también tengo este modelo —añadió.

—¿En serio? —Reprimió la tentación de arrebatársela de las manos—. Como te decía antes, habría sido extraño que no te interesara la fotografía. ¿No le decepcionó a tu padre que no siguieras sus pasos?

—No. —Nathan examinó la Nikon mientras recordaba las pacientes instrucciones de su padre sobre la apertura y el campo de visión—. Mis padres querían que me dedicara a lo que me gustara. De todos modos, Kyle se ganó la vida con una cámara.

—¡Ah! No lo sabía. —De repente se acordó de que Kyle también había muerto y de manera inconsciente le acarició la mano—. Mira, si sufres al hablar de este tema, no es preciso que sigamos.

—Tampoco debemos dejarlo de lado. —Nathan se encogió de hombros—. Kyle se instaló en Europa; Milán, París, Londres. Se dedicaba a la fotografía de modas.

—Es un arte en sí mismo.

—Por supuesto. Tú en cambio fotografías ríos.

—Entre otras cosas.

—Me gustaría ver tus obras.

—¿Porqué?

—Ya te he comentado que la fotografía me interesa. —Soltó la cámara—. Mientras esté aquí, le dedicaré más tiempo. Y me gustaría ver tus trabajos. Como dijiste, en cierto modo elegiste esta profesión por influencia de mi padre.

Había dado en el blanco. Observó cómo Jo abandonaba su actitud renuente.

—Traje algunas conmigo. Supongo que podrías verlas.

—Estupendo. ¿Qué te parece ahora mismo? De todos modos me encaminaba hacia Sanctuary.

—Está bien, pero no dispongo de demasiado tiempo. He de cumplir con mis obligaciones de criada.

Mientras caminaban juntos, Jo hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar los cigarrillos.

—Supongo que ésta no es otra treta para acercarte a mí, ¿verdad?

—Lo sería si se me hubiera ocurrido. Todavía conservo el bistec.

—Se pudrirá en la nevera. —Exhaló una bocanada de humo y le miró con los ojos entornados—. ¿Por qué te dejó tu mujer?

—¿Qué te hace pensar que me dejó?

—Está bien. ¿Por qué dejaste a tu mujer?

—De hecho ambos estuvimos de acuerdo en separarnos. Nuestro matrimonio acabó por falta de interés. ¿Acaso tratas de averiguar qué clase de marido fui antes de permitir que te ase un trozo de carne?

—No. —Al advertir que Nathan se había enfadado contuvo una sonrisa—. De todos modos lo habría hecho si se me hubiera ocurrido. Cambiemos de tema. ¿Has disfrutado de tu primera semana en Desire?

Nate se detuvo.

—¿No fue aquí donde te caíste al agua aquel verano?

Jo alzó una ceja.

—No, estaba más adelante, y no me caí, sino que me empujaste. Y si se te ha ocurrido la idea de volver a hacerlo, te aconsejo que lo pienses dos veces.

—En realidad uno de los motivos por los que he venido a la isla es porque quiero recordar esos días y esas noches, revivirlos. —Se acercó un poco a Jo, que retrocedió un paso—. ¿Estás segura de que no fue aquí donde te caíste?

—Sí, completamente. —Nathan la obligó a dar otro paso hacia atrás, y Jo le golpeó en el pecho al descubrir que intentaba aproximarla a la orilla—. Tan segura de eso como de que no volverá a suceder.

—No estés tan segura. —Cuando Jo resbaló en la hierba mojada, la atrajo hacia sí y con una sonrisa le rodeó la cintura—. No tienes mucho donde uno pueda agarrarse.

Ella le aferró los brazos con firmeza, por si acaso.

—Lo suficiente.

—Supongo que tendré que creerte... mientras espero averiguarlo por mí mismo. La expectativa forma parte de la diversión.

—¿Qué? —El corazón le dio un vuelco. «Me encanta la expectativa»—. ¿Qué acabas de decir?

—Que de momento tendré que creerte. —La estrechó aún más a sí mientras Jo trataba de liberarse—. Si continuas moviéndote así, los dos terminaremos en el agua.

La alejó de la ribera. El rostro de Jo estaba blanco como el papel, y el miedo le provocaba unos estremecimientos tan intensos que Nate los percibió.

—Tranquilízate —murmuró al tiempo que la abrazaba—. No pretendía asustarte.

—No. —El miedo desapareció de pronto, y pensó que se había comportado como una estúpida. Mientras permanecía entre sus brazos, se preguntó cuánto tiempo hacía que nadie la abrazaba—. No ha sido nada. Una tontería. Hace un par de noches me topé con un tipo muy desagradable en el campamento. Dijo algo parecido y me asustó. —Lo siento.

Jo lanzó un largo suspiro.

—En realidad no ha sido culpa tuya. Últimamente tengo los nervios a flor de piel.

—Ese individuo no te hizo daño, ¿verdad? —No, no, ni siquiera me tocó, pero el encuentro resultó bastante horripilante.

Cerró los ojos al tiempo que apoyaba la cabeza contra el hombro de Nate. Le había resultado muy fácil permanecer así, abrazada a él, segura, pero lo fácil no siempre era el mejor camino; ni el más inteligente. —No pienso acostarme contigo, Nathan. Él guardó silencio mientras disfrutaba de la sensación que le provocaba el cuerpo de Jo contra el suyo, la textura de su pelo contra su mejilla.

—Bueno, entonces más vale que me ahogue en el río. Acabas de destrozar el sueño de mi vida. Jo contuvo las ganas de reír. —Sólo pretendo ser sincera contigo. —Preferiría que mintieras un poquito, sólo para satisfacer mi ego. —Le tiró con suavidad de la coleta y ella levantó la cabeza—. ¿Por qué no empezamos con algo sencillo antes de entrar en lo más complicado?

Jo notó que le miraba la boca, luego los ojos. Intuyó que al cabo de unos minutos la besaría. Sería sencillo cerrar los ojos y dejarse arrastrar por él, entregarse a sus caricias. Sin embargo alzó una mano y la colocó sobre los labios de Nathan.

—No lo hagas.

Con un suspiro, él le cogió la muñeca y le besó los nudillos.

—No cabe duda de que sabes cómo conseguir que un hombre se esfuerce antes de complacerle.

—No pienso complacerte.



—Ya lo haces. —Sin soltarle la mano, echó a andar hacia Sanctuary—. No me preguntes por qué.

Puesto que él no deseaba que lo interrogara al respecto, Jo caminó en silencio. Tendré que reflexionar sobre esta... situación, decidió. Era evidente que Nathan le provocaba esa reacción física que cualquier mujer reconocía como una lujuria básica, lo que le resultaba casi tranquilizador; tal vez comenzaba a volverse loca, pero por lo menos el cuerpo aún le funcionaba. No había experimentado esa sensación con demasiada frecuencia para darlo por sentado. Además, saltaba a la vista que el hombre que se la provocaba se sentía atraído por ella... También tendría que meditar sobre eso.

Por fortuna, de momento controlaba la situación, la comprendía, analizaba y estaba en condiciones de elegir lo que le convenía, pero sospechaba que el problema radicaba en los picores. Y el problema de los picores era que no cesaban hasta que mandaba todo al diablo y se rascaba.

—Tendremos que darnos prisa —advirtió a Nathan mientras se dirigía a la puerta lateral.

—Ya lo sé. Tienes que hacer las camas. No te entretendré mucho tiempo. Pienso perseguir a Brian hasta que sirva el desayuno.

—Si no estás ocupado, tal vez podrías convencerlo de que saliera un poco, de que vaya a la playa o a pescar. Pasa demasiado tiempo encerrado aquí.

—Le encanta estar aquí.

—Ya lo sé. —Enfiló un largo pasillo con una pared decorada con un mural que representaba bosques y ríos—. Sin embargo no por ello ha de dedicar todo su tiempo a Sanctuary. —Apretó una bisagra y se abrió una sección del mural.

—Ésa es una manera muy extraña de plantearlo —le comentó Nathan mientras la seguía por la abertura y los peldaños que conducían a lo que en un tiempo habían sido las habitaciones de la servidumbre y en la actualidad era la entrada privada al ala de la familia—. Que se dedique a Sanctuary si así lo desea.

—Es lo que hace. Supongo que es lo que hacemos todos cuando estamos aquí.

Al llegar a lo alto de la escalera dobló a la izquierda. Se asomó por la primera puerta abierta; era el dormitorio de Lexy. La gran cama con dosel estaba vacía, y sin hacer por supuesto. Había ropa diseminada por todas partes; sobre la alfombra de Aubusson, sobre el suelo encerado, sobre las sillas. En el aire flotaba el aroma de cremas, perfumes y polvos en una especie de celebración femenina.

—Bueno, tal vez no todos —añadió Jo, sin detenerse.

Sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta estrecha. Al entrar Nathan arqueó las cejas en un gesto de sorpresa. Era un cuarto oscuro completamente equipado y organizado.

Una antigua y gastada alfombra protegía el suelo de madera de pino, las persianas estaban bajadas y sujetas en esa posición para no correr el riesgo de que se alzaran.

En los prácticos estantes de metal gris se alineaban botellas de productos químicos y cubetas. Otros albergaban cajas de cartón negro y grueso, que Nathan supuso contenían papel, copias de contacto y fotografías. También había una larga mesa de trabajo y un banco alto.

—No sabía que tenías un cuarto oscuro en Sanctuary.

—Antes era un baño y un vestidor. —Jo encendió la luz blanca y movió las fotografías que había revelado la noche anterior y todavía no se habían secado—. Di la lata a la prima Kate hasta que me permitió derribar la pared divisoria y eliminar los accesorios del lavabo para acondicionarlo. Ahorré durante tres años para comprar el equipo. —Pasó una mano sobre la ampliadora—. Esta me la regaló Kate cuando cumplí dieciséis años. Los estantes y la mesa de trabajo son obsequio de Brian. Lex me dio

papel y líquido de revelado. Me sorprendieron con todo esto en el que fue el mejor cumpleaños de mi vida.

—La familia siempre responde —comentó Nathan, extrañado de que no hubiera mencionado a su padre. —Sí, a veces sí. —Ante la silenciosa pregunta de Nathan, inclinó la cabeza—. Él me cedió el cuarto. Después de todo, a papá no le resultó fácil renunciar a una pared. —Se volvió para coger una caja—. Ahora recopilo fotografías para un libro que me han encargado. Supongo que son las mejores, aunque todavía tengo que retocarlas un poco.

—¿Vas a publicar un libro? Es maravilloso. —Ya veremos. En este momento sólo es una preocupación más. —Retrocedió un paso atrás y se introdujo los pulgares en la cinturilla de los téjanos mientras Nathan se acercaba a la caja.

Con sólo mirar la primera fotografía comprendió que Jo era una profesional más que competente. Papá era competente, pensó, en ocasiones incluso genial,

pero si Jo se considera alumna de David Delaney, no cabe duda de que ha superado a su maestro.

Las fotografías en blanco y negro eran excelentes, con líneas bien definidas, como talladas con un escalpelo. Una representaba un puente blanco que se alzaba sobre un río turbulento, de aguas oscuras, mientras el sol apenas si asomaba por el horizonte lejano. Otra mostraba un árbol solitario, con las ramas desnudas sobre un campo desierto y recién arado; podían contarse los surcos. Examinó los demás con lentitud, sin pronunciar palabra, impresionado por lo que Jo lograba ver, captar y conservar.

Observó con atención una toma nocturna, un edificio con las ventanas a oscuras a excepción de las tres más altas, en las que resplandecía la luz. Se distinguían la humedad de los ladrillos, la neblina leve que se alzaba sobre charcos de agua. Incluso le pareció percibir el frío y la humedad del aire.

—Son soberbias, y lo sabes. Tendrías que ser muy neurótica y humilde para no reconocer el talento que posees.

—No creo que sea humilde —replicó Jo con una sonrisa—; neurótica tal vez. El arte exige neurosis.

—No creo que lo seas. —Clavó la mirada en su rostro con curiosidad—. En cambio no cabe duda de que eres solitaria. ¿Por qué eres tan solitaria?

—No sé a qué viene esto. Mi trabajo...

—Es brillante, y refleja dolor. En cada fotografía da la impresión de que alguien acaba de marcharse y sólo quedas tú.

Jo se sintió turbada y le arrebató la fotografía para guardarla en la caja.

—No me interesan los retratos.

—Cierras la puerta de la gente, Jo. —Le tocó la mejilla con la yema de los dedos y notó que se sobresaltaba—. Con eso consigues que tu trabajo sea visualmente sorprendente y emotivo, pero ¿qué hay de tu vida?

—El trabajo es mi vida. —Con un movimiento brusco, colocó la caja sobre el estante—. Ahora debes marcharte; como te he dicho, tengo mucho que hacer.

—No te robaré más tiempo. —Sin embargo se volvió y comenzó a examinar con lentitud las fotografías que Jo había colgado para que se secaran. Cuando echó a reír, ella dejó escapar un gruñido—. Para no tener interés por los retratos, has hecho maravillas.

Con el entrecejo fruncido, Jo se acercó y observó que Nathan contemplaba una de las fotografías que había tomado en el campamento.

—No creo que sea un buen trabajo, sino...

—Es fabuloso —interrumpió él— y divertido. La que tiene el brazo sobre los hombros de tu hermana es la doctora, pero ¿quién es esa mujer con una hectárea de sonrisa?

—Ginny Pendleton —murmuró Jo mientras reprimía la risa. La sonrisa de Ginny era exactamente eso, de una hectárea de ancho y llena de promesas—. Es una amiga nuestra.

—Todas sois amigas. Se percibe... el afecto. Además se advierte que la fotografía también está integrada, aunque no aparece, se capta el vínculo.

Jo cambió de posición con cierta turbación.

—Estábamos borrachas, o por lo menos achispadas.

—Supongo que esta fotografía no guarda relación con el libro que vas a editar, pero deberías tenerla en cuenta si decides publicar otro. En ocasiones conviene olvidar la angustia con un poco de diversión.

—Lo que pasa es que te gusta mirar mujeres atractivas.

—No lo negaré. —Le alzó el mentón con la mano—. Me encantaría que la próxima vez que estés tan desinhibida te hicieras un autorretrato.

Los ojos de Nathan eran cálidos y amistosos, además de seductores. Jo reaccionó de nuevo ante su contacto.

—Debes irte, Nathan.

—Está bien. —Acto seguido bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos antes de besarla con más firmeza. Son más cálidos de lo que esperaba, pensó, y más excitantes. Entretanto, Jo mantuvo la vista clavada en él.

—Te has estremecido —susurró Nathan.

—No es cierto.

Antes de apartar la mano, le pasó el pulgar por la barbilla.

—Bueno, pues uno de los dos se ha estremecido.

—Más vale que te marches.

—De acuerdo. —Esta vez Nathan la besó en la frente.

Cuando se fue, Jo se dirigió hacia la ventana, la abrió y subió la persiana. Necesitaba aire para que se le enfriara la sangre y aclarara la mente. Mientras respiraba hondo, vio a su padre a lo lejos, de pie mientras el viento le alborotaba el cabello y le hacía ondear la camisa.

Solo, como siempre, rodeado por ese muro invisible que había construido para que nadie se acercara a él. Cerró de golpe la ventana y bajó la persiana.

¡Maldita sea! Ella no era su padre, y tampoco su madre. Era ella misma. Tal vez por eso en algunos momentos se sentía como si no fuera nadie.

# 10

Mientras atacaba una tostada sobre el mostrador de la cocina Nathan trató de identificar la canción que Giff silbaba, pero esta vez fracasó. Supuso que se trataba de una melodía de música country que él no reconocía dados sus limitados conocimientos.

Es un muchacho muy alegre, pensó Nathan, por lo visto capaz de arreglar cualquier cosa. Dedujo que Brian le tenía una confianza ilimitada para haberle pedido que desarmara el lavavajillas mientras los huéspedes desayunaban.

Así pues, mientras Brian cocinaba, Giff silbaba y se introducía en el interior del aparato y Nathan devoraba un segundo plato de tostadas con mermelada de manzanas.

No recordaba haber disfrutado nunca tanto de una comida.

—¿Qué tal va eso, Giff? —preguntó Brian al tiempo que introducía un guiso en el horno.

—Ya casi está.

—Si no consigues repararlo antes de que acabe la hora del desayuno, Nate fregará los platos.

—¿En serio? —preguntó Nate tragando la tostada con dificultad—. Yo sólo he ensuciado un plato.

—Son las reglas de la casa. Si comes en la cocina, trabajas en la cocina. ¿No es cierto, Giff?

—Sí, pero no creo que lleguemos a eso. Lo arreglaré. —Miró hacia la puerta en el momento en que entraba Lexy—. Sí —agregó con una sonrisa—, en su momento lo conseguiré.

La muchacha lo miró de reojo al tiempo que pestañeaba. Se enfureció consigo misma al encontrarlo tan atractivo.

—Dos especiales más, uno con jamón y otro con beicon. Dos nuevos pasados por agua, beicon y tostadas. Giff manten los pies fuera del camino —se quejó mientras los esquivaba para recoger los platos que aguardaban junto al horno.

Cuando la joven salió, Giff esbozó una sonrisa amplia.

—Tu hermana es realmente preciosa, Bri.

—Eso opinas tú, Giff —replicó Brian mientras cascaba dos huevos sobre una sartén.

—Está loca por mí.

—Me he dado cuenta. He sentido vergüenza ajena al ver cómo se le caía la baba.

Giff lanzó un bufido y dejó caer el mango del destornillador sobre la palma de la mano.

—Es su forma de ser. Le gusta que los hombres la sigan como perritos falderos, y cuando uno no lo hace se enfada. Ya se le pasará. La cuestión es llegar a comprender qué piensa.

—¿Quién demonios sabe qué piensa una mujer? —preguntó Brian al tiempo que apuntaba a Giff con la espátula—. ¿Tú las entiendes, Nate?

Nathan clavó la vista en la tostada que sostenía.

—No. No; no puedo decir que las comprenda, por más que he realizado estudios exhaustivos sobre el tema. En cierto modo he dedicado a ello una pequeña parte de mi vida, con resultados contradictorios.

—No se trata de analizarlas a todas en general —explicó Giff con paciencia mientras

colocaba tornillos—, sino de centrarse en una. Con las máquinas hay que actuar de forma parecida. No todas funcionan igual, aunque sean de la misma marca y del mismo modelo. Cada una tiene sus propias peculiaridades. En el caso de Alexa... —Se interrumpió para fijar una tuerca—. Es casi demasiado bonita —añadió—. Piensa mucho en eso, le preocupa.

—En la repisa del baño tiene cremas y maquillaje más que suficientes para abastecer al coro de una comedia musical —aseguró Brian.

—Algunas mujeres consideran una obligación estar atractivas. En el caso de Lex, se desespera si un hombre no le demuestra durante las veinticuatro horas del día que se muere por ella, y si lo hace, opina que el tipo es un imbécil porque sólo ve la superficie. El truco consiste en encontrar el justo medio y luego elegir la hora y el día indicados para atacar.

Brian depositó los huevos en un plato. Es una descripción perfecta de Lexy, pensó. Contradictoria e irritante.

—A mí me parece demasiado esfuerzo —dijo.

—¡Caramba, Bri! Conquistar a una mujer supone un gran esfuerzo. —Giff se levantó la gorra y, al sonreír, se le marcaron los hoyuelos en las mejillas—. Eso forma parte del atractivo. Ya funciona —agregó señalando el lavavajillas con la cabeza. Calculó que Lexy regresaría a la cocina en cualquier momento—. Ginny, yo y algunos otros hemos pensado en hacer una fogata en la playa esta noche —anunció con tono indiferente—, por las dunas Osprey. Ya he juntado bastante leña, la noche será clara. —Cuando Lexy entró, Giff se animó—. Tal vez querráis avisar a los huéspedes de la posada y también a la gente del campamento y las cabañas.

—¿Avisarles de qué? —preguntó Lex.

—De lo de la fogata.

—¿Esta noche? —Se le iluminaron los ojos mientras colocaba los platos sobre el mostrador—. ¿Dónde?

—Cerca de Osprey —contestó Giff mientras guardaba las herramientas en la caja metálica—. Tú vendrás, ¿verdad, Brian?

—No lo sé, Giff. Debo ocuparme de algunas cuestiones.

—¡Oh, vamos, Bri! —intervino Lex, que le dio un codazo mientras recogía los platos recién preparados—. ¡No seas tan aburrido! Iremos todos. —Con la intención de irritar a Giff, dedicó una sonrisa radiante a Nathan—. Tú también irás, ¿verdad? No hay nada como una hoguera en la playa.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Dirigió una mirada cautelosa a Giff, con la esperanza de que ya hubiera guardado el martillo.

—¡Estupendo! —Lexy le obsequió con una de las sonrisas que reservaba para las ocasiones especiales—. Haré correr la voz.

Giff se rascó el mentón y se puso en pie.

—No te preocupes, Nate. Para Lexy, coquetear es algo natural.

—Ya —repuso Nathan mientras miraba la caja de herramientas y pensaba en todas las armas letales que contenía.

—No me molesta en absoluto. —Giff tomó una galletita y la mordió—. Si un hombre decide conquistar a una mujer hermosa, ha de aceptar que flirtee un poco y que los demás la miren, de modo que no te preocupes y mírala tanto como quieras. —Cogió la caja de herramientas y le guiñó un ojo—. La situación sería muy distinta si hicieras algo más que mirar, por supuesto. Nos veremos esta noche.

Salió silbando.

—¿Sabes, Bri...? —Nathan cogió su plato para llevarlo al fregadero—. Ese tipo tiene unos bíceps que parecen rocas. Creo que ni siquiera me atreveré a mirar.

—Bien pensado. Y ahora, para pagar el desayuno, tendrás que poner el lavavajillas en su sitio.

—No tengo ganas de hacer vida social, Kate. Esta noche trabajaré un rato en el cuarto oscuro.

—Te lo prohíbo. —Kate se encaminó hacia la cómoda de Jo, tomó un cepillo de pelo y lo blandió en su dirección—. Te maquillarás un poco, te arreglarás el cabello e irás a esa fogata. Bailarás en la arena, beberás vino y por Dios que te divertirás. —Kate alzó una mano como un policía que dirige el tráfico al ver quejo se disponía a protestar—. Ahórrate el aliento, muchacha. Ya he tenido esta misma discusión con Brian, y gané. Por tanto, más vale que arrojes la toalla cuanto antes. —A continuación le lanzó el cepillo, que Jo interceptó antes de que la golpeará.

—No sé por qué te importa...

—Me importa —masculló Kate al tiempo que abría la puerta del armario de palo de rosa—. Quiero que esta familia aprenda a divertirse de vez en cuando. Y cuando haya terminado contigo, atacaré a tu padre.

Jo se tendió en la cama.

—No lograrás nada.

—Irás —afirmó Kate con tono sombrío mientras estudiaba el contenido del ropero de Jo—, aunque tenga que golpearlo hasta que pierda el conocimiento y después arrastrarlo hasta la playa. ¿Ni siquiera tienes una blusa que sugiera que te preocupa el aspecto que ofreces? —Deslizó las perchas con un gesto de desagrado—. ¿No tienes nada un poco atractivo o que esté de moda? —Sin esperar respuesta, se acercó a la puerta y exclamó—: ¡Alexa! Elige una blusa para tu hermana y tráela.

—No pienso ponerme nada de Alexa. —Jo se levantó de un salto—. Si tengo que ir, llevaré mi propia ropa, pero como no pienso ir, no vale la pena discutir.

—Irás. Rízate un poco el pelo. Estoy harta de verlo tan lacio.

—No tengo nada con qué rizármelo, y tampoco deseo hacerlo.

—Ya veremos —repuso Kate—. Alexa, trae de una vez una blusa y los rulos a la habitación de tu hermana.

—¡Ni se te ocurra, Lex! —vociferó Jo—. Kate, ya no tengo dieciséis años.

—No, es cierto. —Kate asintió y los pendientes largos que llevaba se balancearon—. Eres una mujer hecha y derecha, además de hermosa. Ya es hora de que te enorgullezcas de tu belleza. Escúchame bien; irás a esa fogata y te esforzarás por estar lo mejor posible. Te advierto que no aceptaré ninguna negativa. Sois todos unos chiquillos carichosos que no hacen más que discutir. —Sin dejar de murmurar entró en el cuarto de baño—. Ni siquiera tienes pintalabios. ¿Quieres ser monja, entrar a un convento? El carmín no es un arma del demonio.

Lexy entró con una blusa sobre el hombro y la caja de rulos en la mano. Como había depositado grandes esperanzas en la noche que se aproximaba, sonrió y arqueó las cejas mientras miraba a Jo.

—¿Tiene uno de sus berrinches? —preguntó.

—Un enorme berrinche. No quiero rizarme el pelo.

—¡Vamos! Relájate un poco, Jo Ellen. —Lexy dejó la caja sobre la cómoda y de paso se miró en el espejo. Se había maquillado poco dada la informalidad de la reunión. De todas maneras, nada favorecía tanto como la luz del fuego. Sabía que casi todo el mundo vestiría téjanos, de manera que su falda larga con un estampado de amapolas crearía un contraste interesante.

—No pienso ponerme tu ropa.

—Como quieras. —Lexy apretó los labios y miró a su hermana. Se sentía tan contenta que estaba dispuesta a ser amable—. Los volantes no van con tu estilo.

—¡Qué noticia! Deja que lo anote.

Lexy hizo caso omiso del sarcasmo y caminó con lentitud alrededor de su hermana.

—¿Tienes una camisa negra que no sea tan holgada como las que acostumbras llevar?

Jo asintió con cierto recelo.

—Tal vez.

—¿Y téjanos negros? —Ante el gesto de asentimiento de Jo, Lexy se tabaleó los labios con la punta de los dedos—. Entonces irás así, sencilla, quizá con unos pendientes y un cinturón como accesorio, pero nada más. Y tampoco debes rizarte el pelo.

—¿No?

—No, pero has de cambiar de peinado. —Lexy continuaba tamborileándose los labios con los dedos, entrecerraba los ojos y meneaba la cabeza—. Me encargaré de eso. Unos tijeretazos por aquí, otros más allá.

—¿Tijeretazos? —Jo se llevó las manos a la cabeza como para protegerla—. ¡No permitiré que me cortes el pelo!

—¿Qué más te da? Lo llevas de cualquier forma.

—En efecto —intervino Kate—. Lexy tiene buena mano para el cabello. Cuando no puedo ir a tierra firme, me lo arregla. Lávate el pelo, Jo, y tú, Lexy, ve a buscar las tijeras.

—Está bien. —Jo alzó las manos, dándose por vencida—. Está bien. Si me rapa la cabeza, no tendré que ir a la playa para sentarme con un grupo de imbéciles que se pasarán buena parte de la noche escuchando a alguien cantar *Kum ba yah*.

Quince minutos después estaba sentada, con una toalla alrededor del cuello, sobre la que caían mechones de pelo.

—¡Dios mío! —Jo cerró los ojos—. Debo de haber perdido la cordura.

—¡Deja de moverte! —ordenó Lexy con tono divertido—. Acabo de empezar. Además, piensa que por un tiempo la prima Kate no te dará la lata.

—Sí. —Jo se obligó a relajar los hombros—. Es cierto.

—Tienes una melena espléndida, Jo, con mucho cuerpo y ondas naturales. —Hizo un pequeño puchero al ver su cabellera en el espejo—. Yo en cambio lo tengo lacio como un alfiler. —Se encogió de hombros ante los caprichos de la naturaleza y volvió a concentrarse en su trabajo—. Sólo necesitabas un corte decente. Con el que te estoy haciendo no tendrás que preocuparte por arreglarlo.

—Bueno, nunca me he preocupado demasiado.

—Ya se nota. Ahora será distinto.

—No me cortes demasiado... —Jo abrió los ojos como platos al ver que le caían en el regazo mechones de siete centímetros—. ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué has hecho?

—Tranquilízate, te corto el flequillo, nada más.

—¿Flequillo? No te lo he pedido.

—No, pero me he dado cuenta de que te realzará las cejas y los ojos; debo admitir que los tienes preciosos. Además es un corte muy favorecedor e informal. —Al cabo de unos minutos retrocedió unos pasos para contemplar su obra, frunció el entrecejo y cortó un poco más—. Me gusta. Sí, me gusta.

—Me alegro por ti —repuso Jo— ¿Por qué no te haces este peinado?

—No tendrás más remedio que darme las gracias. —Lexy se untó un poco de gel en las manos, las frotó y las pasó por la melena húmeda de Jo—. Un poco de esto, y habremos acabado.

Jo miró el tubo con la frente arrugada.

—Yo no me echo nada en el pelo.

—Esta vez no te quedará más remedio. —Conectó el secador—. Aunque puedes dejar que se te seque al aire, con esto conseguirás un poco más de volumen, y no tardarás más

de diez minutos en estar perfectamente peinada.

—Hasta ahora peinarme no me llevaba más de dos minutos. ¿Qué sentido tiene todo esto? —Jo admitió para sus adentros que el corte no le desagradaba. Lo que sucedía era que estaba harta de estar allí sentada.

—Muy bien. —Lexy desenchufó el secador—. No haces más que protestar y sacar defectos a todo. Si lo prefieres, sigue con aspecto de bruja. —Tras estas palabras salió como una tromba mientras Jo se quitaba la toalla que le rodeaba el cuello.

Cuando se vio reflejada en el espejo, se detuvo y se acercó. Le gustaba, y levantó una mano para tocarse la melena, que formaba ondas sobre las orejas y caía por la nuca. Ofrecía un aspecto más juvenil, y después de todo el flequillo le favorecía. Meneó la cabeza para averiguar qué sucedería. El peinado apenas se le modificó.

Se cepilló la cabellera y observó cómo caía con gracia. Debía reconocer que era un peinado con estilo.

De pronto se recordó sentada en el borde de la cama, mientras su madre le cepillaba el pelo.

«—Tienes un cabello precioso, Jo Ellen, tan suave. Será como una corona gloriosa.

»—Es del mismo color que el tuyo, mamá.

»—Ya lo sé —había dicho Annabelle antes de echar a reír y abrazarla—. Serás mi melliza.

»—No puedo ser tu melliza, mamá —susurró Jo—. No puedo parecerme a ti.»

Tal vez por eso, pensó, nunca se había cuidado la melena, ni comprado un lápiz de labios. ¿Será tozudez, se preguntó, o miedo lo que me impide dedicar más de cinco minutos al día a mi apariencia?

Si quiero conservar la cordura, decidió, tendré que aprender a aceptar lo que veo todos los días en el espejo. Respiró hondo y salió del dormitorio para dirigirse al de Lexy.

Su hermana estaba en el baño, donde elegía un pintalabios entre los muchos que se arracimaban en un estante.

—Lo siento. —Como Lexy permaneció en silencio, avanzó otro paso—. Lo siento, Lexy. Tienes razón; no he hecho más que protestar y sacar defectos a todo.

Lexy observó el carmín que sostenía en la mano.

—¿Porqué?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo. —Se sintió aliviada al admitirlo por fin—. Últimamente todo me asusta, hasta un nuevo peinado. —Consiguió sonreír—. Hasta un magnífico corte de pelo.

Cuando sus miradas se encontraron en el espejo, Lexy se ablandó y sonrió.

—Es precioso. Estarías aún más guapa si te maquillaras un poco los ojos.

Jo suspiró y miró lo que parecía una tienda de venta de cosméticos.

—¿Por qué no? ¿Te importa que use algún producto tuyo?

—Cualquier color de los que hay aquí te quedará bien. Nos favorecen los mismos tonos. —Lexy se volvió hacia el espejo y se pintó los labios con cuidado—. Jo... ¿te da miedo la soledad?

—No, la soporto muy bien. De hecho es casi lo único que no me da miedo.

—¡Qué extraño! Es lo único que me asusta a mí.

La hoguera se elevaba sobre la arena blanca hacia el cielo negro, tachonado de estrellas plateadas. Se parece al fuego ritual de los druidas, pensó Nathan mientras bebía una cerveza helada y observaba las llamas. Imaginó figuras bailando alrededor de la fogata y



ofreciendo sacrificios a algún dios primitivo y hambriento.

¿Y por qué demonios se me habrá ocurrido ese pensamiento?, se preguntó mientras tomaba otro trago para borrar la imagen.

La noche era fresca, y la playa, tantas veces desierta, estaba llena de gente, sonidos y música. No estaba preparado para formar parte de todo eso. Contempló las parejas que bailaban, el flujo y reflujo de hombres y mujeres, tan básico como el de la marea.

Recordó las fotografías que Jo le había mostrado esa mañana, esos retazos congelados de soledad. Tal vez necesitaba verlas, conjeturó, para comprender hasta qué punto me he convertido en un solitario.

—¡Hola, buen mozo! —Ginny se dejó caer a su lado en la arena—. ¿Qué haces aquí tan solo?

—Busco el sentido de la vida.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Bueno, no es una cuestión muy difícil. El sentido de la vida es vivirla. —Le ofreció un bocadillo de salchicha, recién salido del fuego y crujiente—. Come.

Nathan le dio un mordisco y paladeó carbón y arena.

—Vaya.

Ginny rió y le apretó la rodilla en un gesto amistoso.

—Cocinar al aire libre no es mi especialidad, pero preparo unos desayunos maravillosos. Si alguna vez... pasas cerca de mi casa...

Se trataba de una proposición muy directa. Allí estaba la hectárea de sonrisa de esa muchacha, con la boca un tanto torcida a causa de la tequila que había trasegado. Nathan no pudo menos que devolvérsela.

—Es una invitación muy tentadora.

—Creo que todas las mujeres de la isla de entre dieciséis y sesenta años se mueren por ti; así pues, sólo intento encabezar la lista.

Sin saber qué decir Nathan se rascó el mentón.

—Me encantaría aceptar, pero...

—Tranquilo, no tienes por qué inventar una excusa. —Esta vez le apartó un brazo como si pretendiera examinar sus bíceps—. ¿Sabes qué deberías hacer, Nathan?

—¿Qué?

—Bailar.

—¿De veras?

—Por supuesto. —Se puso en pie de un salto y le tendió la mano—. Conmigo. Ven, grandullón.

Nathan le cogió la mano y la encontró tan cálida que le resultó fácil sonreír.

—Está bien.

—Ginny ha conquistado al yanqui —comentó Giff al verlos acercarse a la orilla.

—Eso parece —repuso Kirby—. No cabe duda de que esa chica sabe divertirse.

—No es tan difícil. —Con una lata de cerveza en la mano, Giff observó la playa. Algunas personas bailaban o se balanceaban, otras se habían tendido junto a la enorme fogata, y unas pocas se habían perdido en la oscuridad para estar solas. Los chicos saltaban y corrían, en tanto que los viejos, cómodamente sentados en tumbonas, miraban a los jóvenes e intercambiaban comentarios.

—No todo el mundo tiene ganas de divertirse —observó Kirby desviando la vista hacia las dunas; ningún habitante de Sanctuary había acudido a la fiesta.

—Tú le has echado el ojo a Brian, y yo a Lexy. —Giff le rodeó los hombros con un brazo en un gesto amistoso—. ¿Por qué no bailamos? Así miraremos juntos hacia Sanctuary.

—Es una idea excelente.

Brian llegó por las dunas, flanqueado por Lexy y Jo. Se detuvo en lo alto y contempló la playa.

—Todo esto, hijas mías, algún día será vuestro.

—¡Oh, Bri! —Lexy le propinó un codazo—. ¡Deja de bromear! —Enseguida distinguió a Giff y sintió una punzada de celos al observar que bailaba con Kirby—. Tengo ganas de comer cangrejo —añadió con tono desenfadado mientras bajaba a la playa.

—¿Qué te parece si nos escapamos? —propuso Jo—. Kate todavía está arrastrando a papá hacia aquí. Podríamos caminar hacia el norte, bordear la playa y estar en casa antes de que ella llegue.

—Sólo nos ganaríamos una reprimenda. —Brian hundió las manos en los bolsillos traseros del pantalón en actitud resignada—. ¿Por qué nos desagrada tanto la vida social, Jo Ellen?

—Somos demasiado Hathaway —respondió Jo.

—Y hemos heredado pocos rasgos de los Pendleton. Supongo que Lexy se quedó con nuestra parte de los Pendleton —agregó señalando con la cabeza, a su hermana, que ya estaba en medio de la multitud—. Más vale que acabemos con esto cuanto antes.

Tan pronto como llegaron a la playa, Ginny se acercó para darles la bienvenida con sonoros besos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Yo ya estoy un poco borracha. Nate, les traeremos cerveza para que empiecen a entonarse. —Al volverse chocó contra alguien y echó a reír—. ¡Hola, Morris! ¿Quieres bailar conmigo? Vamos.

Nathan suspiró con alivio.

—No sé de dónde saca tanta energía. Me ha dejado extenuado. ¿Os apetece una cerveza?

—Yo iré a buscarla —se ofreció Brian.

—Me gusta tu nuevo peinado —afirmó Nathan al tiempo que rozaba el flequillo de Jo—. Te queda muy bien.

—Es obra de Lexy.

—Estás preciosa. —Le puso la mano en el hombro y la deslizó por el brazo hasta cogerla de la muñeca—. ¿Te molesta que te toque?

—No, yo... No empieces, Nathan.

—Demasiado tarde. —Se acercó un poco más—. Ya he empezado. —Jo despedía una fragancia aromática y sugerente—. Te has puesto perfume.

—Lexy...

—Me gusta. —Se inclinó hacia ella y la sorprendió al olerle el cuello—. Mucho.

A Jo le costaba respirar y, enojada, retrocedió un paso.

—No me lo he puesto para ti.

—De todos modos, me gusta. ¿Quieres bailar?

—No.

—Me alegro. Yo tampoco. Te propongo que nos sentemos cerca de la hoguera y nos hagamos arrumacos.

Sonaba tan ridículo que ella echó a reír.

—Prefiero sentarme junto al fuego, sin más. Si intentas algo, pediré a mi padre que te ahuyente con la escopeta, y como eres un yanqui a nadie se le ocurrirá ayudarte.

Nathan rió y le rodeó la cintura con un brazo; al instante notó que Jo se sobresaltaba.

—Entonces sólo nos sentaremos.

Consiguió una cerveza y una salchicha ensartada en un palo para Jo y se instaló a su lado.

—Veo que has traído la cámara.

En un movimiento automático Jo tocó el estuche gastado que llevaba en la cintura.

—Esperaré un poco antes de utilizarla. A veces una cámara intimida a la gente; sin embargo, después de unas cervezas, ya no les importa tanto que les fotografíen.

—Creía que no te interesaban los retratos.

—Por lo general, no. —Conversar siempre le provocaba cierta incomodidad. Buscó un cigarrillo en el bolsillo—. No es necesario convencer a los objetos, ni animarlos con alcohol o halagos para conseguir que se dejen fotografiar.

—Yo sólo he bebido una cerveza. —Le arrebató el mechero, lo rodeó con una mano para protegerlo de la brisa y le encendió el pitillo. Sus miradas se encontraron por encima de la llama—. Aunque no me hayas halagado, te permitiré que me hagas una foto.

Ella lo observó con detenimiento a través del humo.

—Tal vez. —Recuperó el encendedor y se lo guardó en el bolsillo. ¿Qué vería si lo enfocara con la lente?, se preguntó. Y lo que viera, ¿qué le produciría?— Tal vez lo haga.

—¿Te sentirías incómoda si te dijera que te esperaba?

Jo clavó la mirada en sus ojos, luego la apartó.

—Muy incómoda.

—Entonces no lo mencionaré —replicó Nathan—. En cambio sí te diré que al verte allí, en lo alto de la duna, pensé: por fin ha llegado. ¿Por qué habrá tardado tanto?

Jo se colocó entre las piernas el palo con la salchicha para coger la cerveza. La mano le sudaba a causa del nerviosismo.

—No me he retrasado tanto. Hace apenas una hora que encendieron el fuego.

—No me refiero sólo a esta noche. Supongo que tampoco debería mencionar que me atraes muchísimo.

—No creo que...

—Por tanto, charlaremos sobre algo completamente distinto. —Sonrió al ver la sorpresa reflejada en su rostro y cómo apretaba los carnosos labios—. Por aquí hay muchas caras interesantes. Con ellas podrías publicar otro libro. Los rostros de Desire. —Pegó sus rodillas a las de la muchacha.

Jo lo miró con asombro ante la suavidad de sus movimientos. Le extrañaba que lograra estremecerla con sólo palabras intrascendentes y su sonrisa.

—Todavía no he terminado el que me han encargado, de modo que es precipitado pensar en publicar otro.

—En cualquier caso con el tiempo lo harás. Tienes mucho talento y eres demasiado ambiciosa. Oye, ¿por qué no satisfaces mi curiosidad y me hablas sobre algunas de estas personas?

—¿Quién te intriga?

—Todos.

—Ese que está allí, con la gorra blanca y el bebé sobre el regazo, es el señor Brodie. Si no me equivoco ése es su cuarto biznieto. A principios de siglo sus padres servían en Sanctuary. Nació en Desire y aquí creció.

—¿Se crió en la casa?

—Pasó muchos años en ella, hasta que a sus padres se les concedió una cabaña con un pequeño terreno para premiar su lealtad a la familia. Combatió en la Segunda Guerra Mundial como artillero y volvió de París casado. Su esposa, Marie Louise, vivió aquí hasta su muerte, hace tres años. Tuvieron cuatro hijos, diez nietos y, ahora, cuatro biznietos. Siempre lleva caramelos de menta en el bolsillo. —Miró a Nathan—. ¿Es la clase de información que te interesa?

—Sí. —Se preguntó si Jo se habría percatado de cómo se relajaba a medida que

explicaba la historia—. Háblame de otro.

Ella suspiró. Le parecía un tema de conversación tonto, pero por lo menos no se sentía nerviosa.

—La mujer embarazada, de aspecto cansado, que regaña a ese chiquillo es Lida Verdón, prima mía por parte de los Pendleton. Espera su tercer hijo en cuatro años. Su marido, Wally, es un tipo despreciable. Trabaja de camionero y se ausenta durante largos períodos de tiempo. Gana bastante dinero, pero Lida casi nunca lo ve. —Una criatura correteó a su lado, seguida por su indulgente padre. Jo apagó el cigarrillo en la arena y lo enterró—. Cuando Wally regresa a casa, casi siempre está borracho o tratando de emborracharse. Ella le ha echado del hogar dos veces, pero al final acaba por perdonarle. Como fruto de esas reconciliaciones tiene un niño que da sus primeros pasos y otro en el vientre. Lida y yo somos de la misma edad, nacimos con unos meses de diferencia. Yo tomé las fotografías de su boda. En ellas aparece hermosa, joven y dichosa. Ahora, cuatro años después, está extenuada. Como verás, en Desire no todas las historias tienen un final feliz —añadió en un susurro.

—No. —Le pasó un brazo por los hombros—. Háblame de Ginny.

—¿De Ginny? —Jo dejó escapar una carcajada—. No es necesario decir nada sobre Ginny; basta con mirarla. Fíjate en cómo hace reír a Brian, y eso que mi hermano es muy serio.

—¿Os criasteis juntas?

—Sí, casi como hermanas, aunque es más amiga de Lexy. Ginny siempre era la más osada de las tres; le encantaba romper todas las prohibiciones. Sin embargo nunca actuaba con maldad. Lo que ocurre es que Ginny disfruta al máximo de la vida. ¡Oh, mira! Apuesto a que ha sido ella quien ha conseguido que eso sucediera.

Nathan ignoraba a qué se refería, pues tenía la vista clavada en Jo.

—¿Qué?

—Mira hacia allí. —Jo se apoyó contra él y señaló hacia la orilla—. Lexy y Giff están abrazados. Seguro que Ginny, que quiere mucho a los dos, ha hecho para azuzarlos.

—¿Quiere que se peleen?

—¡No, pedazo de tonto! —Riendo, Jo cogió otra salchicha del fuego y clavó el palo en la arena—. Quiere que se unan.

Nathan arqueó las cejas al ver que Giff cogía a Lexy en brazos y se alejaba por la playa mientras ella pataleaba y maldecía.

—Entonces tendré que hablar con Ginny para que me eche una mano.

—Yo soy mucho más dura que mi hermana —replicó Jo con sequedad.

—Tal vez. —Nathan arrancó la salchicha del espetón y se la pasó de una mano a la otra para enfriarla—. De todas formas ya he conseguido que cocines para mí.

A pesar de la mujer que se revolvía entre sus brazos, Giff continuó caminando hasta que perdió de vista la fogata. Convencido de que allí gozarían de cierta intimidad, la depositó de pie sobre la arena.

—¿Quién diablos crees que eres? —exclamó Lexy al tiempo que lo empujaba.

—El de siempre —contestó él con tranquilidad—. Ya es hora de que te fijas en mí.

—Ya me he fijado en ti muchas veces y nunca he visto a nadie que tenga derecho a llevarme a un lugar al que no quiero ir. —Por excitante y romántico que haya sido, añadió para sus adentros—. Yo estaba charlando.

—No; no charlabas, sino que coqueteabas con ese tipo para ponerme celoso. Esta vez te ha dado resultado.

—Simplemente me mostraba amable con un hombre muy atractivo que Ginny

acababa de presentarme. Es un abogado de Charleston que ha acampado en la isla con sus amigos.

—Un abogado al que se le caía la baba mientras te miraba. —Los ojos de Giff, por lo general tranquilos, echaban fuego—. Hasta ahora te he concedido la libertad necesaria para que hicieras lo que te viniera en gana, Lexy, pero ya es hora de que te comportes como una adulta.

—¡Una adulta! —Puso los brazos en jarras—. Soy toda una mujer, aunque no te hayas dado cuenta. Hago lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero.

Giró sobre sus talones y comenzó a alejarse. Giff se pasó la mano por el mentón y se reprochó haber perdido los estribos al ver a Lexy coquetear con el abogado de Charleston. De todos modos el mal ya estaba hecho.

Echó a andar con paso presuroso. Ella lo oyó acercarse y se volvió, pero no logró impedir que Giff la rrojara sobre la arena.

—¡Me estropearás la falda, imbécil! —Furiosa, se defendió con los codos y las rodillas mientras rodaban por la orilla, bañados por las olas—. ¡Te odio, Giff Verdón!

—No, Lexy, no me odias. Me amas.

—¡Ja! ¿Por qué no me besas el culo?

—Me encantaría hacerlo, querida. —Le sujetó los brazos y se irguió con una sonrisa—. Sin embargo prefiero descender poco a poco por tu cuerpo. —Inclinó la cabeza para besarla en el cuello—. Éste es un lugar espléndido por donde empezar.

Lexy se estremeció.

—¡Te desprecio!

—Ya lo sé. —Empezó a mordisquearle la piel, fascinado al notar que la muchacha se relajaba—. Bésame, Lexy. ¡Vamos!

Con un sollozo ella volvió la cabeza y unió los labios a los suyos.

—¡Abrázame! ¡Acariciame! ¡Oh, te odio por hacer que te desee!

—Conozco la sensación. —Le acarició el pelo y las mejillas mientras ella temblaba—. No te preocupes. Nunca te he hecho daño.

Lexy le tiró del cabello con desesperación para obligarlo a tenderse encima de ella.

—Necesito tenerte dentro de mí. ¡Estoy tan vacía! —Arqueó las caderas al tiempo que lanzaba un gemido.

Giff le cubrió un pecho con la mano e, incapaz de contenerse, le desabrochó la blusa para apresarla con la boca.

El sabor de Lexy, cálido, húmedo, acre, le recorrió la sangre como si fuese whisky. Quería poseerla con lentitud y dulzura; al fin y al cabo había esperado ese momento toda la vida. Sin embargo ella se movía con inquietud debajo de él, le acariciaba. Cuando Giff la besó de nuevo, todo pensamiento desapareció de su mente y se entregó a las sensaciones que experimentaba.

Sin dejar de jadear, deslizó una mano bajo la falda para tocarle el muslo. A continuación le acarició el sexo, ya mojado, y Lexy se movió para que el contacto fuera más intenso hasta que alcanzó el clímax. —Giff, si te detienes ahora te mataré. —No será necesario —balbuceó él—. Yo ya estaré muerto. Quítate la ropa. —Con una mano le tiró la falda al tiempo que con la otra se bajaba los téjanos—. ¡Por el amor de Dios, Lexy, ayúdame!

—Eso trato de hacer. —La muchacha reía, enredada en la tela empapada, todavía bajo los efectos del orgasmo—. Estoy aturdida. Me siento muy bien. ¡Oh, por favor, date prisa!

—¡Al diablo con todo! —Dejó a un lado los pantalones, se arrancó la camisa y arrastró a la muchacha hacia el agua.

—¿Qué haces? —exclamó ella—. ¡La falda es nueva!

—Te compraré otra. Te compraré una docena. ¡Por el amor de Dios, deja que te posea! —Tiró hacia abajo de la prenda y, cuando Alexa se hubo desembarazado de ella, la penetró.

Ella lanzó un grito de sorpresa, fascinada. Le rodeó la cintura con las piernas y le hundió las uñas en los hombros al tiempo que le miraba a los ojos. Las olas los cubrían, los arrastraban por la orilla, y Lexy se apretó contra él.

—Te amo —murmuró Giff—. Te quiero, Lexy.

Entonces se estremeció con ella hasta que sus cuerpos quedaron relajados. Después la atrajo hacia sí y dejó que las olas los mecieran. Ha sido perfecto, pensó, como imaginaba.

—¡Eh, vosotros!

Giff se volvió con indolencia y vio la figura que los saludaba desde la playa. Después lanzó un gruñido y besó a Lexy en la cabeza.

—¡Hola, Ginny!

—Sobre la arena hay ropa que me resulta familiar. ¿Estáis desnudos?

—Eso parece. —Giff sonrió al oír la risita de Lexy.

—Ginny, me ha estropeado la falda.

—Ya era hora. —Les lanzó unos besos—. Voy a caminar un rato para despejarme. Lexy, la señorita Kate ha logrado que tu padre bajara a la playa y se sentara junto a la fogata. En tu lugar, me aseguraría de cubrirme con algo antes de volver.

Ginny se alejó por la playa tambaleándose y riendo. Se sentía feliz después de ver a sus amigos juntos. El pobre muchacho había sufrido durante años a causa de Lexy, que en realidad sólo deseaba que Giff la poseyera.

Se detuvo un momento. La cabeza le daba vueltas. Debí haber prescindido de la tequila, se dijo, pero la vida es demasiado corta para prescindir de los placeres que nos ofrece. Algún día también ella encontraría al hombre que le estaba destinado. Entretanto, se divertiría buscándolo.

De pronto alguien se acercó. Ginny sonrió.

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Te buscaba a ti, preciosa.

Ella sacudió la cabeza para echarse hacia atrás el pelo.

—¿No se trata de una mera coincidencia?

—En realidad no. Prefiero pensar que ha sido el destino. —Le tendió una mano.

Pensando que era su noche de suerte, Ginny la tomó.

Está lo bastante borracha para que resulte fácil, reflexionó él mientras la conducía hacia la oscuridad; y lo bastante sobria como para que sea... divertido.

# SEGUNDA PARTE

¿Qué herida ha cicatrizado alguna vez por partes?

SHAKESPEARE

## 11

Por primera vez en semanas, Jo despertó descansada y con hambre. Se sentía casi feliz. Kate tenía razón, decidió mientras se mesaba el cabello. Le habían sentado bien esa salida nocturna, la música, relacionarse con otras personas... y unas horas en compañía de un hombre que por lo visto la consideraba atractiva. Jo pensó que comenzaba a disfrutar en compañía de Nathan.

Pasó ante la puerta del cuarto oscuro y por una vez no pensó en el sobre lleno de fotografías que había escondido en un archivo. Y por primera vez tampoco pensó en Annabelle.

En lugar de eso, consideró la posibilidad de pasear junto al río con la esperanza de toparse con Nathan, por casualidad. Empiezo a parecerme a Ginny, pensó con una carcajada; como ella, planeo la forma de conseguir que un hombre se fije en mí. Si a Ginny le daba resultado, tal vez también le funcionara a ella. ¿Qué había de malo en coquetear con un hombre que le atraía, que la excitaba?

Se detuvo en la escalera, absorta en sus reflexiones. Era evidente que Nathan la excitaba; le encantaban la atención que le prestaba, su manera de tomarle la mano, el modo en que le mantenía la mirada, la forma dulce y confiada en que la había besado, en realidad un mero tanteo; probó, aprobó y se retiró, como si supiera que tendría más oportunidades de hacerlo en el momento y el lugar que eligiera.

Debería enfurecerme, pensó. Es un machista y un arrogante. Sin embargo le resultaba atractivo. Se preguntó si disponía de la habilidad para participar en el juego de la seducción. Sonrió y siguió bajando por la escalera. Sospechaba que tal vez conseguiría sorprender a Nathan Delaney, y a sí misma.

—No me importaría ir, Sam, pero esta mañana tengo mucho trabajo aquí. —Kate volvió la cabeza cuando Jo entró en la cocina. Se atusó el pelo y le dirigió una sonrisa—. Buenos días, querida. Has madrugado.

—Por lo visto no soy la única. —Mientras se acercaba a la cafetera, miró a su padre, que se apoyaba contra el marco de la puerta. Era evidente que deseaba huir—. ¿Ocurre algo? —preguntó Jo con escaso interés.

—Sólo un pequeño problema. Hoy llegarán nuevos clientes. Ha telefoneado una familia que desea marcharse para decir que en la recepción del campamento no hay nadie a quien puedan abonar la cuenta.

—¿Ginny no está allí?

—No atiende al teléfono, ni en el campamento ni en su casa. Supongo que se habrá quedado dormida. —Kate sonrió—. O que estará en alguna otra parte. Sospecho que la fiesta de anoche se prolongaría hasta muy tarde.

—Todavía estaba en su apogeo cuando me marché, alrededor de la medianoche. —Jo

frunció el entrecejo mientras trataba de recordar si había visto a Ginny antes de regresar a Sanctuary.

—Si esa chica hubiera dormido en su cama, como Dios manda, habría llegado a tiempo a su trabajo —agregó Sam.

—Sabes muy bien que esta conducta no es propia de Ginny, Sam. Es una chica digna de confianza. —Con expresión preocupada, Kate consultó el reloj—. Tal vez no se encuentra bien.

—Supongo que no, teniendo en cuenta lo mucho que bebió anoche.

—Eso nos pasa a todos de vez en cuando —replicó Kate con cierta irritación—. Además, no es asunto nuestro. El problema es que hay gente esperando para salir del campamento y pronto llegarán más clientes. No puedo salir de aquí esta mañana y, aunque pudiera, no sé montar tiendas de campaña, de modo que tendrás que renunciar a un par de tus valiosas horas para encargarte del asunto.

Sam la miró parpadeando. Antaño Kate no solía hablarle en ese tono. Como lo que más le importaba en el mundo era vivir en paz, se encogió de hombros.

—De acuerdo, iré allí —decidió.

—Jo te acompañará —dijo Kate. Padre e hija la miraron con perplejidad—. Tal vez necesites ayuda. —Si los obligaba a permanecer juntos una mañana entera, tal vez se animaran a charlar—. Una vez allí, Jo, ve a casa de Ginny para averiguar qué le pasa. Tal vez se le ha averiado el teléfono o no se encuentra bien. Estoy preocupada por ella.

Jo se colgó la cámara del hombro con resignación al ver desbaratados sus planes.

—Por supuesto.

—Por favor, avisadme cuando todo esté en orden —pidió Kate mientras los acompañaba hasta la puerta—. No te preocupes por las tareas de la casa, Jo; Lexy y yo nos arreglaremos.

Kate sonrió al ver que se alejaban y se frotó las manos feliz. Ahí van, pensó. Ahora no tendrán más remedio que estar juntos.

Jo se instaló en el asiento del pasajero del viejo Blazer de su padre y se ciñó el cinturón de seguridad. El interior del vehículo olía a su padre; a arena, mar y vegetación. El motor arrancó en el acto y comenzó a ronronear. Sam nunca descuida lo que le pertenece, pensó, salvo a sus hijos. Enojada consigo misma, sacó las gafas de sol del bolsillo de la camisa y se las puso.

—Fue estupenda la fogata de anoche —comentó.

—Ya veremos si ese muchacho limpia bien esa zona de la playa.

«Ese muchacho», debía de ser Giff, supuso Jo. Ambos sabían que Giff jamás dejaría un solo cartón o plástico sobre la arena.

—La posada funciona muy bien. Hay muchos huéspedes para esta época del año.

—Gracias a la publicidad —explicó Sam con tono cortante—. Kate se encarga de eso.

Jo reprimió un suspiro.

—Creo que los comentarios de los clientes satisfechos también son muy importantes. Y el restaurante es un éxito gracias a Brian.

Sam lanzó un gruñido. No entendía que a un hombre le gustara la cocina. Con todo, eso no significaba que comprendiera mejor a sus hijas que a su hijo. Una de ellas viajaba de vez en cuando a Nueva York para rodar anuncios televisivos de champús, mientras que la otra recorría el mundo para hacer fotografías. Le costaba creer que fuesen hijos suyos.

Sin embargo también eran hijos de Annabelle.

Jo bajó la ventanilla para que el aire le acariciara las mejillas y oyó el sonido de los neumáticos sobre el camino, después el rápido chapoteo que producían sobre el terreno



pantanosos.

—¡Espera! —Cogió del brazo a Sam y, cuando él frenó, bajó del coche con rapidez. Su padre la miró con el entrecejo fruncido.

En un montículo cercano había una tortuga con la cabeza levantada; las arrugas del cuello se reflejaban en el agua oscura. Sam ni siquiera miró a su hija cuando se agachó para hacer una foto. De pronto se produjo un murmullo y el animal se apresuró a esconder la cabeza en el caparazón. Jo quedó sin aliento al ver que una garza alzaba el vuelo y avanzaba sobre las pequeñas lagunas hasta desaparecer más allá de los árboles.

—De pequeña solía preguntarme qué se sentiría al surcar el cielo, con el único sonido de las alas contra el viento.

—Recuerdo que te encantaban las aves —dijo Sam a su espalda—, pero nunca creí que pensaras en la posibilidad de volar.

Jo sonrió.

—Solía imaginármelo. Mamá me contó la historia de una hermosa princesa a quien una bruja malvada convirtió en cisne. Era un cuento precioso.

—Tu madre conocía muchos relatos.

—Sí. —Jo se volvió para observar el rostro de su padre. Se preguntó si todavía le causaría dolor recordar a su esposa. ¿Disminuiría su sufrimiento si le dijera que creía que Annabelle había muerto?— Ojalá pudiera recordarlas todas —murmuró. A continuación respiró hondo antes de inquirir—: Papá, ¿te informó ella alguna vez de dónde estaba o de por qué se marchó?

—No. —La calidez que se había pintado en sus ojos al ver la garza dio paso a una expresión gélida—. No era necesario. Se fue porque quiso. Será mejor que vayamos al campamento.

Jo caminó hasta el coche. Durante el resto del trayecto permanecieron en silencio.

Durante la infancia Jo había realizado algunos trabajos en los campamentos para familiarizarse con el negocio, como decía Kate. El procedimiento no había variado mucho a lo largo de los años. En el mapa clavado en la pared de la caseta figuraban los senderos y los baños, así como los números y ubicaciones de los lugares para acampar; los ocupados se indicaban con alfileres de cabeza azul; los de cabeza colorada marcaban los reservados, y los verdes, los libres.

Los baños y duchas se limpiaban dos veces al día y se abastecían de jabón y papel. Jo se resignó a llevar a cabo todas las tareas.

—Yo me encargaré de los baños —dijo a Sam, que cumplimentaba los formularios necesarios para que un grupo de impacientes viajeros pudiera marcharse—. Después caminaré hasta la cabana de Ginny para descubrir qué le ocurre.

—Ve primero a ver a Ginny —aconsejó Sam sin levantar la mirada—. Limpiar los baños es tarea suya.

—Está bien. Supongo que no tardaré más de una hora. Me reuniré aquí contigo.

Enfiló el sendero que se dirigía al este. Si fuese una garza, pensó con una sonrisa, dentro de un par de minutos ya estaría llamando a la puerta de Ginny. Como el camino zigzagueaba y rodeaba las lagunas, estanques y pastizales, era un paseo de casi un kilómetro.

La cabaña de Ginny, construida con madera de cedro, quedaba oculta entre los árboles. Flanqueaban la entrada dos grandes macetas rojas llenas de flores de plástico y custodiadas por dos flamencos rosados. Ginny solía declarar que le encantaban las flores y los animales, pero que debía conformarse con los de plástico.

Jo golpeó con los nudillos, esperó unos segundos y entró en la pieza principal, de

apenas nueve metros cuadrados, con un estrecho mostrador que separaba la cocina del comedor. La falta de espacio no había impedido a Ginny coleccionar múltiples objetos, que se arracimaban sobre cada superficie plana: ceniceros, figuritas de porcelana, perritos de cristal... De las paredes, pintadas de un rosa intenso, colgaban cuadros realmente feos, casi todas naturalezas muertas de flores y frutas. a Jo le divirtió ver entre ellos, una de sus fotografías en blanco y negro, en la que aparecía una Ginny adolescente dormida en una hamaca de Sanctuary.

Jo se encaminó sonriente hacia el dormitorio.

—Ginny, si no estás sola, cúbrete. Voy a entrar.

Tampoco había nadie allí. Sobre la cama sin hacer y el suelo se esparcían diversas prendas. Por lo visto, pensó, a Ginny le costó decidir qué ponerse para la fogata de anoche.

Se asomó al cuarto de baño. Los productos cosméticos se apilaban sobre el estante de plástico que había encima del lavabo, que estaba salpicado de polvos faciales. Sobre el borde de la bañera vio tres frascos de champú, uno todavía sin abrir. Una muñeca sonreía sentada en el depósito del inodoro; su vestido rosa y blanco cubría un rollo de papel higiénico. ¡Era tan típico de Ginny!

—¿ En qué cama estarás durmiendo, Ginny ? —murmuró Jo y, con un suspiro, salió de la cabaña con la intención de limpiar los baños.

Al llegar al campamento sacó un juego de llaves del bolsillo trasero del pantalón y abrió una pequeña caseta donde se guardaban los materiales de limpieza. Le sorprendió observar cuan organizada era Ginny en su trabajo, cuando el resto de su vida era un verdadero desaguizado.

Pertrechada con trapos, un balde, un bote de ambientador y guantes de goma, entró a las duchas para mujeres. Jo dirigió una sonrisa a una cincuentona que se lavaba los dientes y comenzó a llenar el cubo.

La mujer se enderezó y escupió el agua con que acababa de enjuagarse la boca.

—¿Dónde está Ginny?

—¡Ah! —Jo entrecerró los ojos para protegerlos del vapor que desprendía el detergente que había vertió en el balde—. Por lo visto ha desaparecido.

—Sin duda sufre los efectos de la fiesta —dijo la mujer con una sonrisa—. Fue una fogata fantástica. Mi marido y yo disfrutamos mucho, tanto que esta mañana nos quedamos hasta tarde en la cama.

—Para eso son las vacaciones; para divertirse y levantarse tarde.

—No me resulta fácil convencerlo de lo último. —La mujer sacó un pequeño tubo de la bolsa de maquillaje, se echó un poco de la crema en un dedo y se la extendió por el rostro—. Dick es muy estricto con los horarios. Hoy empezaremos la caminata matinal con una hora de retraso. —La isla no se esfumará.

—Dígaselo a Dick. —Se echó a reír y luego saludó a una mujer que en ese instante entraba con una niña de unos tres años—. ¡Buenos días, Meg! ¿Cómo está hoy Lisa?

La pequeña se acercó a ella y comenzó a parlotear. Con sus voces como música de fondo, Jo emprendió su tarea. La mujer de más edad se llamaba Joan, y por lo visto ella y Dick ocupaban el espacio vecino al de Meg y su marido, Mick. En los últimos dos días los cuatro habían trabado amistad. Acordaron que esa noche se reunirían para asar pescado. A continuación Meg entró con su hijita en un cubículo.

Mientras fregaba el suelo, Jo oyó el ruido del agua y la voz de la chiquilla. Comprendió que era eso lo que a Ginny le gustaba, conocer esos pequeños retazos de las vidas ajenas. No obstante, también se unía a los turistas, se integraba en sus grupos. La gente la recordaba. Se hacían fotografías con ella y luego las incluían en el álbum de las vacaciones. La llamaban por su nombre y los que visitaban la isla por segunda vez

siempre preguntaban por ella.

Eso obedecía a que Ginny no eludía el contacto con los demás, no se mantenía en un segundo plano. Era como sus flores de plástico, alegre y osada.

Tal vez ha llegado el momento de que dé un paso al frente, pensó Jo, de que tome la iniciativa.

Cuando hubo acabado, salió del sector para las mujeres y rodeó el edificio hasta las duchas para hombres, golpeó tres veces la puerta de madera, esperó unos segundos y volvió a llamar. Hizo una mueca, abrió la puerta y exclamó:

—Servicio de limpieza. ¿Hay alguien ahí?

Unos años antes, un día en que ayudaba a Ginny, Jo se topó con un anciano apenas cubierto con una toalla que había dejado el audífono en la tienda. No quería repetir la experiencia. No oyó nada dentro; ni el sonido de agua que corría, ni las descargas de los inodoros. Sin embargo, procuró hacer mucho ruido al entrar.

Como última precaución, dejó la puerta abierta y colgó un cartel que rezaba: «Estamos limpiando el baño.» A continuación comenzó su tarea. Dentro de veinte minutos habré terminado, se dijo, y para entretenerse empezó a planear las actividades de ese día.

Consideró la posibilidad de conducir hasta el extremo norte de la isla para ver los restos de una antigua misión española edificada en el siglo XVI y abandonada en el XVII. Los españoles no habían conseguido convertir a los indios al cristianismo, y el pueblo que según los historiadores tenían previsto erigir nunca se construyó.

Era un día perfecto para dirigirse al norte. A media mañana la luz sería excelente para fotografiar las ruinas. Se preguntó si a Nathan le gustaría acompañarla. Era imposible que a un arquitecto no le atrajeran los vestigios de una vieja misión española. Podía pedir a Brian que les preparara una cesta con alimentos y pasarían unas horas en compañía de los fantasmas de los monjes españoles.

¿A quién trato de engañar?, se preguntó. Los monjes y las ruinas le importaban un bledo. Lo que le interesaba era el picnic, olvidar por una tarde las responsabilidades. Lo que le interesaba era Nathan. Se enderezó y se llevó una mano al vientre, donde sentía un fuerte aleteo. Deseaba estar a solas con él para averiguar qué sucedería si tenía el coraje de dejarse llevar, de mostrarse tal como era.

¿Y por qué no?, pensó. En cuanto regresara a la casa, lo llamaría a la cabana. Le plantearía la propuesta con indiferencia, como si acabara de ocurrírsele, un impulso, algo no planeado.

Cuando las luces se apagaron, lanzó un chillido y derramó el agua del cubo. Dio media vuelta con la fregona en alto como si se tratara de una lanza y oyó el ruido de una puerta que se cerraba.

—¡Hola! —El sonido de su voz, demasiado aguda y temblorosa, le sobresaltó—. ¿Quién está ahí? —preguntó a la débil luz que entraba por una pequeña ventana y se acercó a la puerta. No cedió a su primer empujón. Presa del pánico, trató de abrirla de nuevo, luego comenzó a golpearla. Después se volvió mientras las sienes le palpitaban. Estaba segura de que alguien había entrado y la observaba.

No vio nada... sólo compartimientos vacíos y el leve brillo del suelo mojado. Sólo oía su propia respiración agitada. Permaneció apoyada contra la puerta, asustada, y recorrió con la vista la estancia en busca de algún movimiento en las sombras.

El sudor comenzó a correrle por la espalda y le faltaba el aire. Una parte de su mente conservaba la lucidez y le advertía: «Ya conoces las señales, Jo Ellen, no dejes que el miedo te venza, no pierdas la cordura, aférrate a la realidad. Si te desmoronas ahora, volverás a despertar en el hospital. Trata de sobreponerte.»

Se llevó una mano a la boca para no gritar y comenzó a sollozar. Sabía que el terror

ganaba terreno sobre la fuerza de voluntad, que pronto sufriría una crisis nerviosa. Se volvió hacia la puerta y empezó a golpearla sin fuerza.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Quiero salir! No me deje aquí dentro.

Oyó el sonido de pasos sobre el sendero y abrió la boca para gritar. De pronto el terror la empujó hacia atrás. Clavó la vista en la puerta, con los ojos desorbitados, mientras el corazón se le aceleraba cada vez más. Oyó un ruido como si alguien raspara algo y luego una maldición. La cabeza empezó a darle vueltas, todo se volvió gris, y enseguida quedó cegada por la intensa luz del sol cuando la puerta se abrió de repente.

Distinguió la silueta de un hombre. Las piernas le flaqueaban cuando cogió con torpeza la fregona y la blandió como una espada.

—¡No se acerque!

—¿Jo Ellen? ¿Qué demonios sucede aquí?

—¿Papá? —La fregona cayó al suelo con estrépito. Cuando Jo estaba a punto de desplomarse, Sam la tomó por los brazos y la sostuvo.

—¿Qué ha sucedido?

—¡No podía salir! ¡No podía! Alguien me acechaba. No podía huir.

Sam observó que su hija estaba pálida como una muerta y que temblaba de forma incontrolable.

En un acto instintivo, la cogió en brazos y la llevó al exterior.

—Ya ha pasado. Estás bien, mi bomboncito.

Era una palabra cariñosa que él solía emplear y ambos habían olvidado. Jo apretó la cara contra su hombro y lo aferró con fuerza cuando él se sentó en un banco de piedra y la acomodó en su regazo.

Todavía es tan frágil, pensó Sam con asombro. Recordó que, cuando de pequeña tenía pesadillas, acostumbraba abrazarla así. Siempre lo buscaba cuando había tenido un mal sueño.

—No tengas miedo. No hay nada que temer.

—¡No podía salir!

—Ya lo sé. Alguien colocó una cuña de madera en la puerta. Sin duda fueron unos chiquillos traviesos.

—Chiquillos. —Jo se estremeció y se aferró a la idea—. Sí, una travesura infantil. Apagaron las luces y me encerraron. Me dejé llevar por el pánico. —Cerró los ojos mientras esperaba que se le apaciguara la respiración—. Ni siquiera tuve el sentido común de encender las luces. No podía pensar.

—Te asustaste. Antes no te asustabas con tanta facilidad.

—No. —Abrió los ojos—. Es cierto.

—Hace unos años habrías derribado la puerta y la habrías emprendido a patadas con quien ha intentado darte un susto.

El comentario la hizo sonreír.

—¿Tú crees?

—Eras una jovencita muy decidida. —Como había dejado de temblar y era una mujer adulta, no la criatura a quien en un tiempo consolaba, le dio una palmada en el hombro con cierta turbación—. Supongo que te has vuelto un poco más delicada.

—Me temo que demasiado.

—No lo sé. Por un momento creí que me clavarías el palo de la fregona. ¿Quién te acechaba?

—¿Qué?

—Dijiste que alguien te acechaba. ¿A quién te referías?

Las fotografías, pensó Jo. Su rostro, el de Annabelle. Meneó la cabeza y se alejó de su padre. Todavía no, pensó. Todavía no.

—Sólo decía tonterías. Me he comportado como una tonta. Te pido perdón.  
—No tienes por qué disculparte. Sigues blanca como un papel. Te llevaré a casa.  
—He dejado todos los artículos de limpieza dentro.  
—Yo me encargaré de eso. Tú quédate aquí hasta que te calmes.  
—De acuerdo. —Cuando él se levantó, le cogió la mano—. Papá, gracias por... ahuyentar al monstruo.

Sam observó las manos unidas de ambos. La de Jo era fina y blanca, como las de su madre, pensó con tristeza. Sin embargo al mirarle el rostro, vio a su hija.

—Supongo que antes se me daba bastante bien.

—Desde luego. Y todavía lo haces muy bien.

De repente Sam se sintió azorado y retrocedió.

—Guardaré las cosas y regresaremos a casa. Seguro que sólo necesitas un buen desayuno.

No, pensó Jo mientras lo miraba alejarse. Necesitaba a su padre, hasta ese momento ni siquiera había sospechado hasta qué punto.

# 12

A Jo se le habían quitado las ganas de organizar un picnic. Sólo de pensar en la comida se le revolvía el estómago. Decidió que pasearía sola por la marisma o la playa. De haber tenido la energía suficiente, se habría dirigido al puerto para tomar el transbordador de la mañana rumbo a tierra firme, donde habría pasado unas horas entre el gentío de Savannah.

Se lavó la cara con agua helada y se puso una gorra. Al pasar junto al cuarto oscuro, sintió la necesidad de entrar, abrir el archivador y sacar el sobre. Las manos le temblaban un poco cuando dispuso las fotografías sobre la mesa de trabajo. Por supuesto, la de Ánnabelle no había aparecido como por arte de magia. Sólo aparecía ella en todas las fotografías; ella y sus ojos, o los de Ánnabelle. ¿Cómo saberlo con seguridad?

Sin embargo, había visto una foto de su madre, la imagen de una muerta. No había sido fruto de su imaginación ni la alucinación de una demente. No estaba loca, la había visto, ¡maldita sea!

Empleó toda su fuerza de voluntad para cerrar los ojos e inhalar y espirar despacio, inhalar y espirar, hasta que los latidos de su corazón se apaciguaron.

Recordó con claridad la sensación de precipitarse en el abismo, de caer. No permitiría que volviera a sucederle.

La fotografía no estaba allí. Era un hecho. Sin embargo, había existido, de manera que alguien se había apropiado de ella. Tal vez Bobby la cogió al darse cuenta de que la angustiaba y se deshizo de ella. O quizá alguien había forzado la puerta de su apartamento y la había robado mientras ella estaba internada en el hospital. Acaso quien la había enviado decidió recuperarla.

Jo guardó las fotografías en el sobre de papel manila. Llegó a la conclusión de que alguien la sometía a una broma cruel, y al obsesionarse ella permitía que se saliera con la suya.

Introdujo el sobre en el archivador, lo cerró con rabia y salió.

De pronto se le ocurrió que con una simple llamada telefónica podía confirmar o eliminar una posibilidad. Se dirigió presurosa a su habitación, cogió la agenda de la mesita de noche. Se limitaría a preguntar con un tono de indiferencia, se dijo mientras marcaba el número del apartamento que Bobby Bañes compartía con un par de amigos de la universidad.

A la tercera llamada tenía los nervios de punta.

—¿Sí?

—¿Bobby?

—No, soy Jack, pero estoy disponible, preciosa.

—Soy Jo Ellen Hathaway —informó ella con sequedad—. Me gustaría hablar con Bobby.

—¡Ah! —El muchacho se aclaró la garganta—. Lo siento, señorita Hathaway, creí que era una de las... ah, bueno... de Bobby. Ahora no está en casa.

—¿Le importaría pedirle que me telefoneara? Le daré el número donde puede encontrarme.

—Por supuesto, pero no sé cuándo volverá, y tampoco dónde está. Se marchó tan

pronto como terminaron los exámenes finales para participar en un safari fotográfico. Quería tomar algunas buenas fotografías antes del próximo semestre.

—De todos modos le dejaré el número. —Jo se lo dio—. Si lo ve, dígame que me llame, por favor.

—¡Por supuesto, señorita Hathaway! Sé que estará encantado de tener noticias tuyas. Ha estado preocupado por... Es decir, no sabe si podrá trabajar con usted durante el otoño. ¿Cómo se encuentra?

Jo comprendió que el compañero de Bobby estaba enterado de su crisis nerviosa; le pareció lógico, aunque esperaba que no supiera nada.

—Estoy mucho mejor, gracias —respondió con frialdad para que no continuara el interrogatorio—. Si Bobby se pone en contacto contigo, dile que necesito hablar con él.

—Por supuesto, señorita Hathaway.

—Adiós, Jack —dijo ella, y colgó el auricular al tiempo que cerraba los ojos.

Carecía de importancia que Bobby hubiera comentado con sus amigos la enfermedad que había padecido. No debía preocuparse por ello ni sentirse avergonzada o angustiada. Habría sido pedir demasiado que se hubiera guardado la noticia de que su profesora había enloquecido una mañana y la habían internado.

No me queda más remedio que aceptarlo, pensó al tiempo que se encaminaba hacia la planta baja. Con un poco de suerte Bobby la telefonearía antes de quince días. Se detuvo ante la puerta de la cocina al oír voces al otro lado.

—Le pasa algo, Brian. No es la misma de antes. ¿Ha hablado contigo?

—Kate, Jo no suele hablar de temas personales. ¿Por qué supones que ha hablado conmigo?

—Porque eres su hermano.

Jo oyó el entrecuchar de platos y percibió el olor a carne asada. La puerta de un armario que se abrió y se cerró.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Brian con cierta irritación. Jo comprendió que deseaba desembarazarse de Kate.

—Claro que importa. Si lo intentaras, tal vez Jo se sinceraría y te contaría lo que le sucede. Estoy preocupada por ella.

—Mira, anoche, en la fogata, la vi muy bien. Charló con Nathan, comió unos bocadillos, bebió una cerveza...

—Y esta mañana ha vuelto del campamento pálida como una muerta. Desde su llegada ha tenido buenos momentos y bajones como el de hoy. Además, me extraña que se presentara de repente, de manera inesperada. No explica nada de su vida, ni dice cuándo piensa volver a Nueva York. Y supongo que te has fijado en cómo tiembla.

Jo no quiso oír más. Retrocedió con rapidez y se dirigió hacia la entrada principal de la casa. Están todos pendientes de mí, pensó con cansancio. Se preguntan si me desmoronaré en cualquier momento. Si les comentara que había sufrido una crisis nerviosa, se mostrarían comprensivos, y también se dedicarían a murmurar sobre el asunto.

Salió a la luz del sol e inhaló una gran bocanada de aire. Lograría controlar la situación. Y si no conseguía encontrar paz allí, si no la dejaran sola, se marcharía.

¿Adonde? Le embargó la desesperanza. ¿Adonde se podía ir cuando se abandonaba el último lugar posible? Poco a poco perdió la energía. Bajó por la escalera arrastrando los pies. Estaba demasiado cansada para salir, de modo que se acercó a la hamaca colgada entre dos árboles y se tendió. Es como regresar al útero, pensó, mientras se mecía.

A veces, en las tardes calurosas, encontraba allí a su madre y se tumbaba a su lado. Annabelle le contaba historias mientras se balanceaban y, por entre las hojas de los

árboles, observaban los trozos de cielo muy azul.

Ahora los árboles son más altos, pensó Jo. Después de veinte años han crecido, como yo, pero ¿dónde estaba Annabelle?

Caminó por el paseo marítimo de Savannah sin prestar atención a los escaparates de los comercios ni a los activos turistas. No había sido perfecto. Ni siquiera había rozado la perfección. Se había equivocado de mujer. Por supuesto, lo sabía; enseguida lo adivinó.

Fue excitante, pero sólo por un momento. Un destello, después todo fue demasiado rápido.

Se tranquilizó contemplando el río. Se concentró en un ejercicio mental hasta que se le aquietó el pulso, se le apaciguó la respiración y relajó los músculos. Había aprendido distintas maneras de dominar el cuerpo por medio de la mente en sus viajes.

Más calmado ya, percibió los sonidos que lo rodeaban; el tintineo de una bicicleta que pasaba, el chirrido de los neumáticos sobre el camino, las voces de los compradores, la risa feliz de un niño que disfrutaba comiendo un helado.

Había recuperado la tranquilidad, y el control de sí mismo. Sonrió. Era un hombre guapo, le constaba, con el cabello alborotado por la brisa, de rostro hermoso y cuerpo bien formado; le gustaba atraer las miradas femeninas. ¡Ah! No cabía duda de que había atraído la de Ginny.

La muchacha no dudó en caminar con él por la playa oscura y cruzar en su compañía las dunas. Un poco ebria, coqueteaba con él y arrastraba las palabras por efecto del tequila.

Ginny nunca supo qué la golpeó. Contuvo la risa al recordarlo. Un solo golpe certero en la nuca, y la joven se desplomó. No le costó alzarla y llevarla hasta los árboles. Estaba tan excitado que tuvo la impresión de que no pesaba nada. Desvestirla fue... estimulante. Por cierto, su cuerpo era demasiado exuberante para su gusto, pero lo de Ginny no fue más que un ensayo.

Debía reconocer que había actuado con excesiva rapidez. Manejó el equipo con torpeza porque estaba ansioso por tomar esas primeras fotografías; Ginny desnuda, con las manos unidas por encima de la cabeza, atadas al tronco de un árbol.

No se entretuvo en extenderle el pelo, en buscar la luz y los ángulos adecuados.

No, se dejó sobrecoger por la fuerza del momento y la violó en el instante en que la muchacha recobró el conocimiento. Tenía previsto conversar con ella antes, captar el miedo creciente que se reflejaría en sus ojos al comprender qué planeaba él.

Así había ocurrido con Annabelle.

Luchó, trató de hablar. Agitaba las piernas, hermosas y largas, las levantaba. Arqueaba la espalda. En cambio yo estaba lo bastante tranquilo para controlar la situación.

Ella era el sujeto. Yo, el artista.

Así fue con Annabelle, y así debía haber sido también esa vez.

El primer orgasmo supuso una decepción, tan... ordinario, pensó. Ni siquiera tuvo ganas de volver a violarla. Había sido más un trabajo que un placer, recordó, un paso necesario para conseguir la última fotografía.

Más tarde sacó el pañuelo de seda del bolsillo, le ciñó el cuello con él y apretó cada vez con más fuerza, mientras ella lo miraba con los ojos como platos, abría la boca para respirar, para gritar... Sí, eso fue bastante satisfactorio. En ese momento sintió un orgasmo duro y largo que le complació.

Además, pensó, la última fotografía que le tomé, la del momento decisivo, tal vez sea una de las mejores de mi vida.



La titularía *Muerte de una puta*, porque ¿qué otra cosa había sido Ginny? Sin duda no era un ángel, sino una mujer ordinaria, escoria.

Por eso no había alcanzado la perfección. La culpa era de la joven, no de él. Al llegar a esta conclusión se sintió más animado. El fallo había estado en el sujeto, no en el artista.

Sin embargo, él la había elegido. Se recordó una vez que no había sido más que una especie de ensayo general con una sustitua.

La próxima vez sería perfecto. Con Jo.

Con un pequeño suspiro, acarició el portafolios donde llevaba las fotografías recién reveladas en un cuarto alquilado en las cercanías. Era hora de volver a Desire.

Como una vez más no conseguía encontrar a Lexy, irían se encaminó hacia el jardín para dedicarse a arrancar las malas hierbas. Lexy le había prometido que se encargaría de ello, pero probablemente habría salido con la intención de seducir a Giff y hacer el amor con él otra vez. La noche anterior, desde la ventana de su dormitorio, los había visto subir por el sendero empacados, cubiertos de arena y riendo como criaturas. Dedujo que habían hecho algo más que darse un baño nocturno en el mar. Le divirtió la idea e incluso sintió cierta envidia.

Parecía tan simple... Ambos se aceptaban tal como eran y vivían el momento. Con todo, sospechaba que Giff había trazado planes para el futuro y que Lexy acabaría por decepcionarle.

Sin embargo, puesto que Giff era un hombre inteligente y paciente, cabía la posibilidad de que consiguiera que Lexy bailara al ritmo que él impusiera. Si eso llegaba a ocurrir, valdría la pena observarlo... Desde una distancia prudente.

En realidad es lo único que quiero, pensó Brian, mantenerme a una distancia prudente en todos los aspectos.

Bajó la vista para contemplar las aguileñas, de color amarillo y lavanda, abiertas como en una celebración. Ofrecían un aspecto tan maravilloso gracias a sus esfuerzos. Hundió la mano en el bolsillo del delantal que acababa de ponerse para realizar los trabajos de jardinería. De pronto oyó un gemido.

Levantó la mirada y en la hamaca vio tendida a una mujer de cabello pelirrojo oscuro, con las manos, muy blancas, finas, y elegantes, caídas a ambos lados. Avanzó un paso sin dar crédito a sus ojos, y cuando ella volvió la cabeza, Brian retrocedió.

¡No era su madre, por el amor de Dios! Era su hermana, que en ocasiones guardaba un increíble parecido con Annabelle. Al ver a Jo resultaba difícil enterrar los recuerdos y el dolor. A su madre le encantaba mecarse en esa hamaca durante la hora de más calor. A menudo Brian se reunía con ella y se sentaba en el suelo, a su lado, con las piernas cruzadas. Ella le alborotaba el pelo y le preguntaba qué aventuras había vivido ese día.

Siempre lo escuchaba con suma atención, o por lo menos eso creía él entonces. Ahora sospechaba que en realidad, mientras él hablaba, ella fantaseaba con su amante o tramaba la forma de escapar de su marido y sus hijos, o pensaba en la libertad, que sin duda valoraba más que a él.

Sin embargo ahora era Jo quien dormía en la hamaca, y por lo visto tenía un sueño plácido.

Una parte de Brian, la parte que él despreciaba y detestaba, quiso volverse, alejarse y dejarla con sus demonios. No obstante se acercó y frunció el entrecejo con preocupación al oír que seguía gimiendo. Le puso una mano en el hombro y la zarandeó.

—Jo, despierta. No es más que una pesadilla.

Jo soñaba que alguien la perseguía en un bosque de árboles espectrales. De pronto apareció una mano que le clavó las uñas afiladas en el cuerpo.

—¡No! —Se volvió con rapidez—. ¡No me toques!

—Tranquilízate. —Jo alzó el puño y a punto estuvo de golpearle en la cara—. Vamos, no me gustaría que me rompieras la nariz.

Casi sin resuello, su hermana lo miró con fijeza, como si no le reconociera.

—¡Brian! —Temblorosa, se dejó caer en la hamaca y cerró los ojos—. Perdona, he tenido una pesadilla.

—Lo suponía. —La preocupación que sentía por Jo era más fuerte de lo que sospechaba. Como siempre, Kate tenía razón. Se sentó en el borde de la hamaca—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un poco de agua?

—No. —Abrió los ojos con sorpresa al notar que Brian le cogía la mano. No recordaba la última vez que su hermano le había dedicado una muestra de afecto. Tampoco ella solía hacerlo—. No, estoy bien. No ha sido más que una pesadilla.

—De pequeña también tenías pesadillas y te despertabas llamando a voz en grito a papá.

—Sí. —Consiguió esbozar una leve sonrisa—. Supongo que, aunque uno crezca, hay cosas que nunca se superan.

—¿Las tienes con frecuencia? —Procuró adoptar un tono desenfadado. Sin embargo Jo se estremeció.

—Sí, pero ya no llamo a nadie —contestó Jo con sequedad.

—No, claro. —Brian quería levantarse y alejarse. ¿No hacía ya muchos años que los problemas de Jo habían dejado de ser asunto suyo? Con todo permaneció a su lado, mecendo la hamaca con suavidad.

—Ser autosuficiente no es un defecto, Brian.

—No.

—Y tampoco es un pecado tratar de solucionar uno mismo sus problemas.

—¿Eso pretendes, Jo? ¿Solucionar tus problemas? Tranquila, no te preguntaré por ellos. Bastante tengo con los míos para cargar además con los tuyos.

Guardaron silencio mientras se balanceaban despacio. Jo se sintió tan reconfortada con su compañía que se animó a sincerarse con él.

—Últimamente pienso mucho en mamá.

Brian se puso tenso.

—¿Por qué?

—Porque de pronto aparece en mi mente. —La fotografía que ya no está allí—. Sueño con ella. Creo que ha muerto.

Cuando Brian advirtió que las lágrimas rodaban por las mejillas de Jo, se le formó un nudo en la garganta.

—¿Qué sentido tiene esto, Jo Ellen? ¿Qué sentido tiene que te inquietes por algo que sucedió hace veinte años?

—No puedo evitarlo... y tampoco sé explicártelo. Es un hecho.

—Mamá nos abandonó, y hemos logrado salir adelante. Eso también es un hecho.

—Pero ¿y si no se hubiera marchado por voluntad propia? ¿Y si alguien se la hubiera llevado? ¿Si...?

—¿Si la raptaron seres de otro planeta? —interrumpió Brian—. ¡Por el amor de Dios! La policía mantuvo el caso abierto durante más de un año y no halló ninguna prueba de que la hubieran secuestrado. Se fue, eso es todo. Si sigues removiendo el pasado, te volverás loca.

Jo cerró los ojos. Tal vez Brian tenía razón. Quizá se deslizaba con lentitud hacia la demencia.

—¿Acaso prefieres creer que mentía cada vez que nos decía que nos quería? ¿Te resulta más tranquilizador, Brian?

—Considero que es mejor dejar el asunto en paz.

—Y quedarse sola —murmuró Jo—, que cada uno de nosotros se quede solo, porque quizá, cuando alguien nos diga que nos ama, pensaremos que también es mentira. Más vale dejar el asunto en paz, no arriesgarse, estar solo y que nos dejen solos.

Las palabras lo golpearon con tanta fuerza que se puso tenso.

—Eres tú quien tiene pesadillas, no yo. —Tomó una decisión rápida y se puso en pie—. Ven.

—¿Adonde?

—Daremos una vuelta en coche. Vamos. —Le cogió de la mano para que se levantara y se encaminó con ella hacia su automóvil.

—¿Adonde...? ¿Qué...?

—¡Maldita sea! ¡Por una vez en la vida, obedece sin protestar! —Cuando ella entró en el vehículo, cerró de un portazo y vio con satisfacción que Jo estaba demasiado sorprendida para reaccionar—. Kate no hace más que darme la lata —dijo tras sentarse a su lado y poner en marcha el motor—, y ahora tú te echas a llorar. Me parece que ya es suficiente.

—Tienes razón. —Jo enjugó las lágrimas con las manos.

—Lo único que te pido es que estés un rato callada. —Cuando el coche giró para enfilar el camino los neumáticos chirriaron—. Volverás pálida como una muerta, pero es preciso llegar al fondo de esto. Tal vez entonces me dejéis en paz.

Con los ojos entornados, Jo agarró la manija de la portezuela.

—¿Adonde vamos?

—Al médico.

—¡Antes muerta! —exclamó Jo con sorpresa y alarma—. Para ahora mismo y déjame bajar.

Brian adoptó una expresión sombría y aceleró.

—Irás al médico, y si es necesario te entraré a rastras. Averiguaremos si Kirby es tan buena como cree.

—No estoy enferma.

—Entonces no debería preocuparte que te examine.

—No me preocupa, me da rabia. No tengo la intención de hacer perder el tiempo a Kirby.

Brian dobló al llegar al sendero que conducía a la cabana y frenó ante la puerta del consultorio. A continuación apoyó una mano en el hombro de su hermana y la miró a los ojos.

—Si no entras por voluntad propia, me veré obligado a dar un espectáculo al llevarte sobre los hombros. Tú eliges.

Se miraron echando chispas por los ojos. Jo advirtió que su enfado era comparable al de su hermano. En una batalla verbal, tenía posibilidades de ganarle. Si decidía someterse a un examen físico, sabía que no le encontrarían nada. Al final se decantó por la última opción.

Bajó del coche y subió por los escalones que conducían a la cabana de Kirby.

La encontraron ante el mostrador de la cocina, donde untaba una rebanada de pan con manteca de cacao.

—¡Hola! —Se lamió el dedo y sonrió mientras miraba el rostro furibundo de los recién llegados. Nunca me había fijado en que se parecieran tanto, pensó—. ¿Queréis comer algo?

—¿Tienes tiempo para atender a un paciente? —le preguntó Brian mientras

empujaba hacia adelante a su hermana.

Kirby dio un mordisco al pan mientras Jo se volvía con expresión de odio hacia su hermano.

—¡Por supuesto! Mi próxima visita no llega hasta la una y media. —Esbozó una sonrisa—. ¿Cuál de los dos quiere desnudarse delante de mí?

—¡Está almorzando! —informó Jo a Brian.

—La manteca de cacao no es un almuerzo, a menos que uno tenga seis años —replicó Brian al tiempo que le propinaba otro empujón—. Entra ahí y desvístete.

No nos iremos hasta que te haya examinado de arriba abajo.

—Éste es el primer paciente que acude a mí secuestrado. —Kirby miró a Brian con aprobación. Había abrigado la esperanza de que tuviera bastante cariño a su hermana para ser duro con ella, pero no estaba segura de ello—. Adelante, Jo. Ve allí, a mi antiguo dormitorio. Me reuniré contigo enseguida.

—No me pasa nada.

—Me alegro. De esa manera el trabajo me resultará más fácil y luego tú tendrás una excusa para castigar a Brian. —Se pasó una mano por la trenza y volvió a sonreír—. Te ayudaré.

—Estupendo —exclamó Jo cruzando el vestíbulo como una tromba.

—¿Qué ocurre, Brian? —murmuró Kirby en cuanto se cerró la puerta.

—Tiene pesadillas y apenas come. Esta mañana volvió del campamento pálida como una muerta.

—¿Qué hacía allí?

—Hoy Ginny no se ha presentado.

—¿Ginny? Eso no es propio de ella. —Kirby frunció el entrecejo y enseguida desterró la preocupación. En ese momento tenía otra cosa entre manos—. Me alegra de que la hayas traído. Hace días que tenía ganas de revisarla.

—Quiero que averigües qué le pasa.

—Mira, Brian, le realizaré un examen clínico, y si tiene algún problema físico lo encontraré, pero no soy psiquiatra.

El hundió las manos en los bolsillos con frustración.

—Sólo te pido que descubras qué le ocurre.

Kirby asintió y le entregó el resto de la rebanada.

—En la nevera hay leche. Sírvelo lo que quieras.

Cuando Kirby entró en el consultorio, Jo seguía vestida y se paseaba furiosa por la estancia.

—Mira, Kirby...

—¿Confías en mí, verdad, Jo?

—Eso no tiene nada que...

—Te propongo que terminemos cuanto antes con esto y entonces todo el mundo se sentirá mejor. —Buscó una bata limpia—. Ve al baño que hay al otro lado del vestíbulo, ponte eso y orina en este recipiente. —Mientras Jo la miraba con el entrecejo fruncido sacó un cuestionario y una hoja de historial clínico en blanco—. Será preciso que me informes de los antecedentes médicos; cuándo tuviste el último período, si sufres algún problema físico, si tomas algún medicamento, si eres alérgica y esa clase de cosas. Puedes rellenar el cuestionario mientras yo efectúo el análisis de orina. —Se inclinó para escribir el nombre de Jo en el papel—. Cuando no queda más remedio, es mejor ceder con buen humor —murmuró Kirby—. Brian es más grande y fuerte que tú.

Jo se encogió de hombros y se encaminó hacia el baño.

—Tienes la presión un poco alta —dictaminó Kirby después de tomársela—. No hay que preocuparse por ello, pues posiblemente se debe a una discusión o una rabieta.

—Muy graciosa.

Kirby calentó el estetoscopio entre las manos antes de apoyarlo contra la espalda de Jo.

—Respira hondo. Otra vez. Además estás muy delgada. Como mujer, eso me produce envidia, pero como doctora, me preocupa.

—Últimamente no tengo apetito.

—Con la comida que se sirve en Sanctuary, seguramente desaparecerá el problema.

—Tomó el oftalmoscopio y comenzó a examinarle los ojos—. ¿Dolores de cabeza?

—¿En este momento o últimamente?

—Las dos cosas.

—En este momento sí, me duele la cabeza, sin duda a causa de la disputa que he tenido con el matón de Brian. —Suspiró—. En los últimos meses también los he padecido más de lo habitual.

—¿Son palpitantes, o agudos y penetrantes?

—Por lo general, palpitantes.

—¿Mareos, desmayos, náuseas?

—Yo... no, en realidad, no.

Kirby retrocedió un poco sin retirar la mano del hombro de Jo.

—¿No, o en realidad no? —Al ver que Jo se encogía de hombros, dejó en la mesa el instrumental—. Querida, soy doctora, además de tu amiga. Debes ser sincera conmigo y tener presente que lo que digas quedará entre tú y yo.

Jo respiró hondo y enlazó las manos sobre el regazo.

—Hace poco sufrí una crisis nerviosa. —Lanzó una bocanada de aire con cierto alivio—. Ocurrió un mes atrás, antes de volver a Sanctuary. Sencillamente quedé destrozada, y no pude evitarlo.

Sin pronunciar palabra, Kirby le puso las manos sobre los hombros y le dio un suave masaje. Jo levantó la cabeza y en los ojos verdes de su amiga no vio más que comprensión. Se le saltaron las lágrimas.

—¡Me siento tan tonta!

—¿Por qué?

—Jamás me he sentido tan impotente. Siempre he conseguido controlar cualquier situación, Kirby, solucionar los problemas a medida que aparecían. Sin embargo entonces todo se me juntó, y la carga se volvió cada vez más pesada. Ignoro si empecé a imaginar cosas o si en verdad sucedieron. Incapaz de reaccionar me desmoroné.

—¿Visitaste a un médico?

—No tuve alternativa. Me desplomé ante mi ayudante, que llamó a una ambulancia y me llevaron a urgencias. Estuve unos días internada en el hospital. Aunque te sorprenda, siento vergüenza al contarlo.

—No tienes por qué avergonzarte. ¿Cómo era tu ritmo de trabajo?

—Apretado, pero me gustaba.

—¿Tu vida social?

—Inexistente, pero así lo quería, y lo mismo puede decirse de mi vida sexual. No estaba deprimida, ni lloraba por un hombre o por la falta de un hombre.

»En los últimos meses pienso mucho en mi madre —agregó con lentitud—. Tengo casi la misma edad que tenía ella cuando se marchó, cuando todo cambió.

Y destrozó tu vida, pensó Kirby.

—Y supongo que te preguntaste si todo volvería a cambiar, si escaparía a tu control. No soy psiquiatra, Jo. Lo que acabo de decirte no es más que una conjetura. ¿Cuál fue el

diagnóstico cuando te dieron de alta?

—No lo sé. —Jo cambió de postura en la camilla—. Me marché del hospital por mi cuenta.

—Comprendo. No has anotado ningún medicamento en el historial.

—Porque no tomo ninguno, y no me preguntes qué me recetaron. Ni siquiera lo miré. No quiero medicarme... ni acudir a un psiquiatra.

—Muy bien, por ahora trataremos tu caso como solía hacerse antaño. Puesto que queda descartado cualquier trastorno físico, te recetaré aire fresco, descanso, comidas regulares y, si pudieras conseguirlo, cierta actividad sexual, sin olvidar las precauciones —agregó con una sonrisa.

—El sexo no es una de mis prioridades.

—Bueno, querida, en ese caso estás loca.

Jo parpadeó y enseguida lanzó una carcajada mientras Kirby le aplicaba alcohol en el brazo.

—Gracias.

—No cobro por los insultos. Y la última parte de mi prescripción es que hables; conmigo, con tu familia, con cualquier persona en quien confíes y que te escuche. No debes acumular tensiones, ni guardártelas para ti. Hay mucha gente que te aprecia, Jo; busca su apoyo. —Meneó la cabeza cuando Jo se disponía a hablar—. Tu hermano te quiere lo bastante para arrastrarte hasta aquí... un lugar que evita como a una plaga desde que me mudé a la cabaña. Y si mi intuición no me engaña, ahora se pasea de arriba abajo, muerto de preocupación y aterrorizado ante la idea de que salga para decirle que a su hermana le quedan tres semanas de vida.

—Se lo tendría merecido —replicó Jo con un suspiro—, a pesar de que no me sentía tan bien desde hacía muchas semanas. —Fijó la mirada en la jeringa y preguntó—. ¿Para qué es eso?

—Para hacer un análisis de sangre. —En cuanto le clavó la aguja, Kirby sonrió—. ¿Quieres gritar y comprobar cuánto tarda tu hermano en entrar aquí?

Jo desvió la vista y contuvo el aliento.

—No le daría esa satisfacción.

Cuando Jo estuvo vestida, Kirby le arrojó un frasco de plástico.

—Son vitaminas —explicó—. Si comes lo suficiente, no las necesitarás, pero, por ahora te proporcionarán la energía que te hace falta. Te avisaré cuando el laboratorio me envíe el resultado del análisis de sangre; lo demás está normal.

—Te agradezco mucho tu ayuda.

—Demuéstramelo cuidándote y conversando conmigo cada vez que lo necesites.

—Lo haré. —Aunque no era proclive a las muestras de afecto, se acercó y la besó en la mejilla—. Lo haré.

Lo que te he dicho era cierto; hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

—Me alegro. Sigue las indicaciones de la doctora Kirby y te sentirás mejor aún. —Guardándose sus preocupaciones para sí, acompañó a Jo a la puerta.

Brian hacía exactamente lo que ella había predicho; se paseaba con nerviosismo por el comedor. Al verlas se detuvo y las miró con el entrecejo fruncido. Kirby esbozó una amplia sonrisa.

—Acaba de tener una hijita preciosa, papá. Felicidades.

—¡Muy gracioso! Bueno, ¿qué demonios te sucede? —preguntó ajo.

Ella inclinó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Muérdeme —le sugirió antes de dirigirse hacia la salida—. Volveré caminando.

Gracias por haber hecho caso a este idiota, Kirby.

—Quiero saber qué le pasa a mi hermana —dijo Brian cuando la puerta se cerró tras ella.

—En este momento sufre un agudo caso de hermanitis. Aunque es muy irritante, rara vez resulta fatal.

—Haz el favor de contestar —masculló él mientras la doctora asentía con aire de aprobación.

—Me gustas aún más cuando te muestras humano. —Se volvió hacia la cafetera, contenta al observar que Brian había preparado café—. Muy bien, te lo explicaré. ¿Quieres sentarte?

Brian se sentía cada vez más inquieto.

—¿Es grave?

—No tanto como crees. Tomas el café solo, ¿verdad? Como un verdadero hombre. —Contuvo el aliento cuando Brian la agarró por la muñeca.

—No estoy de humor para tonterías.

—Está bien, ya veo que mis ingeniosas respuestas no lograrán tranquilizarte. Tardaré un par de semanas en recibir los resultados de los análisis, pero te daré la opinión que me he formado a raíz del examen. Jo está un poco anémica y deprimida, además de nerviosa, estresada y furiosa consigo mismo por estar nerviosa y estresada. Lo que necesita es exactamente lo que acabas de demostrarme que puedes darle: apoyo, por más que ella proteste y lo rechace.

La opresión que Brian notaba en el pecho disminuyó.

—¿Eso es todo?

Ella se volvió para servir el café.

—Existe una relación confidencial entre médico y paciente. Jo tiene derecho a preservar su intimidad y esperar mi discreción.

—Jo es mi hermana.

—Lo sé, y me alegro de que valores tanto esa relación, pues he de reconocer que no lo esperaba. Aquí tienes. —Le tendió la taza—. Volvió a Sanctuary porque necesitaba estar en su hogar, con su familia. Así pues, te aconsejo que procures estar siempre a su lado. Si deseas saber algo más, tendrás que preguntarle a ella.

Brian comenzó a pasear otra vez mientras tomaba un trago de café. Está bien, pensó, Jo no sufre una enfermedad mortal como temía. No tiene un cáncer ni un tumor cerebral.

—Muy bien —dijo—. Es probable que consiga que coma con regularidad y amenazaré a Lexy para que no la altere.

—Eres muy amable —replicó Kirby.

—No; no lo soy. —Depositó la taza sobre una mesa y retrocedió un paso. Su preocupación había cedido lo suficiente para que de pronto se fijara en Kirby; su sonrisa, sus ojos de sirena, su serenidad—. Únicamente pretendo recuperar la calma, ocuparme de las tareas habituales, y no podré hacerlo hasta que Jo se haya tranquilizado.

Kirby se acercó con una expresión dulce en el rostro.

—¡Mentiroso!

—¡Calla!

—Todavía no. —Le tomó la cara entre las manos. Esta vez Brian había despertado algo más que su lujuria, y le resultaba irresistible—. Me pediste que la sometiera a un examen clínico completo y aún no me has abonado la factura. —Se puso de puntillas—. Mis servicios no son baratos.

A continuación le besó en los labios, y él no dudó en rodearle la cintura con las

manos.

—No hago más que decirte que me dejes en paz —dijo él mientras la acariciaba—. ¿Por qué no me haces, caso?

El aliento de Kirby comenzaba a inundarle los pulmones. Era una sensación gloriosa.

—Porque soy testaruda, obstinada y porque tengo razón.

—Eres muy directa. —Le mordisqueó el labio inferior—. No me gustan las mujeres directas.

—Mmm. Qué va; sé muy bien que te gustan.

—No, te equivocas. —La empujó contra el mostrador de la cocina y se apretó contra ella mientras su boca devoraba la de Kirby—. De todos modos te deseo.

Kirby echó hacia atrás la cabeza, y gimió cuando él comenzó a besarle el cuello.

—Si me concedes cinco minutos para que cancele las visitas de la tarde, los dos llegaremos al éxtasis.

Brian le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de besarla de nuevo en la boca mientras Kirby le hundía las uñas en los hombros. Él imaginó cómo sería poseerla allí mismo. Bastaba con que se desabrochara la bragueta y le arrancara a ella los pantalones para hundirse en su interior hasta que saciara su lascivia.

Sin embargo no la tomó. En lugar de ello, controló el ardor que lo dominaba y echó hacia atrás la cabeza de la doctora para mirarla a los ojos, que lo animaban a proseguir.

—Tendrá que ser a mi manera. No te queda más remedio que aceptarlo.

Kirby temblaba de deseo.

—Escucha...

—No. Ya han acabado los juegos. Tuviste la oportunidad de renunciar y la dejaste escapar. Ahora será a mi manera. Cuando vuelva, terminaremos con este asunto.

Kirby jadeaba, la sangre le corría deprisa por las venas. Por un instante, mientras él la observaba con frialdad, lo odió.

—¿Crees que eso me da miedo?

—No creo que tengas el suficiente sentido común para permitirlo. Sin embargo —añadió con una sonrisa— debería asustarte. Cuando vuelva —prosiguió mientras se encaminaba hacia la puerta—, me importará un bledo si estás preparada o no.

Ella se esforzó por recobrar la calma y la dignidad.

—¡Cretino arrogante!

—Es cierto. —Abrió la puerta y la miró procurando aplacar la lujuria que le provocaba. Observó su cabellera alborotada, iluminada por el sol, sus ojos, que relucían a causa de la ira, sus labios, todavía húmedos tras el beso—. Yo en tu lugar me arreglaría un poco, doctora. Acaba de llegar tu paciente.

Y salió tras dar un portazo.



# 13

Para llegar a la cabaña Little Desire no es preciso desviarse demasiado del camino que conduce a Sanctuary, pensó Jo. De todos modos, para justificar la caminata, consideró que le sentaría bien.

Tal vez por la tarde tomaría unas fotografías del río, observaría las flores silvestres y, ya que pasaría por allí, sería una grosería no entrar. Además, la cabaña era propiedad de la familia.

Hasta inventó una excusa que repitió para sus adentros con la intención de pronunciarla con absoluta naturalidad. Después de tantos preparativos, se llevó una decepción cuando, al llegar a la cabaña, observó que el todoterreno de Nathan no se encontraba allí.

Permaneció unos minutos al pie de la escalera, sin saber qué hacer. Al final decidió subir. No había nada de malo en entrar para dejar una nota. No desordenaría nada ni deseaba husmear en sus cosas. Sólo quería... ¡Maldición! La puerta estaba cerrada con llave, lo que le sorprendió, porque casi ningún habitante de Desire lo hacía. Demasiado picada por la curiosidad para preocuparse por los buenos modales, apretó la cara contra el panel de vidrio de la puerta y miró hacia el interior.

Sobre la larga mesa de la cocina había un ordenador, una impresora, unos tubos de cartón que supuso contendrían planos y una gran hoja de papel cuadrada extendida, con las esquinas aseguradas por un frasco de café instantáneo, un cenicero y dos tazas. Por más que cambió de posición e inclinó la cabeza, no logró desentrañar de qué se trataba.

De todos modos no es asunto mío, se recordó, mientras entornaba los ojos para tratar de ver algo más. Al oír un ruido a sus espaldas, volvió la cabeza con rapidez. Un pato salvaje lanzó su típico grito y alzó el vuelo. Jo levantó la vista al cielo y se llevó la mano al corazón, que le latía desbocado. Sólo faltaría que Nathan saliera de entre los árboles y me encontrara espiando su casa, pensó.

Se recordó la docena de actividades que podía realizar, los numerosos lugares que podía visitar. Por supuesto, no había dado un rodeo con el único propósito de verlo. Por lo menos no se había desviado en exceso de su camino. Posiblemente es mejor que no lo haya encontrado, se dijo, mientras bajaba por la escalera y se encaminaba hacia su casa por el sendero del Palmito, que seguía el curso del río hasta donde la frondosa vegetación, las vides silvestres y los helechos convertían el bosque en una verdadera jungla.

No necesitaba esa clase de distracción, y mucho menos las complicaciones que sin duda Nathan Delaney le crearía. Aún no se había recuperado del todo. Si entablaba una relación con él, tendría que contarle... ciertas cosas. Y si se las contaba, su relación acabaría. ¿Qué veraneante desearía comprometerse con una loca?

El sendero zigzagueaba flanqueado por los palmitos que le daban nombre. Oyó de nuevo el grito de un pato y el trino de una curruca. La cámara le golpeaba la cadera mientras caminaba con paso rápido absorta en sus cavilaciones.

Por tanto, si no iniciaban nada, ambos se ahorrarían tiempo e incomodidades.

¿Por qué demonios no estaba en su casa?

—Chist. —Giff tapó la boca a Lexy al oír ruido de pasos que se aproximaban por el sendero, cerca del claro custodiado por un enorme roble y varias palmeras—. Alguien se acerca —susurró.

—¡ Ah! —Con un veloz movimiento, Lexy cogió la blusa que se había quitado y la apretó contra su pecho—. Dijiste que Nathan había decidido pasar el día en tierra firme.

—Así es. Me crucé con él cuando se dirigía al transbordador.

—Entonces ¿quién...? ¡Oh! —exclamó Lexy mientras se asomaba por entre las hojas—. Es Jo. Parece enojada con el mundo, como siempre.

—Silencio. —Giff le agachó la cabeza.—. Preferiría que tu hermana no me pillara con los pantalones bajados.

—No entiendo por qué. Tienes tan bonito... —Comenzó a hacerle cosquillas, y entre risitas entrecortadas lucharon hasta que Jo se perdió de vista.

—Eres una mala persona, Lexy. —Giff la inmovilizó sobre la tierra. Todavía llevaba puesto el sujetador; le gustaba sentir la delicada tela contra su pecho—. ¿Qué explicación le habríamos dado si nos hubiera sorprendido?

—Si no adivina qué estamos haciendo, es hora de que alguien la instruya.

Giff meneó la cabeza y se inclinó para besarle la punta de la nariz.

—Eres muy dura con tu hermana.

—¿Que soy muy dura con ella? ¿No será al revés? Considero que se acerca más a la verdad.

—Bueno, tal vez las dos sois muy duras con la otra. Tengo la sensación de que Jo ha sufrido mucho últimamente.

—Su vida es perfecta para ella —replicó Lexy con una mueca mientras se enroscaba un mechón alrededor de un dedo—. Tiene trabajo y viaja tanto como le apetece. Todo el mundo alaba su obra y hasta algunos la analizan y estudian. Además gana mucho dinero.

Su enamorado acarició la barbilla de Lexy.

—Querida, es una tontería que tengas celos de Jo.

—¿Celos? —Ofendida, Lexy abrió los ojos como platos—. ¿Por qué voy a tener celos de Jo?

—Eso digo yo. —Le dio un beso—. Las dos buscáis lo mismo, aunque la manera que empleáis para conseguirlo es muy distinta. Con todo, la meta es idéntica.

—¿En serio? —Su voz sonó serena y suave—. ¿Y cuál es esa meta?

—La felicidad. Es a lo que aspira la mayoría de la gente. El hecho de que haya alcanzado su objetivo antes que tú no resta importancia al tuyo. Además, empezó tres años antes que tú.

Las palabras de Giff no aplacaron a Lexy, que replicó con un tono frío como el hielo:

—No sé para qué me has traído aquí; por lo visto sólo querías hablar de mi hermana.

—Querida, fuiste tú quien me trajo. —Giff sonrió y la mantuvo debajo de su cuerpo a pesar de que Lexy se retorció furiosa para liberarse—. Si mal no recuerdo, te presentaste en la cabana Sand Castle, donde yo reemplazaba la alambrada de espino, me susurraste algo al oído y me enseñaste esta manta, que llevabas en el bolso. Ante eso ¿cómo crees que habría reaccionado un hombre?

Ella alzó el mentón y levantó una ceja.

—No lo sé, Giff. ¿Cómo habría reaccionado?

—Creo que tendré que demostrártelo.

Giff se tomó su tiempo, y eso la dejó algo débil y temblorosa. La noche anterior todo había sucedido con gran rapidez a causa del apremio del deseo. En cambio ahora las manos curtidas de Giff se movían con lentitud y suavidad sobre la piel femenina mientras la besaba en la boca, como si el de Lexy fuese el único sabor que necesitara.

Le encantaba seducir y poseer a Lexy, y deseaba disponer de toda una vida para dedicarse a ello y observarla mientras le proporcionaba placer. Todo en Lexy le resultaba divino. De momento podía demostrárselo, y muy pronto se lo diría.

Cuando se deslizó en su interior, Lexy dejó escapar un gemido de satisfacción. Él se alzó un poco para dar y tomar más, y adoptó un ritmo tan perezoso como el del río que corría cerca de allí. Cuando inclinó la cabeza para chuparle los pechos con suavidad, ella sollozó.

—Termina tú primero —pidió Giff—, para que pueda verte.

Ella no habría podido evitarlo. Se sentía como una hoja arrastrada por la corriente de un arroyo. Cuando llegó el orgasmo, largo, hermoso y profundo, susurró el nombre de Giff.

Giff volvió a besarla en la boca y se vació en su interior.

Unos minutos después Giff se tendió de espaldas y reposó la cabeza de Lexy sobre su pecho. Ella jamás había tenido un orgasmo tan intenso. Y Giff, por su parte, se mostraba seguro de sí, como si controlara por completo la situación.

La joven sonrió y posó los labios sobre su torso.

—Debes de haber practicado mucho.

Él mantuvo los ojos cerrados, disfrutando del aire que le rozaba la cara, mientras le acariciaba el pelo.

—Estoy convencido de que hay que trabajar de firme para llegar a hacer las cosas bien.

—Y yo diría que lo has logrado.

—Te he deseado toda la vida, Lexy.

La muchacha se estremeció y levantó la cabeza para mirarlo.

—Supongo que en el fondo yo también te he deseado siempre.

Giff abrió los ojos, al captar su mirada se le secó la boca.

—¡Pero hace unos años estabas tan delgado! —añadió ella con una sonrisa insolente.

—Y tú ni siquiera tenías pecho. —Lanzó una risita al tiempo que le apresaba un seno—. No cabe duda de que las cosas cambian.

Lexy se incorporó y se sentó a horcajadas sobre él.

—Y tú me tirabas del pelo.

—Y tú me mordías. Todavía conservo las marcas de tus dientes en el hombro izquierdo.

Sin dejar de reír, la muchacha se apartó el pelo de la cara; le costaría desenredarlo, pero no le importaba.

—No es cierto.

—Ya lo creo que es cierto. Mamá las llama «mi marca Hathaway».

—Quiero verlas. —Le empujó hasta conseguir que se tendiera de costado y observó con curiosidad la pequeña cicatriz blanca. Su marca. Le producía una extraña emoción saber que él la llevaba—. ¿Dónde? No veo nada. —Se le acercó más—. ¡Ah! ¿Te refieres a esa cosita? Eso no es nada. Te aseguro que ahora estoy en condiciones de superarla.

Sin darle tiempo a que se defendiera, le clavó los dientes en el hombro. Giff lanzó un grito y la hizo rodar hasta que ambos quedaron enredados en la manta. El joven comenzó a acariciarla hasta que ella quedó sin aliento, excitada de nuevo.

—Tal vez esta vez te deje una señal yo a ti.

—¡No te atrevas a mordirme, Giff! —Lexy rió, se debatió—. ¡Ay! ¡Maldita sea!

—¿Qué te ocurre? Todavía no te he mordido.

—Pues algo me ha mordido.

Giff se levantó al instante, temiendo que hubiera víboras. Con un movimiento veloz,

puso en pie a Lexy y la cogió en brazos y observó el terreno con una expresión dura y fría.

—¡Caramba! —masculó mientras su corazón enamorado le golpeaba el pecho.

Nada se arrastraba ni se deslizaba, pero Giff distinguió un reflejo plateado. Depositó a Lexy en el suelo y la obligó a volverse. Tenía un pequeño rasguño en el omóplato.

—No es nada. Supongo que algo te arañó. —Besó la herida con suavidad antes de inclinarse para recoger lo que la había lastimado—. Es un pendiente.

Con los ojos brillantes, Lexy se frotó la espalda. Giff me ha cogido como si no pesara nada, pensó soñadora, y me mantuvo en brazos como si estuviera dispuesto a defenderme del dragón más malvado.

Imágenes de Lancelot y la reina Ginebra, de castillos envueltos en la niebla desfilaron por su mente antes de que se fijara en la pieza que Giff sostenía. Era un hilo brillante del que pendían pequeñas estrellas plateadas.

—Es de Ginny. —Frunció un poco el entrecejo y se inclinó para tomarlo—. Son sus pendientes favoritos. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

Giff arqueó las cejas.

—Supongo que no somos los primeros que usan el bosque para algo distinto de una caminata.

Con una carcajada, Lexy se sentó sobre la manta, donde colocó con cuidado el pendiente antes de coger el sujetador.

—Supongo que tienes razón. Sin embargo estamos lejos del campamento y de su cabaña. ¿Anoche los llevaba?

—No suelo fijarme en lo que se pone mi prima —contestó Giff con sequedad.

—Estoy casi segura de que...

Se interrumpió mientras trataba de recordar la noche anterior. Ginny lucía una camisa roja con gemelos plateados en los puños y téjanos blancos muy ajustados con un cinturón. Sí, pensó Lexy, estoy casi segura de que los llevaba. A Ginny le gustaba la forma en que se balanceaban y reflejaban las luces.

—Bueno, no importa. Se lo devolveré, cuando consiga localizarla.

Giff se sentó para ponerse los calzoncillos.

—¿Por qué dices eso?

—Anoche, en la fogata, debió de conocer a un tipo apasionado. Esta mañana no ha acudido al campamento.

—Es muy raro. Ginny jamás ha faltado al trabajo.

—Hasta ahora. Oí comentarios al respecto cuando bajé para servir los desayunos. —Lexy sacó un peine de la bolsa y comenzó la ardua tarea de desenredarse el cabello—. ¡Ay! Había gente esperando para marcharse, y Ginny no estaba. Kate mandó a Jo y papá para que la sustituyeran.

Giff se puso los téjanos.

—¿Fue alguien a su cabaña?

—Acabé la jornada antes de que ellos volvieran, pero supongo que sí. Te aseguro que Kate estaba muy nerviosa.

—Eso no es propio de Ginny. Aunque es bastante alocada, jamás dejaría en la estacada a Kate.

—Tal vez está enferma. —Lexy frotó el pendiente antes de guardarlo en el bolsillo de los pantalones cortos que se había puesto para seducir a Giff—. No dejó de beber tequila.

Giff asintió, aun cuando estaba convencido de que, aunque no se sintiera bien, Ginny habría cumplido con su obligación o hubiera buscado a alguien que la reemplazara. La recordó la noche anterior en la playa, cuando los saludó y se alejó tambaleándose.

—Iré a ver cómo está.

—Muy bien. —Lexy se puso en pie y se sintió complacida al advertir que él le miraba las piernas—. Y tal vez más tarde... —añadió al tiempo que le acariciaba la espalda— decidas ver cómo estoy yo.

—Precisamente pensaba comer en la posada para que tú me... sirvieras.

—¡Ah! —En los labios de Lexy se pintó una sonrisa felina mientras retrocedía y se peinaba la melena—. ¿De verdad?

—Sí. Y luego, después de comer, pensaba subir al primer piso y entrar por casualidad en tu dormitorio. Podríamos hacer el amor en una cama, para variar.

—Bueno. —Se pasó la lengua por el labio superior—. Tal vez esta noche esté libre, pero depende de la propina que me des.

Giff sonrió y la besó en los labios.

—Ha sido un buen comienzo —dijo Lexy. Se inclinó para recoger la manta sin agacharse demasiado para que él viera sus muslos, que los pantalones cortos apenas si cubrían.

Después volvió la cabeza.

—Te ofreceré un... excelente servicio.

Cuando Giff subió a la furgoneta para dirigirse al campamento, su ritmo cardíaco ya era casi normal. Es una mujer fuerte, pensó, y la vida con ella será una continua aventura. Dudaba de que estuviera lista para considerar la posibilidad de compartir el futuro con él, pero ya se encargaría de prepararlo.

Sonriente, encendió la radio. Lo tengo todo planeado, pensó Giff. La seducción, que desde su punto de vista en ese momento progresaba de forma evidente, la declaración, el matrimonio.

En cuanto la convenciera de que él era lo que necesitaba, se acabarían los problemas.

Mientras tanto, ambos se divertían.

Dobló hacia el campamento y frunció el entrecejo al ver a un adolescente en la caseta en lugar de Ginny.

—¡Eh, Colin! —exclamó mientras frenaba y se asomaba por la ventanilla—. ¿Te han encargado que te ocuparas del campamento?

—Eso parece.

—¿Has visto a Ginny?

—No. —El muchacho hizo un gesto lascivo—. Debe de haber pescado un pez gordo.

—Sí. —Sin embargo Giff tenía un mal presentimiento—. Pasaré por su cabaña para averiguar qué ocurre.

—Como quieras.

Giff conducía con prudencia, sin descartar la posibilidad de que alguna criatura saliera de repente corriendo ante el vehículo. Con el verano tan cerca, sabía que sufrirían una verdadera invasión y que los turistas llenarían el campamento y las cabañas. Quienes ocuparan éstas se freirían al sol durante la mitad del día, después volverían y pondrían en marcha los aparatos de aire acondicionado, lo que significaba que tendría que hacer muchas reparaciones.

En realidad no le importaba. Era un trabajo bueno y honesto. Aunque de vez en cuando soñaba con hacer algo que representara un desafío más grande, estaba convencido de que ya llegaría su momento.

Estacionó en el corto sendero de entrada de Ginny y bajó de la furgoneta. Esperaba encontrarla en la cama, con la cabeza hundida en una palangana de agua fría. Eso explicaría el silencio que reinaba en el lugar, pues por lo general la muchacha tenía la

radio a todo volumen, la televisión encendida, y se la oía cantar o discutir con algún personaje de las telecomedias a que era adicta. La diversidad de sonidos producía un verdadero y alegre estruendo. Ella aseguraba que le impedía sentirse sola.

Ahora sólo se oía el murmullo de las hojas movidas por la brisa y el chapoteo de los sapos que se arrojaban al agua. Se acercó a la puerta y, dada su familiaridad, entró sin llamar.

Cuando hubo cruzado el umbral se sobresaltó al ver a un hombre dentro.

—¡Dios mío, Bri! Me has asustado.

—Lo siento —se disculpó Brian con una leve sonrisa—. He oído acercarse un vehículo y pensé que tal vez era Ginny. —Miró por encima del hombro de Giff—. No viene contigo, ¿verdad?

—No, acabo de enterarme que no se ha presentado al trabajo y he venido para averiguar qué pasaba.

—No está aquí, y tengo la impresión de que no ha venido en todo el día, aunque es difícil saberlo con seguridad. —Miró hacia atrás—. Ginny es más desordenada que tres adolescentes juntas.

—Tal vez esté en alguno de sus lugares preferidos.

Brian observó más allá de los árboles que rodeaban el césped del jardín. Un par de patos descansaban en el terreno cenagoso después de su largo vuelo a través del Atlántico; un halcón planeaba en el cielo; cerca del estrecho sendero, donde se enredaban las telas de araña, revoloteaba un trío de mariposas, pero no distinguió ningún rastro humano por los alrededores.

—Aparqué el coche en el campamento y vine a pie hasta aquí para rastrear la zona. Pregunté por ella a cuantos encontré en mi camino, y todos aseguraron que no la han visto desde ayer.

—Esto es muy extraño. —La desazón que sentía Giff se convirtió en dolor—. Es muy extraño, Bri.

—Estoy de acuerdo. Son más de las dos de la tarde. Aun en el caso de que hubiera pasado la noche fuera, ya debería haber dado señales de vida. —La preocupación era como un puño que le apretaba la nuca. Se la rascó con expresión distraída, mientras volvía a escudriñar el interior de la cabaña—. Ha llegado el momento de realizar algunas llamadas.

—Se lo diré a mi madre para que se ocupe de ello. Ven, te llevaré hasta tu coche.

—Te lo agradezco.

—Anoche Ginny estaba bastante borracha —comentó Giff mientras se sentaba ante el volante—. La vi... la vimos Lexy y yo. Estábamos en el agua... nadando —agregó después de dirigir una rápida mirada a Brian.

—Nadando... ¡por supuesto!

Giff se ajustó la gorra.

—Bien, no sé cómo decirte que me acuesto con tu hermana.

Brian se frotó los ojos.

—Supongo que ésa es una buena manera de hacerlo. Dadas las circunstancias, me resulta bastante difícil decir que te felicito.

—¿Quieres conocer mis intenciones?

—No —respondió Brian.

—Deseo casarme con ella.

—Me temo que tampoco podré felicitarte si lo haces. —Brian cambió de postura en el asiento y miró a Giff—. ¿Te has vuelto loco?

—Estoy enamorado de ella. —El joven encendió el motor y avanzó marcha atrás—. Siempre lo he estado.

Brian imaginó a Lexy propinando un alegre puntapié a un moribundo Giff.

—Ya eres mayorcito, Giff. Sabes en lo que te metes.

—Es cierto, y también sé que ni tú ni nadie de tu familia comprende a Lexy. —La voz de Giff reflejó cierta agresividad que impulsó a Brian a arquear las cejas—. Es inteligente, y fuerte, tiene un gran corazón y, cuando olvida sus tontas fantasías, es la mujer más leal del mundo.

Brian exhaló una gran bocanada de aire. Lexy era además temeraria, impulsiva y egoísta. Sin embargo, la descripción de su amigo en cierto modo se ceñía a la realidad, y se sentía avergonzado.

—Tienes razón. Y si hay alguien capaz de sacar a la luz sus mejores cualidades, ése eres tú.

—Me necesita. —Giff tamborileó los dedos sobre el volante—. Te agradecería que no le comentaras nada de esto. Todavía no he hablado con ella al respecto.

—Te aseguro que no me apetece en absoluto conversar con Alexa de su vida sentimental.

—Me alegro. Bien, como te decía, anoche vimos a Ginny, alrededor de la medianoche; con franqueza, no estaba demasiado pendiente de la hora. Paseaba por la playa hacia el sur, se detuvo y nos saludó.

—¿Estaba sola?

—Sí. Dijo que necesitaba despejarse. No la vi volver porque en ese momento estaba... muy ocupado.

—Bueno, si se hubiera desmayado en la playa, alguien la habría encontrado ya, de modo que debió de regresar por el mismo camino o tal vez atajara por las dunas.

—Encontramos un pendiente suyo en ese claro que hay junto al río de Sanctuary.

—¿Cuándo?

—Hace un rato —contestó Giff mientras frenaba junto al automóvil de Brian—. Lexy y yo estábamos...

—¡Por favor! No insistas en explicarme lo que hacéis. ¿Qué sois? ¿Conejos? —Meneó la cabeza—. ¿Estás seguro de que el pendiente era de Ginny?

—Lexy está convencida y tiene la certeza de que Ginny lo llevaba puesto anoche.

—Sin duda no se equivoca, pues Lexy suele fijarse en esas cosas. De todos modos me extraña que se desviara tanto si pretendía regresar a su casa.

—Eso pensé yo. Tal vez se reunió con alguien... Es raro que Ginny se marche de una fiesta antes de que acabe... a menos que haya planeado otra clase de diversión.

—Nada de esto es propio de Ginny.

—No. Empiezo a preocuparme, Brian.

—Sí. —Brian bajó del vehículo, se volvió y se apoyó sobre la ventanilla—. Pide a tu madre que se encargue de las llamadas. Yo iré al transbordador. Tal vez conociera a su príncipe azul y decidiera marcharse con él a Savannah.

A las seis de la tarde se había iniciado el rastreo por los senderos del bosque, las agrestes trochas que conducían al norte, la extensa curva de la playa y los caminos sinuosos que discurrían en la zona de los pantanos. Algunos de los que participaban en él rememoraron otra búsqueda en pos de otra mujer.

Los veinte años transcurridos no habían logrado enturbiar el recuerdo, por lo que, mientras buscaban a Ginny, muchos hablaban de Annabelle.

Lo más probable era que se hubiese marchado, como Annabelle. Algunos suponían que Ginny sintió una comezón y decidió aliviarla. Al fin al cabo, siempre había sido una descocada. «No; no nos referimos a Annabelle —decían algunos—, sino a Ginny.

Annabelle era agua mansa, mientras que Ginny era fuerte como la rompiente.»

Aun así ambas habían desaparecido de la misma manera.

Mientras estaba en el muelle, Nathan oyó una conversación al respecto que consiguió que el corazón se le acelerara y se le revolviera el estómago. Captó el nombre de Annabelle, lo que le provocó un zumbido en los oídos. De hecho he venido para enfrentarme a esto, se recordó, para así poder olvidarlo. Ignoraba cuánto tiempo le llevaría lograrlo.

Dejó el portafolios en el asiento delantero del todo-terreno y, después de colocar los víveres en la parte posterior, se dirigió a Sanctuary. Vio a Jo sentada en los imponentes escalones de entrada, con la cabeza apoyada sobre las rodillas. Al oír el motor del vehículo, levantó la cabeza, y Nathan apreció el tormento que reflejaban sus ojos.

—Aún no la hemos encontrado. —La joven apretó los labios—. Me refiero a Ginny.

—Ya me he enterado. —Sin saber qué hacer, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros—. Acabo de llegar en el transbordador.

—Llevamos horas buscando por todas partes. Se ha esfumado, Nathan, se ha esfumado como... —No pudo decirlo. Respiró hondo mientras se esforzaba por no pensarlo siquiera—. Si estuviera en la isla, alguien la habría visto, ya la habrían localizado.

—La isla es grande.

—No. —Meneó la cabeza—. Tendrían que haberla hallado ya, a menos que trate de ocultarse, por supuesto. Conoce muy bien el lugar, cada sendero, cada gruta. Sin embargo, no existe ningún motivo para ello. Sencillamente se ha esfumado.

—No la he visto en el transbordador de la mañana. He de reconocer que dormí gran parte del trayecto, pero resulta difícil no ver a Ginny.

—Ya hemos realizado ciertas comprobaciones al respecto; no tomó el transbordador.

—De acuerdo. —Le acarició el brazo mientras trataba de pensar—. Barcos privados. Hay algunos por los alrededores, lanchas de los isleños y de veraneantes.

—Ginny sabe pilotar una lancha, pero nadie ha informado de la desaparición de una embarcación ni se ha presentado para comunicar que la llevó a tierra firme.

—Tal vez fue un turista que sólo pasó el día aquí.

—Sí. —Jo intentó asimilar la idea—. Eso piensa la mayoría de la gente. Se enamoró locamente de algún tipo y se marchó con él. Lo ha hecho otras veces, pero nunca cuando al día siguiente debía trabajar y sin dejar ningún recado.

Nathan recordó cómo Ginny le sonrió al decirle: «¡Hola, buen mozo!»

—Anoche bebió mucho tequila.

—Sí, es cierto. —Se apartó de Nathan—. Sin embargo, Ginny no es una borracha irresponsable.

—Yo no he dicho eso, Jo, y tampoco lo pienso.

—Es tan fácil decir que no le importaba nada, que se fue sin avisar, sin pensar en nadie. —Jo se puso en pie mientras hablaba de forma atropellada—. Dejó su casa, a su familia y a todos cuantos la querían sin pensar siquiera en lo preocupados que estarían.

Los ojos le brillaban de furia. Era consciente de que en ese momento de quien hablaba era de su madre, y la mirada comprensiva que distinguió en los ojos de Nathan le indicó que él lo había adivinado.

—No creo que actuara así. —Contuvo el aliento—. Nunca lo he creído.

—Lo siento. —Él se levantó y la rodeó con los brazos. Aunque ella forcejeó por liberarse y lo empujó, se mantuvo firme—. Lo siento, Jo.

—No quiero tu compasión. No quiero nada de ti ni de nadie. Suéltame.

—No. —La han abandonado demasiadas personas, pensó Nathan. Apretó la mejilla contra el pelo de Jo y esperó a que se tranquilizara.



De repente Jo dejó de luchar y lo abrazó.

—¡Nathan, tengo tanto miedo! Es como volver a vivirlo todo y seguir sin saber por qué.

Él contempló los macizos de flores por encima del hombro de Jo.

—¿Acaso conocer el motivo cambiaría las cosas?

—Tal vez no. A veces pienso que sería peor... para todos nosotros. —Apoyó la cara contra el cuello de Nathan, agradecida de que estuviera a su lado, de que la confortara—. No soporto ver cómo mi padre, Brian y Lexy recuerdan aquel episodio. Jamás mencionamos el tema, pero está ahí, nos empuja y aleja a unos de los otros. —Exhaló un largo suspiro—. Ahora pienso más en mamá que en Ginny, y me odio por ello.

—No sigas. —Le besó con suavidad la frente, luego el pómulos y por fin los labios—. No sigas —repitió antes de posar de nuevo los labios sobre su boca.

En lugar de alejarse, Jo se entregó. El simple consuelo que él pretendía ofrecerle se convirtió en deseo. Nathan le enmarcó el rostro con las manos, que luego deslizó hacia abajo en una larga y lenta caricia. La necesidad que surgió en su interior era muy dulce. Sólo deseaba sumergirse en ella. Sin embargo, ¿adónde les llevaría eso? De repente ansió que pudieran ser sólo dos personas que se ahogaban en ese beso lento e interminable mientras el sol se hundía en el horizonte y las sombras se alargaban.

—No puedo continuar —murmuró ella.

—Yo tengo que continuar —susurró antes de volver a besarla—. Abrazame otra vez, aunque sea por un minuto —pidió cuando Jo dejó caer los brazos—. Vuelve a necesitarme, aunque sea por un minuto.

Incapaz de resistirse, de negarse a su petición, Jo lo aferró con fuerza. Oyó el débil crujido de neumáticos sobre el camino. Regresó a la realidad y se apartó del hombre.

—Debo irme.

Él tendió la mano y le cogió la punta de los dedos.

—Ven conmigo, a mi casa. Aléjate de aquí un rato.

La emoción se reflejó en los ojos de la joven, que se tiñeron de un azul intenso.

—No puedo.

A continuación subió presurosa por los escalones y, sin mirar atrás, cerró la puerta a su espalda.

Treinta y seis horas después de que se tuviese constancia de la desaparición de Ginny, Brian se dejó caer en el antiguo sofá de la sala de estar, extenuado. Ya no quedaba nada más por hacer; se había rastreado toda la isla, se habían hecho docenas de llamadas telefónicas. Al final se notificó el hecho a la policía.

Sin embargo la policía no parece demasiado interesada, pensó Brian con la vista clavada en las rosetas que adornaban el techo. Después de todo se trata de una mujer de veintiséis años con mala reputación, libre de hacer cuanto se le antoje, sin enemigos conocidos y con cierta tendencia a vivir aventuras poco recomendables. Brian sabía que las autoridades efectuarían las investigaciones indispensables y archivarían el caso. Con todo, no habían actuado así veinte años antes, cuando desapareció otra mujer. Entonces pusieron más empeño en buscar a Annabelle. Los agentes recorrieron la isla, formularon preguntas, tomaron notas con expresión preocupada. Sin embargo, en ese caso había dinero involucrado: fideicomisos, propiedades, herencias. Brian tardó cierto tiempo en comprender que la policía suponía que existía algo turbio en todo el asunto, y en ese sentido su padre fue el principal sospechoso.

No obstante, nunca se encontraron pruebas que demostraran la implicación de Sam, y poco a poco las autoridades perdieron el interés. Brian presumía que en el caso de Ginny Pendleton, el interés decaería con mayor rapidez.

Ya no se le ocurría qué más hacer. Por un instante consideró la posibilidad de tomar el mando a distancia, encender el televisor o el estéreo y tratar de olvidar todo durante una hora. La sala de estar pocas veces se usaba. Fue Kate quien eligió el mobiliario, informal y cómodo; sillones amplios y mullidos, mesas antiguas, y un sofá lo bastante grande para tenderse en él y dormir una siesta. Además colocó cojines de vivos colores sobre el suelo con la idea, suponía Brian, de que alguna vez se reuniera tanta gente en la estancia que no hubiera asientos suficientes. Sin embargo, no solía haber más de una persona allí. Los Hathaway no eran una familia de las que acostumbran congregarse por la noche para ver las noticias de la televisión. Somos unos solitarios que buscamos excusas para evitar a los demás, pensó Brian.

De ese modo la vida resultaba menos... complicada.

Incapaz de permanecer sentado por más tiempo, se puso en pie y se encaminó hacia la pequeña nevera ubicada detrás del bar de caoba. Ésa era otra de las fantasías de Kate, mantener repletos el bar y el frigorífico por si algún día a la familia se le ocurría reunirse para compartir una copa, un poco de conversación y alguna diversión. Brian lanzó una pequeña carcajada al abrir el electrodoméstico.

Era muy poco probable que eso sucediera.

Con ese amargo pensamiento todavía en la mente, levantó la mirada y vio a su padre en la puerta. Era difícil determinar cuál de los dos se sorprendió más al ver allí al otro.

Se produjo ese silencio pegajoso que sólo se cocinaba en la vida familiar. Brian tomó un largo trago de cerveza mientras Sam introducía los pulgares en los bolsillos delanteros del pantalón.

—¿Has terminado por hoy? —preguntó a Brian.

—Parece que sí. No nos queda nada más que hacer. —Tras una breve pausa preguntó—: ¿Te apetece una cerveza?

—Sí.

Brian sacó otra botella de la nevera y la abrió mientras su padre cruzaba la habitación. Sam tomó un trago. Había planeado relajarse viendo un partido de béisbol en la televisión y tal vez beber un poco de whisky para que lo ayudara a dormir. Ahora no sabía cómo actuar en presencia de su hijo.

—Ha empezado a llover —dijo con la intención de entablar conversación.

Brian prestó atención al repiqueteo de las gotas contra los vidrios de las ventanas.

—Ha sido una primavera muy seca.

Sam asintió y cambió de postura.

—El nivel del agua está muy bajo en los lagos más pequeños. Este chaparrón vendrá bien.

—Seguro que la gente de tierra firme no opina lo mismo.

—No. —Sam frunció el entrecejo—. De todos modos aquí hace falta la lluvia.

El silencio volvió a instalarse entre ellos y se prolongó varios minutos.

—Bueno, por lo visto el tema del tiempo no da para más. ¿Y ahora qué? —preguntó Brian con frialdad—. ¿Habíamos de política o de deportes?

A Sam no se le escapó el sarcasmo, pero decidió hacer caso omiso.

—Creía que no te interesaban.

—Por supuesto. ¿Qué puedo saber yo sobre temas tan masculinos? Me gano la vida cocinando.

—No he dicho eso —replicó Sam sin inmutarse.

Tenía los nervios de punta y muy mal humor. Se esforzó por no perder los estribos—. Sólo he dicho que no sabía que te interesaban esas cuestiones.

—No tienes ni idea de lo que me interesa. Ignoras lo que pienso, lo que quiero, lo que siento, porque nunca te has preocupado por averiguarlo.

—¡Brian Hathaway! —exclamó Kate con severidad al entrar en la sala en compañía de Lexy—. ¡No hables con ese tono a tu padre!

—Deja que el chico diga lo que le parezca. —Sam mantuvo la mirada fija en su hijo y dejó la cerveza—. Tiene derecho.

—No tiene derecho a ser irrespetuoso.

Sam dirigió una mirada tranquilizadora a Kate y luego se volvió hacia Brian.

—Si tienes algo que decir, dilo de una vez.

—Tardaría años en decirlo y no solucionaría esta maldita situación.

Sam se acercó al bar. Después de todo le apetecía un whisky.

—De todos modos, ¿por qué no empiezas? —Se sirvió tres dedos de licor en un vaso pequeño y, tras una breve vacilación, vertió la misma cantidad en otro y se lo tendió a Brian.

—Nunca bebo whisky; otro de los motivos por los que probablemente me consideras menos hombre.

Sam se sintió ofendido.

—Lo que prefiera beber un hombre es asunto suyo, y tú ya hace tiempo que eres adulto. ¿Por qué te importa lo que yo crea?

—Tengo treinta años —replicó Brian—; ¿dónde demonios has estado tú durante los últimos veinte? —El candado que había puesto a las preguntas y la infelicidad se abrió como si estuviera oxidado y sólo esperara ese último puntapié—. Te apartaste de nosotros, como ella. De hecho tu comportamiento ha sido aún peor, porque cada día de nuestra maldita vida nos has demostrado que no te importamos nada. Cuando mamá se marchó, cargaste la responsabilidad de cuidarnos sobre los hombros de Kate.

Kate lo miró con actitud beligerante.

—Ahora escúchame, Brian William Hathaway...

—Déjale —interrumpió Sam con frialdad para disimular su dolor—. Continúa, Brian.

—¿Qué conseguiría con eso? ¿Acaso lograría cambiar el pasado? ¿Dónde estabas cuando yo tenía doce años y un par de chicos me propinaron una paliza tan sólo para divertirse? ¿O cuando a los quince me puse enfermo tras mi primera borrachera? ¿O cuando a los diecisiete pasé unas semanas muerto de miedo al creer que tal vez había dejado embarazada a Molly Brodie la primera vez que ambos hicimos el amor? —Tenía los puños crispados mientras daba rienda suelta a la furia que ignoraba existía en su interior—. Nunca estuviste a mi lado. Fue Kate quien limpió los vómitos y me sostuvo la cabeza. Fue ella quien me animó cuando lo necesitaba y me enseñó a conducir; la que me brindó siempre su comprensión. Nunca pude recurrir a ti, y ahora ninguno de nosotros te necesita. Y si trataste a mamá con el mismo desinterés y egoísmo, no me sorprende que te abandonara.

Al oír las últimas palabras de su hijo Sam hizo un gesto de dolor, su primera muestra de emoción durante ese largo discurso. Le temblaba un poco la mano cuando cogió el vaso, pero antes de que pudiera hablar Lexy exclamó desde el umbral:

—¿Por qué hacéis esto? ¿Por qué ahora, cuando Ginny ha desaparecido? —Comenzó a sollozar mientras entraba en la sala—. ¡Le ha sucedido algo horrible, lo sé! Y a vosotros sólo se os ocurre empezar a lanzaros reproches. —Rompió a llorar al tiempo que se tapaba los oídos con las manos como si pretendiera borrar lo que había escuchado—. ¿Por qué no olvidáis el asunto o al menos simuláis que no tiene importancia?

—Porque la tiene. —Furioso al observar que ni siquiera en ese momento Lexy lo apoyaba, Brian la atacó—. Me preocupa que seamos el patético remedo de una familia, que tú huyas a Nueva York y trates de suplir con hombres el vacío que él te dejó, quejo esté enferma y que yo no pueda estar con una mujer sin pensar que acabará por abandonarme del mismo modo que mamá lo abandonó a él. Claro que tiene importancia, ¡maldita sea!, porque ninguno de nosotros sabe cómo ser feliz.

—Yo sí lo sé —vociferó Lexy—. Yo seré feliz, conseguiré todo cuanto deseo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jo con la mano sobre el picaporte. Al oír los gritos había salido de su habitación, donde trataba de descansar un rato.

—Brian es detestable —explicó Lexy antes de arrojarle a los brazos de Jo.

Jo quedó boquiabierta ante el arrebato de su hermana y la escena que presenciaba; su padre y Brian permanecían frente a frente, en actitud belicosa, como un par de boxeadores que esperan que suene la campana, mientras Kate lloraba en silencio.

—¿Qué sucede aquí? —repitió Jo. Comenzaban a palparle las sienes—. ¿Se trata de Ginny?

—Les trae sin cuidado lo que le haya ocurrido a Ginny. —En su desesperación, Lexy sollozaba con la cara hundida en el hombro de Jo.

—No se trata de Ginny. —Brian se alejó del bar—. No es más que una típica velada Hathaway. Estoy harto de todo esto.

Antes de salir de la habitación, hizo ademán de acariciar a Lexy, pero no se atrevió.

Jo respiró hondo.

—¿Kate?

La mujer se enjugó las lágrimas y pidió:

—Haz el favor de llevar a Lexy a su habitación. Me reuniré con vosotras enseguida.

—Está bien. —Jo dirigió una rápida mirada a su padre, que permanecía con la cara pétrea, y se abstuvo de formular preguntas—. Ven conmigo, Lexy.

En cuanto se marcharon, Kate sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz.

—No pretendo disculpar su comportamiento —explicó—, pero Brian está muy

preocupado además de agotado. De hecho, todos lo estamos, pero él, aparte de dirigir la posada, tuvo que encargarse de hablar con la policía. Está destrozado, Sam.

—Además tiene razón. —Sam bebió mientras se preguntaba si el alcohol lavaría el gusto a vergüenza que tenía en la garganta—. Desde que Belle nos abandonó, no he sido un padre para ellos. Lo dejé todo en tus manos.

—Sam...

Él la miró.

—¿Vas a decir que no es cierto?

Ella suspiró e, incapaz de mantenerse en pie por más tiempo a causa del cansancio, se sentó en un taburete del bar.

—No; no vale la pena mentir.

Sam lanzó una carcajada de amargura.

—Siempre has sido sincera. Es una cualidad admirable... e irritante.

—Pensaba que no lo habías notado. Desde hace años intento explicarte, de forma más amable, lo que Brian acaba de decir. —Inclinó la cabeza y, con los ojos irritados por el llanto, mantuvo la mirada de Sam—. Sin embargo mis palabras nunca te han afectado.

—Sí, me afectaron varias veces. —Depositó el vaso sobre el bar para pasarse las manos por la cara. Tal vez debido al agotamiento o al dolor, o quizás a que estaba recordando lo que siempre había tratado de borrar, lo cierto es que surgieron las frases que creía jamás podría pronunciar—. No quería que ellos me necesitaran. No quería que nadie me necesitara, y por supuesto no quería necesitarlos a ellos.

Decidió no ahondar más en el tema. No obstante Kate lo miraba con tanta paciencia y compasión que no pudo contenerse.

—La realidad es, Kate, que Belle me destrozó el corazón. Cuando lo superé, tú ya estabas aquí y todo parecía funcionar bastante bien.

—Si no me hubiera quedado...

—Ellos no habrían tenido a nadie. Has realizado un excelente trabajo con mis hijos, Kate. Creo que me di cuenta de ello cuando hace un rato, Brian me echó ese rapapolvo. Sin duda es un muchacho valiente.

Kate cerró los ojos.

—Aunque llegue a vivir otro medio siglo, nunca entenderé a los hombres. ¿Estás orgulloso de él porque te ha gritado y maldecido?

—Lo admiro por haberse atrevido a plantarme cara. Ahora comprendo que no le he tratado con el respeto que merece.

—Bueno, ¡aleluya! —murmuró ella mientras cogía el vaso de whisky de Brian y se lo llevaba a los labios. Se atragantó.

Sam sonrió. Ahora mismo está preciosa, pensó.

—Nunca te han gustado las bebidas fuertes.

Ella respiró hondo y enseguida expelió el aire porque el licor le quemaba la garganta como las llamas del infierno.

—Esta noche pensaba hacer una excepción. Estoy extenuada.

Sam le quitó el vaso de las manos.

—Lo único que conseguirás será emborracharte. —Se inclinó para abrir la nevera y sacó la botella de chardonnay.

Mientras Sam le servía una copa, Kate lo miró.

—Ignoraba que supieras qué me gusta beber.

—Después de vivir veinte años con una mujer, es imposible no conocer sus gustos.

—Sam se ruborizó—. Me refiero a compartir la misma casa.

—Hummm. Bien, ¿qué piensas hacer con respecto a Brian?

—¿Hacer?

Kate tomó un trago de vino para borrar el sabor del whisky.

—¿Piensas desperdiciar esta oportunidad?

Sam pensó que Kate volvía a incordiarlo, como de costumbre cuando lo único que él deseaba era un poco de paz.

—Se enfureció y dejé que se desahogara. La cuestión está zanjada.

—No, te equivocas. —La mujer se inclinó para cogerle del brazo—. Brian ha abierto la puerta de un puntapié, Sam. Ahora, como padre, debes tener el valor de atravesarla.

—A Brian no le importo nada.

—Eso es una estupidez. —Estaba tan enojada que no se percató de que la tos de Sam disimulaba una risita—. ¡Tú y tus hijos sois unos testarudos! Cada una de mis canas se debe a la obstinación de los Hathaway.

Sam le observó con atención el cabello.

—No tienes ni una cana.

—Me cuesta mucho dinero mantener el pelo así. —Lanzó un bufido—. Escucha, Sam, aunque esos tres chicos ya son adultos, todavía te necesitan. Y ya es hora de que les proporciones aquello de lo que les has privado; comprensión, atención y afecto. Si la desaparición de Ginny propicia una reconciliación familiar, casi me alegraré de lo sucedido. No pienso permanecer de brazos cruzados viendo cómo os alejáis los unos de los otros por segunda vez. —Se bajó del taburete y depositó la copa sobre el bar—. Ahora subiré para tratar de tranquilizar a Lexy, lo que me llevará la mitad de la noche, de modo que dispondrás de tiempo más que suficiente para encontrar a tu hijo e intentar hacer las paces con él.

—Kate... —Cuando ella se detuvo junto a la puerta y lo miró con los ojos resplandecientes, Sam se puso nervioso—. No sé por dónde empezar.

—No seas tonto —replicó ella con un tono tan cariñoso que Sam volvió a sonrojarse—. Ya has empezado.

Brian sabía exactamente hacia dónde se dirigía. No se engañó diciéndose que sólo pretendía dar una larga caminata para tranquilizarse. Aunque hubiera recorrido toda la isla, no habría conseguido calmarse. Estaba furioso consigo mismo por no haberse dominado, por haber dicho cosas que más valía haberse callado. Se reprochaba haber provocado el llanto a Lexy y Kate.

La vida resulta más sencilla cuando uno reprime las emociones, reflexionó, cuando se resigna a lo que le ha tocado en suerte y se dedica a su trabajo.

¿Acaso no había hecho eso durante los últimos años?

Brian encorvó la espalda para protegerse de la lluvia. Ni siquiera había cogido una chaqueta antes de salir y estaba calado hasta los huesos. Alcanzaba a oír el fragor del mar mientras caminaba por la arena entre las dunas. Detrás de las ventanas de las cabañas brillaban las luces, que le sirvieron para guiarse en la oscuridad.

Al subir por los escalones de la entrada de la cabaña de Kirby oyó música clásica. La vio a través de los vidrios mojados. Lucía un chándal y estaba descalza. El pelo le cayó hacia adelante y le ocultó la cara cuando se inclinó para sacar algo de la nevera mientras marcaba el ritmo de la melodía con un pie de uñas pintadas.

El rápido embate de la lujuria satisfizo a Brian, que entró sin llamar.

La joven se enderezó al instante.

—¡Oh, Brian! No te he oído entrar. —Se agarró a la puerta del frigorífico para recuperar el equilibrio—. ¿Hay noticias de Ginny?

—No.

—¡Ah! Creía que... —Se mesó el cabello con nerviosismo. Brian tenía los ojos oscuros y una expresión peligrosa en ellos—. Estás empapado.

—Está lloviendo —dijo él mientras se acercaba.

—Yo... —Comenzaron a temblarle las rodillas—. Estaba a punto de tomar un vaso de vino. ¿Por qué no sirves un par mientras voy a buscar una toalla?

—No la necesito.

—Está bien. —Kirby percibía el olor a lluvia y el calor de Brian—. Te serviré una copa.

—Más tarde. —Cerró la puerta de la nevera y apoyó a la mujer contra ella antes de besarla en la boca con avidez.

Acto seguido introdujo las manos debajo de su camisa y las cerró con gesto posesivo sobre los senos. Le mordió la lengua, lo que provocó a Kirby punzadas de dolor y miedo. Después deslizó las manos hacia abajo, le rodeó las nalgas y la levantó varios centímetros del suelo. El tejano empapado se apretaba contra la pelvis de la mujer, que consiguió expeler una bocanada de aire cuando los labios de Brian le recorrieron el cuello.

—Es evidente que vas al grano. —Espoleada por el deseo, le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. El dormitorio está al otro lado del vestíbulo.

—No necesito una cama. —La miró con una sonrisa lasciva—. Recuerda que te dije que lo haríamos a mi manera, y yo trabajo mejor en la cocina.

La depositó en el suelo antes de que Kirby tuviera tiempo de pestañear. A continuación le levantó los brazos por encima de la cabeza y le inmovilizó las muñecas con una mano al tiempo que la empujaba contra la puerta.

—Mírame —ordenó antes de deslizar la mano bajo los pantalones de Kirby para acariciarle el sexo.

Ella dejó escapar un gemido entrecortado. La sorpresa y el placer chocaron en ese asalto brutal que la llevó a mover las caderas contra Brian, respondiendo al ritmo que él imponía. Se le nubló la vista y la respiración se le aceleró. Ya estaba mojada. Al notarla preparada y húmeda, la excitación de Brian aumentó. Jadeando, le quitó la camisa y le apresó un seno con la boca. Era pequeño y firme, tenía la textura del melocotón. Brian deseaba devorarla, alimentarse de la joven hasta quedar saciado o muerto. Sus susurros de aprobación se mezclaban con amenazas que ninguno de los dos acertaba a comprender. Entretanto, ella le mesaba el pelo, le tiraba de la camisa mojada. El descontrol de Kirby se convirtió en otra fuente de excitación para Brian.

—Más —murmuró ella mientras le bajaba los pantalones—. Quiero más.

Cuando Brian deslizó la boca hacia abajo, Kirby lo tomó por los hombros y sollozó.

—No puedes... yo no puedo. ¡Oh, Dios! ¿Qué me estás haciendo?

—Te estoy poseyendo.

Le recorrió el cuerpo con la boca, y sus dientes y su lengua la enloquecieron. Kirby apoyó la cabeza contra la nevera mientras el calor la derretía, la hundía, le cubría la piel de transpiración. La fuerza del orgasmo la golpeó como la embestida de un tren.

Cuando Brian la alzó, Kirby estaba laxa. En ese momento ya nada la escandalizaba, ni siquiera que él la tendiera sobre la mesa de la cocina como si se tratara de un plato con el que pretendía saciar su apetito.

Brian se quitó la camisa, los zapatos y los téjanos sin dejar de mirarla; la piel rosada y húmeda, las delicadas curvas, el pelo esparcido sobre la madera oscura. Era una belleza. Cuando estuviera seguro de poder pronunciar alguna palabra, se lo diría. Acto seguido se tendió sobre ella, la sintió temblar debajo de su cuerpo y sonrió.

—Di: «Tómame, Brian.»

Kirby, que apenas si podía respirar, gimió cuando le acarició los pezones.

—Dilo.  
De manera inconsciente, ella arqueó las caderas para recibirlo.

—¡Tómame, Brian!

Él la penetró en un embate veloz y fuerte, y por primera vez en muchos días se sintió relajado. Todavía la notaba trémula de placer.

Brian pasó la cara por su pelo para disfrutar de su aroma.

—Esto sólo ha sido para abrir el apetito.

—¡Oh, Dios mío!

Brian lanzó una risita y, al levantarse, le encantó ver que ella lo miraba sonriente.

—Tienes gusto a melocotón.

—Acababa de darme un baño de espuma cuando llegaste para violarme.

—Entonces elegí un momento excelente.

Ella levantó una mano para apartarle el pelo de la cara, un gesto de afecto que sorprendió a ambos.

—En efecto. Cuando entraste tenías un aspecto muy peligroso y excitante.

—Me sentía peligroso. Hubo una discusión familiar en Sanctuary.

—Lo siento.

—Dejémoslo. Ahora me vendría muy bien esa copa de vino.

Bajó de la mesa y se encaminó hacia la nevera.

Kirby se deleitó la vista. Como doctora aprobaba que se mantuviera en perfecto estado físico; como amante, le complacía observar su sexo.

—Los vasos están en el segundo armario de la izquierda —informó—. Voy a ponerme una bata.

—No te molestes —replicó él en el momento en que ella bajaba de la mesa.

—No querrás que esté desnuda en la cocina.

—Sí. —Sirvió dos copas generosas de vino antes de volverse para contemplarla—. De todos modos no estarás mucho tiempo de pie.

Ella arqueó una ceja con expresión divertida.

—¿No?

—No. —Brian le tendió la bebida—. Calculo que el mostrador te colocará a la altura ideal.

—¿El mostrador de la cocina ?

—Sí. Después probaremos sobre el suelo.

Kirby miró el resplandeciente piso de linóleo del que su abuela se enorgullecía cuando lo instaló tres años atrás.

—El suelo.

—Supongo que si te apetece algo más convencional, nos trasladaremos a la cama dentro de dos o tres horas. —Miró el reloj—. Tenemos tiempo de sobra. No servimos el desayuno hasta las ocho.

Ella no sabía si reír o apurar el vino de un trago.

—Tienes mucha confianza en tu virilidad, ¿verdad?

—Bastante. ¿Y tu feminidad? ¿Qué tal es?

La fascinación del desafío la obligó a sonreír.

—Bastante potente. Además me aseguraré de que ambos sobrevivamos a la experiencia. —Sonrió por encima del borde del vaso—. Después de todo, soy doctora.

—Bueno, entonces, manos a la obra. —Dejó la bebida, y Kirby gritó cuando la levantó por la cintura y su trasero se apoyó contra la fórmica.

—¡Está helada!

—Como esto. —Brian hundió el dedo en el vaso de vino y lo dejó gotear sobre un pezón de Kirby. Se inclinó y lo lamió con delicadeza—. No nos queda más remedio que calentarlos.



# 15

Sam supuso que era una mala señal que un hombre tuviera que hacer acopio de coraje para hablar con su propio hijo. Por desgracia, cuando por fin se sintió preparado para enfrentarse a Brian, no consiguió encontrarlo.

No estaba en la cocina, donde dedujo lo hallaría preparando café o bizcochos. Permaneció allí unos minutos, aunque se sentía fuera de lugar en aquel territorio, que consideraba propio de la mujer.

Por lo general Brian salía a caminar por la mañana, no sin antes haber preparado el café u horneado los bizcochos del desayuno. De todas maneras, normalmente a esa hora ya estaba de vuelta. Sólo faltaban treinta o cuarenta minutos para que los huéspedes comenzaran a acudir al comedor.

Aunque no pasaba mucho tiempo en la casa, y menos aún con los clientes, Sam conocía muy bien la rutina de la posada. Hizo girar la gorra entre las manos y observó con fastidio que empezaba a preocuparse. Recordó otra mañana en la que, al despertar, descubrió la desaparición de un integrante de su familia. En ese caso tampoco existieron preparativos previos ni advertencia alguna.

¿Habría provocado la marcha del muchacho? De ser así, a partir de entonces se preguntaría una y otra vez si era responsable de empujar a otro de los suyos fuera de Sanctuary.

Cerró los ojos un instante en un intento por alejar los remordimientos. No estaba dispuesto a cargar con la culpa. Brian era una persona adulta, al igual que Annabelle cuando huyó, y por tanto capaz de tomar sus propias decisiones. Se caló la gorra y se encaminó hacia la puerta.

Experimentó al mismo tiempo ansiedad y alivio al oír un silbido. Brian, que se acercaba por el sendero del jardín, se interrumpió y se detuvo al observar que su padre salía de la cocina. Su alegría cedió paso a la amargura, y se sintió indignado al ver turbados sus últimos instantes de soledad.

Brian le saludó con una leve inclinación de la cabeza antes de entrar. Sam permaneció unos instantes inmóvil. Cualquier hombre adivinaba cuándo otro había pasado la noche con una mujer. Al ver esa expresión relajada y satisfecha en el rostro de su hijo se sintió tonto... y lo envidió. Pensó que resultaría mucho más sencillo echar a andar y dejar las cosas como estaban. Sin embargo, se quitó la gorra con un gruñido y se reunió con Brian.

—Tengo que hablar contigo.

Su hijo lo miró. Ya se había puesto un delantal y vertía granos de café en un molinillo.

—Estoy ocupado.

—De todos modos necesito hablar contigo.

—Entonces te escucharé mientras trabajo. —Activó el molinillo, y la sala se llenó de ruido y aromas—. Esta mañana voy un poco atrasado.

—Ya veo. —Sam hizo girar la gorra entre las manos y decidió esperar que desconectara el aparato. Observó cómo medía el café y el agua antes de enchufar la cafetera eléctrica—. Yo... bien... me ha extrañado no encontrarte aquí.

Brian tomó un bol donde echó los ingredientes necesarios para preparar los bizcochos.

—Por suerte no tengo que fichar al entrar.

—No, por supuesto que no. —No había pretendido que sonara como un reproche, y deseó fervientemente saber cómo dirigirse a un hombre que llevaba delantal y amasaba harina—. Quería hablarte acerca de ayer... sobre anoche.

Brian vertió leche en la mezcla.

—Dije todo cuanto tenía que decir y no veo la necesidad de continuar con el tema.

—¿De manera que crees que tienes derecho de expresar tu opinión y me niegas la posibilidad de manifestar la mía?

Brian comenzó a batir con una cuchara de madera el contenido del recipiente. La maravillosa sensación que le había producido su experiencia sexual con Kirby desaparecía poco a poco.

—Considero que has tenido toda una vida para decir lo que quisieras y ahora yo debo trabajar.

—Eres muy severo, Brian.

—He seguido tu ejemplo.

Era un dardo bien dirigido. Sam lo reconoció, lo aceptó. Luego, ya cansado de su actitud suplicante, arrojó a un lado la gorra.

—¡Pues tendrás que escucharme antes de zanjar el tema!

—Entonces empieza de una vez. —Volcó la mezcla sobre una tabla cubierta de harina y comenzó a amasarla con energía—. Terminemos de una vez con el asunto.

—Tenías razón. —Sam deshizo el nudo que se le había formado en la garganta—. Todo cuanto dijiste es cierto.

Con las manos hundidas en la masa, Brian volvió la cabeza para mirarlo con fijeza.

—¿Qué?

—Te respeto por haber tenido el coraje de decirlo.

—¿Qué?

—¿Se te ha metido harina en las orejas? —preguntó Sam con cierta irritación—. He dicho que tenías razón y que hiciste bien en desahogarte. ¿Cuánto tarda ese maldito aparato en preparar una taza de café? —murmuró mirando con expresión acusadora a la máquina.

Brian empezó a amasar de nuevo sin apartar la vista de su padre.

—Si quieres, ya puedes servirte una taza.

—Estupendo. —Abrió el armario y miró con el entrecejo fruncido los vasos y las copas.

—Hace ocho años que no guardamos ahí las tazas —explicó Brian con amabilidad—. Están en el de la izquierda, justo encima de la cafetera. Te recomiendo un capuchino con leche; a los clientes les encanta.

Sam sabía qué era un capuchino... o por lo menos creía saberlo, pero la leche no le gustaba. Lanzó un gruñido al tiempo que se servía un café solo. Bebió un sorbo, se sintió un poco mejor, y tomó otro.— Es excelente.

—Gracias a la calidad de los granos.

—Y a que están recién molidos, supongo.

—Sí, eso es importante. —Brian volvió a colocar la mezcla en el bol, la cubrió y enseguida se encaminó hacia la piletta para lavarse—. Bien, de modo que estamos a punto de mantener la que creo será nuestra primera conversación en... casi toda mi vida.

—No me he portado bien contigo —reconoció Sam con la vista clavada en el líquido negro—. Lo siento.

Brian se secó las manos y lo miró boquiabierto.

—¿Qué?

—¡Maldita sea! ¿Es que tengo que repetir todo lo que digo? —Sam levantó la cabeza y en sus ojos se reflejaba una profunda frustración—. Sólo deseo pedirte que me

disculpes, y tú deberías ser lo bastante generoso para hacerlo.

Brian alzó una mano para impedir que la charla degenerara en una discusión.

—Me has sorprendido con la guardia baja. Ha sido como si me hubieras dejado fuera de combate con un solo golpe. —Brian se acercó a la nevera en busca de huevos—. Aceptaría tus disculpas si supiera por qué las pides.

—Por no haber estado a tu lado cuando a los doce años te dieron una paliza, ni cuando a los quince te emborrachaste por primera vez, ni cuando a los diecisiete eras tan tonto como para no saber cómo hacer el amor a una chica sin correr el riesgo de dejarla preñada.

Tembloroso, Brian cogió una sartén.

—Kate me llevó a Savannah y me compró preservativos.

—¡No me lo creo! —Si el muchacho le hubiera golpeado la cabeza con la ristra de salchichas, no se habría escandalizado tanto—. ¿Kate te compró condones?

—En efecto. —Mientras colocaba la sartén en el fogón, Brian sonrió al recordarlo—. Me soltó un sermón sobre la responsabilidad, el autocontrol y la abstinencia. Después me compró una caja de preservativos y me aconsejó que me los pusiera si no podía dominar mi necesidad.

—¡Caramba! —Sam dejó escapar una risita al tiempo que se apoyaba contra el mostrador—. Me cuesta creerlo. —A continuación se enderezó y se aclaró la garganta—. Debí habértelo dicho yo.

—Sí, es cierto. —Brian colocó las salchichas en hilera sobre la sartén—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no tenía conmigo a tu madre para que me animara a conversar con ese muchacho, que parecía preocupado, o me dijera que Lexy estrenaba zapatos. Yo me daba cuenta de todo, pero me acostumbré a que ella me sugiriera qué debía hacer. Después, cuando se marchó, dejé que todo se me escapara de las manos. —Deposito la taza sobre el mostrador y hundió las manos en los bolsillos—. No estoy habituado a dar explicaciones, y no me gusta.

Brian tomó otro bol y cascó un huevo con el fin de preparar la masa para las tortitas.

—Estaba enamorado de ella —prosiguió Sam con amargura, agradecido de que Brian continuara trabajando—. No me resulta fácil decirlo. Tal vez no se lo dije a ella... Me cuesta expresar mis sentimientos. El caso es que la necesitaba. Belle solía llamarme «Sam el serio», y procuraba hacerme reír en todo momento. Le encantaba conocer gente, conversar sobre los temas más diversos. Amaba esta casa, esta isla, y durante un tiempo también me amó a mí.

Brian, que no creía haber escuchado jamás un discurso tan largo en boca de Sam Hathaway, agregó mantequilla derretida al bol.

—Teníamos nuestras diferencias, no lo negaré, pero siempre las superábamos. La noche en que naciste... ¡Dios, qué miedo pasé! Estaba aterrorizado. En cambio Belle se sentía tranquila. Para ella todo era una gran aventura. Cuando, una vez terminado el parto, comenzó a amamantarte, me dijo con una sonrisa: «Mira qué bebé más hermoso hemos hecho, Sam. Tendremos muchos más.» Un hombre no puede evitar enamorarse de una mujer así.

—No creía que la amaras tanto.

—¡Por supuesto que la amé! —Sam cogió la taza de café. Después de tanto hablar se le había secado la garganta—. Hubo de transcurrir mucho tiempo desde su marcha para que dejara de amarla. Tal vez es cierto que la alejé, pero ignoro cómo, y no saberlo me carcomió durante años.

—Lo siento. —Brian notó la expresión de tristeza en los ojos de su padre—. No creí que te importara. En realidad no creí que nada de lo sucedido te importara.

—¡Claro que me importó! Sin embargo, al cabo de un tiempo, uno aprende a

resignarse.

—Por fortuna tenías la isla.

—Era en lo que podía apoyarme, lo que podía cuidar, y evitó que enloqueciera. — Respiró hondo—. En todo caso, un hombre bueno habría estado al lado de su hijo para sostenerle la cabeza cuando bebía demasiada cerveza Budweiser.

—Lowenbrau.

—¿Una cerveza de importación? ¡Con razón que no te entiendo!

Sam lanzó un largo suspiro y observó a su hijo, un hombre que trabajaba con delantal y horneaba tortas; un hombre, se corrigió, de ojos serenos y lo bastante fuerte para llevar sobre su espalda más peso del que le correspondía.

—Bien, los dos hemos hablado e ignoro si esto cambiará la situación, pero me alegro de que hayamos dicho lo que pensábamos. —Sam le tendió la mano con la esperanza de que fuera lo apropiado.

Jo entró en la cocina y se encontró con la extraña escena de su padre y su hermano unidos en un apretón ante el horno. Ambos la miraron con idéntica expresión de vergüenza, pero en ese momento ella estaba demasiado cansada para fijarse en sus rostros.

—Lexy no se encuentra bien. Yo me encargaré de servir los desayunos.

Brian tomó un tenedor de mango largo y se apresuró a girar las salchichas antes de que se quemaran.

—¿Te ocuparás de las mesas?

—Es lo que acabo de decir. —Tomó el delantal que colgaba de un gancho y se lo probó.

—¿Cuándo fue la última vez que serviste una mesa? —preguntó Brian.

—La última vez que vine a la isla y te faltaba personal.

—Eres una pésima camarera.

—Quizá, pero soy la única que tienes, compañero. A Lexy le duele la cabeza de tanto llorar y Kate se ha marchado al campamento para hacerse cargo de la recepción, de modo que tendrás que conformarte conmigo.

Sam cogió la gorra y se dirigió a la puerta. Charlar con su hijo ya le había resultado bastante duro, de manera que no estaba dispuesto a hablar con su hija el mismo día.

—Tengo cosas que hacer —murmuró e hizo una mueca cuando Jo le dirigió una mirada asesina.

—Yo también tengo cosas que hacer, pero debo atender a los huéspedes, porque, después de vuestra pelea, Kate y yo nos pasamos la noche tratando de tranquilizar a Lexy. Ahora os estrecháis la mano, como verdaderos hombres, y asunto concluido. ¿Dónde están los malditos blocs?

—En el cajón superior, debajo de la caja registradora. —De reojo, Brian vio que su padre salía de la cocina. Típico de él, pensó con aire sombrío, y sacó las salchichas de la sartén. La caja es nueva —informó a Jo—. ¿Sabes manejarla?

—¿Por qué tendría que saber utilizarla? No soy una vendedora, ni una camarera, sino una fotógrafa.

Brian se dio un masaje en la nuca. Sería una mañana difícil.

—Di a Lexy que tome una aspirina y baje.

—Si quieres que venga, ve tú a buscarla. Ya estoy harta de Lexy y sus dramas. Te aseguro que disfruta con la situación. —Depositó el bloc de pedidos sobre el mostrador y se acercó a la cafetera—. Le encanta ser el centro de atención de todo el mundo.

—Estaba angustiada.

—Tal vez al principio, hasta que empezó a disfrutar con el papel que representaba. Eran más de las dos de la noche cuando Kate y yo conseguimos tranquilizarla un poco y convencerla de que saliera de mi dormitorio, y ahora resulta que le duele la cabeza. —Jo

se pasó la mano por la frente—. ¿Hay aspirinas aquí abajo?

Brian sacó una caja de un armario y se la tendió.

—Llévate la cafetera y empieza a servir. El plato especial del día son tortitas de arándanos. Deja tu mal humor aquí, en la cocina, y procura sonreír en el comedor. Di cómo te llamas a los clientes e intenta ser amable; así compensarás la lentitud del servicio.

—¡Ojalá todo se fuera a la mierda! —exclamó Jo mientras cogía el bloc y la cafetera para empezar a trabajar.

Al cabo de un rato, Brian cortaba pomelos con los dientes apretados al ver los platos que había preparado cinco minutos antes. Como Jo tarde mucho en servirlos, pensó, tendré que arrojarlos a la basura. ¿Dónde narices se había metido?

—Ya he visto que tenéis mucho trabajo —comentó Nathan al entrar por la puerta trasera—. Me he asomado a la ventana del comedor; está lleno.

Brian acabó de preparar la que calculaba era la millonésima tortita del día.

—Los domingos la gente prefiere los desayunos abundantes.

—Yo también —replicó Nathan sonriente—. Las tortitas de arándanos parecen deliciosas.

—Tendrás que hacer cola. ¡Maldita sea! ¿Qué está haciendo Jo? ¿Construyendo las pirámides? ¿Se te da bien la informática?

—Me enorgullezco de poseer tres ordenadores. ¿Porqué?

—Entonces te encargarás de la caja registradora. —Brian la señaló con el pulgar—. No puedo interrumpir mi tarea cada vez que Jo se equivoca con una cuenta.

—¿Quieres que maneje la caja registradora?

—Sí, si deseas comer.

Nathan se acercó para echarle un vistazo. En ese momento Jo entró presurosa, con el rostro encendido y los brazos cargados de platos.

—Estoy segura de que lo sabía. Sabía que los domingos esto se llena de gente. Si consigo sobrevivir, la mataré. ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó a Nathan.

—Por lo visto me han incluido en la lista de empleados. —La vio depositar la vajilla en el fregadero y coger los platos que esperaban—. Hoy estás preciosa, Jo Ellen.

—Muérdeme —murmuró ella mientras abría la puerta con el hombro.

—Sospecho que se muestra igual de amable con los clientes.

—No destroces mi fantasía —repuso Nathan—. Me gusta pensar que reserva esas frases hirientes sólo para mí.

—¿Piensas volver a empujarla para que caiga al río?

—Resbaló. Y yo... he pensado en otra cosa para Jo y para mí.

Brian se pasó una mano por la cara.

—Prefiero no oír hablar de eso.

—Considero que debes conocer mis intenciones. —Para ilustrar sus palabras, Nathan cogió a Jo por la cintura cuando entró de nuevo, la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

—¿Te has vuelto loco? —Para liberarse, le propinó un codazo en la boca del estómago y luego le colocó en las manos notas de pedidos, dinero y tarjetas de crédito—. Aquí tienes; apáñatelas. —Cruzó la cocina casi a la carrera para tomar otra cafetera llena y arrojó sobre el mostrador unas hojas escritas con precipitación—. Dos especiales, huevos revueltos, tocino, tostadas de pan integral. Hay un pedido que no recuerdo, pero está allí escrito. Por cierto, nos estamos quedando sin bizcochos y crema. Si esta criatura monstruosa de la mesa tres vuelve a derramar el zumo, lo estrangulareé junto con los idiotas de sus padres.

Al verla salir, Nathan volvió a sonreír.

—Bri, creo que podría ser amor.

—Es más probable que sea locura. Manten las manos lejos de mi hermana y ocúpate

de las cuentas o no te daré de comer.

A las diez y media, Jo entró en su habitación y se arrojó en la cama. Le dolía todo el cuerpo; la espalda, los pies, la cabeza, los hombros. Nadie, pensó, que no haya trabajado de camarero puede adivinar cuan duro es. Había escalado montañas, vadeado ríos, vivido días de un calor infernal en el desierto... y repetiría las experiencias con tal de tomar una buena fotografía, pero se cortaría las muñecas con una sonrisa en los labios si alguien le pedía que sirviera una mesa alguna vez.

Debía admitir que Lexy no sólo no era perezosa, sino que además lograba que la tarea pareciera liviana. Sin embargo, por su culpa se había perdido esa mañana gloriosa que había seguido a la lluvia. Por su culpa tenía los ojos irritados por haber dormido sólo tres horas y un insoportable dolor de pies.

Apretó los dientes al sentir que el colchón se hundía bajo el peso de otra persona.

—¡Vete, Lexy, porque tal vez reúna la energía suficiente para matarte!

—No te molestes, Lexy no está aquí.

Volvió la cabeza y entornó los ojos al ver a Nathan.

—¿Qué haces aquí?

—Siempre me preguntas lo mismo. —Tendió una mano para colocarle el pelo detrás de la oreja y así verle mejor la cara—. He venido para ver cómo estabas. Una mañana difícil, ¿verdad?

Ella gimió y cerró los ojos.

—Lárgate.

—Diez minutos después de que empiece a darte un masaje en los pies, me rogarás que me quede.

—¿Un masaje en los pies?

Apartó las piernas, pero él le tomó un tobillo y lo sostuvo con fuerza mientras le quitaba la media.

—Diez, nuevo, ocho...

Cuando Nathan le pasó la mano con firmeza por la planta, Jo reprimió un gemido de placer.

—Te lo advertí. Sólo debes relajarte. Unos pies descansados son la llave del universo.

—¿Galileo?

—Carl Sagan —corrigió él con una sonrisa—. ¿Has comido?

—Si veo otra tortita, vomitaré.

—Lo sospechaba. Por eso he traído algo distinto.

Ella abrió un ojo.

—¿Qué?

—Humm. Tienes unos pies muy atractivos. Largos, finos y con un arco muy elegante. Cualquiera día, empezaré a mordisquearlos e iré subiendo. ¡Ah! Me preguntabas qué te he traído. —Apretó los dedos sobre la planta y continuó el masaje hasta el talón—. Fresas con nata, uno de los deliciosos bizcochos que prepara Brian y un poco de tocino para que te aporte proteínas.

—¿Porqué?

—Porque debes comer. —La miró—. ¿O me preguntabas por qué pienso mordisquearte los pies?

—Déjalo.

—Está bien. ¿Por qué no te sientas y desayunas? Después me ocuparé del pie derecho.

Jo se disponía a asegurar que no tenía hambre, cuando recordó la orden de Kirby de

que debía alimentarse bien. Por otro lado, las fresas tenían un aspecto apetitoso. Se sentó y se sintió incómoda cuando Nathan cruzó las piernas y le colocó el pie derecho sobre las rodillas. Tomó el bol y se llevó una fruta a la boca mientras observaba al hombre. Esa mañana no se había molestado en afeitarse, y necesitaba un corte de pelo, pero ese aspecto un tanto descuidado le quedaba bien.

—No es necesario que te esfuerces tanto —le dijo ella—. Estoy pensando en la posibilidad de acostarme contigo.

—Bueno, eso me quita un peso de encima.

—Creo que esta mañana estoy un poco malhumorada.

—¿En serio? —Comenzó a moverle hacia atrás y hacia adelante los dedos—. No lo había notado.

—Una astuta manera de decir que siempre estoy insoportable.

—No siempre. Creo que yo habría empleado la palabra «preocupada».

Como las fresas le habían abierto el apetito, mordió un trozo de panceta.

—Anoche tuvimos un encontronazo familiar, y ése es el motivo por el que Lexy ha pasado la mañana en cama con la cabeza bajo las almohadas mientras yo servía las mesas.

—¿Siempre sustituyes a los que no acuden al trabajo?

Meneó la cabeza con sorpresa.

—No; pocas veces estoy aquí.

—Pero cuando vienes atiendes a los huéspedes, haces las camas y limpias los baños.

—¿Cómo te has enterado de eso? —inquirió Jo con voz aguda, lo que le extrañó.

—Me lo contaste tú. Me dijiste que te ocupabas de la limpieza de la posada.

—¡Ah, ya! —Se sintió estúpida. Partió el bizcocho en dos.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Levantó un hombro—. Hace unos días unos chicos me pegaron un susto. Me encerraron en las duchas de los hombres, en el campamento. Me asusté bastante.

—No parece una broma divertida.

—No, en su momento a mí tampoco me lo pareció.

—¿Los pillaste?

—No, hacía tiempo que se habían ido cuando llegó mi padre y abrió la puerta. En realidad fue un incidente sin importancia, aunque me enfureció.

—De manera que podemos agregar la limpieza de las duchas de hombres a la lista de trabajos que realizas, por no mencionar la preparación del libro de fotografías. ¿Alguna vez piensas en divertirme un poco?

—Considero la fotografía una diversión. —Jo comió otra fresa—. Además fui a la fogata.

—Y te quedaste hasta cerca de la medianoche. ¡Qué mujer tan libertina!

Jo frunció el entrecejo.

—No me entusiasman las fiestas.

—¿Qué te entusiasma, aparte de la fotografía? ¿Los libros, el cine, el arte, la música? Esto es lo que se llama el arte de conocerse —agregó al ver que ella no contestaba—. Es muy útil, sobre todo cuando una persona está pensando acostarse con la otra. —Se inclinó y, al ver que ella se echaba hacia atrás, sonrió—. ¿Vas a compartir algunas fresas?

Como él seguía dándole masajes en el pie, Jo le llevó una fruta a la boca. Nathan le atrapó la punta de los dedos con los dientes y se los chupó.

—Lo que he hecho ahora se denomina estimulación sensorial subliminal o, con un término más tradicional, cortejo.

—Creo que lo he captado.

—Muy bien. ¿Te gusta el cine?

Jo trató de recordar si alguna vez algún hombre la había desconcertado tanto.

La respuesta fue un no categórico.

—Me inclino por las películas en blanco y negro, en especial las policíacas. Los juegos de luces y sombras son increíbles.

—¿*El halcón maltés*?

—Es genial.

—Estupendo, coincidimos. —Le dio una palmada en el pie—. ¿Y qué me dices del cine contemporáneo?

—Me encantan los filmes de acción. Los de arte y ensayo por lo general me aburren. Prefiero ver a Schwarzenegger matando a cincuenta malvados que escuchar a un grupo de personas que expresan su angustia en un idioma extranjero.

—Me tranquilizas. Me resultaría imposible criar seis chicos si me obligaras a ver películas sesudas.

Jo prorrumpió en carcajadas, un sonido ronco que a Nathan le resultó increíblemente excitante.

—Si ése es el futuro que me aguarda, tal vez reconsidere lo dicho.

—¿Cuál es tu ciudad preferida?

—Florida, siempre tan brillante y llena de colores.

—Yo admiro los edificios, su antigüedad y grandeza. El palacio Pitti, el Vecchio.

—Hice una fotografía maravillosa del Pitti justo antes del anochecer.

—Me encantaría verla.

—No la tengo aquí. —Evocó el momento, la luz, el veloz movimiento de aire que provocaron las palomas que en ese momento levantaban el vuelo—. La dejé en Charlotte.

—Ya me la enseñarás. —Acto seguido le apretó el pie—. Bien, puesto que ya has terminado de desayunar, ¿qué tal si me muestras la isla?

—Hoy es domingo.

—Sí, he oído rumores al respecto.

—Me refiero a que es un día de mucho trabajo. La mayoría de los clientes abandona las cabañas los domingos. A las tres de la tarde tienen que estar limpias y preparadas para los veraneantes que llegan.

—¿Cómo diablos se las apañaban cuando tú no estabas aquí?

—La semana anterior a mi llegada las dos chicas que se encargaban de la limpieza de las cabañas se despidieron. Prefirieron un empleo en tierra firme. Como Lexy y yo estamos aquí, Kate todavía no se ha preocupado por reemplazarlas.

—¿Cuántas debes arreglar?

—Seis.

Nathan reflexionó unos segundos antes de ponerse en pie.

—Bien, entonces será mejor que empecemos cuanto antes.

—¿Que empecemos?

—¡Por supuesto! Soy capaz de manejar una aspiradora y una fregona. Así terminaremos antes y tendremos tiempo de buscar un lugar solitario para hacernos arrumacos.

Jo se calzó. Debía reconocer que tenía los pies más descansados.

—Conozco un par de lugares... Confío en que seas tan hábil con la aspiradora como con la reflexología.

Nathan le colocó las manos en las caderas en un gesto que a ella le sorprendió por la intimidad que implicaba.

—Jo Ellen, hay algo que deberías saber.

Que todavía estaba casado; que lo buscaban las autoridades federales, que en el sexo prefería el sufrimiento físico. Jo exhaló una bocanada de aire con asombro. Ignoraba



poseer tanta imaginación.

—¿De qué se trata?

—Yo también considero la posibilidad de acostarme contigo.

Ella lanzó una carcajada y retrocedió.

Se sentía feliz de encontrarse tan cerca de ella. Con sólo observarla presentía lo que ocurriría...

Se planteó la posibilidad de posponerlo. Después de todo el dinero no constituía ningún problema y disponía de todo el tiempo del mundo. Resultaría aún más satisfactorio si la complacía un poco, si la veía relajarse. Después tiraría con fuerza de la cadena que ella ignoraba los unía.

Sin duda tendría miedo, se sentiría confusa. Se volvería mucho más vulnerable por la tranquilidad que él le había proporcionado ante de recomponer el cuadro.

Sí, podía esperar, disfrutar del sol y de las olas, conocer sus actividades cotidianas, como había hecho en Charlotte.

Tal vez incluso se enamoraría de ella. ¡Qué deliciosa ironía!

Ella nunca sospecharía que él había acudido allí para controlar su destino y forjar el suyo propio. Además de para quitarle la vida.

# 16

—No comprendo por qué no puedes tomarte un día libre, sólo uno, y pasarlo conmigo.

Giff se acuclilló para observar la cara malhumorada de Lexy. Debe de ser un perverso capricho de la naturaleza, supuso, lo que hace que esa expresión de enfado me resulte tan atractiva.

—Querida, ya te dije que esta semana tendría mucho trabajo, y hoy es martes.

—¿Y qué importa el día que sea? —Levantó las manos—. Aquí todos los días son idénticos a los demás.

—Pues a mí sí me importa. —Pasó la mano sobre el suelo que acababa de colocar—. Prometí a la señorita Kate que el sábado ya habría acabado la ampliación del porche e instalado la pantalla mosquitera.

—Pues dile que lo tendrás terminado el domingo.

—Le aseguré que sería el sábado. —Para Giff eso era más que suficiente pero, dado que era con Lexy con quien conversaba, hizo acopio de paciencia para explicarle el resto—. La cabana está reservada para la semana que viene. Como Kate necesita a Colin en el campamento y Jed debe ir al colegio, tendré que ocuparme de todo solo.

A ella le traía sin cuidado el maldito porche. Además, ya casi había colocado todo el suelo. ¿Cuánto tardaría en construir el techo y poner el mosquitero?

—Sólo te pido un día, Giff —insistió al tiempo que se acercaba a él para besarle la mejilla—, unas pocas horas. Podemos ir a tierra firme en tu lancha, comer en Savannah.

—Lex, no tengo tiempo. De todas formas, si consigo concluir este trabajo, podríamos ir el sábado. Si quieres me las arreglaré para que pasemos juntos todo el fin de semana.

—No me apetece ir el sábado —replicó con obstinación Lexy—, sino ahora.

Giff se acordó de su prima de cinco años, que exigía que sus deseos se cumplieran al instante, pero consideró que Lexy no aprobaría la comparación.

—Ahora no puedo ir —repitió con paciencia—, pero si tú tienes tantas ganas, sube a la lancha y ve a Savannah.

—¿Sola?

—Lleva a tu hermana o a una amiga.

—Jo es la última persona con quien se me ocurriría pasar el día, y no tengo amigas. Ginny ya no está.

Antes de ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas Giff comprendió a qué se debía el descontento de Lexy, pero no podía hacer nada al respecto, así como tampoco podía aliviarla de la tristeza que le provocaba la desaparición de Ginny.

—Si quieres que te acompañe, tendrás que esperar hasta el sábado. Me tomaré el fin de semana libre. Reservaremos una habitación en un hotel y comeremos en un restaurante elegante.

—¡No entiendes nada! —Le propinó un puñetazo en el hombro antes de ponerse en pie de un salto—. ¡Si no me alejo de aquí ahora mismo, me volveré loca! ¿Por qué no me haces un hueco? ¿Por qué te niegas a estar conmigo?

—Hago todo lo que puedo. —La paciencia de Giff tenía un límite. Cogió el martillo y clavó una tabla.

—Ni siquiera puedes dejar de trabajar y prestarme atención durante cinco minutos. Para ti este porche es más importante que yo.

—Prometí que lo terminaría el sábado. —Se levantó, tomó una tabla y la midió—. Siempre cumplo mi palabra, Lexy. Si el fin de semana todavía deseas ir a Savannah, te llevaré. No puedo hacer más.

—A mí no me basta. —Alzó el mentón—. Estoy segura de que encontraré a alguien que se sentirá feliz de acompañarme.

Giff hizo una marca con un lápiz sobre la madera y luego miró a Lexy con los ojos entrecerrados. No dudó de que estaba dispuesta a cumplir la amenaza.

—No; no lo harás —repuso con calma.

Lexy esperaba que montara en cólera, que sufriera un ataque de celos. En ese caso se habrían enzarzado en una pelea antes de que ella permitiera que la arrastrara al interior de la cabana vacía para hacerle el amor. Entonces lo habría convencido de que la llevara a Savannah.

La escena que había imaginado se disolvió. Sintió deseos de llorar y dio media vuelta para que él no lo notara.

—Muy bien, entonces sigue construyendo ese porche. Yo haré lo que tenga que hacer.

Giff observó en silencio cómo bajaba por los escalones. Aguardó a que desapareciera la rabia para tomar el serrucho. La furia podía costarle muy cara, lo sabía, y no quería perder un dedo de la mano; porque los necesitaré todos, pensó, si ella cumple su amenaza. Le harían falta para formar el puño que descargaría sobre la cara de algún tipo.

Lexy oyó el ruido del serrucho y apretó los dientes. ¡Cretino egoísta!, se dijo. No cabía duda de que no la quería. Caminó por la arena con rapidez. Nadie la quena. Nadie la comprendía. Ni siquiera Ginny.

Se detuvo de pronto al notar una punzada en el estómago. Ginny no estaba. Se había marchado. Todas las personas a las que quería se alejaban. Nunca les importaba lo suficiente para que se quedaran a su lado.

Al principio tuvo la certeza de que a Ginny le había ocurrido alguna desgracia. Tal vez la habían raptado o, quizá, debido a su ebriedad había caído a un pantano.

Tardó varios días en desechar tal posibilidad para resignarse a la idea de que, una vez más, la habían abandonado. Nadie permanecía junto a ella por más que lo necesitara.

Sin embargo en esta ocasión... Dirigió una mirada desafiante a la cabana donde trabajaba Giff. Esta vez sería ella quien se marcharía.

Se encaminó hacia los árboles. El sol le quemaba la piel, la arena se le metía en las sandalias. En ese momento detestó Desire y todo cuanto albergaba. Odiaba a los veraneantes, que esperaban que los sirviera y después limpiara los restos que dejaban. Odiaba a su familia porque la consideraba una fantasiosa irresponsable. Odiaba la playa, el bosque...

Y sobre todo odiaba a Giff, de quien había intentado enamorarse.

Ya no le daría esa satisfacción. En lugar de ello, pensó mientras se internaba en el bosque, dedicaría sus encantos a otro hombre y se encargaría de que Giff sufriera.

Al ver la cabana Little Desire y la figura sentada en los escalones de la entrada sonrió. ¿Cómo no había pensado antes en él?

Nathan Delaney era perfecto; un triunfador inteligente y educado. Había recorrido mundo y era muy atractivo, hasta el punto de que incluso Jo se había fijado en él. Además, sin duda sabía cómo tratar a una mujer.

Abrió el bolsito que le colgaba del hombro, se llevó a la boca un caramelo de menta para refrescarse el aliento, sacó la polvera y se retocó la nariz y la frente. Estaba morena, de manera que no necesitaba aplicarse colorete. En cambio se pasó por los labios una barra de carmín rojo. Por último se echó un poco de perfume y se arregló el pelo mientras reflexionaba sobre cómo representaría la escena.

Se acercó a la cabana y levantó la mirada con una sonrisa amistosa.

—¡Hola, Nathan!

Había trasladado el ordenador a la mesa del porche para disfrutar de la brisa mientras trabajaba. El diseño estaba casi terminado. Alzó la vista con expresión distraída y se percató de que tenía el cuello dolorido.

—¡Hola, Lexy! —saludó mientras se frotaba la nuca.

—¿Cómo se te ocurre trabajar en una mañana tan preciosa?

—Debo ultimar los detalles de un proyecto.

—¿Con un ordenador? ¿Cómo consigues dibujar con él un edificio?

—Con bastante dificultad.

La muchacha rió e, inclinando la cabeza, se pasó un dedo por la garganta.

—Lamento haberte interrumpido. Supongo que preferirás que me vaya.

—No, en absoluto. Me proporcionas una excusa para tomarme un descanso.

—¿En serio? ¿Te molestaría que me acercara para ver qué haces? ¿O acaso no te gusta mostrar tus trabajos hasta que están terminados?

—Mi trabajo no es más que el primer paso de una obra, de modo que no me importa enseñarlo. Sube.

Cuando ella echó a andar hacia los escalones, Nathan consultó el reloj. Quería trabajar un par de horas más para perfeccionar unos detalles de los planos. A la una tenía una cita; un viaje en coche hacia el norte de la isla, un picnic... más tiempo para conocer bien a Jo Ellen Hathaway.

No obstante sonrió a Lexy. Le resultó imposible no hacerlo. Era una preciosidad, y su aroma era más fresco que la brisa de primavera que soplaba en el porche. Además, la falda corta dejaba al descubierto unas piernas largas y perfectas.

—¿Te sirvo algo fresco?

—Tomaré lo mismo que tú. ¿Te importa? —Cogió el vaso alto que había sobre la mesa y bebió un trago—. Café helado. Estupendo. —En realidad no le gustaba en absoluto y no comprendía por qué la gente se empeñaba en enfriar una bebida que era tan rica caliente.

Se pasó la lengua por el labio superior y se sentó junto a Nathan; no demasiado cerca, pues una mujer no debía ser demasiado explícita. Miró el monitor y quedó tan sorprendida por la complejidad del plano que casi olvidó el motivo de su visita.

—¡Es fantástico! ¿Cómo logras crear algo así con un ordenador? Creí que los arquitectos utilizaban lápices, reglas y calculadoras.

—Eso era antes. La informática nos facilita la tarea. Trabajo con un programa de diseño asistido por ordenador que permite quitar paredes, modificar ángulos, ensanchar puertas, ampliar espacios y, si cambio de opinión, deja todo como estaba al principio, y sin usar gomas de borrar.

—Es asombroso. ¿De qué son los planos?

—De una casa de veraneo en la costa oeste de México.

—Una villa. —Por su mente desfilaron imágenes de músicos, camareros elegantes y flores exóticas—. Bri estuvo en México. En cambio yo nunca he salido del país. Apuesto a que tú has recorrido todo el mundo.

—No diría todo, pero sí, he viajado bastante. —Una señal de alarma sonó en su cerebro, pero no le prestó atención, tildándola de tonta y egocéntrica—. En la costa oeste de México hay sierras maravillosas, vistas espléndidas. Esta casa mirará hacia el Pacífico.

—Nunca he visto el océano Pacífico.

—Es bastante bravo en esta zona. Esto —explicó al tiempo que señalaba el monitor— será el solarío, todo de vidrio, tanto los costados como el techo, que podrá retirarse mediante un mecanismo cuando se celebren fiestas o convenga por el clima. La

parte oeste del edificio se construirá con piedra del lugar. Aquí habrá una pequeña cascada que caerá en una laguna.

—¡Una piscina dentro de la casa! —Lexy lanzó un largo suspiro—. Es maravilloso. Deben de ser millonarios.

—Más que eso.

Los ojos de Lexy adoptaron una expresión soñadora. Luego miró a Nathan con admiración.

—Entonces debes de ser un arquitecto muy reputado. —Le puso la mano en el muslo—. Debe de ser estupendo crear edificios tan hermosos.

Sonó una segunda señal de alarma, más fuerte que la anterior. Como hombre inteligente, sabía cuándo una mujer trataba de conquistarlo.

—En un proyecto como éste trabaja mucha gente. Ingenieros, contratistas...

¿No es un encanto?, pensó Lexy, al tiempo que se acercaba aún más.

—Pero sin ti no harían nada. Tú eres el creador, Nathan.

La retirada es muchas veces la opción del hombre inteligente, decidió Nathan, que cambió de postura para alejarse un par de centímetros de la joven.

—No si no consigo terminar estos planos. —Le dedicó una breve sonrisa con la esperanza de que Lexy no advirtiera su nerviosismo—. Voy un poco atrasado, de manera que...

—¡Son geniales! —Subió un poco la mano por el muslo de Nathan. Inteligente o no, al fin y al cabo era humano. Su cuerpo reaccionó como dictaba la naturaleza.

—Escucha, Lexy...

—¡Estoy tan impresionada! —Se inclinó hacia él con un movimiento seductor—. Me encantaría ver más. —Su aliento rozó los labios de Nathan—. ¡Mucho más! —En ese momento decidió que él era demasiado caballero o excesivamente tímido para dar el primer paso, de manera que le besó en la boca al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos.

Lexy era cálida, y Nathan quedó demasiado aturdido para pensar con claridad. Al final consiguió cogerle las muñecas, desembarazarse de sus brazos y alejarse de ella. Tras aclararse la garganta declaró:

—Lexy, eres una mujer muy atractiva. Me siento muy halagado.

—Me alegro. —Se le aceleró el pulso al imaginar a Giff furibundo de celos—. Entonces ¿por qué no entramos en tu cabana?

—El caso es que me gusta mi cara. Me he acostumbrado a ella.

—A mí también me gusta. Es muy atractiva.

—Gracias. Bien, pues no quiero que Giff me la cambie.

—¿Y qué tiene que ver Giff en todo esto? No le pertenezco.

Su tono de voz y la ira que reflejaban sus ojos divirtieron a Nate, que sospechó que la joven actuaba así por despecho.

—Os habéis peleado, ¿verdad?

—No me apetece hablar de Giff. ¿Por qué no me besas, Nathan? Sé que lo deseas.

En efecto, una parte de su ser le animaba a seguir adelante.

—De acuerdo, no hablaremos de Giff, sino de Jo.

—Tampoco tiene nada que ver en esto.

—Quizá sí. El caso es que... —No sabía cómo decirlo—. Lo cierto es que me atrae.

—Creo que soy yo quien te atrae. —Para demostrarlo, le tocó la entrepierna.

Nathan le agarró la mano con firmeza.

—¡Déjate de tonterías! —exclamó con tono reprobador—. Vales demasiado para comportarte así, Lexy.

—No entiendo por qué deseas ajo. Es prepotente, fría y...

—¡Basta! —Apretó las manos de Lexy—. No quiero oírte hablar así de ella. La

quiero, y tú también.

—Tú no sabes qué quiero. Nadie lo sabe.

Nathan notó que la voz se le quebraba y se compadeció de la muchacha. Le levantó las manos con suavidad, y cuando se las besó Lexy parpadeó con sorpresa.

—Tal vez eso se deba a que tú tampoco lo sabes. —Le soltó una mano y le apartó el pelo de la cara—. Te he cobrado cariño, Lexy, en serio. Ese es otro de los motivos por los que no acepto tu tentador ofrecimiento.

Lexy se ruborizó avergonzada.

—Me he comportado como una estúpida.

—No, pero yo he estado a punto de cometer una locura. —Más tranquilo ya, bebió un trago de café porque tenía la garganta seca—. Estoy seguro de que no habrías tardado en cambiar de opinión. Entonces, ¿cómo habría quedado yo?

Ella tomó aire.

—Tal vez me habría arrepentido. El sexo es fácil; lo complicado es todo lo demás.

—Habíame de eso. —Le ofreció el café, que ella rechazó con un movimiento de la cabeza.

—Detesto el café helado.

—¿Por qué habéis discutido Giff y tú?

—No tiene importancia. —Se sentía muy desdichada. Se puso en pie y empezó a pasearse con la esperanza de tranquilizarse—. No me quiere, no le importa qué hago ni con quién estoy.

—Giff está loco por ti.

Ella lanzó una carcajada llena de amargura.

—Es fácil estar loco por alguien.

—No siempre, sobre todo cuando se pretende llegar a una relación más seria.

Lexy lo miró con los labios apretados.

—¿Enserio estás enamorado de Jo?

—Por lo visto, sí.

—Tiene un carácter difícil.

—Espero que te equivoques.

—¿Ya te has acostado con ella?

—Lexy...

—Todavía no —dedujo ella con una sonrisa—, y eso te pone nervioso. —Se acercó y se sentó en el borde de la mesa—. ¿Quieres que te proporcione información sobre ella?

—No deberíamos hablar de... —Se interrumpió y, tras decidir dejar a un lado la dignidad, preguntó—: ¿Qué clase de información?

—Le encanta controlar la situación y guardar las distancias respecto a los demás.

Nathan sonrió; se dio cuenta de que Alexa Hathaway le gustaba cada vez más.

—Seguro que Jo ni siquiera sospecha que la conoces tan bien.

—La mayoría de la gente me subestima —confirmó Lexy encogiéndose de hombros—, y por lo general deo que lo hagan. Como me has hecho un favor, te lo devolveré dándote un consejo; no permitas que Jo controle demasiado la situación. Cuando llegue el momento, haz que se vuelva loca por ti, Nathan. No creo que se haya enamorado jamás, y es justo lo que necesita. —Le dirigió una larga mirada escrutadora y muy femenina al tiempo que sonreía—. Supongo que sabrás cómo conseguirlo y espero que seas lo bastante inteligente para no comentarle lo que ha sucedido aquí.

—¡Jamás!

La actitud insolente de Lexy desapareció.

—Averigua lo que le ocurre, Nathan.

—¿Le ocurre algo malo?

—Le preocupa algo y, sea lo que sea, ha venido a Sanctuary para alejarse de ello,

pero no lo ha conseguido. Durante la primera semana gritaba en sueños y se paseaba por la habitación la mayor parte de la noche. Además, de vez en cuando tiene una expresión extraña en los ojos, como si tuviera miedo, lo que no es propio de ella.

—¿Has hablado con Jo ?

—¿Yo? —Eché a reír—. Nunca me comenta cuestiones personales. Me considera una tonta.

—No tienes un pelo de tonta, Lexy, y te aseguro que no te subestimo.

Emocionada, la joven se inclinó y lo besó.

—Supongo que nos hemos hecho amigos.

—Eso espero. Giff es un hombre muy afortunado.

—Sólo si decido concederle una segunda oportunidad. —Se echó hacia atrás el pelo con un movimiento de la cabeza y se puso en pie—. Tal vez lo haga... cuando me lo suplique de rodillas.

—Como amigo, te agradecería que no mencionaras a Giff nuestro encuentro. Creo que se sentiría muy mal si se viese obligado a darme una paliza.

—De acuerdo. De todos modos creo que sabrías defenderte, Nathan. Sí, estoy segura. Hasta pronto.

Cuando Lexy se hubo marchado, Nathan se frotó los ojos. Dominar a esa mujer constituye un verdadero desafío, pensó. Deseaba toda la suerte del mundo a Giff.

Jo preparaba la cesta del picnic cuando Lexy entró a la cocina. La cámara descansaba sobre el mostrador, contra el que se apoyaba el trípode.

—¿Vas de picnic? —le preguntó Lexy con tono alegre.

—Quiero tomar algunas fotografías de la parte norte de la isla y dar un paseo por la zona.

—¿Sola?

—No —contestó mientras colocaba una botella de vino en la cesta—. Voy con Nathan.

—¿Nathan? —Lexy se sentó sobre el mostrador y cogió una manzana del bol—. ¡Qué coincidencia! —Sonriente, frotó la fruta contra la blusa.

—¿Porqué?

—Porque precisamente vengo de su casa.

—¿Ah, sí? —Jo trató de disimular su tensión.

—Mmm. —Lexy mordió la manzana—. Pasé frente a la cabana y allí estaba Nathan, sentado en el porche y bebiendo café helado. Me invitó a subir.

—No te gusta el café helado.

—Los gustos cambian. Me enseñó los planos de la villa que está diseñando.

—Ignoraba que te interesara la arquitectura.

—¡Ah! Me interesan muchas cosas. —Con una mirada traviesa, dio otro mordisco—. Sobre todo los hombres atractivos, y no cabe duda de que Nathan lo es.

—Estoy segura de que se sentiría halagado si te oyera —dijo Jo con sequedad mientras bajaba la tapa de la cesta—. Creía que habías quedado con Giff.

—También estuve con él.

—Al parecer has estado muy ocupada. —Jo cogió la cesta y se colgó la cámara en el hombro—. Debo irme, porque de lo contrario perderé la luz que deseo captar.

—Diviértete, ah, y saluda de mi parte a Nathan, por favor.

Cuando Jo salió con un portazo, Lexy prorrumpió en carcajadas. Espero que Nathan, pensó, irrite a ese monstruo de ojos verdes y luego obtenga la recompensa.

No pensaba mencionarlo. No se rebajaría sacando el tema a relucir. Jo cambió de posición el trípode, se inclinó para mirar por el visor y encontrar el ángulo deseado. Allí el mar era más bravo y azotaba la playa pedregosa, sobre la que volaban las gaviotas.

El calor y la humedad, muy intensos, conferían al aire un aspecto trémulo.

La pared del lado sur del viejo monasterio todavía seguía en pie. Bajo el dintel de la estrecha puerta se formaban luces y sombras y crecían vides silvestres. Jo quería captar el aspecto de abandono, los manojos de hierbajos, los montecitos de arena que el viento construía y luego desmoronaba.

Aguardó a que se produjera un momento de quietud absoluta, sin ráfagas de viento. Un ancho campo de visión, pensó, las texturas de la piedra, las enredaderas, la arena, las distintas tonalidades del gris.

Se agachó, cerró la apertura de foco y redujo la velocidad del obturador. Encuadró la toma de tal forma que no aparecieran las paredes derruidas. Quería dar la impresión de que el edificio se mantenía intacto, aunque vacío y desierto.

Solitario.

Tras hacer varias fotos, se trasladó con el trípode y la cámara al rincón este. Observó con admiración los agujeros y cicatrices que el viento, la arena y el paso del tiempo habían tallado en la piedra. Esta vez utilizó los muros caídos para reflejar la desolación del lugar.

Al oír un leve clic se enderezó. Nathan estaba muy cerca, con una cámara en las manos.

—¿Qué haces?

—Quería sacarte una foto. —Había hecho tres antes de que Jo lo sorprendiera—. Tenías una expresión de arrobamiento encantadora.

Jo se sintió incómoda. Detestaba que la fotografiasen sin que lo supiera. No obstante, se obligó a sonreír.

—Préstame la cámara. Te haré una.

—Se me ocurre una idea mejor. Activa el disparador automático de la tuya y nos haremos una juntos delante de las ruinas.

—Con esta luz no saldrá bien.

—Entonces no la exhibiremos en tu próxima exposición. No es necesario que sea perfecta, Jo. La gracia está en que aparezcamos nosotros.

—Si tuviese un difusor... —Volvió la cabeza y miró el sol con los ojos entrecerrados. Luego, entre murmullos, modificó el punto de mira de la cámara para reducir las sombras, calculó la apertura, ajustó la velocidad del obturador. Nathan reprimió la risa.

—No es necesario que la prepares tan bien.

—Colócate a la izquierda de la abertura de aquella pared, a unos sesenta centímetros de distancia.

Cuando él se hubo situado en el lugar señalado, lo vio sonreír a través del visor. Conseguiría una foto muchísimo mejor, pensó Jo, si tuviera el equipo necesario para jugar con la luz y las sombras. En ese caso lograría destacar el pelo agitado por el viento de Nathan. La luz tendría que ser más suave y romántica para resaltar sus maravillosos ojos. ¡Realmente era atractivo! De pie ante ese muro de piedras erosionadas tenía un aspecto tan fuerte, vital y viril... Tan seductor.

—Ahora comprendo por qué no te dedicas a los retratos.

Jo parpadeó y se enderezó.

—¿Qué?

—Tu modelo entraría en coma mientras espera que prepares la toma. —Sonrió al tiempo que le indicaba con un dedo que se le acercara—. No es preciso que sea una fotografía artística.

—Siempre deben ser artísticas. —Manipuló la cámara unos minutos más y por fin



activó el disparador automático antes de reunirse con él—. ¡Ay!

Nathan cambió de posición, la colocó frente a sí y le rodeó la cintura con los brazos.

—Me gusta más así. Relájate y sonríe.

Ella obedeció y se recostó contra él en el momento en que el obturador se disparaba. Cuando Jo hizo ademán de alejarse, él le acarició el pelo.

—Me sigue gustando esta pose —dijo antes de besarla en los labios—. Y ésta me gusta aún más.

—Tengo que guardar mi equipo.

—Está bien. —Nathan comenzó a deslizar la boca por el cuello de Jo, que se sintió invadida por una mezcla de inquietud y deseo.

—Yo... La luz ha cambiado... —Se alejó de él al instante—. No pensaba entretenerme tanto.

—Muy bien, te ayudaré a guardar las cosas.

—No, gracias. Me pone nerviosa que alguien toque mi equipo.

—Entonces abriré el vino.

—Sí, eso está mejor. —Se encaminó hacia el trípode con un suspiro. Tendré que decidir, y muy pronto, si deseo avanzar o retroceder, pensó. Retiró la cámara del trípode y la guardó con cuidado—. Lexy me comentó que esta mañana estuvo contigo.

—¿Cómo? —Nathan abrigó la esperanza de que el ruido de la botella al descorcharse hubiera ocultado el asombro de su voz.

—Dijo que pasó por tu cabana. —Jo ya se maldecía por haber sacado el tema.

Nathan se aclaró la garganta y de repente sintió la necesidad de beber una copa de vino.

—Sí, es cierto. Se quedó unos minutos. ¿Por qué?

—Por nada en especial —Jo plegó el trípode—. Me comentó que le mostraste unos planos en los que estás trabajando.

Tal vez, después de todo, he subestimado a Lexy, pensó Nathan mientras servía dos generosos vasos de vino.

—Sí. Estaba corrigiendo algunos detalles cuando ella... pasó por allí.

Jo depositó el equipo en la manta que ya había extendido.

—Pareces un poco nervioso, Nathan.

—No. —Le tendió la bebida y tomó un largo trago antes de sentarse—. Estoy hambriento. ¿Qué tenemos para comer?

Jo se puso tensa.

—¿Sucedió algo con Lexy?

—¿Algo? —Nathan sacó de la cesta un recipiente que contenía pollo frito—. No sé a qué te refieres.

Jo entornó los ojos al ver la expresión de inocencia que adoptaba Nathan.

—¡Ah! ¿No lo sabes?

—¿Qué estás pensando? —Decidió que la mejor forma de defenderse era atacar—. ¿Crees que yo... con tu hermana? —Empleó un tono de persona ofendida, y la desesperación que sentía le confirió cierta verosimilitud.

—Lexy es una mujer preciosa —afirmó Jo mientras dejaba con brusquedad un bol con fruta cortada.

—Por supuesto, y por eso me abalancé sobre ella en cuanto se me presentó la primera oportunidad. ¿Qué clase de hombre crees que soy? —Se indignó—. ¿Crees que persigo a una hermana por la mañana y trato de seducir a la otra por la tarde? Tal vez antes del anochecer tire los tejos a tu prima Kate; así habré conseguido conquistar a toda la familia.

—No he insinuado nada... sólo preguntaba...

—¿Qué preguntabas?

—Yo...

Los ojos de Nate destellaban furia. Los celos de Jo se vieron superados por un enorme disgusto consigo misma. Se mesó el pelo.

—Lo siento. Supongo que pretendió gastarme una broma de mal gusto. —Enojada consigo misma, volvió a atusarse el cabello—. Lexy estaba enterada de que había quedado contigo y de que salimos juntos de vez en cuando... y quiso burlarse de mí. —Exhaló una bocanada de aire y se maldijo para sus adentros por haber hablado de ello—. No pensaba mencionarlo —añadió al ver que Nathan permanecía en silencio—, y no sé por qué lo he hecho.

Él la miró con la cabeza inclinada.

—¿Estás celosa?

En lugar de sentirse aliviada al ver que la furia de Nathan desaparecía, Jo se puso tensa con la pregunta.

—No. Sólo estaba... no lo sé. Lo siento. —Le cogió la mano con la intención de acortar la distancia que los separaba.

—Olvidemos el asunto. —Nathan se llevó la mano de la mujer a los labios.

Cuando Jo lo besó con suavidad en la boca, Nathan levantó la vista al cielo y se preguntó si debía dar las gracias a Lexy o estrangularla.

Kirby tomó la temperatura a Yancy Brodie, mientras la madre del pequeño la observaba con ansiedad.

—Anoche apenas durmió, doctora Kirby. Le di Tylenol, pero esta mañana volvió a aumentarle la fiebre. Jerry estaba muy preocupado cuando salió a pescar antes del amanecer.

—No me encuentro bien —dijo Yancy con tono quejumbroso mientras miraba a Kirby—. Mi mamá me ha dicho que usted me curaría.

La doctora acarició el cabello rubio del niño, que tenía cuatro años.

—¿Fuiste hace un par de semanas a la fiesta de cumpleaños de Betsy Pendleton, Yancy?

—Sí, había helados y tortas, y gané un premio en un juego. —El chiquillo apoyó la cabeza sobre el brazo de Kirby—. No me encuentro bien.

—Ya lo sé. Te diré algo: Betsy tampoco se encuentra bien, ni Brandon ni Peggy Lee. Los cuatro tenéis varicela.

—¿Varicela? ¡Pero si no tiene manchas!

—Ya saldrán. —Había notado un principio de sarpullido en los brazos del niño—. Cuando empiece a picar, tendrás que procurar no rascarte. Tu madre te aplicara una loción para aliviar la comezón. Annie, ¿Jerry y tu habéis tenido alguna vez la varicela?

—Sí, los dos. —Annie lanzó un largo suspiro—. Jerry me la contagió cuando éramos pequeños.

—Entonces es probable que no vuelvas a contraerla. En este momento Yancy está incubándola, de modo que no debe estar en contacto con otros chicos o adultos que no la hayan pasado. Estás en cuarentena, muchacho —añadió al tiempo que le tocaba la nariz con el dedo—. Los baños tibios lo aliviarán cuando comience el sarpullido y deberá tomar medicación tanto tópica como por vía oral. Aquí sólo tengo algunas muestras, de manera que haré unas recetas para que Jerry compre los fármacos en tierra firme. Sigue dándole Tylenol para que le baje la fiebre. Dentro de algunos días lo visitaré para ver cómo evoluciona. —Al advertir la expresión de angustia de Annie, Kirby sonrió—. Tu hijo se recuperará, Annie. A los tres os esperan un par de semanas duras, pero no creo que surjan complicaciones.

—Es que... ¿podría hablar con usted a solas?

—Por supuesto. Mira, Yancy. —Kirby se quitó el estetoscopio y se lo puso al pequeño—. ¿Quieres oír los latidos de tu corazón? —Le colocó los auriculares en su lugar y le guió la mano sobre el pecho. Los ojos cansados del chico se iluminaron—. Escúchalo mientras yo converso con tu mamá.

Condujo a Annie al vestíbulo y dejó abierta la puerta del consultorio.

—Yancy es un chico fuerte, saludable y completamente normal. No debes preocuparte por nada. La varicela es una enfermedad irritante, pero pocas veces presenta complicaciones.

—No se trata de eso... —Se mordió el labio—. Hace un par de días me hice una prueba de embarazo y dio positiva.

—Comprendo. ¿No quieres tener otro hijo, Annie?

—Sí. Hace casi un año que Jerry y yo nos planteamos tener otro... ¿No habrá peligro? ¿El bebé no enfermará?

La exposición al virus durante los primeros tres meses de embarazo implicaba un pequeño riesgo.

—Según dijiste, contrajiste la varicela de niña.

—Sí, mamá me puso guantes de algodón para evitar que me rascara.

—Es muy poco probable que vuelvas a padecerla. —Si llegara a suceder, pensó Kirby con preocupación, tratarían de solucionar el problema—. Aun en el caso de que Yancy te contagiara, el bebé no sufriría ningún daño. ¿Qué te parece si te realizo un análisis de embarazo para confirmarlo? Además te examinaré para determinar de cuánto tiempo estás.

—Me sentiría mucho mejor.

—Muy bien. ¿Quién es tu ginecólogo habitual?

—Yancy nació en una clínica de Savannah. Ahora me gustaría que usted se ocupara de todo.

—Bueno, ya hablaremos de eso. Irene Verdón está en la sala de espera. Le pediré que vigile a Yancy durante unos minutos. Después, cuando volváis a casa, tu hijo y tú debéis descansar. Lo necesitáis.

—Confío en usted, doctora Kirby. —Annie se llevó la mano al vientre.

A la una de la tarde, Kirby había diagnosticado dos casos más de varicela, enyesado un dedo roto y tratado un caso de infección de la vejiga. Disponía de treinta minutos antes de que llegara el siguiente paciente para comer y descansar.

De pronto la puerta del consultorio se abrió. Kirby reprimió un grito. Era un forastero. Conocía a todos los habitantes de la isla, y ése no era uno de ellos. Lo clasificó enseguida como veraneante, una de esas personas que acudían de vez en cuando a la isla en busca de sol y de mar.

El pelo, muy rubio, le llegaba hasta los hombros, tenía el rostro bronceado. Llevaba unos téjanos cortados, una camisa y gafas oscuras. Debía de rondar los treinta, calculó Kirby, que dirigió una sonrisa al desconocido.

—¿He venido al lugar correcto? Me dijeron que aquí había un médico.

—Soy la doctora Kirby Fitzsimmons. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No he pedido hora. No sé si podrá atenderme ahora. —Miró el bocado que Kirby estaba comiendo.

—Claro que sí. ¿Qué le ocurre?

—Sólo es esto... —Se encogió de hombros y le tendió una mano. En la palma tenía una quemadura, una raya colorada llena de ampollas.

—No tiene buen aspecto. —En un movimiento automático, Kirby se adelantó y la cogió para examinarla.

—La cafetera estaba caliente y, como un imbécil, la cogí para retirarla del fuego. Estoy en el campamento. Cuando pregunté al chico de recepción dónde podía comprar alguna pomada para curarme, me aconsejó que acudiera a usted.

—Pasemos al consultorio. Desinfectaré la herida y luego la vendaré.

—Le he interrumpido el almuerzo.

—Son gajes del oficio. De modo que está en el camping —dijo Kirby mientras lo guiaba al consultorio.

—Sí, planeaba ir a los cayos para trabajar un poco. Soy pintor.

—¿Ah, sí? —Se sentó en la silla que ella le indicó y se miró la palma—. Supongo que con esto no podré hacer nada durante un par de semanas.

—Sí, a menos que sepa pintar con la mano izquierda —replicó Kirby con una sonrisa mientras se lavaba y se enfundaba un par de guantes.

—De todos modos me apetecía prolongar mi estancia aquí. Es un lugar fantástico. —

Hizo una mueca cuando la doctora procedió a limpiarle la quemadura—. ¡Ostras, cómo duele!

—Ya lo sé. Le aconsejo que tome aspirinas y compre una manopla para que no vuelva a sucederle.

Él lanzó una risita y apretó los dientes para soportar el dolor.

—Es una suerte que haya un médico en la isla. Estas quemaduras pueden infectarse, ¿verdad?

—Mmm. Evitaremos que eso ocurra. ¿Qué pinta?

—Cualquier cosa que me impresione. —Sonrió mientras disfrutaba del perfume de Kirby y admiraba su dorada cabellera—. ¿Le gustaría posar para mí?

Ella rió al tiempo que sacaba un ungüento de un cajón.

—Creo que no; gracias de todos modos.

—Tiene una cara preciosa. Los retratos de mujeres hermosas me salen muy bien.

Kirby levantó la mirada. Los ojos de su paciente quedaban ocultos tras las gafas de sol. Aunque su sonrisa era amplia y afable, había algo en ella que le inquietó. Debía andarse con cuidado; estaba sola con un forastero, que la observaba con demasiado interés.

—No me cabe duda, pero me temo que no tengo tiempo. Como soy el único médico de la isla, estoy bastante ocupada. —Inclinó la cabeza para aplicar la crema.

¡Eres tonta!, se reprochó. Mi reacción es ridícula. Ese hombre tenía una quemadura de segundo grado en la mano y permitía que una desconocida se la tratara. Y era pintor. Era natural que la observara.

—Si cambia de opinión, avíseme; creo que me quedará algún tiempo. ¡Caramba! Me siento mucho mejor. —Exhaló una gran bocanada de aire.

Kirby percibió que relajaba la mano en la suya y le ofreció una sonrisa comprensiva.

—Para eso estamos. Procure no mojarse la mano; cuando se duche, cúbrala con una bolsa de plástico y durante una semana tendrá que abstenerse de bañarse en el mar. Hay que cambiar el vendaje cada día; si no encuentra a nadie en el campamento que pueda ayudarle, venga y lo haré yo.

—Se lo agradezco. Tiene buena mano, doctora —le agregó mientras ella le vendaba.

—Eso dicen.

—No; no me refiero a que sea un médico competente, sino a que tiene manos de artista, de ángel —agregó sonriente—. Me encantaría dibujarlas.

—Ya hablaremos de ello cuando esté en condiciones de sostener un lápiz. —Se puso en pie—. Le entregaré un tubo de ungüento. Vuelva dentro de dos días, si continúa en la isla; de lo contrario, acuda a otro doctor para que le examine la quemadura.

—Está bien. ¿Cuánto le debo?

—¿Tiene seguro médico?

—No.

—Veinticinco por la visita y diez por los remedios.

—Muy bien. —Se levantó y, con la mano izquierda, sacó la billetera del bolsillo trasero del pantalón. Con dificultad extrajo los billetes con los dedos de la mano herida—. Supongo que tardaré en acostumbrarme al vendaje.

—Sin duda en el campamento le ayudarán siempre que lo pida. Los habitantes de esta isla son muy amables.

—Ya lo he notado.

El hombre cambió de postura y Kirby volvió a inquietarse.

—Escuche, si pasa por el campamento, venga a verme; le mostraré mi obra y tal vez podríamos...

—¡Kirby! ¿Estás aquí?

La doctora se sintió aliviada.

—Sí, Brian. Estoy con un paciente. —Se volvió hacia el desconocido—. No olvide que debe mantener seco el vendaje —añadió con sequedad mientras se quitaba los guantes—, y aplíquese una buena cantidad de ungüento.

—Como usted mande, doctora. —Salió del consultorio y arqueó una ceja al ver que en la cocina esperaba un hombre con la mano izquierda envuelta en un trapo ensangrentado—. Parece que se ha herido.

—¡Muy observador! —replicó Brian con sequedad y miró la mano vendada del forastero—. Por lo visto no soy el único.

—La doctora tiene mucho trabajo hoy.

—La doctora —dijo Kirby al entrar en la cocina— no ha tenido ni cinco minutos para... ¡Brian! ¿Qué te ha ocurrido?

Sobresaltada, se acercó a él, le tomó la muñeca y se apresuró a retirar el trapo que le cubría la mano.

—El maldito cuchillo se me resbaló. Estoy ensuciando el suelo de sangre.

—¡Oh, cierra la boca! —Examinó el corte, largo y profundo, pero por fortuna no revestía gravedad—. Tendré que coser la herida.

—No.

—Sí. Habrá que dar unos diez puntos.

—Mira, sólo quiero que me vendas para que pueda volver a trabajar.

—Cierra la boca —repitió ella con mal humor—. Tendrá que disculparme, yo... —Dio media vuelta para hablar con el desconocido y frunció el entrecejo—. Por lo visto se ha marchado. Pasa al consultorio.

—Me niego a que cosas la herida. Sólo he venido porque Lexy y Kate se pusieron muy nerviosas al ver que me había cortado, lo que no me habría sucedido si Lexy no se hubiera dedicado a incordiarne. Sólo pretendo que desinfectes la herida y la vendas.

—Deja de actuar como un niño. —Lo tomó del brazo con firmeza y lo condujo al consultorio—. Siéntate y pórtate bien. ¿Cuándo fue la última vez que te vacunaste contra el tétanos?

—Escucha...

—Deduzco que hace mucho tiempo. —Se lavó con rapidez, colocó el instrumental necesario en una bandeja de acero inoxidable, cogió un frasco de antiséptico y se sentó delante de Brian—. Después nos encargaremos de eso. De momento te desinfectaré el corte antes de aplicarte una anestesia local.

Brian notaba que la herida le palpitaba al mismo ritmo que el corazón.

—¿Para qué?

—Para insensibilizar la zona y coserte la herida sin provocarte dolor.

—Es evidente que te encantan las agujas.

—Mueve los dedos. Muy bien. No se ha dañado ningún tendón. ¿Te asustan las inyecciones, Brian?

—No, por supuesto que no. —No obstante, al ver que ella cogía una jeringa palideció—. Sí, me asustan. ¡Maldita sea, Kirby! ¡Manten alejada esa cosa!

En lugar de reír, como él suponía que haría, la mujer lo miró con seriedad.

—Respira hondo, expulsa el aire, después vuelve a inspirar y mira ese cuadro al tiempo que cuentas las respiraciones. Uno, dos, tres. Ya está. No es más que un pequeño pinchazo —murmuró mientras deslizaba la aguja bajo la piel—. Sigue contando.

—Bueno, está bien. —Brian notó cómo el sudor le resbalaba por la espalda y clavó la mirada en la acuarela de lirios silvestres—. Éste es un momento perfecto para que hagas algún comentario sarcástico.

—Trabajé en una unidad de urgencias durante un año. Durante ese período tuve que atender a personas con heridas de bala, cuchilladas, que habían sufrido accidentes de automóvil... Nunca me dejé llevar por el pánico. En cambio, hace unos minutos cuando

vi cómo tu sangre caía sobre el suelo de la cocina, me asusté de verdad.

Brian apartó la vista del cuadro para posarla en sus ojos.

—Lo limpiaré.

—¡No seas imbécil!

—Te quiero —declaró Brian al tiempo que le acariciaba la mano—. Te quiero mucho. ¿Cómo diablos nos ha sucedido?

—No lo sé. ¿Qué debemos hacer al respecto?

—Es muy probable que no dé resultado, ¿sabes?

—No. —Prosiguió con la sutura—. Es probable que no. No muevas la mano, Brian.

Vio cómo introducía la aguja bajo su piel, y se le revolvió el estómago. Respiró hondo al tiempo que fijaba la mirada en el cuadro.

—No te preocupes por hacer un trabajo perfecto —comentó—. Sólo te pido que sea rápido.

—Soy famosa por mis pequeñas puntadas femeninas. Procura relajarte y controlar la respiración.

Brian supuso que luego se avergonzaría si se desmayaba delante de ella, de manera que trató de obedecer.

—No es que me den miedo las agujas; sencillamente no me gustan.

—Es una fobia muy común.

—No se trata de una fobia, en mi caso; lo que sucede es que no me gusta que me las claven.

Kirby mantuvo la cabeza, inclinada para evitar que la viera sonreír.

—Muy comprensible. ¿Con qué te incordiaba Lexy?

—Con lo habitual. Con todo. —Notó un leve tirón cuando la doctora unió los bordes de la herida—. Soy una persona insensible, no la quiero... bien no quiero ni a ella ni a nadie... No la comprendo, nadie la comprende. Si yo fuera un buen hermano, le prestaría cinco mil dólares para que regresara a Nueva York y se convirtiera en una estrella.

—Creí que había decidido pasar aquí el verano.

—Por lo visto discutió con Giff, y como no se ha arrastrado detrás de ella, está furiosa. ¿Falta poco para que termines?

—Ya he hecho la mitad —contestó con paciencia.

—La mitad. ¡Estupendo! ¡Maravilloso! —De nuevo se le revolvió el estómago. Más valía pensar en otra cosa—. ¿Quién era ese veraneante a quien atendías cuando llegué?

—¡Ah, el veraneante! Se quemó la palma de la mano con una cafetera. Dice que es artista y que desea viajar a los cayos. Tal vez se quede en el campamento algún tiempo. No me dijo cómo se llamaba.

—¿Qué clase de artista?

—Creo que es pintor. Me pidió que posara para él. ¡Maldita sea! ¡No te muevas! —exclamó cuando la mano de Brian se estremeció.

—¿Y qué le dijiste?

—Que me halagaba, que muchas gracias, pero que no tenía tiempo. El tipo me ponía nerviosa.

Brian le aferró el hombro con la mano libre.

—Sólo faltan un par de puntadas —exclamó Kirby tras mascullar una maldición.

—¿Te tocó?

—¿Qué? —Advirtió que los ojos de Brian no reflejaban dolor o miedo, sino furia, lo que la satisfizo—. ¡Por supuesto, Brian! En un arrebato de lujuria, consiguió arrojarme al suelo con una sola mano y me desnudó.

Brian le clavó los dedos en el hombro.

—No vengas con tonterías. ¿Te puso las manos encima?

—No; por supuesto que no. Me sentí inquieta al principio porque estábamos solos en

el consultorio y se mostraba demasiado interesado. Después resultó que sólo quería dibujar mis manos; manos de ángel, según dijo. Ahora estáte quieto o estropearás mi obra y te quedará una fea cicatriz. De todos modos tus celos me halagan.

—No estoy celoso. —Retiró la mano del hombro de Kirby—. Lo que ocurre es que no me gusta que un veraneante te moleste.

—No me molestó, y si lo hubiera hecho, habría sabido apañármelas. Sólo queda una puntada. —Hincó la aguja, anudó el hilo de la sutura, lo cortó y observó con detenimiento la costura—. Un buen trabajo, y no es porque lo diga yo. —Se puso en pie para preparar la vacuna antitetánica.

—¿Cómo telas hubieras apañado?

—¿Cuándo? ¡Ah! Seguimos hablando de ese tipo, ¿verdad? Con un amable rechazo.

—¿Y si eso no hubiera dado resultado?

—Un buen apretón en la quemadura, y el individuo hubiera caído al suelo aullando de dolor.

Cuando Kirby se volvió, con la jeringa a la espalda, advirtió que Brian sonreía.

—No me cabe duda de que lo habrías hecho.

—¡Por supuesto! Una vez aplaqué los ardores de un paciente excitado apretándole la laringe. El sujeto dejó de inmediato de hacernos propuestas obscenas a mí y a las enfermeras. Ahora te sugiero que mires los lirios, Brian.

—¿Qué tienes detrás de la espalda? —preguntó pálido como el papel.

—Te aconsejo que mires los lirios.

—¡Oh, Dios mío! —Volvió la cabeza y al instante lanzó un grito al tiempo que trataba de liberar la mano.

—Brian, sólo te he aplicado un poco de alcohol en el brazo. Tranquilízate, en diez segundos todo habrá terminado. Sentirás un pinchazo.

—¿Un pinchazo? —masculló.

—Bueno, ya está. —Le colocó un poco de algodón y un esparadrapo. Acto seguido se sentó para vendarle la mano—. Debes mantener seco el vendaje. Te lo cambiaré cuando sea necesario, y dentro de diez o quince días retiraremos los puntos.

—¿Qué divertido, ¿no?

—Toma. —Hundió la mano en el bolsillo de la bata para extraer un caramelo que le ofreció—. Por haberte portado tan bien.

—Reconozco los sarcasmos. De todas formas me comeré el caramelo.

Kirby quitó el envoltorio y se lo introdujo en la boca.

—Toma un par de aspirinas —aconsejó—. El efecto de la anestesia local desaparecerá pronto y entonces empezará el dolor. Más vale que te adelantes para evitar luchar contra él.

—¿No vas a besarme la herida?

—Supongo que sí. —Le levantó la mano y apoyó los labios con suavidad sobre el vendaje—. Te aconsejo que seas más cuidadoso con los instrumentos de cocina. Me gustan tus manos tal como son.

—Entonces supongo que no te opondrás a que venga esta noche, te arroje al suelo con una sola mano y te quite la ropa.

—No; no me opongo en absoluto. —Se inclinó hasta que los labios de ambos se encontraron—. Cuanto antes, mejor.

Brian miró la camilla y sonrió con picardía.

—Bien, ya que estoy aquí, tal vez deberías someterme a un examen físico completo. Hace un par de años que no me realizan una revisión. Quédate con el estetoscopio si quieres, pero sólo con el estetoscopio.

—La doctora acepta —repuso Kirby con tono salaz. Sin embargo regresó a la realidad al oír que se abría la puerta—. Me temo que tendremos que posponerlo hasta la



noche. —Retrocedió y retiró la bandeja con el instrumental—. Durante la mañana he atendido varios casos de varicela y acaba de llegar mi próximo paciente.

Brian no quería marcharse. Deseaba quedarse allí sentado, observándola. Así pues decidió ganar un poco más de tiempo.

—¿Quién tiene varicela?

—Calculo que diez de mis pacientes. Ya han acudido siete y vendrán más. —Miró alrededor—. ¿Tú la has pasado?

—Sí, los tres la contrajimos a la vez. Creo que yo tenía unos nueve años, de modo que Jo debía de tener seis, y Lexy tres.

—Debió de ser divertido.

—Pasados los primeros dos días, no fue tan terrible. Mi padre nos trajo de tierra firme una caja muy grande con libros de dibujo, lápices de colores, muñecas Barbie y coches de juguete. —Se encogió de hombros antes de agregar—: Supongo que sólo pretendía mantenernos ocupados.

Y proporcionar cierta tranquilidad a tu madre, pensó Kirby.

—Sin duda cuidar de tres chicos enfermos debe de ser bastante difícil. Considero que tu padre tuvo una gran idea.

—Sí, creo que papá y mamá superaron la situación juntos. Yo solía pensar que siempre hacían todo juntos, hasta que ella se marchó. —No le apetecía hurgar en el pasado, de modo que se puso en pie—. No te entretendré más. Gracias por todo.

Al advertir que Brian se había entristecido, Kirby le tomó la cara entre las manos y le besó con suavidad.

—Te enviaré la factura. Sin embargo el examen físico de que hablamos lo haré gratis.

Consiguió que sonriera.

—Estupendo.

Se encaminó hacia la puerta. No miró hacia atrás, y las palabras surgieron de su boca antes de que tuviera tiempo de considerarlas.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Kirby. Tampoco sé qué vamos a hacer al respecto.

Cuando se hubo marchado, Kirby se sentó y decidió que el próximo paciente no tendría más remedio que esperar un poco, hasta que la doctora recobrara el aliento.

Al caer la tarde Kirby paseaba por la playa con la intención de tranquilizarse y reflexionar antes de que llegara Brian.

La quería. No, cree que me quiere, se corrigió. Era completamente distinto. Sin embargo, jamás había esperado que eso ocurriera, y ahora tenía miedo.

Caminó hasta la orilla y la espuma le cubrió los tobillos. La ola, al retirarse, la hizo tambalearse. Es la misma sensación que me provoca Brian, pensó; la leve y excitante falta de equilibrio, la impresión de que el suelo se mueve bajo mis pies por más que los plante con firmeza.

Lo había deseado durante mucho tiempo y se había esforzado por destruir las defensas de Brian hasta que al final consiguió ganar la batalla. No obstante de pronto comprendía que la apuesta era mucho más alta de lo que ella había sospechado.

Siempre elegía con especial cuidado sus relaciones personales, y escogió a Brian Hathaway, pero en algún momento las circunstancias habían cambiado.

A diferencia de ella, Brian no hablaba de amor con ligereza. Si ella pronunciaba esas palabras, debía ser sincera y, si era sincera, tendría que construir sobre ellas. Las palabras no eran más que la piedra fundamental.

Hogar, familia, estabilidad... Había de decidir si le interesaba incorporar esos

elementos a su vida y compartirlos con Brian. Luego tendría que convencerle de que él también los quería, y no sería sencillo dadas las heridas y cicatrices de su infancia.

Levantó la cara al viento. Sin embargo, ¿no lo había decidido ya? ¿No había comprendido al verlo sangrar, cuando el miedo arrinconó su calma profesional, que lo que sentía por él era mucho más que simple lujuria?

Con todo, tenía miedo de equivocarse, de comprometerse. Más vale ir despacio, pensó, para no tropezar. Era capaz de superar cualquier contratiempo si conservaba la calma y la mente clara, y no cabía duda de que ante un paso tan importante debía actuar con prudencia y la cabeza fría.

Cuando se encaminaba hacia su casa, captó un resplandor en las dunas y frunció el entrecejo. La segunda vez que lo distinguió dedujo que lo producía el sol al reflejarse en un objeto de vidrio. Prismáticos, pensó con un estremecimiento. Levantó una mano para protegerse los ojos y vislumbró una figura. A esa distancia era imposible discernir si se trataba de un hombre o una mujer. Apretó el paso con el deseo de refugiarse cuanto antes en su cabaña. Aunque trató de persuadirse de que no debía inquietarse, que se trataba de alguien que deseaba contemplar la puesta de sol, no consiguió vencer la sensación de que la espiaban, estudiaban y caminó deprisa hasta su casa.

Le había visto, lo que resultaba de lo más excitante. Su mera presencia la había asustado. Lanzó una risita suave y al tiempo que continuaba enfocando a Kirby con el teleobjetivo y apretaba el obturador.

Era una mujer imponente. Había disfrutado observando sus curvas mientras el viento le pegaba la camisa y los pantalones al cuerpo. Los rayos del sol doraban aún más su cabello. Se alegró de haber usado un carrete de color esa vez.

¡Ah! Y la expresión de sus ojos al reparar en él. Con el teleobjetivo había captado incluso cómo se le dilataban las pupilas. Sus preciosos ojos verdes armonizaban con su pelo rubio.

Se preguntó qué sabor tendrían sus pechos.

Debe de ser lujuriosa, conjeturó mientras le tomaba más fotografías antes de que desapareciera detrás de las dunas. Las mujeres menudas y delicadas solían serlo. Supuso que la doctora debía de creer que lo sabía todo sobre anatomía, pero sin duda él podía enseñarle algunas cosas.

Recordó una frase del diario que descubría a la perfección ese momento y su estado de ánimo; el pasaje se refería a la violación de Annabelle.

«Experimenté y me permití una libertad total para hacerle cosas que jamás habría hecho con otra mujer. Ella sollozaba, las lágrimas le empapaban las mejillas y le humedecían la mordaza. La tomé una y otra vez. No podía detenerme. No era sexo, ya ni siquiera era una violación.

»Era un poder insoportable.»

Sí, era el poder al que aspiraba, un poder total que no había conseguido con Ginny, porque ésta era una puta, no un ángel. Al elegirla cometió un error.

Si decidía... si decidía que necesitaba más práctica antes del evento principal, Kirby, con sus preciosos ojos y sus manos de ángel, sería un sujeto perfecto. Sin duda le brindaría el resultado apetecido.

Debo reflexionar al respecto, se dijo. Entretanto, acudiría a Sanctuary para ver si Jo Ellen había salido y andaba por los alrededores.

Debía recordarle que pensaba en ella.

# 18

Mientras conducía hacia Sanctuary, Giff vio a Lexy en la terraza del segundo piso, las largas piernas enfundadas en unos pantalones cortos, el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Limpiaba las ventanas, de modo que dedujo que estaría malhumorada.

Por muy atractiva que fuera Lexy, no tendría más remedio que esperar, pues necesitaba hablar con Brian.

Lexy vio que Giff estacionaba la furgoneta. Sonrió con petulancia mientras secaba con un papel de diario la mezcla de vinagre y agua con que había cubierto los vidrios hasta dejarlos resplandecientes. Por fin acudía a ella, como esperaba aunque había tardado más de lo previsto. De todas formas lo perdonaría... después de que él le suplicara un poquito.

Cuando se inclinaba para mojar el trapo, volvió la cabeza y miró hacia abajo. Se enderezó de inmediato al ver que Giff no se encaminaba hacia la casa, sino hacia el viejo ahumadero donde Brian pintaba algunos muebles de jardín.

¡Menudo sinvergüenza!, pensó mientras reanudaba su tarea. Si esperaba que ella se acercara, se llevaría una decepción. No estaba dispuesta a perdonarlo. No pienso hablarle nunca más aunque se arrastre sobre carbones ardientes, se dijo mientras lustraba con furia el vidrio. Por mucho que suplicara y pronunciara su nombre en su lecho de muerte, ella se limitaría a reír.

A partir de ese momento Giff Verdón no significaba nada para ella. Levantó el cubo y se desplazó unos centímetros para espiarlo.

En ese momento, Lexy no era la principal preocupación de Giff. Percibió el olor de la pintura fresca, oyó el siseo del pulverizador. Se obligó a sonreír cuando, tras rodear el cobertizo, vio a Brian.

Tenía los brazos y los téjanos viejos cubiertos de pequeñas manchas azules. Sobre una tela extendida en el suelo descansaban sillas y tumbonas a las que Brian aplicaba una segunda mano.

—Es un color precioso —exclamó Giff.

—Ya conoces a la prima Kate. Cada cierto tiempo se propone introducir cambios... pero siempre se decanta por el azul.

—Es un color alegre.

—Sí. —Brian apagó el motor y depositó la pistola pulverizadora en el suelo—. Ha encargado sombrillas para las mesas y lonas y cojines para las sillas. Llegarán en el transbordador dentro de un par de días. Quiere que también se pinten las mesas de picnic del campamento.

—Si tú no tienes tiempo, yo me ocuparé de eso.

—Me apetece hacerlo a mí. —Brian movió los hombros para desentumecerlos—. Me obliga a estar al aire libre y me permite fantasear un poco. —Antes de que llegara Giff, había disfrutado al recordar la noche que había pasado con Kirby. Sabía que jamás volvería a pensar en un estetoscopio de la misma manera que antes—. ¿Cómo va el porche? —preguntó.

—He traído la pantalla mosquitera en la furgoneta. Parece que el buen tiempo se mantendrá de manera que lo tendré terminado para el fin de semana, como quería la señorita Kate.

—Me alegro. Trataré de pasar por allí para echarle un vistazo.

—¿Qué tal tienes la mano? —inquirió Giff.

—¡Ah! —Brian movió los dedos—. La tengo un poco agarrotada. —Se abstuvo de preguntar cómo se había enterado de lo sucedido. En la isla, las noticias volaban, sobre todo si eran jugosas. En realidad consideraba un milagro que nadie supiera que había pasado la mayor parte de la noche sobre la camilla de la doctora.

—Tú y la doctora Kirby...

—¿Qué?

—Tú y la doctora Kirby. —Giff se ajustó la gorra—. Mi primo Ned bajó a la playa esta mañana temprano. Ya sabes que le gusta recoger caracolas, las barniza y después se las vende a los pasajeros del transbordador que vienen a pasar el día. Parece que al amanecer te vio salir de la cabaña de la doctora. Y ya sabes cuánto le gusta cotillear a Ned.

Siempre sospeché que los milagros no existían, pensó Brian.

—Sí, ya lo sé. ¿Cuánto tardó en propagar la noticia?

—Bueno... —Giff se acarició la barbilla con expresión divertida—. Me dirigía hacia el transbordador para ver si había llegado la pantalla mosquitera cuando lo encontré en el camino y lo llevé, de modo que me lo explicó a los cincuenta minutos de haberte visto.

—Ned es cada vez más lento.

—Bueno, no olvides que está envejeciendo. Cumplirá ochenta y dos en septiembre. La doctora Kirby es una gran mujer —agregó—. Todos los lugareños tienen un excelente concepto de ella, y de ti, Brian.

—Hemos pasado algunas noches juntos —murmuro Brian y se agachó para limpiar el pulverizador—. Es demasiado pronto para que la gente empiece a pensar en una boda.

Giff arqueó una ceja.

—Yo no he dicho eso.

—Tan sólo nos vemos un poco más que antes.

—Está bien.

—Ninguno de los dos se plantea iniciar una relación estable ni crear ataduras.

Giff permaneció en silencio unos segundos.

—¿Tratas de convencerme a mí, Bri, o a ti?

—Sólo te digo que... —Brian se interrumpió al ver la sonrisa de inocencia que esbozaba Giff—. ¿Has venido sólo para felicitar me por haberme acostado con Kirby o tienes alguna otra cosa en la mente?

La sonrisa de Giff se esfumó.

—Ginny.

Brian suspiró y descubrió que la tensión que tenía en el cuello no desaparecía aunque se lo frotara.

—La policía llamó esta mañana. Supongo que también habrán hablado contigo.

—No tenían nada que decir. Creo que ni siquiera se hubieran molestado en telefonar si no les hubiera atosigado. ¡Maldita sea, Brian! Te consta que se han limitado a fingir que la buscaban, pero no han movido un dedo.

—Ojalá pudiera contradecirte.

—Me han aconsejado que imprimamos carteles y los distribuyamos por Savannah.

¿Para qué sirve eso?

—Creo que para nada. Giff, ojalá supiera qué decirte. Ginny tiene veintiséis años y es libre de hacer cuanto se le antoje. Eso opina la policía.

—Es una manera equivocada de enfocar el asunto. Ginny tiene a su familia, su casa y sus amigos aquí. No se habría marchado sin decirle una palabra a nadie.

—A veces —replicó Brian— la gente actúa de forma inesperada.

—Ginny no es tu madre, Brian. Lamento que esto sea un mal trago para ti y tu familia, pero se trata de Ginny. Lo que ocurrió con tu madre no tiene nada que ver con esto.

—No, es cierto —concedió Brian al tiempo que trataba de conservar la calma—. Ginny no tiene marido y tres hijos; si ha decidido poner los pies en polvorosa, no deja tras de sí una serie de vidas destrozadas. Seguiré hablando con la policía, les llamaré al menos una vez por semana para que no archiven el caso. Imprimiremos los carteles en la oficina. No puedo hacer más que eso, Giff. No estoy dispuesto a que un hecho así vuelva a trastornarme.

—Me parece bien —replicó Giff con cierta tirantez—. Está bien, entonces me marcharé para que puedas seguir con tu trabajo.

Se encaminó con furia hacia la furgoneta, se sentó en el asiento del conductor y cerró con un portazo. A continuación apoyó la cabeza contra el volante.

Había actuado mal. Se arrepintió de haberse enfurecido con Brian, de haberse mostrado tan desagradable. Al fin y al cabo, no tenía la culpa ni era responsable de lo sucedido. Apoyó la cabeza contra el respaldo mientras se reprochaba haber tratado así a su amigo. Al cabo de unos minutos, cuando se hubiera tranquilizado, le pediría disculpas.

Lexy salió despacio de la casa. Había bajado corriendo por la escalera, a riesgo de caerse, para llegar antes de que Giff arrancara con la intención de burlarse de él por lo que ya nunca podría tener. Aunque el corazón todavía le latía deprisa, una vez en el exterior, se movió con lentitud y deslizó una mano por el pasamanos mientras sonreía. Se acercó a la furgoneta y, sin importarle que las manos le olieran a vinagre, las apoyó sobre la ventanilla bajada.

—¿Qué tal, Giff? Me disponía a pasear un rato por el bosque cuando te he visto.

Giff la miró a los ojos.

—Entonces sigue caminando, Lexy —murmuró antes de inclinarse para poner en marcha el motor.

—¿Qué pasa? —La tristeza que destilaba Giff apaciguó a la joven—. ¿Estás triste, Giff? Tal vez te sientes deprimido. —Le pasó un dedo por el brazo—. Quizá deseas disculparte conmigo para no sentirte tan solo...

La pena que reflejaba el rostro de Giff se trocó en mal humor. Apartó las manos de Lexy.

—Te diré algo Alexa; ni siquiera mi pequeño y limitado mundo gira alrededor de ti.

—¡Qué pretencioso eres! ¿Por qué me hablas así? Si crees que me interesa saber alrededor de qué gira tu mundo, Giff, te equivocas. Me importa un bledo.

—Entonces no tenemos nada que decirnos. Aléjate de aquí.

—No me marcharé hasta que te haya dicho lo que pienso.

—Me trae sin cuidado, de modo que apártate si no quieres que te atropelle.

En lugar de obedecer, la joven se asomó por la ventanilla y cogió la llave de encendido.

—¡No me des órdenes! No eres nadie para decirme qué debo hacer o amenazarme.

Respiró hondo y lo miró en actitud desafiante. Sin embargo, al advertir de nuevo la pena en los ojos del muchacho, su enfado desapareció. Le pasó una mano en la mejilla.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Por qué estás tan triste?

Él comenzó a menear la cabeza, pero Lexy no retiró la mano.

—Si quieres, más tarde volveremos a enojarnos, pero ahora dime qué te pasa.

—Ginny. —Exhaló una bocanada de aire—. No tenemos noticias de ella, Lexy. Ya no sé qué hacer ni qué decir a mi familia. Ni siquiera sé qué debo sentir.

—Te entiendo. —Se echó hacia atrás y abrió la portezuela—. Ven.

—Tengo que trabajar.

—Por una vez en la vida, haz lo que te pido. —Le cogió la mano y tiró de ella hasta conseguir que bajara del vehículo. Sin pronunciar palabra, lo condujo hacia un costado de la casa—. Siéntate aquí. —Lo obligó a tomar asiento en una hamaca y después de rodearle con un brazo le apoyó la cabeza contra su hombro—. Descansa un minuto.

—No pienso todo el tiempo en eso —murmuró Giff—. De lo contrario enloquecería.

—Te comprendo. En ocasiones la realidad nos asalta de repente y el dolor es tan profundo que creemos que no lograremos aguantarlo. Sin embargo lo soportamos, hasta que vuelve a aparecer.

—La gente sospecha que perdió la cabeza por algún tipo y se marchó con él. Me resultaría más fácil si consiguiera creerlo.

—No; me temo que no. De todas maneras sufrirías. Cuando mamá se fue, lloré por ella. Suponía que si lloraba mucho me oiría y regresaría. Cuando crecí pensé que quizá yo no le importaba demasiado, de modo que ella tampoco debía importarme. Dejé de llorar, pero no logré apaciguar el dolor.

—Cada día pienso que Ginny nos mandará una postal desde Disneylandia o algún lugar por el estilo. En ese caso la rabia sustituiría a la preocupación.

Lexy trató de imaginar a Ginny disfrutando en alguna atracción.

—Pues no me extrañaría.

Giff posó la mirada en las manos entrelazadas de ambos.

—He tratado muy mal a Brian por este asunto.

—No te preocupes por eso. Brian es lo bastante fuerte para aguantarlo.

—¿Y tú? —preguntó al tiempo que colocaba bien una horquilla en el pelo despeinado.

—Todos los Hathaway somos más duros de lo que aparentamos.

—De todos modos, lo siento. —Levantó las manos unidas de ambos y besó los nudillos de Lexy—. ¿Es preciso que sigamos enojados?

—Supongo que no. —Lo besó con suavidad y sonrió. Los pájaros cantaban en los árboles y el aire transportaba el aroma delicado y dulce de las flores—. Sobre todo porque te he echado de menos.

Contuvo el aliento cuando Giff la atrajo hacia sí y apoyó la cara contra su cuello.

—Te necesito, Lexy. Te necesito.

La joven exhaló un suspiro tembloroso, colocó las manos sobre los hombros de Giff y le apretó los músculos. A continuación se puso en pie al tiempo que intentaba dominar las emociones que la invadían.

Al ver que le daba la espalda, Giff se pasó las manos por la cara y las dejó caer en un gesto de impotencia.

—¿Qué he dicho ahora? ¿Qué te impulsa siempre a alejarte de mí?

—No me alejo de ti. —Antes de volverse para mirarlo apretó los labios para que dejaran de temblar—. Nadie me había dicho eso jamás, Giff, a menos que fuese un hombre en busca de sexo.

E1 se puso en pie en el acto.

—No busco nada, Lexy...

—Ya lo sé. —Parpadeó para alejar las lágrimas— No me he alejado de ti, sólo trato de contenerme para no actuar como una tonta.

—Te amo, Lexy —susurró con sinceridad—. Siempre te he amado y siempre te amaré.

Ella cerró los ojos con la intención de grabar ese momento en la memoria; los sonidos, los perfumes, las sensaciones... Después se arrojó a los brazos de Giff un tanto aturdida.

—¡Abrázame! ¡Abrázame con fuerza, Giff! Diga lo que diga o haga lo que haga, no me sueltes.

—¡Alexa! —Le besó la cabeza.—. Siempre he querido tenerte a mi lado.  
—Yo también te quiero, Giff, aunque a veces me enfade.  
—Está bien, querida. —Sonrió y la estrechó más—. No me importa que te enfades, siempre que luego nos reconciliemos.

En su dormitorio, Jo colgó el auricular. Bobby Bañes por fin se había puesto en contacto con ella y había respondido a su pregunta.

No se había llevado la fotografía de su apartamento.

—Pero la viste, ¿no es cierto? Era un desnudo que estaba entre todas las fotografías que me habían sacado. Se parecía a mí, pero no era yo. La tenía en la mano. La levanté del suelo. Seguro que la viste.

Había hablado con voz temblorosa y Bobby había replicado con tono vacilante.

—Lo siento, Jo. No recuerdo haberla visto. Me acuerdo de las demás, pero creo que no había ningún desnudo. Por lo menos no me fijé.

—Estaba allí, se me cayó sobre las otras. Estaba allí, Bobby. Trata de hacer memoria...

—Debía de estar allí..., es decir, si tú afirmas que la viste.

El muchacho intentaba aplacarme, pensó Jo. Se había mostrado comprensivo, pero no convincente.

Estremecida e inquieta se alejó del teléfono y lamentó que la hubiera llamado. Sin embargo, era mejor conocer la verdad. Ahora sólo cabía asimilarla, aceptarla.

Desde la ventana vio a su hermana y Giff. Forman una buena pareja, decidió; dos jóvenes, abrazados y rodeados de flores silvestres. Un hombre y una mujer enamorados en una tarde de verano.

Parecía tan fácil y natural. ¿Por qué le resultaba a ella tan complicado?

Nathan la deseaba. Sin embargo no la apremiaba; parecía no importarle que ella guardara las distancias.. ¿Por qué actuó así?, se preguntó mientras observaba cómo Giff atraía el rostro de Lexy hacia el suyo. ¿Por qué no me desinhibo, me dejo llevar?

Le gustaba Nathan, debía reconocerlo. Le provocaba una sensación tan ardiente que imaginaba el placer que experimentaría si le permitiera llegar más lejos.

¿Por qué le asustaba dejarse arrastrar por su pasión?

Se alejó de la ventana. Últimamente lo cuestionaba todo. Analizaba cada uno de sus actos, extraía conclusiones... Por fortuna su estado físico había mejorado. Las pesadillas y los ataques de pánico eran cada vez más esporádicos.

No obstante...

Persistía la duda, el temor a sufrir una enfermedad mental. ¿Cómo explicar, si no, el incidente de la fotografía? La imagen de una muerta que unas veces era su madre y otras ella misma. La mirada fija, la piel blanca como la cera. Recordó la textura de la tez, tersa y pálida, los tonos y las ondas del pelo, la posición del brazo, cruzado sobre los pechos, y la cabeza inclinada en lo que se le antojaba un gesto de timidez.

¿Cómo era posible que la evocara con tal claridad si jamás había existido?

Y puesto que la recordaba, debía concluir que no estaba en sus cabales. Así pues, carecía de sentido considerar la posibilidad de mantener una relación con Nathan, o con cualquier otro, hasta que recuperara la cordura.

Sin embargo, eso no es más que una excusa, admitió.

El problema estribaba en que le temía. Tenía miedo de que él llegara a significar demasiado para ella y la situación escapara a su control, así como que él esperara más de lo que ella podía dar.

De hecho le provocaba unos sentimientos que hasta ese momento jamás había experimentado. De manera que se protegía con una cobardía que se ocultaba tras la

máscara de la lógica.

Estaba harta de ser lógica y de tener miedo. ¿Por qué no imitaba a su hermana? ¿Por qué no actuaba guiada por los impulsos?

Necesitaba alguien con quien hablar, alguien que, siquiera por un rato, disipara las dudas y preocupaciones que albergaba acerca de sí misma.

¿Por qué no Nathan?

Para evitar cambiar de idea, se apresuró a salir del dormitorio y por una vez en la vida ni siquiera se molestó en coger la cámara. Se detuvo cuando Kate la llamó.

—Estaba a punto de salir. —Jo se acercó a la oficina, donde Kate estaba sentada detrás de un escritorio cubierto de papeles.

—Intento programar las reservas para el otoño. —Kate tomó el lápiz que tenía detrás de la oreja—. Hemos recibido una oferta para celebrar una boda en la posada, en octubre. Nunca hemos hecho nada parecido. Quieren que Brian se encargue de la comida y organizar aquí tanto la ceremonia como el convite. Será maravilloso si lo preparamos como es debido.

—Es espléndido. Lo siento, Kate, tengo que salir.

—Perdona por entretenerte. —Volvió a colocarse el lápiz detrás de la oreja y sonrió—. Aquí tengo tu correspondencia. Pensaba llevártela a tu habitación, pero desde hace dos horas no hago más que atender llamadas.

Como para ilustrar sus palabras, el teléfono sonó en ese instante, seguido de la señal de llegada de un fax.

—Vete, querida. Ahí tienes el correo. —Descolgó el auricular—. Posada Sanctuary, ¿en qué puedo servirle?

Jo sintió un zumbido en los oídos. Caminó despacio mientras notaba cómo el aire parecía enrarecerse. Cogió el sobre de papel manila, donde aparecía su nombre escrito en letras mayúsculas con un rotulador de punta gruesa.

JO ELLEN HATHAWAY  
SANCTUARY ISLA LOST DESIRE, GEORGIA

En una esquina se advertía: «Fotografías. No doblar.»

No lo abras, se dijo; arrójalo a la basura; no mires el contenido. Sin embargo sus dedos ya rasgaban la solapa. No oyó la exclamación de sorpresa de Kate cuando sacudió el sobre y todas las fotografías cayeron al suelo. Se hincó de rodillas al instante y las miró en busca de una en concreto; la fotografía.

Kate no vaciló en interrumpir la conversación telefónica que mantenía y se acercó a ella.

—¿Qué ocurre, Jo? ¿Jo Ellen, qué te pasa? ¿Qué es todo eso? —preguntó mientras la sostenía del brazo y miraba las fotografías en que aparecía su prima.

—Ha estado aquí. ¡Ha estado aquí! ¡Aquí! —Jo revisó de nuevo las imágenes; allí estaba, paseando por la playa, dormida en la hamaca, junto a una duna, colocando el trípode...

Pero ¿dónde estaba la fotografía que buscaba?

—¡Tiene que estar aquí! ¡Tiene que estar!

Con gran preocupación, Kate la zarandeó.

—¡Basta! —Como conocía los síntomas, arrastró a Jo hasta un sillón, donde la obligó a sentarse y descansar la cabeza entre las rodillas—. Debes controlar la respiración. Tranquilízate. Quédate aquí un rato, quieta.

Se dirigió al cuarto de baño, donde llenó un vaso de agua y humedeció una toalla. Cuando volvió, observó con alivio que Jo seguía tal como la había dejado. Se arrodilló y le colocó la toalla empapada alrededor del cuello.



—Y ahora, procura calmarte. —No voy a desmayarme —aseguró Jo con tono apagado.

—Me alegro de oírlo. Ahora recuéstate despacio y bebe un poco de agua. —Le acercó el vaso a los labios y notó que Jo recuperaba el color—. Ahora explícame qué significa todo esto.

—Las fotografías. —Jo se arrellanó y cerró los ojos—. No he conseguido escapar.

—¿De qué, querida? ¿De quién?

—No lo sé. Creo que me estoy volviendo loca.

—Qué tontería —replicó Kate con cierta irritación.

—No lo creo. Ya me sucedió una vez.

—¿Qué quieres decir?

Jo mantuvo los ojos cerrados. Tal vez así le resultaría más fácil decirlo.

—Hace unos meses sufrí una crisis nerviosa.

—¡Oh, Jo Ellen! —Kate se sentó en el brazo del sillón y comenzó a acariciarle el pelo—. ¿Por qué no me lo dijiste, querida?

—Porque no pude. Me sentía angustiada... empecé a recibir fotografías.

—¿Fotografías como éstas?

—Fotografías mías. Al principio sólo mostraban sus ojos, nada más. —O los de mamá, pensó con un estremecimiento.

—Eso es horrible. Debiste de asustarte mucho.

—Sí, me asusté. Después pensé que quizá alguien trataba de llamarme la atención para conseguir que lo ayudara a entrar en el mundo de la fotografía.

—Posiblemente tuvieras razón, pero me parece una manera terrible de hacerlo. Debiste haber acudido a la policía.

—¿Para decirles que alguien me mandaba fotografías a mí, una fotógrafa? —Jo abrió los ojos—. Consideré que sabría manejar el asunto. Después me llegó por correo un sobre como ése, lleno de fotografías mías y una... una que creí que era de otra persona... —explicó Jo con rabia. Estaba decidida a aceptar la realidad—. De hecho lo imaginé, porque luego no logré encontrarla. Sólo estaban las fotos mías. Docenas de ellas. Y me desmoroné.

—Entonces regresaste a Sanctuary. —Necesitaba huir. Creí que podría huir, pero ha sido en vano. Estas imágenes las han tomado aquí, en la isla. Quienquiera que sea ha venido aquí para vigilarme. —Se las llevaré a la policía. —Temblando de furia, Kate se puso en pie para coger el sobre—. El matasellos es de Savannah; la enviaron hace tres días.

—¿Y de qué nos servirá acudir a la policía, Kate? —No lo sabremos hasta que lo hagamos. —Ese hombre tal vez esté en Savannah o quizá haya vuelto a la isla. —Se mesó el pelo y luego dejó caer las manos sobre la falda—. ¿Acaso la policía interrogará a todos los que tengan una cámara?

—Si es necesario, sí. ¿Qué clase de cámara? —preguntó Kate—. ¿Dónde o cómo se revelaron las fotografías? ¿Cuándo se hicieron? Debe de haber una manera de descubrirlo. Es mejor que permanecer con los brazos cruzados y muertas de miedo, ¿no crees? Recupera el coraje, Jo Ellen.

—Sólo deseo que todo esto termine. —Entonces hemos de acabar con ello —replicó Kate con firmeza—. Me sorprende que hayas permitido que te hagan algo así sin luchar. —Kate tomó una foto y la observó—. ¿Cuándo la hicieron? Mírala, trata de recordar.

A Jo se le revolvió el estómago al mirar la foto. Cuando la cogió, tenía las manos húmedas. Advirtió que estaba un tanto desenfocada, que el juego de luces y sombras era pobre. Ese hombre es capaz de realizar trabajos mejores, pensó.

—Creo que la tomó con prisas. La hizo en la zona del pantano, y es evidente que no quiso que reparara en su presencia, de manera que la tomó de forma precipitada.

—Bien. ¡Así me gusta! ¿Cuándo fue la última vez que anduviste por allí?

—Hace un par de días; pero no llevé el trípode. —Frunció el entrecejo mientras se esforzaba por recordar—. Debió de tomarla hace por lo menos dos semanas. No, tres, cuando salí para fotografiar las charcas que forma la marea. Déjame ver otra.

—Supongo que te resultará difícil valorarla, pero ésta me gusta. —Kate forzó una sonrisa mientras le ofrecía una toma en la que aparecía sentada en el regazo de Sam. La sombra que los cubría confería a la imagen un aire de ensoñación.

—El campamento —murmuró Jo—, el día en que me encerraron y papá me rescató. No fue obra de unos chicos, sino de ese cretino. Me encerró y esperó por los alrededores para fotografiarme.

—¿No fue el día en que desapareció Ginny? Hace casi dos semanas.

Jo se arrodilló en el suelo, más tranquila ya. Tenía las manos firmes, la mente clara. Analizó las fotografías con frialdad.

—No consigo identificar dónde se tomaron todas, pero las que recuerdo se hicieron más o menos en esos días, por lo que deduzco que todas son del mismo período. No hay ninguna de las últimas dos semanas. Por lo visto ha decidido conservarlas, esperar. ¿Por qué?

—Necesita tiempo para revelarlas y elegir las. Tal vez tenga otras obligaciones; un empleo, por ejemplo.

—No lo creo, a menos que le permita disponer de mucho tiempo libre. Me fotografió cuando realizaba un trabajo en Hatteras y más tarde en Charlotte. Ese individuo no tiene obligaciones.

—Está bien. Coge el bolso. Iremos a tierra firme en la lancha para entregar todo esto a la policía.

—Tienes razón. Es mejor que quedarnos aquí, muertas de miedo. —Introdujo las fotos en el sobre con sumo cuidado—. Lo siento, Kate.

—¿Qué sientes?

—Lamento no habértelo dicho antes, no haber tenido bastante confianza para explicarte qué me sucedía.

—¡Ya lo creo que debes sentirlo! —Tendió una mano para ayudarla a ponerse de pie—. De todos modos eso es agua pasada. De ahora en adelante tú y todos cuantos vivimos en esta casa hemos de recordar que somos una familia.

—No entiendo por qué nos aguantas.

—Lo mismo me pregunto yo con frecuencia —replicó Kate al tiempo que le acariciaba la mejilla.

# 19

—¡Eh! ¿Adonde vais? —preguntó Lexy al ver que Kate y Jo salían por la puerta lateral. Los ojos le brillaban y sonreía de felicidad.

—Debemos ir a tierra firme para efectuar unas gestiones —respondió Kate—. Volveremos a las...

—Os acompañaré. —Lexy corrió hacia la entrada de la casa.

—Lexy, no es un viaje de placer —explicó Kate agarrándola del brazo.

—Esperadme cinco minutos —pidió Lexy—. No tardaré más de cinco minutos en arreglarme.

—¡Esa chica! —Kate suspiró—. Siempre quiere estar donde no debe. Le diré que se quede aquí.

—No. —Jo sujetó con fuerza los dos sobres que sostenía en la mano—. Dadas las circunstancias, conviene que se entere de lo que sucede. Hasta que sepamos algo más, también ella deberá andarse con cuidado.

El corazón de Kate se detuvo un instante.

—Supongo que tienes razón —concedió—. Avisaré a Brian que nos vamos. No te preocupes, querida —añadió mientras le acariciaba el pelo—, solucionaremos este asunto.

Como temía que no la esperaran, Lexy se apresuró. Puesto que Kate habría protestado al ver los pantalones cortos que lucía, se los cambió a toda prisa por unos largos de algodón. Se cepilló el cabello y se lo recogió en la nuca con un pañuelo verde para que no se le alborotara durante el viaje en lancha. En el trayecto hasta el muelle privado de Sanctuary no dejó de hablar mientras se retocaba el maquillaje.

A Jo le zumbaban los oídos cuando por fin embarcaron. Tiempo atrás habían tenido un barco blanco con los asientos rojos. Recordó que el *Island Belle* era el orgullo y la alegría de su padre. ¿Cuántas veces habían navegado en él alrededor de la isla o hacia tierra firme en busca de helados?

En ocasiones, su padre le había permitido gobernarlo. Jo se colocaba sobre sus pies para ganar altura y llegar al timón.

«Un poco hacia estribor, Jo Ellen. Así me gusta. Eres una excelente timonel.»

Sam vendió la nave un año después de que Annabelle se marchara. Las embarcaciones que tuvieron más tarde permanecieron sin nombre. La familia ya no emprendía viajes de placer.

A pesar de todo, Jo conocía su funcionamiento. Comprobó que disponían de combustible suficiente mientras Lexy y Kate soltaban amarras. De manera automática amoldó su paso al leve balanceo del barco y se colocó ante el timón. Sonrió cuando el motor se puso en marcha.

—Veo que papá todavía se encarga de mantenerlo a punto.

—Revisó el motor en invierno. —Kate se sentó y comenzó a retorcer la cadena de oro que llevaba sobre la blusa almidonada. Dejaré que Jo lo pilote, decidió. La ayudará a mantener la calma—. He pensado que la posada debería invertir en una embarcación nueva, más grande e imponente que ésta, para organizar viajes alrededor de la isla, visitas a Wild Horse Cove, Egret Inlet y otros lugares. Por supuesto, tendríamos que contratar un piloto.

—Papá conoce la isla mejor que nadie y también el mar que la rodea —señaló Jo.

—Ya lo sé. —Kate se encogió de hombros—. Sin embargo, cada vez que menciono el tema comienza a murmurar y recuerda de pronto que tiene algo que hacer. No es fácil convencer a un tipo tan obstinado.

—Tal vez lograrías persuadirlo si le dijeras que, al encargarse del barco, le resultaría más fácil vigilar lo que sucede en la isla. —Jo consultó la brújula, eligió el rumbo y enfiló el estrecho—. Así se aseguraría de que los turistas no pisotearan la vegetación ni destrozaran el ecosistema.

—Es una buena idea.

—Si compras una lancha nueva, le costará resistirse. —Lexy se ajustó el nudo del pañuelo con que se recogía el pelo—. Después le dices que no logras encontrar un piloto que, además de ser experto y competente, se preocupe por el medio ambiente y esté dispuesto a explicar a los veraneantes por qué Desire se ha mantenido en este estado de pureza durante tantos años.

Tanto Jo como Kate miraron con sorpresa a Lexy, que tendió las manos.

—Hay que saber cómo tratar a la gente, eso es todo. Si le hablas de la necesidad de educar a los visitantes para que respeten la naturaleza, no sólo cederá, sino que al final creerá que la idea partió de él.

—Eres muy astuta, Alexa —afirmó Kate—, una cualidad que siempre he admirado en ti.

—La isla es lo que más le importa. —Lexy se inclinó sobre la borda para sentir el viento en la cara—. Utilizar ese argumento para convencerlo no es una cuestión de astucia. ¿No puedes ir más deprisa, Jo? Si continuas a esta velocidad, creo que llegaríamos antes nadando.

Jo estuvo a punto de sugerirle que se lanzara al agua y lo intentara. Luego se encogió de hombros. ¿Por qué no? ¿Por qué no navegar a toda vela y sentirse libre por un rato? Contempló la costa de Desire, la casa blanca de la colina y apretó el acelerador. —Entonces agarraos bien.

Lexy lanzó una exclamación y echó hacia atrás la cabeza sin dejar de reír. ¡Oh, Dios, cómo le gustaba viajar! Viajar a cualquier parte.

—¡Más rápido, Jo! Siempre has manejado estas máquinas mejor que cualquiera de nosotros.

—Y eso que hace dos años que no pilota un barco —intervino Kate, que lanzó un chillido cuando Jo hizo girar el timón para que la lancha trazara un círculo. Con el corazón agitado, se aferró a la borda mientras Lexy pedía más velocidad.

—Mirad, ahí está la barca pesquera de Jed Pendleton. ¿Por qué no le asustamos, Jo? Levanta una ola grande para que se balancee en el agua.

—¡Ni se te ocurra, Jo Ellen! —exclamó Kate tras reprimir la risa—. ¡Pórtate bien!

Jo intercambió una sonrisa con Lexy, algo poco habitual antes de poner los ojos en blanco.

—Sí, señora —murmuró al tiempo que reducía la marcha. Saludó a voz en grito a los pescadores—. Sólo estaba poniendo a prueba la lancha para averiguar qué velocidad alcanza.

—Muy bien, ya lo has hecho —repuso Kate— Ahora confío en que el resto del trayecto sea tranquilo.

—Tengo muchas ganas de llegar. —Lexy se volvió y se apoyó contra la borda—. Deseo ver gente y comprar algunas cosas. ¿Por qué no nos compramos un vestido cada una? Así tendríamos una excusa para ofrecer una fiesta elegante, con música y champán. Hace meses que no estreno un traje.

—No me extraña. Tu armario está a punto de reventar por la cantidad de ropa que contiene —replicó Jo.

—Son prendas viejas. ¿Nunca sientes la necesidad de tener algo nuevo...?

—Lo cierto es que me hace falta un flash especial —contestó Jo con sequedad.

—Es evidente que te interesa más la cámara que vestir con elegancia. —Lexy inclinó la cabeza—. ¿Qué te parece algo atrevido para variar? Tal vez azul, y de seda sin duda, como la ropa interior. Así si alguna vez permites que Nathan llegue a vértela, se llevará una agradable sorpresa.

—¡Alexa! —Kate levantó una mano y contó hasta diez—. La vida privada de tu hermana no es asunto tuyo.

—¿Qué vida privada? Desde que la vio, ese pobre hombre se muere por quitarle los téjanos.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho? —repuso Jo desafiante.

—Porque cuando lo haya hecho te sentirás mucho más relajada —contestó Lexy con una sonrisa felina.

—Si basta con un revolcón para que una mujer se relaje, a estas alturas tendrías que estar en coma.

Lexy se echó a reír y volvió la cabeza hacia el viento.

—Últimamente me siento muy serena, querida, lo que no puede decirse de ti.

—Basta, Lexy —terció Kate con cierto nerviosismo al tiempo que se ponía en pie—. No vamos a Savannah de compras, sino porque tu hermana tiene problemas. Insistió en que nos acompañaras para contarte qué sucede y evitar que esos problemas te afecten a ti.

¿De qué hablas? —preguntó Lexy—. ¿Qué pasa? Siéntate —ordenó Kate al tiempo que le tendía los sobres quejo había recibido—. Cuando veas esto lo comprenderás.

Diez minutos después, mientras examinaba las fotografías, Lexy se estremeció. —Ese hombre te acecha.

—No diría tanto —replicó Jo con la mirada fija en la costa a la que se dirigían.

—No cabe duda de que te acecha, y así se lo dirás a la policía. Existen leyes contra el acoso. En Nueva York conocí a una mujer cuyo ex novio no la dejaba en paz; se presentaba de repente, la llamaba, la seguía. Vivió aterrorizada durante seis meses, hasta que decidió tomar medidas. No tienes por qué vivir asustada.

—Sin embargo tu amiga sabía de quién se trataba —apostilló Jo.

—Bueno, tendremos que descubrir quién intenta aterrorizarte. —Como las fotografías le espantaban, las apartó de sí—. ¿Rompiste tu relación con alguien más o menos en la época en que esto empezó? —No; no me veía con nadie en especial. —No tiene por qué ser alguien especial para ti —le recordó Lexy—, aunque él quizá lo creyó. ¿Con quién salías?

—Con nadie.

—Jo, seguro que alguna vez quedaste con alguien para comer, ir al cine...

—Sí, pero no se trataba de citas románticas. —¡No seas tan literal! Tu problema es que para ti todo es blanco o negro, como tus fotografías; sin embargo hasta las fotografías tienen grises, ¿no es cierto?

Jo frunció el entrecejo, sin saber si debía sentirse impresionada o insultada por la analogía que acababa de establecer su hermana. —Es que no veo...

—Exactamente —interrumpió Lexy—. Debes elaborar una lista con los hombres con que has salido y otra con aquellos cuya invitación declinaste. Tal vez se trata de alguien que te propuso una cita dos o tres veces y al final se dio por vencido.

—Este último año he estado muy ocupada. Apenas he salido con nadie.

—Me alegro, porque así las posibilidades de encontrar al culpable son mayores. —Lexy cruzó las piernas—. Tal vez algún vecino del edificio donde vives en Charlotte intentó llamarte la atención o entablar conversación cuando coincidisteis en el vestíbulo o el ascensor. Procura recordar. Una mujer sabe cuándo un hombre se interesa por ella,

aunque él no le interese en absoluto.

—No suelo prestar atención a esos detalles.

—De todas formas, haz memoria. Eres tú quien debe controlar la situación. No permitas que se entere de que estás asustada, no le des la satisfacción de creer que puede mandarte otra vez al hospital. —Se inclinó para zarandearla—. Así pues, piensa. Siempre has sido la más inteligente de la familia. Usa la cabeza.

—Yo me encargaré del timón, Jo —se ofreció Kate—. Siéntate y descansa.

—Ya descansará más tarde. Ahora tiene que pensar.

—Déjala en paz, Lexy.

—No. —Jo meneó la cabeza—. Tienes razón, Lexy —afirmó mientras miraba a su hermana, a quien hasta entonces había considerado una frívola—. Tus preguntas son las correctas, las que nunca se me ocurrió plantearme. Estoy segura de que son las mismas que me formulará la policía.

—Supongo que sí.

—Está bien. —Jo exhaló un suspiro—. Ayúdame a pensar.

—Eso trato de hacer. ¿Por qué no nos sentamos?

La tomó del brazo y se acomodó a su lado—. En primer lugar, piensa en los hombres con que te relacionas.

—No hay muchos. No los atraigo como la miel a las abejas.

—Lo harías si quisieras, pero ésa es otra cuestión. —Ya solucionarían ese problema más tarde, pensó Lexy—. ¿Hay alguno al que tratas con frecuencia?

—El único a quien veo con regularidad es mi alumno, Bobby. Fue él quien me llevó al hospital. Estaba en casa cuando recibí el último sobre.

—Ese tipo resulta sospechoso.

Jo abrió los ojos como platos.

—¿Bobby? ¡Es ridículo!

—¿Por qué? Es tu alumno, por lo que deduzco que es fotógrafo. Sabe usar una cámara, revelar fotografías. Apuesto a que estaba al corriente de adonde viajabas y qué actividades realizabas...

—Por supuesto, pero...

—Incluso te ha acompañado en algunas ocasiones, ¿verdad?

—Desde luego, forma parte de su aprendizaje.

—Y tal vez se siente atraído por ti.

—¡Qué tonterías! Al principio quizá estaba un poco enamorado...

—¿En serio? —Lexy arqueó una ceja—. ¿Su amor era correspondido?

—Tiene veinte años.

—¿Y qué? —Lexy descartó el argumento encogiéndose de hombros—. Comprendo; no te acostaste con él. Lo veías casi a diario, se sentía atraído por ti, sabía dónde estabas, conocía tus actividades cotidianas, domina la fotografía... Opino que debe encabezar nuestra corta lista.

Tal posibilidad era mucho más espantosa que pensar en un ser sin rostro y sin nombre.

—Bobby me cuidó, me trasladó al hospital.

Afirmó que no había visto esa fotografía, pensó Jo con un nudo en la garganta. Estaban solos los dos, y Bobby aseguró no haberla visto.

—¿Sabe que has regresado a Sanctuary?

—Sí, yo... —Jo se interrumpió y cerró los ojos—. Sí, conoce mi paradero. ¡Sabe dónde estoy! Esta mañana he hablado con él. Me telefoneó.

—¿Por qué te llamó? —preguntó Lexy—. ¿Qué te dijo?

—Había dejado un recado a uno de sus compañeros para que se pusiera en contacto

conmigo porque... necesitaba preguntarle algo.

—¿Desde dónde llamaba? —inquirió Kate dirigiéndole una rápida mirada por encima del hombro.

—No se lo pregunté... no me lo dijo. —Con un supremo esfuerzo Jo consiguió contener el miedo—. Carece de sentido que Bobby me enviara las fotografías. Hace meses que trabajo con él.

—Ésa es la clase de relación que le interesará a la policía —conjeturó Lexy—. ¿Quién más sabe dónde estás?

—Mi editor. —Jo se frotó la sien—. Los empleados de la oficina de correos, el portero del edificio y el médico que me atendió en el hospital.

—Por tanto, cualquiera interesado en conocer tu paradero habría podido averiguarlo. De todos modos Bobby sigue siendo el primero de la lista.

—Sospechar de él me hace sentir mal. —Tras una pausa, añadió—: Es lo bastante bueno para haber tomado esas fotografías, siempre que las trabajara y se tomara su tiempo. Posee un gran potencial. Sin embargo todavía comete errores, se precipita y en ocasiones falla en el proceso de revelado. Eso explicaría que algunas fotografías no tengan la misma calidad que las demás.

—¿A qué te refieres? —Picada por la curiosidad, Lexy sacó algunas del sobre.

—Algunas están mal encuadradas. Fíjate en ésta. —Señalo la sombra que le caía sobre el hombro en una de ellas—. Y en esta otra. Los tonos no están bien definidos. Algunas exposición es insuficiente, y unas pocas carecen de creatividad.

—Soy incapaz de apreciar esos detalles.

—La composición artística no es tan buena como en las que tomó en Charlotte o en Hatteras. En realidad... —añadió con el entrecejo fruncido mientras las examinaba con detenimiento—, estas últimas son menos profesionales, menos creativas. Da la impresión de que comienza a aburrirse... o perder el interés.

»Observa ésta —agregó—: un estudiante de primer curso con un equipo adecuado podría haberla hecho sin ninguna dificultad; el sujeto está relajado, ignora que van a fotografiarlo, la luz es buena porque se filtra entre los árboles. Es una toma fácil. En cambio en esta de la playa debía haber usado un filtro amarillo para evitar el brillo, suavizar las sombras y definir las nubes. Eso es básico. Sin embargo no se molestó en hacerlo, con lo que la fotografía pierde calidad, espectacularidad. Antes no cometía estos errores. —Se apresuró a sacar las fotografías del otro sobre—. Me mandó otra de la playa de Hatteras. Se trata de una toma similar, pero en este caso usó un filtro, se tomó su tiempo. Consiguió captar la textura de la arena, el movimiento de mi pelo mecido por el viento, la gaviota que sobrevuela las olas, las nubes, definidas con precisión. Es una fotografía preciosa, digna de exhibirse en una exposición o una galería. En cambio la de la isla es pésima.

—¿Bobby te acompañó a Hatteras?

—No.

—En Hatteras suele haber mucha gente. Es posible que no lo vieras, sobre todo si se disfrazó.

—¡Si se disfrazó! ¡Ah, Lexy! ¿Crees que no habría reparado en la presencia de un tipo con gafas como las de Groucho y una nariz rara?

—Me refiero a los elementos indispensables, como una peluca. Yo podría acercarme a ti en la calle sin que me reconocieras. No es muy difícil convertirse en otra persona. —Sonrió—. Lo hago con frecuencia. Basta con teñirse el pelo, ponerse sombrero y gafas oscuras, barba o bigote. De lo que no cabe duda es de que quienquiera que sea estuvo allí y luego vino aquí. Jo asintió.

—Tal vez todavía está en la isla. —Sí. —Lexy posó la mano sobre la de Jo—. Ahora debemos mantenernos alerta para encontrarlo.

Jo miró la mano que cubría la suya. Comprendió que no debía sorprenderle esa muestra de afecto.

—Debería haberos contado todo esto mucho antes, pero quería solucionarlo por mi cuenta.

—¡Qué extraño! —exclamó Lexy—. Prima Kate, Jo dice que quería solucionarlo por su cuenta. ¿No te asombra? La frase preferida de Jo siempre fue: «¡Aparta de mi camino, lo haré yo sola!»

—Muy ingeniosa —murmuró Jo—. Además, jamás pensé que te prestarías a ayudarme.

—Otra novedad, Kate —dijo Lexy sin apartar la vista de su hermana—. Nunca me has permitido demostrar mi inteligencia ni mi capacidad de comprensión. En realidad, nadie lo ha hecho.

Jo entrelazó los dedos con los de su hermana menor. —Me daba vergüenza contarlo. Me avergonzaba haber sufrido una crisis nerviosa y no quería que se enterase nadie de mi familia.

Lexy se compadeció de ella. Aun así, mantuvo la misma expresión burlona.

—Menuda estupidez, Jo Ellen. Sabes que, como sureños, admiramos sobre todo a los antepasados más lunáticos. Ocultar la existencia de parientes locos es una costumbre yanqui. ¿No estás de acuerdo, prima Kate? Divertida y henchida de orgullo al oír a Lexy, Kate volvió la cabeza.

No cabe duda, Lexy. Una familia sureña alaba a los miembros más chiflados y exhibe sus retratos en la sala de estar, junto con las mejores porcelanas.

Jo Ellen se sorprendió riendo.

—Yo no estoy loca.

—Todavía no —replicó Lexy apretándole la mano—, pero si sigues así te situarás a la altura de nuestra bisabuela Lida. Creo recordar que lucía un vestido de fiesta tanto de día como de noche porque aseguraba que en cualquier momento se presentaría Fred Astaire para sacarla a bailar. Si te esforzaras un poco, llegarías a parecerle a ella.

Jo rió con ganas.

—Después de todo, tal vez debamos ir de compras para ver si consigo un traje de baile, por si acaso.

—Tu color es el azul. —Consciente de que le costaba menos que a Jo manifestar sus emociones, la abrazó con cariño—. Había olvidado decirte algo, Jo Ellen.

—¿Qué?

—Bienvenida a casa.

Eran más de las seis cuando regresaron a Sanctuary. Después de todo decidieron ir de compras, de modo que volvieron cargadas con cajas y bolsas. Kate todavía se preguntaba por qué había permitido que Lexy se saliera con la suya. Con todo, ya conocía la respuesta.

Después de permanecer una hora en la comisaría, las tres necesitaban hacer alguna tontería.

Al pasar por la cocina ya estaba preparada para oír los reproches de Brian. Él miró la prueba de la traición que portaban en los brazos y exclamó:

—¡Qué bonito! Hay seis mesas ocupadas en el comedor, es la hora de la cena y a vosotras se os ocurre ir de tiendas. He tenido que pedir a Sissy Brodie que sirviera las mesas, aunque es una inútil. Papá prepara las bebidas que damos gratis a los clientes para compensar el mal servicio, y yo acabo de quemar dos platos de pollo porque he tenido que limpiar el traje de Becky Fitzsimmons, sobre el que la tonta de Sissy volcó unos tallarines con gambas.



—¿Becky Fitzsimmons está aquí y Sissy la ha atendido? —Lexy se desternilló de risa mientras depositaba los paquetes en el suelo—. No te enteras de nada, Brian Hathaway. Sissy y Becky son enemigas acérrimas desde que se descubrió que Jesse Pendleton llevaba unos seis meses acostándose con las dos. Al averiguarlo, Sissy se enfrentó a Becky a la entrada de la iglesia, después de la misa, y la llamó puta. Tuvieron que intervenir tres hombres fuertes para separarlas. —Mientras rememoraba la escena, Lexy se quitó el pañuelo para dejarse el pelo suelto—. Menos mal que sólo se le ocurrió arrojarle un plato de tallarines. Me extraña que Sissy no cogiera un cuchillo de la cocina para atacar a Becky.

Brian respiró hondo.

—Doy gracias a Dios por ello. Toma el bloc y ve enseguida al comedor. Has llegado una hora tarde.

—Ha sido por mi culpa, Brian —terció Jo preparándose para recibir una reprimenda de Brian—. Pedí a Lexy que me acompañara y perdimos la noción del tiempo.

—Yo no puedo permitirme el lujo de olvidar mis obligaciones, y no debes defenderla. —Retiró la tapa de la cacerola donde se freía una pechuga de pollo y le dio la vuelta—. No restes importancia a lo sucedido —añadió dirigiéndose a Kate—. No tengo tiempo para oír excusas.

—No pienso ofrecer ninguna excusa —replicó ella al tiempo que se erguía—. En realidad jamás gastaría el aliento hablando con alguien que emplea ese tono conmigo—. Levantó el mentón y se encaminó hacia el comedor para ayudar a Sam en el bar.

—Ha sido culpa mía, Brian —repitió To—. Kate y Lexy...

—No te molestes en dar explicaciones —interrumpió Lexy mientras trataba de contener su mal humor—. Se niega a escuchar. De todos modos nunca se entera de nada. —Cogió el bloc y salió de la cocina hecha una furia.

—Frívola, irresponsable, cabeza hueca —murmuró Brian.

—¡No hables así de ella!

—¿Qué es esto? ¿Acaso en una tienda ha nacido entre vosotras un cariño repentino? No me digas que las mujeres que salen juntas de compras se convierten de pronto en amigas del alma.

—No tienes un buen concepto de las mujeres, ¿verdad? Bien, el caso es que necesitaba el apoyo de esas dos mujeres, que no dudaron en brindármelo. Si te has enfadado por el retraso...

—¿Enfadarme? —Colocó la pechuga de pollo en un plato y apretó los dientes con fuerza mientras añadía verduras y la guarnición. No estaba dispuesto a que una mujer estropearla la presentación de un plato—. No se trata de que me enfade o no, sino de dirigir una empresa, de mantener la reputación que nos ha costado veinticinco años conseguir. Me habéis dejado solo con veinticinco personas en el comedor que esperan que se les sirva como es debido.

—Está bien, tienes derecho a estar enojado, pero sólo conmigo. Han ido a tierra firme por mí.

—No te preocupes. —Llenó una cesta con panecillos recién salidos del horno—. Estoy bastante enojado contigo.

Jo observó las cacerolas que humeaban sobre los fogones, las verduras ya picadas sobre la tabla. El fregadero estaba lleno de platos sucios, y Brian trabajaba con cierta dificultad a causa de la herida de la mano.

Lo hemos dejado en la estacada, tiene toda la razón del mundo, decidió. Se habían portado mal con él.

—¿Cómo puedo ayudar? Si quieres fregaré los platos y...

—Prefiero que te apartes de mi camino —exclamó él sin mirarla—. Es lo que mejor sabes hacer, ¿verdad?

Ella aguantó el golpe y aceptó la culpa.

—Sí, supongo que sí.

Salió en silencio por la puerta posterior. El acceso a Sanctuary no me está prohibido, pensó, por lo menos no como se me representaba en los sueños. Sin embargo el camino que le quedaba por recorrer era rocoso y escarpado.

Brian tenía razón. Siempre se las había apañado para permanecer al margen y dejar a los demás los placeres y problemas que se incubaban en esa casa.

De hecho, ignoraba si deseaba cambiar de actitud.

Decidió pasear por el bosque. Si alguien la vigilaba, allá él; que tomara sus malditas fotografías hasta que se le entumeciera el dedo. No pensaba vivir asustada. Deseaba que él estuviera allí, cerca, que se mostrara.

Se detuvo y miró con expresión sombría alrededor. Un enfrentamiento le convenía dado su estado de ánimo. Nada le complacería tanto como una buena pelea cuerpo a cuerpo.

—Soy más fuerte de lo que crees —dijo en voz alta, y captó la ira que destilaba su voz cuando el eco se la devolvió—. ¿Por qué no sales y te enfrentas a mí cara a cara? —Tomó un palo y lo dejó caer sobre la palma de la mano—. ¡Eres un hijo de puta! ¿Crees que puedes asustarme con unas fotografías de pésima calidad?

Azó un árbol con la vara. Un pájaro carpintero salió volando del tronco y se alejó.

—El encuadre es una porquería, la iluminación desastrosa. Lo que sabes acerca de captar estados de ánimo cabría en un dedal. He visto mejores instantáneas echas por un chico de diez años con una Kodak cualquiera.

Apretó la mandíbula, ansiosa por ver salir a alguien. Esperaba que el hombre la atacara. Quería hacerle pagar la tortura que le había infligido. Sólo oía el rumor del viento a través de las hojas. La luz se tornaba cada vez más débil.

—Empiezo a hablar sola —murmuró—. A este paso, antes de los treinta años estaré tan loca como mi bisabuela Lida. —Arrojó el palo al aire y observó cómo caía con un ruido sordo sobre los frondosos arbustos.

No distinguió el mocasín gastado que se encontraba a pocos centímetros de donde había aterrizado la vara, ni los téjanos desteñidos. Cuando se adentro más en el bosque, no captó el sonido de una respiración que luchaba por tranquilizarse, ni las palabras susurradas con una profunda emoción:

—Todavía no, Jo Ellen. Todavía no. No hasta que esté listo. Ahora no tendré más remedio que lastimarte para que te arrepientas de lo que has dicho.

Se enderezó con lentitud y se consideró completamente dueño de la situación. Ni siquiera reparó en la sangre que le manchaba la palma de las manos cuando cerró con fuerza los puños.

Convencido de saber hacia dónde se dirigía Jo y familiarizado con el bosque, tomó un atajo para llegar antes que ella.

# TERCERA PARTE

El amor es fuerte como la muerte  
Los celos son crueles como la tumba.

## EL CANTAR DE LOS CANTARES

### 20

Jo ignoraba que había decidido ir a la cabaña de Nathan hasta que casi estuvo allí. Cuando se detuvo y pensó en cambiar de dirección, oyó pasos. Sintió que la adrenalina le corría por el cuerpo, cerró los puños y tensó los músculos. Dio media vuelta, dispuesta a atacar y miró alrededor en la luz crepuscular. Sopló una ráfaga de viento, y levantó el vuelo una garza.

Nathan salió de las sombras.

Al verla aflojó el paso y paró cerca de ella. Tenía los zapatos y el borde de los téjanos manchados por la humedad y la hierba, el pelo despeinado por la brisa. Al notar la actitud agresiva dejó, arqueó una ceja.

—¿Buscas pelea?

Jo intentó que desapareciera la crispación de sus dedos.

—Tal vez.

El avanzó un paso e hizo ademán de golpearle el dentón.

—Creo que te ganaría. ¿Quieres que lo intentemos?

—Quizá otro día. —El zumbido en los oídos comenzó a apagarse. Tiene los hombros anchos, pensó; un agradable lugar para apoyar la cabeza... si me atreviera a hacerlo—. Brian me ha expulsado de la cocina —explicó mientras hundía las manos en los bolsillos—, de modo que salí a pasear.

—Yo también he caminado un rato. —Le acarició el pelo—. ¿Qué me dices de lo que hablamos?

—Aún no lo he decidido.

—¿Por qué no entras? Piénsalo.

Jo clavó la vista en sus ojos.

—No quieres que entre en tu casa para pensar, Nathan.

—Entra de todos modos. ¿Ya has cenado?

—No.

—Aún conservo los bistecs. —La cogió de la mano y la condujo hacia la casa—. ¿Por qué te ha echado Brian?

—Una discusión doméstica. Por mi culpa.

—No te pediré que me ayudes a asar la carne. —Una vez dentro, encendió las luces—. Lo único que tengo para acompañarla son unas patatas fritas congeladas y un Burdeos blanco.

—Perfecto. ¿Te importa que use el teléfono? Me gustaría llamar a casa para avisar que no volveré... hasta dentro de un rato.

—No, en absoluto. —Nathan se acercó a la nevera y sacó los bistecs del congelador.

Jo está muy nerviosa, pensó mientras los introducía en el microondas para descongelarlos. Se siente furiosa e infeliz.

Se preguntó por qué le preocupaba el motivo que provocaba tales sentimientos ajo. Oyó el murmullo de su voz mientras hablaba por teléfono. Al cabo de unos minutos se reunió con él en la cocina.

—Esta parte la domino —dijo mientras apretaba unos botones del microondas—. Soy una verdadera experta en este aparato.

—Yo me desenvuelvo mejor cuando los paquetes llevan instrucciones. Encenderé el fuego para la parrilla. Si te apetece oír música, elige un disco.

Jo se acercó a la pila de compactos que había junto al pequeño estéreo colocado en una mesa, al lado del sofá. Por lo visto Nathan prefería la música clásica. Nada de rock; sólo Mozart y Beethoven. Jo no acababa de decidirse. No lograba concentrarse en una cuestión tan sencilla como escoger un disco.

¿Romance o pasión?, se preguntó con impaciencia. ¿Qué quieres? Determina de una vez qué deseas y cógelo.

—El fuego no tardará mucho —explicó Nathan limpiándose las manos en los téjanos—. Sí...

—Sufrí una crisis nerviosa —dijo ella de repente.

Él bajó las manos con lentitud.

—Bueno.

—Supongo que debes saberlo antes de que lleguemos más lejos. Estuve un tiempo internada en el hospital de Charlotte. Antes de volver a Desire sufrí una crisis mental. Tal vez esté loca.

La expresión de sus ojos era elocuente. Nathan consideró que disponía de unos cinco segundos para decidir cómo debía actuar.

—¿Loca en qué sentido? ¿Sueles correr desnuda por la calle advirtiendo a la gente que se arrepienta de sus pecados? ¿O acaso crees que unos seres de otro planeta te secuestraron? Porque no estoy muy seguro de que las personas que afirman haber sido abducidas por extraterrestres estén realmente locas.

Jo lo miró boquiabierta.

—¿Has escuchado lo que acabo de explicarte?

—Sí. Sólo pido que me aclares el concepto. ¿Te apetece una copa?

Jo cerró los ojos. Tal vez los lunáticos atraigan a otros chiflados, pensó.

—De momento no me ha dado por correr desnuda por la calle.

—Me alegro. De lo contrario, habría tenido que reflexionar sobre todo esto. —Como ella comenzó a pasearse, consideró que no era el momento apropiado para tocarla. Volvió al frigorífico para sacar el vino y descorchó la botella—. Entonces ¿te raptaron unos alienígenas?

—No te comprendo —murmuró ella—. Durante dos semanas me sometieron a un examen psiquiátrico.

Nate escanció el vino.

—Lo siento, pero eso ya ha pasado —dijo con calma mientras le tendía un vaso.

—¡Eso crees tú! Hoy he estado a punto de sufrir otra crisis.

—¿Estás alardeando o quejándote?

—Después fui de compras. —Seguía paseando por la habitación—. Dudo de que estar a punto de padecer una crisis emocional y después salir para comprar ropa interior sea una señal de estabilidad.

—¿Qué clase de ropa interior?

Jo lo miró con los ojos entornados, furiosa.

—Trato de explicarte qué me ocurre.

—Te escucho. —Se arriesgó a acariciarle la mejilla—. Jo, ¿realmente creías que al

enterarme me alejaría de ti?

—Tal vez. —Dejó escapar el aire que había contenido—. Sí.

—Entonces estás loca. Siéntate y cuéntame qué sucedió.

—No puedo estarme quieta.

—Muy bien. —Nathan se apoyó contra la mesa de la cocina—. Entonces nos quedaremos de pie. ¿Qué te sucedió?

—Yo... fueron... muchas cosas... la tensión provocada por el trabajo. Sin embargo de hecho el estrés es positivo, puede encauzarse; te mantiene motivado. Siempre lo he aceptado como parte de mi profesión. Me gusta establecer un horario, un ritmo de trabajo, y seguirlo. Necesito saber qué actividades debo hacer y en qué orden.

—De modo que la espontaneidad no es tu fuerte.

—Si actúas movido por un impulso, todo se tambalea.

—La espontaneidad —replicó él— convierte la vida en una sorpresa; sin duda en ocasiones la complica, pero muchas veces resulta más interesante gracias a ella.

—Tal vez tengas razón, pero no busco una vida interesante. —Se volvió hacia otro lado—. Sólo aspiro a la normalidad. Mi mundo se desmoronó en una ocasión, y todavía no he conseguido recoger los pedazos, de modo que edifiqué otro. Me vi obligada.

Nathan se puso tenso y el vino que tenía en la boca adquirió un sabor amargo.

—¿Te refieres a lo de tu madre?

—No lo sé. Supongo que en parte sí. Los psicoanalistas atribuyeron mis problemas a ese episodio. Tenía más o menos mi edad cuando se marchó, dato que los médicos juzgaron muy interesante. Mamá me abandonó. ¿Acaso trato de repetir el ciclo al abandonarme a mí misma? —Jo meneó la cabeza y miró a Nathan—. Sin embargo eso no es todo. Conseguí superar la desaparición de mamá. Me planteé unas metas y me esforcé por lograrlas. Me gustaba lo que hacía y los lugares adonde iba.

Al notar que la mano le temblaba, Nathan dejó el vaso.

—Jo Ellen, lo que sucedió en el pasado, los actos de otras personas, por muy cercanas que fueran, no pueden destruir lo que somos, lo que tenemos. ¡No debemos permitirlo!

Ella cerró los ojos con alivio. Le tranquilizaban las Palabras de Nathan.

—Eso mismo me digo cada día. Empecé a tener pesadillas. Siempre he tenido sueños muy vividos, pero éstos me crisparon. No dormía bien y apenas tenía apetito. Ni siquiera recuerdo si sucedió antes o después de que empezara a recibir las primeras fotografías.

—¿Qué fotografías?

—Alguien decidió mandarme fotografías que me había hecho. Al principio sólo aparecían mis ojos. —Se frotó el brazo al sentir un escalofrío—. Era espantoso. Traté de que no me afectaran, pero continuaron llegando. Después recibí un paquete que contenía docenas de fotografías mías; en casa, en lugares adonde había viajado por motivos profesionales, en el mercado... —Se llevó la mano al corazón, que le latía deprisa—. Creí ver más. Sufrí una alucinación, un ataque de pánico. Después me sobrevino la crisis.

La furia fustigó a Nathan en una especie de trallazo duro y doloroso.

—Algún cretino se dedicaba a perseguirte y atormentarte. Es lógico que te desmoronaras. —Como las manos habían recuperado la firmeza, la rodeó y la atrajo hacia sí.

—No supe afrontarlo.

—¡Basta! ¿Cómo es posible enfrentarse a situaciones como ésa? ¡Ese hijo de puta pretendía hacerte sufrir! —Miró por encima del hombro de Jo en busca de algo que golpear—. ¿Qué medidas adoptó la policía de Charlotte?

—No presenté ninguna denuncia. —Abrió los ojos como platos al ver que él se apartaba con una expresión de rabia en el rostro.

—¿Cómo es posible? ¿Por qué no informaste de los hechos? ¿Piensas dejar que ese desgraciado se salga con la suya?

—Necesitaba marcharme, alejarme de allí. Me veía incapaz de controlar la situación.

Nathan se percató de que clavaba los dedos en los hombros de Jo y se separó. Tomó el vaso de vino y se alejó. Recordó el aspecto que tenía la primera vez que la vio en la isla; pálida, extenuada, ojerosa e infeliz.

—Necesitabas un refugio.

Ella exhaló un suspiro.

—Sí, supongo que sí, pero hoy he descubierto que no existe refugio para mí. Ese hombre ha estado aquí. —Desterró el pánico que amenazaba con cerrarle la garganta—. Me mandó fotografías desde Savannah, tomadas aquí, en la isla.

La cólera hincó de nuevo sus garras en Nathan, que se esforzó por dominarse antes de volverse hacia ella.

—Entonces lo encontraremos y lo detendremos.

—Ignoro si permanece en la isla, si regresará, si... La incertidumbre resulta casi insoportable. Sin embargo he decidido intervenir para solucionar el problema.

—No es necesario que te enfrentes a él sola. Me importas, Jo Ellen, y estoy dispuesto a ayudarte.

—Tal vez por eso he venido a tu casa.

Él depositó el vaso sobre la mesa para tomarle el rostro entre las manos.

—No permitiré que nadie te lastime. Te lo prometo.

Ella le creyó con demasiada facilidad, trató de echarse atrás.

—Me alegra saber que cuento con tu apoyo, pero tengo que arreglar esto yo sola.

—No. —La besó en la boca con suavidad—. No tienes que hacerlo.

El corazón de Jo se aceleró.

—La policía dijo... ¿Has ido a la policía?

—Hoy. Yo... —Por un instante perdió el hilo de sus pensamientos cuando la boca de Nathan volvió a rozar la suya—. Afirman que investigarán el asunto, pero no tienen mucho en que basarse. No he recibido ninguna amenaza.

—Te sientes amenazada. —Le pasó las manos sobre los hombros—. Eso es más que suficiente. Conseguiremos que todo esto termine de una vez. —Deslizó los labios por su mejilla, la sien, el pelo—. Te cuidaré —murmuró.

Las palabras giraron en la mente aturdida de Jo, que no alcanzó a comprenderlas.

—¿Qué?

Nathan dudó de que alguno de los dos estuviera en condiciones de aceptar lo que acababa de comprender. Necesitaba cuidarla, tranquilizarla, ahorrarle preocupaciones. Debía asegurarse de que ninguno de sus actos cortara los débiles hilos de esa relación que acababa de nacer.

—Te pido que olvides el tema por un rato. Procuraremos que esta velada te relaje. —Le frotó la espalda antes de alejarse para observarla—. Nunca he visto a nadie que necesite tanto un buen bistec y un vaso de vino.

Jo comprendió que Nathan le daba tiempo, que no la apremiaba. Era lo mejor. Consiguió sonreír.

—Estoy de acuerdo. Será agradable no pensar en ese asunto durante una hora.

—Entonces pondré la carne en la parrilla mientras tú te ocupas de las patatas fritas. Luego lograré que te aburras hablándote de mi nuevo proyecto.

—Inténtalo, pero te advierto que no me aburro con facilidad. —Se volvió hacia la nevera, la abrió y volvió a cerrarla—. No me gusta el sexo.

Nathan se detuvo a un paso del microondas. Se aclaró la garganta antes de preguntar:

—¿Qué has dicho?

—Es evidente que formará parte de la velada. —Jo entrelazó los dedos. Más vale ser

sincera, pensó. Además, después de haber pronunciado las palabras, ya no podría echarse atrás.

Nathan bebió un largo trago de vino.

—No te gusta el sexo.

—Tampoco lo aborrezco —matizó ella—. Por lo menos no tanto como el coco.

—El coco.

—Detesto el coco... hasta su olor me descompone. El sexo se parece más a... no lo sé... a un flan.

—El sexo se parece a un flan.

—En realidad no sé si me gusta o no.

—Comprendo. Si lo tienes a mano, estupendo, bueno, pero ¿para qué molestarse en buscarlo?

Jo relajó los hombros.

—Sí, es más o menos así. Consideré que era mejor advertirte para que no tuvieras grandes expectativas si llegamos a la cama.

El se pasó la lengua por los dientes.

—Tal vez jamás hayas tenido una experiencia con un flan tan bien preparado como el mío.

Jo lanzó una carcajada.

—Más o menos es siempre lo mismo.

—No estoy de acuerdo. —Vacío el vaso de un trago y lo depositó sobre la mesa. Jo lo miró con expresión divertida y luego con desconfianza al ver que se acercaba—. Ahora me siento obligado a discutir el asunto.

—Nathan no pretendía desafiarte, sólo... —Se interrumpió cuando él la cogió en brazos—. ¡Espera un minuto!

—En la universidad formaba parte del equipo de debates —mintió.

—No he dicho que quisiera acostarme contigo.

—¿Y qué más da? —Cruzó el pequeño vestíbulo—. Al fin y al cabo no lo tienes claro, ¿recuerdas? —La depositó sobre la cama y se deslizó sobre ella—. Además, un ilan nunca ha hecho mal a nadie.

—No quiero...

Sí, por supuesto que quieres. —Acercó la boca a la de ella sin llegar a rozarla—. Yo también lo he querido desde el principio. Esta noche has decidido mostrarte sincera, ¿verdad, Jo? Dime que no te intriga, que no te apetece.

El cuerpo de Nathan era fuerte y cálido.

—Me intriga.

—Eso me basta. —La besó con pasión.

El gusto de su boca y la repentina lascivia que sentía alejaron las preocupaciones de Jo, que le rodeó con los brazos.

—¡Tu boca! —Nathan le mordisqueó el labio superior—. ¡Dios mío, cómo la he deseado! ¡Me vuelve loco!

Jo estaba a punto de reír cuando la lengua de Nathan se entrelazó ardiente con la suya, y un calor inesperado le recorrió el cuerpo y comenzó a latirle entre las piernas. Sorprendida, hundió los dedos en su pelo. Nunca la habían besado así. Ignoraba que un simple beso pudiera despertar tantas sensaciones. Nathan le mantenía la cara entre las manos como si todo cuanto deseaba se centrara allí.

Jo arqueó las caderas cuando Nathan apretó la boca contra su cuello. Aspiró el aroma de su piel, esa fragancia primaveral. Continuó así mientras notaba cómo el cuerpo de Jo se relajaba y estremecía bajo el suyo. A ella le resultaba excitante no saber dónde apoyaría Nathan la boca. Complacida, le acarició los hombros, la espalda, y admiró la fortaleza de los músculos masculinos.

Cuando Nathan volvió a besarla apasionadamente en los labios, Jo arqueó de nuevo las caderas, y se sintió frustrada por las barreras que le impedían tenerlo en su interior. La necesidad de una liberación física era mayor de lo que sospechaba.

Nathan comenzó a mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Esta vez acabarás por tenerlo claro.

Los últimos rayos del sol asomaban tras la montaña del oeste. El pelo de Jo formaba un halo alrededor de su rostro. Sus ojos eran de un azul intenso, como el del mar en verano, y su piel poseía un tono rosado.

Nathan le cogió una mano y le besó los dedos.

—¿Qué haces?

—Te saboreo. Te tiembla la mano. Me gusta. —Le atrapó los nudillos con los dientes—. Es excitante.

—No tengo miedo.

—No, estás aturdida. —A continuación le desabrochó el primer botón de la blusa—. Eso es aún mejor. No sabes qué te haré sentir.

Cuando le hubo desabotonado la blusa, la abrió y contempló su cuerpo. Lucía un sujetador de un azul eléctrico; el brillo del satén contrastaba con la palidez lechosa de sus pechos.

—¡Bueno, bueno! —Aunque la necesidad de devorarla era imperiosa, se obligó a mirarla a los ojos—. ¿Quién lo hubiera pensado?

—No es mío. —Jo se maldijo al verlo sonreír—. Quiero decir que lo compré y me lo puse en la tienda para evitar que Lexy me diera la lata.

—¡Dios bendiga a Lexy! —Sin dejar de mirarla a los ojos, deslizó los dedos por el borde superior de la prenda. Ella parpadeó, cerró los ojos—. Te estás reprimiendo. —Prosiguió la caricia—. No lo permitiré. Quiero oírte suspirar, Jo Ellen. Quiero oírte gemir y, después, gritar.

Ella abrió los ojos y contuvo el aliento cuando Nan le acarició los pezones.

—¡Oh, Dios!

Ocultas demasiado, y no me refiero sólo al cuerpo. Ocultas demasiado de ti misma. Antes de que hayamos terminado, lo habré visto y tenido todo.

Desabrochó el cierre delantero del sujetador y contempló los senos antes de bajar la cabeza para devorarlos.

Ella gimió y luego lanzó sollozos violentos. El dolor era insoportable. Se movía sin cesar debajo de Nathan para sofocar ese sufrimiento, pero con ello únicamente conseguía aumentar la sensación palpitante.

Le quitó la camisa por encima de la cabeza y la arrojó al suelo para palpar su piel. La tormenta estalló en su interior mientras la boca de Nathan y sus manos le recorrían todo el cuerpo. Se retorció, trató de liberarse, pero él la mantenía atrapada, aprisionada en el placer. No tenía alternativa.

Al cabo de unos minutos Nathan le bajó los pantalones para dejar al descubierto el triángulo de raso azul. Pasó la boca sobre su vientre y la deslizó hacia abajo jadeando.

Sólo tenía que introducir un dedo bajo la prenda de raso para que ella explotara. El cuerpo de Jo se convulsionaba bajo el suyo mecido por el placer sexual.

¡Gracias a Dios!, pensó Jo cuando los dedos del hombre le acariciaron el sexo hasta elevarla a la cima.

¿Creería Jo que eso era todo? A Nathan le palpitaba dolorosamente la entrepierna cuando retiró la fina barrera de tela que los separaba. ¿Creía Jo que ahora él se conformaría con menos que la locura? Le levantó las caderas y utilizó la lengua para atormentarla.

Y ella gritó. Echó los brazos hacia atrás para aferrarse a la cabecera de la cama casi con desesperación, como si con ello pretendiera evitar que su cuerpo cayera en un pozo



profundo, infinito. Una vez más alcanzó la cumbre del placer.

A continuación Nathan le cogió las manos y la penetró. La colmó y volvió a llevarla al orgasmo con embates lentos. Jo clavó la vista en sus ojos, velados por la lujuria.

Recibió sus embestidas hasta que él aceleró el ritmo y le resultó imposible seguirlo. Cuando la boca de él se posó en la suya, Jo se rindió y se dejó llevar.

Jo ignoraba si se había quedado dormida. El caso fue que cuando abrió los ojos la oscuridad era total. Nathan yacía sobre ella, con la cabeza apoyada entre sus pechos. La mujer percibió el rápido latido de su corazón, oyó el suspiro del viento que se colaba por la ventana.

Él notó que Jo se movía.

—Dentro de un segundo dejaré de aplastarte.

—No te preocupes. Casi puedo respirar.

Él sonrió y la besó en un seno antes de apartarse. Acto seguido la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Ha sido lo que llamas un flan?

Ella abrió la boca dispuesta a hacer algún comentario irónico, pero sólo surgió una carcajada.

—Tal vez lo que sucede es que hacía mucho que no lo probaba.

—Entonces tendrás que repetir.

Se apretó contra él.

—Si volvemos a intentarlo, moriremos.

—No, en absoluto. Primero comeremos los bistecs, regados con vino. De hecho ése era mi plan. Después repetiremos el postre.

—¡Querías emborracharme!

—Ésa era una idea. La otra consistía en trepar hasta tu balcón por el enrejado.

—Te habrías partido la crisma.

—No, de pequeño Brian y yo subíamos y bajábamos por él sin ninguna dificultad.

—Por supuesto, pero entonces tenías diez años. Se apoyó sobre un codo y sacudió la cabeza para echarse el pelo hacia atrás—. Ahora pesas unos cincuenta kilos más y sospecho que has perdido agilidad.

—Éste no es el momento más oportuno para poner en duda mi agilidad.

Jo sonrió y posó la frente sobre la de él.

—Tienes razón. Tal vez alguna noche llegues a sorprenderme.

—Quizá lo haga... —Le tiró con suavidad del pelo antes de sentarse en la cama—. Ahora voy a preparar la cena.

—Nathan —llamó mientras alisaba la arrugada colcha—, ¿por qué te tomas tantas molestias por mí?

Él no respondió de inmediato. No podía estar seguro de sus actos ni de sus palabras. Después de ponerse los téjanos, contestó.

—Cuando volví a verte, después de tantos años, me dejaste sin aliento, y creo que todavía no lo he recuperado.

—Estoy hecha un lío, Nathan. —Tragó saliva y agradeció que la oscuridad impidiera que él le viera la cara. Debía de notarse el deseo que, una vez más, acababa de despertarse en su interior—. No sé qué pienso o siento con respecto a nada... ni a nadie. Te convendría liberarte de mí.

—He tomado el camino más fácil en muchas ocasiones. Por lo general al final resulta aburrido. En cambio tú, hasta ahora, has sido cualquier cosa menos aburrida.

—Nathan...

—No me parece buena idea que discutas conmigo mientras estás sentada desnuda sobre mi cama.

Ella se mesó el cabello.

—Eso es cierto. Lo discutiremos después.

—Perfecto. Añadiré más carbón a la parrilla. —Como planeaba tenerla de nuevo desnuda sobre la cama antes de que terminara la velada, consideró que no tendrían mucho tiempo para discutir.

## 21

—Quédate. —Nathan le rodeó la cintura con los brazos y le mordisqueó la nuca. Jo todavía tenía el pelo húmedo de la ducha que acababan de compartir. Oler la fragancia de su propio jabón en la piel de ella volvió a excitarlo—. Por la mañana te prepararé el desayuno.

Ella le abrazó el cuello. Le sorprendía ser capaz de manifestar su afecto.

—No tienes nada con que prepararlo.

—Tengo pan. —La obligó a dar media vuelta—. Mis tostadas son fantásticas.

—Resulta tentador... Nathan. —Con una carcajada, se revolvió para tratar de liberarse de sus manos—. Si seguimos así, estoy segura de que moriremos de agotamiento. Además, tengo que volver.

—Es apenas medianoche.

—Ya es más de la una.

—Bueno, entonces es demasiado tarde. Lo lógico sería que te quedaras.

Jo deseaba quedarse. Cuando los labios de Nathan se unieron persuasivos a los suyos, sintió un nuevo embate lascivo.

—Tengo que arreglar algunas cosas en casa y resarcir a Brian por haberlo dejado en la estacada. —Le acarició la cara y le gustó lo que sentía bajo los dedos; los pómulos, la mandíbula, la barba incipiente. ¿Alguna vez habría explorado así el rostro de un hombre? ¿O deseado hacerlo?—. Además necesito pensar. —Se alejó con resolución—. Soy una mujer reflexiva, Nathan; acostumbro meditar cada paso que doy. Todo esto es nuevo para mí.

Él le pasó el pulgar por la arruga que se le formaba en la frente.

—Lo siento, debo regresar a casa.

Nathan comprendió que estaba decidida, de manera que renunció a la agradable perspectiva de despertar a su lado por la mañana.

—Te llevaré en el todoterreno.

—No es necesario...

—Jo —dijo con determinación mientras le apoyaba las manos sobre los hombros—, no quiero que andes sola en la oscuridad.

—No tengo miedo. No volveré a tenerlo.

—Me parece muy bien. De todos modos te llevaré a casa. O si lo prefieres, podemos discutir el asunto, conseguiré llevarte de nuevo al dormitorio y te acompañaré por la mañana. ¿Tu padre tiene un revólver?

Jo echó a reír.

—Es poco probable que te dispare por haberte acostado conmigo.

—Si lo hace, confío en que me cuidarás hasta que me recupere. —Tomó las llaves del coche.

—Como buena sureña, no dudaría en rasgar una enagua para convertirla en vendas.

—Casi valdría la pena recibir un balazo para verlo.

Al subir al vehículo, Jo preguntó:

—¿Te han disparado alguna vez?

—No. —Se sentó a su lado y puso en marcha el motor—. En cambio me extirparon las amígdalas. ¿Crees que un disparo sería mucho peor?

—Supongo que sí. Mucho peor.

Jo estiró las piernas, se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. Estaba cansada y muy relajada. El aire parecía sedoso sobre su piel.

—Las noches en la isla son estupendas —murmuró—. Reina un silencio absoluto mientras todos duermen. Se percibe la fragancia de los árboles y el olor del agua. El mar parece susurrar...

—Tienes razón. Además uno puede estar solo y no tener la sensación de soledad.

—Cuando era pequeña imaginaba cómo sería estar completamente sola, tener la isla entera para mí durante algunos días. Creí que me gustaría. Sin embargo, después lo soñé y tuve miedo. En el sueño no hacía más que correr, a través de la casa, en el bosque, por la playa. Quería encontrar a alguien, a cualquiera, para que me brindara su compañía, pero estaba sola. Desperté llorando y llamando a papá.

—No obstante, tus fotografías transmiten una sensación de soledad.

—Supongo que sí. —Lanzó un suspiro y abrió los ojos. Vislumbró un resplandor en Sanctuary—. Kate ha dejado una luz encendida para mí.

Ese brillo en su casa le resultó reconfortante. Lo observó destellar entre los árboles, vencer la oscuridad. En una ocasión había huido de esa luz y en otra había acudido corriendo a ella. Esperaba que algún día pudiera ir y volver allí con lentitud y sin miedo.

Cuando se acercaban al final del sendero vieron que de la hamaca del porche se alzaba una figura. Jo se estremeció hasta que Nathan posó una mano sobre la suya.

—Quédate aquí. Cierra con llave las portezuelas.

—No, yo... —Respiraba de forma entrecortada—. Brian —añadió con alivio.

Nathan también lo reconoció cuando salió a la luz. Asintió.

—Está bien, vamos.

—No. —Jo le apretó la mano—. No compliquemos las cosas. Si tiene ganas de reprenderme, me lo merezco. Además, sois amigos, y no sé cómo reaccionará cuando se entere de que te acuestas con su hermana.

—No parece armado.

El comentario la hizo reír, como Nathan esperaba.

—Vuelve a tu casa. —Se volvió y no dudó en besarle—. Brian y yo resolveremos nuestros problemas familiares. Somos demasiado educados para realizar un buen trabajo contigo delante.

—Quiero verte mañana.

Ella abrió la portezuela.

—Ven a desayunar... a menos que prefieras disfrutar de tus maravillosas tostadas.

—Aquí estaré.

Jo echó a andar hacia el porche y esperó a que Nathan se alejara para subir por los escalones.

—Hola —saludó a Brian con frialdad—. Es una noche preciosa para quedarse sentado en el porche.

El la miró un instante y luego se movió con tanta rapidez que Jo casi gritó de terror cuando la abrazó con fuerza.

—¡Lo siento! ¡Lo siento tanto!

Muda de asombro, la joven le dio unas palmadas en la espalda y acto seguido lanzó un chillido cuando la apartó de sí y comenzó a zarandearla.

—¿Qué te ocurre? —Sorprendida por su actitud, lo empujó para librarse de él—. ¡Quítame las manos de encima!

—Debería propinarte unas buenas patadas en el trasero hasta hundírtelo. ¿Por qué no hablaste de lo que te ocurría? ¿Por qué no me explicaste que tenías problemas?

—Si no me sueltas ahora mismo...

—No; no has cambiado nada Jo Ellen, siempre tan autosuficiente y...

Se interrumpió cuando Jo le asestó un puñetazo en la boca del estómago. El golpe

fue lo bastante rápido para pillarlo desprevenido. Brian dejó caer las manos y observó a su hermana.

—Tampoco has cambiado en eso.

—Tienes suerte de que no te haya partido la cara. —Se pasó la mano por la zona del brazo donde Brian le había apretado. Me saldrán moretones, pensó—. Es evidente que no estás en el estado de ánimo más adecuado para mantener una conversación razonable y civilizada, de modo que subiré a acostarme.

—Si das un solo paso hacia la puerta te colocaré sobre mis rodillas y te daré una paliza.

Jo se alzó de puntillas y lo miró fijamente.

—No me amenes, Brian Hathaway.

—No me pongas a prueba, Jo Ellen. Hace más de dos horas que te espero, muerto de preocupación, de manera que estoy dispuesto a meterte en cintura.

—He estado con Nathan, como sin duda ya sabías, y no tienes por qué inquietarte por mi vida sexual.

Él apretó los dientes.

—No quiero oír hablar del asunto ni pensar en ello. No es asunto mío si tú y Nathan sois...

Jo reprimió la risa. De haber adivinado que era tan fácil liar a su hermano, habría usado ese método hacía años. Satisfecha por la victoria obtenida, Jo se encaminó hacia la hamaca y se sentó. Inclino la cabeza y sacó un cigarrillo.

—Entonces ¿de qué quieres conversar?

—Primero deja de representar el papel de la gran beldad sureña, Jo. No te queda bien.

La joven encendió el pitillo.

—Es tarde y estoy cansada. Si tienes algo que decir, habla de una vez.

—No debías haber afrontado eso sola —murmuro. No debías haber sufrido tanto sola, haber permanecido en el hospital sin la compañía de un familiar. Sin embargo, fuiste tú quien lo eligió.

Ella dio una profunda calada al cigarrillo.

—Sí, yo lo elegí. Al fin y al cabo el problema era mío.

—Es cierto, Jo. —Avanzó un paso e introdujo los dedos en los bolsillos del pantalón para evitar que se le crispasen—. Tus problemas, tus triunfos, tu vida. Nunca has querido compartir nada. ¿Por qué había de ser distinto esta vez?

A Jo se le formó un nudo en la garganta.

—¿Qué habrías podido hacer tú?

—Habría estado allí, a tu lado. ¿Te sorprende? —le preguntó antes de que ella bajara la mirada—. Por muy infame que sea nuestra familia te habríamos prestado nuestro apoyo. De todos modos no importa lo que diga porque te enfrentarás sola al resto del asunto.

—He acudido a la policía.

—No me refiero a la policía, aunque cualquiera con dos dedos de frente habría presentado una denuncia en Charlotte, cuando empezó el incidente.

Ella volvió a inhalar una bocanada de humo.

—No sé si pretendes avergonzarme o insultarme.

—Puedo hacer las dos cosas.

Enojada, Jo arrojó el cigarrillo y observó cómo volaba por el aire hasta desaparecer en la oscuridad.

—He vuelto a casa, ¿no es cierto?

—Una decisión sensata. Llegaste con muy mal aspecto, demacrada y extenuada, pero no dijiste a nadie qué te sucedía, salvo a Kirby. Se lo comentaste a ella cuando te llevé a

su consultorio, ¿no es cierto? —Le relampaguearon los ojos—. Más tarde me encargaré de eso.

—Deja a Kirby en paz. Sólo le conté que había sufrido una crisis nerviosa. Es una cuestión médica y ella no tiene por qué explicar a su amante qué les ocurre a sus pacientes.

—Se lo dijiste a Nathan.

—Se lo he dicho esta noche porque lo consideré justo. —Con gesto cansado, se pasó la mano por la frente. Una lechuza ululaba en la oscuridad. Jo deseó encaramarse en un árbol para gozar de cierta paz—. ¿Quieres que hurgue en lo ocurrido, Brian? ¿Que repita todo, incluso los pequeños detalles?

—No. —Suspiró y se sentó a su lado—. No es necesario. Supongo que me lo habrías contado si hubieras encontrado el ambiente adecuado. Reflexioné al respecto mientras te esperaba dispuesto a cantarte las cuarenta.

—Ya estabas bastante furioso conmigo antes de eso. Recuerda que me echaste de casa.

Brian lanzó una carcajada seca.

—No tendrías que habérmelo permitido. También es tu hogar.

—Te pertenece, Brian. Siempre ha sido más tuya que de nadie —afirmó con sinceridad—. Tú eres el que más la quiere, el que más la cuida.

—¿Eso te molesta?

—No. Bueno, tal vez un poco, pero de hecho resulta un alivio. No necesito preocuparme de si hay goteras, porque tú te encargas de ello. —Echó hacia atrás la cabeza y miró la pintura brillante del techo del porche. Luego observó los jardines bañados por la luz de la luna y aspiró la fragancia de las rosas—. No quiero vivir aquí. Durante mucho tiempo creí que nunca regresaría pero me equivocaba. Este lugar me importa más de lo que creía. Me gusta saber que puedo regresar aquí siempre que lo desee, sentarme en el porche en una noche clara y cálida como ésta y oler el aroma de los jazmines y las rosas de mamá. Lexy y yo no podemos establecernos aquí como tú, pero sospecho que ambas necesitamos saber que Sanctuary continúa sobre la colina y que nadie nos prohibirá la entrada.

—Nadie os prohibirá la entrada.

—Una vez soñé que las puertas estaban cerradas. Cuando llamé, nadie contestó. —Dejó caer los párpados tratando de recordar la pesadilla con todo detalle y de convencerse de que en ese momento estaba en condiciones de luchar contra ella—. Me perdí en el bosque. Estaba sola, asustada, y no lograba encontrar el camino. Entonces me vi de pie en la otra orilla del río. Luego advertí que no era yo, sino mamá.

—Siempre has tenido sueños raros.

—Tal vez siempre he estado loca. —Esbozó una leve sonrisa—. Me parezco a ella, Brian. A veces, cuando me miro en el espejo, me sobresalto. En definitiva, eso fue lo que me provocó la crisis nerviosa. Cuando recibí las fotografías, observé que en todas aparecía yo, salvo en una. Creí que era de mamá; estaba muerta, desnuda, con los ojos abiertos, sin vida, como los de una muñeca. Yo era idéntica a ella.

—Jo...

—Sin embargo más tarde no logré encontrarla —aclaró Jo con rapidez—. No estaba allí. Fue una alucinación. Nunca me ha gustado observar fotografías mías porque en ellas veo a mamá.

—Tal vez te pareces a ella, Jo, pero no eres como ella. Tú terminas lo que empiezas, te quedas.

—Me escapé de aquí.

—Te fuiste de aquí —corrigió él—. Te marcharse para forjar tu futuro. Es distinto de dejar una vida que ya has empezado y a todas las personas que te necesitan. Tú no eres

Annabelle. —Le rodeó los hombros con el brazo y empujó la hamaca para que empezara a mecerse—. Y estás tan loca como los demás habitantes de Sanctuary.

Jo rió.

—Bueno, me reconforta saberlo.

Era tarde cuando Susan Peters salió de la cabaña alquilada y se encaminó hacia la ensenada. Acababa de mantener una desagradable pelea con su marido y se había visto obligada a hablar en voz baja para no molestar a los amigos con quienes habían alquilado la casa por una semana.

Su marido era un imbécil. No entendía por qué se había casado con él, y mucho menos por qué había permanecido a su lado durante tres años... sin contar los dos que vivieron juntos antes de contraer matrimonio.

Cada vez que le planteaba la posibilidad de comprar una casa, él adquiría una expresión sombría y empezaba a hablar de cuotas e impuestos, dinero, dinero, dinero. ¿Para qué demonios trabajaban los dos? ¿Debían vivir siempre en el apartamento de Atlanta? Quería un patio, un pequeño jardín, una cocina donde preparar los platos que había aprendido en los cursos de cocina.

Sin embargo, Tom se limitaba a decir: «Algún día.» Bien, ¿cuándo llegaría ese día?

Se dejó caer en la playa y se descalzó para hundir los pies en la arena mientras observaba cómo el agua golpeaba la proa de la pequeña lancha que habían alquilado. A él no le importaba gastarse el dinero en ese botecito de las narices para salir de pesca todos los días durante su estancia en Desire. Habían ahorrado lo suficiente para efectuar el primer pago. Apoyó los codos sobre las rodillas y miró con mal humor la luna. Había recabado información sobre hipotecas y tipos de interés con la intención de adquirir una casita preciosa en Peach Blossom Lane.

Por supuesto, los primeros dos años tendrían que realizar bastantes sacrificios, pero se las arreglarían. Estaba segura de que cuando le mencionara que por fin escaparían al interminable círculo de pagar mes tras mes el alquiler, él cedería. Además envidiaba a Mary

Alice y Jim, que pronto se instalarían en una vivienda muy agradable en un barrio nuevo, con un magnolio en el jardín delantero y un pequeño patio que comunicaba con la cocina.

Suspiró y se reprochó haber intentado convencer a Tom antes de regresar a su hogar. Habría sido más inteligente esperar. Conocía la importancia de elegir el momento adecuado para engatusar a su marido. Sin embargo se había sentido incapaz de contenerse.

Cuando regresaran a Atlanta, Tom vería la casita de Peach Blossom aunque tuviera que llevarlo a rastras.

Al oír pasos a su espalda, se irguió y clavó la vista en el mar.

—No vale la pena que hayas venido hasta aquí para intentar hacer las paces, Tom Peters. Todavía estoy furiosa contigo. —Se enojó aún más al observar que su marido no trataba de tranquilizarla—. Puesto que lo único que te importa es el dinero, vuelve y haz un balance de tu cuenta bancaria. No tengo nada más que decirte.

Como él no pronunció palabra, la mujer apretó los dientes y se volvió.

—Escucha, Tom... ¡Oh! —Se avergonzó al ver al desconocido—. Perdone, le he confundido con otra persona.

Él le dedicó una sonrisa encantadora, con un brillo divertido en los ojos.

—Está bien. Yo también pensaré que usted es otra persona.

Cuando la primera señal de alarma la impulsó a gritar, el hombre le asestó un golpe.

Al observarla tendida a sus pies, decidió que no sería perfecto. No había planeado esa sesión de ensayo; sencillamente no podía dormir. No lograba apartar a Jo de su pensamiento, y su necesidad sexual esa noche era más fuerte que nunca. Estaba muy

enojado con ella, lo que contribuía a aumentar más su deseo. Entonces apareció esa preciosa morena, como un regalo, sentada sola junto al agua bajo la luz de la luna.

A caballo regalado no hay que mirarle el diente, se dijo con una risita mientras la alzaba. Convenía que se alejara un poco, por si acaso a Tom, o a cualquier otro, se le ocurría buscarla por ahí.

Era ligera, y a él no le importaba caminar un poco con ella en brazos. Silbó mientras la conducía hacia el angosto pasaje entre las dunas. Se detuvo en el bajío, donde la luz de la luna teñía los arbustos de plata, y la depositó en el suelo.

No había nadie por los alrededores.

Utilizó el cinturón para atarle las manos y uno de los pañuelos de seda que siempre llevaba consigo para amordazarla. La desnudó y se felicitó al observar que tenía un cuerpo delgado y atlético. La mujer gimió un poco cuando le quitó los téjanos.

—No te preocupes, querida, eres preciosa y muy atractiva. Además, la luz de la luna te favorece.

Sacó la cámara, la Pentax réflex de una sola lente que utilizaba para los retratos, contento de haberla cargado con película de alta sensibilidad. Deseaba captar todos los detalles. Probablemente en el proceso de revelado tendría que quemar algunas zonas para lograr contrastes y resaltar las texturas. Le fascinaba perfeccionar las tomas.

Silbando muy bajo, colocó el flash e hizo tres fotografías antes de que ella entreabriera los ojos.

—Así me gusta, así me gusta; debes recuperar el conocimiento, con lentitud, de tal forma que me permitas tomar unos primeros planos de esa cara tan bonita. Tienes unos ojos maravillosos; siempre son lo mejor del rostro.

Cuando ella los abrió, llenos de dolor y perplejidad, él tuvo una erección.

—Una belleza, una verdadera belleza. Mira hacia aquí... vamos, hacia aquí. Así me gusta, pequeña.

Captó el miedo que reflejaba su expresión. Dejó la cámara cuando la mujer empezó a rebullirse. El movimiento estropearía las tomas; sin dejar de sonreír, cogió el arma que había colocado sobre los téjanos, muy bien doblados y se la mostró.

—No debes moverte. Quiero que permanezcas quieta y hagas todo cuanto te pida. No me gustaría verme obligado a usar esto. Lo comprendes, ¿verdad?

Los ojos de Susan se llenaron de lágrimas que empezaron a correrle por las mejillas. Asintió. Estaba aterrorizada y, aunque trataba de permanecer inmóvil, no lograba aplacar los temblores.

—Sólo quiero hacerte unas fotografías. Será una sesión fotográfica. Una joven bonita como tú no debe asustarse por eso.

Dejó la pistola para coger la cámara y sonrió con la intención de ganarse su confianza.

—Bien, ahora dobla las rodillas. ¡Vamos! Así me gusta. Dóblalas hacia la izquierda. Tienes un cuerpo muy hermoso. ¿Por qué no mostrarlo en todo su esplendor?

Ella obedeció sin apartar la vista del arma. Este hombre sólo quiere fotografiarme, se dijo con la respiración entrecortada. Después me dejará en paz. Se marchará. No me lastimará.

El terror de Susan se translucía en sus ojos, teñía su piel de un blanco lechoso, y el sexo del hombre palpitaba. Cuando empezaron a temblarle las manos, comprendió que no podía retrasar por más tiempo la siguiente etapa.

Las sienes le latían cuando depositó con cuidado la cámara sobre su camisa. Con suma suavidad posó una mano en el cuello de Susan y la miró a los ojos.

—Eres hermosa —murmuró—, y estás indefensa.

No puedes hacer nada. Yo controlo la situación. Tengo todo el poder. ¿No es cierto?

Ella asintió con la cabeza mientras la mordaza de seda amortiguaba sus sollozos.



Cuando él le apresó un pecho, la mujer gimió y empezó a mover la cabeza con frenesí. Clavó los talones en la arena e intentó escapar. Él se tendió sobre su cuerpo.

—No ganarás nada con eso. —Se estremeció al notar que se removía bajo su peso—. Cuanto más luches, más disfrutaré. Intenta gritar. —Le apretó de nuevo los senos antes de inclinarse para morderlos—. ¡Grita, maldita sea! ¡Grita!

De la boca de Susan surgió un ruido ahogado que le quemó la garganta. En su desesperación, trató de librarse de la mordaza con los dientes.

Él le separó las piernas con gran brusquedad. Mientras la violaba pensó en Jo, en sus largas piernas, su boca, sus ojos azules...

El orgasmo fue satisfactorio y le llenó los ojos de lágrimas de sorpresa y triunfo. Mucho mejor que el último, decidió al tiempo que colocaba una mano sobre el cuello de Susan y lo apretó hasta que dejó de luchar.

Esta vez he elegido bien, pensó relajado tras el orgasmo. Acababa de encontrar su ángel para el ensayo. La brisa le refrescó la piel cuando se puso en pie para coger la cámara.

Recordó cómo había descrito el proceso en el diario y decidió que, en lugar de seguirlo al pie de la letra, debía intentar mejorarlo.

—Tal vez vuelva a violarte, tal vez no. —Sonrió, y las arrugas le circundaron la boca y los ojos—. Quizá te lastime, quizá no. Todo depende de tu comportamiento. Sigue aquí tendida, ángel.

Consciente de que no se movería, cambió las lentes de la cámara. Las pupilas de su víctima eran enormes lunas negras rodeadas por un círculo marrón; su respiración era poco profunda. Silbó feliz mientras colocaba el carrete nuevo. Lo gastó entero antes de volver a violarla.

Decidió lastimarla. Después de todo, era él quien tenía capacidad para elegir, quien controlaba la situación. La mujer no forcejeó esta vez. Tenía el cuerpo laxo; en su mente estaba a salvo, sentada con Tom en el patio de la hermosa casita nueva de Peach Blossom Lane.

Apenas si reparó en que le quitaba la mordaza. Logró lanzar un sollozo apagado y reunir suficiente aire en los pulmones para gritar.

—Es demasiado tarde para eso —advirtió él con suavidad, casi con cariño, mientras le ceñía el cuello con el pañuelo—. Ahora serás mi ángel.

Apretó la tela con lentitud con la intención de prolongar el momento. Observó cómo abría la boca en un desesperado intento por respirar. Golpeó la arena con los talones mientras se convulsionaba.

Mientras la torturaba, él se sentía poderoso. Más tarde no recordaría cuántas veces se había detenido para que recobrara la conciencia antes de llevarla de nuevo al borde de la muerte. Se levantaba y la enfocaba con la cámara. No existía un único momento decisivo, pensó, sino muchos. El miedo a la muerte, la aceptación, la esperanza cuando la vida retornaba, la rendición cuando volvía a alejarse.

¡Oh, cómo lamentaba no tener un trípode!

Por fin rompió todas las barreras del control y determinó concluir la sesión. Con voz entrecortada le murmuró frases cariñosas, la besó agradecido. Ese ángel inesperado que la casualidad le había enviado acababa de mostrarle una nueva dimensión. Por supuesto, todo había sido obra del destino. Se trataba de algo inexorable, comprendió de pronto. Debía aprender más antes de cumplir su destino, en el que participaba Jo.

Retiró el pañuelo, lo dobló y lo colocó en actitud reverente sobre el arma. Se tomó su tiempo para colocarla en la pose adecuada. Las marcas de las muñecas le preocuparon un poco, hasta que optó por ponérselas bajo la cabeza a modo de almohada.

Titularía esa fotografía *Regalo de un ángel*. Después de vestirse, formó un hatillo con la ropa de Susan. El pantano quedaba demasiado lejos. Lo que los caimanes y otros

depredadores hubieran dejado de Ginny, permanecía oculto allí. No tenía tiempo para realizar un trayecto tan largo ni la energía suficiente para transportar a Susan.

En el río había lugares profundos; con eso bastaría. La trasladaría al lugar donde descansaría eternamente y añadiría un peso al cuerpo para que se depositara sobre el fondo.

Después, pensó con un bostezo, habré concluido la jornada.

Despuntaba el alba cuando Giff salió con sigilo del dormitorio de Lexy y descendió por la escalera posterior. Había previsto marcharse antes del amanecer pero Lexy tenía una manera muy convincente de retener a un hombre.

Lo necesitaba, no sólo para desahogar la furia que le provocaba Brian, sino también para contarle los problemas de su hermana. Habían charlado sobre todo ello en voz baja. Esa facilidad para conversar, pensó Giff, es una de las ventajas de estar enamorado de alguien a quien se conoce desde la infancia.

Por supuesto había además una especie de descarga eléctrica, la sorpresa inesperada que se producía cuando se conocía de manera más íntima a una persona con la que se había tratado toda la vida. Giff respiró hondo al llegar a la puerta. No cabía duda de que Lexy Hathaway sabía cómo sorprenderle. Verla con el camisón que se había comprado en Savannah bastaba para que cualquiera se arrojara a sus pies y agradeciera a Dios que hubiera tenido la brillante idea de crear a Eva.

Despojarla de la prenda había constituido una tarea y placentera, hasta el punto de que había decidido lue, cuando el sábado siguiente la llevara a Savannah, le compraría otro sólo para poder quitárselo. Su fantasía erótica se esfumó cuando se topó con el padre de la muchacha. Era difícil determinar cuál de los dos había quedado más desconcertado, si el amante de Lexy, con el pelo despeinado, o Sam, que sostenía un bol con cereales en la mano.

Ambos se aclararon la garganta.

—Señor Hathaway...

—Giff...

—Yo... estaba...

—¿Has venido para revisar las tuberías del primer piso?

Era una justificación, que se ofrecía con tanta desesperación que en un primer momento Giff la recibió. Sin embargo el joven se dijo que no debía ser cobarde y miró a Sam Hathaway a los ojos.

—No, señor.

Con nerviosismo, el propietario de Sanctuary depositó el bol sobre la mesa y vertió leche sobre los cereales.

—Bueno, entonces... —se limitó a decir.

—Señor Hathaway, no quiero que piense que intentaba salir a hurtadillas de su casa. —Que era lo que trataba de hacer, admitió Giff para sus adentros.

—Has andado por Sanctuary desde que aprendiste a andar. —Deja el asunto en paz, muchacho, rogó Sam. No me des explicaciones y sigue tu camino—. Sabes que puedes entrar siempre que lo desees.

—Ya hace muchos años que aprendí a caminar, señor Hathaway y desde entonces... Supongo que ya sospecha qué he sentido siempre por Lexy.

Los cereales se van a reblandecer, pensó Sam.

—Me temo que no lo superaste como casi todos creímos que te sucedería.

—No, señor. De hecho, mis sentimientos se han intensificado. Amo a su hija, señor Hathaway, desde hace tiempo. Usted conoce muy bien a mi familia. No soy tonto. Tengo algunos ahorros y me gano bien la vida.

—No lo dudo. —Sam frunció el entrecejo. Aunque sólo había bebido la primera taza

de café, tenía la mente lo bastante clara para comprender qué pretendía el joven—. Giff, si deseas pedirme permiso para... visitar a mi hija, creo que ya has abierto esa puerta, has entrado y te sientes como en tu casa.

Giff se ruborizó.

—Sí, señor, no lo negaré, pero no me refiero a esa puerta en particular, señor Hathaway.

—¡Ah! —Sam abrió un cajón en busca de una cuchara y rezó para que Giff comprendiera la indirecta antes de que las cosas se pusieran más difíciles. Después depositó con fuerza el cubierto sobre la mesa y miró a Giff con fijeza—. ¡Dios mío, muchacho! ¿Acaso quieres casarte con ella?

Giff apretó la mandíbula y sus ojos destellaron.

—Ésa es mi intención, señor Hathaway. Me gustaría que usted nos diera su bendición; si no lo hace, de todos modos me casaré con ella.

Sam meneó la cabeza, se frotó los ojos. La vida se niega a ser sencilla, reflexionó. Un hombre seguía su camino, se ocupaba de sus asuntos, sin inmiscuirse en los de los demás, y el mundo se empeñaba en arrojarle tachuelas bajo los pies descalzos.

—Mira, muchacho, si quieres convertir a Lexy en tu esposa, no me interpondré en tu camino. De todas formas no podría, ya que ambos sois mayores de edad y supongo que tenéis el suficiente sentido común para saber qué queréis.

»Sin embargo, como siempre te he apreciado, Giff, te diré que creo que te estás buscando complicaciones. Tendrás suerte si disfrutas de unos minutos de paz desde el momento en que digas “sí quiero” hasta que exhales el último suspiro.

—La paz no es una prioridad para mí.

—Lexy gastará todos los centavos que hayas ahorrado y ni siquiera sabrá en qué.

—Lexy no es tan estúpida como usted cree. Además, si es así, ganaré más dinero.

—No pienso perder el tiempo tratando de disuadirte, porque es evidente que ya estás decidido.

—Le convengo a Lexy.

—No lo dudo. En realidad, es posible que seas su salvación. —Sam le tendió la mano con resignación—. Te deseo suerte.

Sam observó que Giff caminaba con resolución. Saltaba a la vista que estaba enamorado, por un instante se permitió recordar el aturdimiento que provocaba el amor.

Se sentó a la mesa de la cocina con una segunda taza de café y el bol de cereales y observó que el cielo se aclaraba con un azul estival. Había estado tan prendado de Annabelle como Giff de Lexy. Con sólo mirarla una vez, cayó rendido a sus pies.

¡Qué jóvenes eran! Ese verano acababa de cumplir los dieciocho cuando llegó a la isla para trabajar en el barco de pesca de su tío. Arrojaba las redes, sudaba bajo un sol inmisericorde hasta tener las manos despellejadas y la espalda deshecha. Sin embargo disfrutaba con su tarea.

Se enamoró al instante de la isla, tan verde, repleta de rincones solitarios y sorpresas que aparecían detrás de cada curva del río o del camino.

Un día vio a Belle Pendleton pasear por la playa. Recogía caracolas al atardecer; las largas piernas doradas, el cuerpo esbelto y cimbreado, la abundante cabellera rojiza, los ojos tan azules como el mar...

Al verla quedó impresionado por su belleza.

Él olía a pescado, sudor y aceite de motores. Quería nadar para relajar los músculos doloridos tras la dura jornada. Ella le sonrió y, con una caracola rosada en la mano, empezó a hablarle.

Él enmudeció. Las mujeres siempre lo intimidaban, pero esta vez la visión de aquella beldad lo convirtió en un patán que se limitaba a responder con monosílabos. Aún no se explicaba cómo se había atrevido a invitarla a pasear por la playa la tarde siguiente.

Años después, cuando le preguntó por qué había aceptado, ella rió.

«¡Eras tan buen mozo, Sam! —había contestado—. Tan serio y dulce. Y fuiste el primer muchacho, y el último hombre, que consiguió que por un instante el corazón me dejara de latir.»

Había sido sincera, pensó Sam. Después de trabajar de firme con la intención de ahorrar una buena cantidad, se presentó ante el padre de Belle para pedirle la mano. Fue una reunión formal; no tenía nada que ver con la conversación que acababa de mantener con Giff. Tampoco hubo salidas furtivas del dormitorio de Annabelle al amanecer, aunque sí existieron tardes robadas en medio del bosque.

Después de tanto tiempo aún recordaba qué era la pasión. Durante los primeros años tras la marcha de Annabelle de vez en cuando le apremiaba la necesidad sexual, y solucionaba el asunto en Savannah.

No se avergonzaba de pagar por ello. Una profesional no exigía conversaciones. Sin embargo hacía tiempo que no solicitaba esa clase de servicios por temor a contraer el sida u otras enfermedades.

Todo cuanto necesitaba se hallaba en la isla. Había encontrado la paz que para el joven Giff no era una prioridad.

Se arrellanó en la silla. Se esforzó por contener la irritación cuando la puerta se abrió y Jo entró. Verla vacilar con una expresión de enojo en el rostro le resultó divertido.

Una pecera llena de peces que buscan la soledad, pensó.

—Buenos días. —¡Maldita sea! Jo sólo pretendía beber una taza de café antes de salir para trabajar; no para pasear o cavilar, sino para trabajar. Por primera vez en muchas semanas había despertado con la mente despejada, y no quería desperdiciar la oportunidad.

—Es una mañana clara —comentó Sam—, pero esta tarde se desatarán tormentas eléctricas y viento fuerte.

—Supongo que sí —replicó Jo al tiempo que abría un armario.

En el silencio, el ruido que producía el café que Jo se servía al caer en la taza resonó con la fuerza de una cascada. Sam cambió de posición y sus pantalones sisearon contra la madera lustrada del banco.

—Kate me dijo... me dijo.

—Supuse que lo haría.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor.

—La policía tomará medidas.

—Sí. Hará lo que pueda.

—He reflexionado sobre ello. Considero que deberías quedarte un tiempo aquí; hasta que el asunto se solucione, no te conviene volver a Charlotte ni viajar tanto como solías.

—Sí, he decidido trabajar aquí, por lo menos durante algunas semanas.

—No deberías marcharte hasta que el caso se resuelva, Jo Ellen.

Sorprendida por el tono autoritario de su padre, poco habitual en él, se volvió para mirarlo con las cejas arqueadas.

—No vivo aquí, sino en Charlotte.

—No regresarás a Charlotte —repuso Sam con lentitud— hasta que todo esto haya concluido.

Ella se irguió al instante.

—No permitiré que ningún hombre me dé órdenes. Regresaré a Charlotte cuando lo juzgue oportuno.

—No te marcharás de Sanctuary a menos que yo te lo diga.

Jo quedó boquiabierta.

—¿Qué has dicho?

—Lo sabes muy bien, Jo Ellen. Siempre has tenido buen oído y una inteligencia clara. Te quedarás aquí hasta que te repongas y la policía atrape a ese desaprensivo.

—Si quisiera irme mañana...

—No lo harás —la interrumpió Sam—. Lo tengo decidido.

—¿Lo has decidido? —Estupefacta, se acercó a la mesa y lo miró con el entrecejo fruncido—. ¿Crees que después de tanto tiempo puedes tomar decisiones que me conciernen y esperar que te obedezca?

—No. Reconozco que habrá que obligarte a obedecer, como siempre. No tengo nada más que añadir. —Deseaba escapar en busca de silencio, pero cuando hizo ademán de levantarse su hija golpeó la mesa con la mano y la mantuvo allí para bloquearle el paso.

—Pues yo aún no he acabado. Por lo visto no eres consciente del paso del tiempo. Tengo veintisiete años.

—En noviembre cumplirás veintiocho —afirmó él con tranquilidad—. Conozco la edad de mis hijos.

—¿Y eso te convierte, en un padre ejemplar?

—No. —Sostuvo la mirada de Jo—. De todos modos soy tu padre. Hasta ahora has salido adelante sin ayuda de nadie, pero la situación ha cambiado. Así Pues, te quedarás aquí, donde están aquellos que pueden cuidarte.

¿En serio? —Entrecerró los ojos hasta transformarlos en dos ranuras—. Bien, te diré que pienso continuar apañándomelas por mi cuenta.

—¡Buenos días! —Kate entró en la cocina muy sonriente, después de haber escuchado tras la puerta los últimos minutos de la conversación que mantenían padre e hija. Prefería el mal humor de los demás a la amargura o la apatía.

—El café huele de maravilla. Necesito tomar una taza.

En un movimiento calculado, llevó una taza y la cafetera a la mesa y tomó asiento junto a Sam para evitar que se marchase.

—Te serviré un poco más, Sam. Jo, trae tu taza. Juro que no recuerdo cuándo fue la última vez que nos sentamos juntos para desayunar. Dios sabe cuánto nos conviene un rato de calma después del caos que se creó anoche en el comedor.

—Yo estaba a punto de salir —anunció Jo.

—Muy bien, querida, pero primero toma el café. Pronto llegará Brian y nos expulsará de su dominio. Por lo visto anoche dormiste bien —agregó Kate con una brillante sonrisa—. Tu padre y yo temíamos que estuvieras inquieta.

—No debéis preocuparos. —A regañadientes, Jo se instaló ante la mesa—. La policía trabaja en el caso. Ahora me siento mucho más tranquila, hasta el punto de que me he planteado la posibilidad de volver a Charlotte. —Dirigió una mirada desafiante a su padre—. Pronto.

—Me parece estupendo si lo que pretendes es mandarnos a todos a la tumba antes de tiempo —repuso Kate con calma mientras vertía azúcar en el café.

—No entiendo...

—¡Por supuesto que lo entiendes! —interrumpió Kate—. Lo que te ocurre es que estás enojada, y es lógico. Sin embargo no tienes derecho a descargar tu rabia en la gente que te quiere. Es natural actuar así —agregó Kate con una sonrisa—, pero no está bien.

—Yo no hago eso.

—Me alegro. —Kate le dio una palmada en la mano como si el asunto estuviera arreglado—. Veo que planeas tomar algunas fotografías. —Miró la bolsa de la cámara que Jo había colocado sobre el mostrador—. He encontrado el libro de fotografías que el padre de Nathan publicó sobre la isla. Después de hojearlo lo dejé en la sala de estar. Contiene fotografías magníficas.

—Hizo un buen trabajo —admitió Jo mientras contenía su mal humor.

—Te aseguro que sí. En una aparecen Brian, Nathan y el que es su hermano menor. ¡Unos chicos preciosos! Sostenían un par de truchas mientras sonreían de oreja a oreja. Deberías mirarla.

—Lo haré. —Jo sonrió al imaginar a Nathan a los diez años con una trucha en la caña de pescar.

—Tú también podrías considerar la posibilidad de preparar un libro de fotografías de la isla —prosiguió Kate—. Sería maravilloso para la empresa. Sam, ¿por qué no llevas a Jo al pantano, a ese lugar donde crece el espliego? ¡Ah! También podríais pasear por el bosque; en la parte sudoeste el sendero está cubierto de pétalos. Sería una fotografía maravillosa, Jo Ellen. La vereda angosta, solitaria, con un manto de flores caídas.

Siguió hablando y ofreciendo sugerencias sin dar a Sam o Jo la oportunidad de interrumpirla. Cuando Brian entró por la puerta trasera y se sorprendió ante la agradable reunión familiar, Kate le sonrió.

—Enseguida saldremos de aquí, querido. Jo y Sam trazaban un recorrido por la isla para que tu hermana tome fotografías. Será mejor que os pongáis en marcha. —Kate se levantó y cogió la bolsa de la cámara de Jo—. Ja sé que eres muy detallista con respecto a la luz y todas esas cosas. Estoy impaciente por ver tu obra. Marchaos ahora mismo, antes de que Brian os eche. Sam, si tienes oportunidad, lleva a Jo al lugar donde unas gaviotas acaban de salir del cascarón. ¡Dios mío, qué tarde se ha hecho!

Sam se levantó de mala gana, y Kate siguió hablando hasta que consiguió que ambos abandonaran la cocina.

—¿Qué ha sido eso, Kate? —preguntó Brian.

—Eso, con un poquito de suerte, será el principio de algo.

—Cuando se hayan alejado unos metros de la casa, cada uno tomará su camino.

—No —replicó Kate mientras se dirigía hacia el teléfono para atender una llamada—, porque ninguno de los dos querrá ser el primero en dar ese paso. Mientras esperan que el otro cambie de ruta, continuarán juntos para variar. Buenos días —dijo al descolgar el auricular—. Habla con la posada de Sanctuary. —La sonrisa se borró de su rostro—. Lo siento. Sí, sí, por supuesto. —Cogió un lápiz y anotó algo—. Desde luego, efectuaré las llamadas oportunas. No se preocupe; la isla es muy pequeña. Lo ayudaremos en todo lo que podamos, señor Peters. Enseguida pasaré por su cabana. No, no, está bien. Salgo para allá.

—¿Se queja otra vez de que los mosquitos entran en la casa a pesar del alambre? —preguntó Brian, si bien sospechaba que el asunto era más grave.

—Los Peters alquilan la cabana Wild Horse Cove junto con unos amigos. El señor Peters no consigue localizar a su esposa.

Brian sintió una punzada de miedo. No logró hacerla desaparecer pero consideró que era una reacción exagerada.

—Kate, todavía no son las siete de la mañana. Es probable que se levantara temprano y saliera a pasear.

—Lleva casi una hora buscándola. Encontró sus zapatos en la arena, cerca de la orilla. —Se mesó el cabello con angustia—. En fin, tal vez tengas razón, pero ese hombre está muy preocupado. Me reuniré con él para tranquilizarlo e intentar localizarla. —Consiguió esbozar una leve sonrisa—. Lo siento, querido, pero tendré que despertar a Lexy para que sirva el desayuno en mi lugar. Es probable que se enfade.

—Lexy no me inquieta, Kate —repuso Brian mientras su prima se dirigía a la puerta—. Avísame cuando la señora Peters vuelva a su casa, por favor.

—¡Por supuesto! Apuesto a que ya ha regresado cuando yo llegue.

Sin embargo, no había regresado. A mediodía, otras personas compartieron la

preocupación de Tom Peters. Se unieron a la búsqueda los lugareños y los ocupantes de las cabañas, entre ellos Nathan, que había visto un par de veces a Tom y Susan Peters. Mientras los demás inspeccionaban la playa y la ensenada, concentró su atención en el espacio que separaba su cabaña de Wild Horse Cove. Había apenas un kilómetro entre ambas. Después de rastrear con lentitud la zona arbolada, llegó a la arena, donde advirtió las pisadas de otros que habían buscado allí.

Aun a sabiendas de que era inútil, trepó por las dunas. El bajío estaba retirado, pero sin duda ya lo habrían recorrido media docena de veces otros miembros del grupo. Miró hacia allí y distinguió la figura de un hombre que se paseaba de arriba abajo.

—¿Nathan?

Al oír su nombre se volvió y vio a Jo subir por la pendiente; le tendió una mano para ayudarla.

—Acabo de pasar por tu cabana —dijo ella—. Veo que ya estás enterado.

—Ese de allí abajo debe de ser el marido. Lo he visto un par de veces.

—Tom Peters. He recorrido toda la isla. Esta mañana salí para trabajar alrededor de las siete. Un chico de los Pendleton nos buscó durante una hora para avisarnos. Dijo que los zapatos de la mujer estaban en la orilla.

—Eso me han contado.

—La gente sospecha que tal vez decidió nadar un rato y... La corriente es bastante suave, pero si sufrió un calambre o se internó demasiado...

Nathan ya se había planteado tal posibilidad.

—Es posible, pero entonces la corriente la habría arrastrado hasta la playa.

—Tal vez. Si la marea la llevó mar adentro, cabe la posibilidad de que el cuerpo aparezca dentro de unas horas. Así ocurrió cuando se ahogó Barry Fitzsimmons. Entonces teníamos unos diecisiete años. Era un buen nadador. Decidió nadar solo, y de noche, durante una fiesta en la playa. Había bebido mucho. Lo encontraron a la mañana siguiente, al bajar la marea, a un kilómetro y medio del lugar donde entró en el mar.

Nathan miró hacia el sur, donde las olas eran más bravas. Pensó en su hermano Kyle, que había perecido en las aguas del Mediterráneo.

—En ese caso, ¿dónde está su ropa?

—¿Qué?

—Supongo que si decidió darse un chapuzón, se quitaría la ropa.

—Es cierto. De todos modos tal vez bajó a la playa en traje de baño.

—¿Sin una toalla? —En su opinión, carecía de sentido—. No sé si alguien habrá preguntado al marido qué llevaba puesto al salir de casa. Hablaré con él.

—Creo que no deberíamos molestarlo.

—Está solo y preocupado. —Nathan comenzó a descender sin soltar la mano de Jo—. O tal vez discutió con su mujer, la mató y escondió el cadáver.

—Eso es ridículo. Es un hombre normal.

—A veces los hombres normales hacen cosas increíbles.

Mientras se acercaban, Nathan observó a Tom Peters. Cerca de los treinta años, calculó, alrededor de uno setenta de estatura. Vestía unos pantalones cortos arrugados y una camisa blanca sencilla. Apuesto a que va al gimnasio tres o cuatro veces por semana, pensó. Lucía un ligero bronceado, y la barba incipiente le confería un aspecto descuidado. Tenía el pelo castaño, bien cortado.

Cuando Peters levantó la vista, Nathan advirtió en sus ojos una expresión de enfermizo temor.

—Señor Peters. Tom.

—Ya no sé dónde buscar ni qué hacer. —Se le saltaron las lágrimas y parpadeó para contenerlas—. Mis amigos han decidido rastrear el otro lado de la isla. Yo he tenido que volver aquí; no he podido evitarlo.



—Debe descansar. —Jo lo tomó del brazo con suavidad—. ¿Por qué no vamos a su cabana? Le prepararé un poco de café.

—No; no puedo alejarme. Ella vino aquí. Bajó anoche. Discutimos. ¡Oh, mi Dios, fue por una estupidez! ¿Por qué discutimos? —Se cubrió la cara con las manos—. Ella quiere que compremos una casa, pero no nos lo podemos permitir. Traté de explicárselo, pero se negó a escucharme. Cuando se marchó hecha una furia, me sentí aliviado y pensé: «Bueno, ahora por lo menos podré dormir un rato.»

—Tal vez decidiera nadar para tranquilizarse un poco —sugirió Nathan.

—¿Susan? —Tom lanzó una corta carcajada—. ¿Nadar sola y de noche? Me extrañaría. De todos modos nunca permite que el agua le cubra más arriba de las rodillas. No le gusta bañarse en el mar.

»Ya sé que la gente sospecha que tal vez se ahogó, Pero es imposible. Le encanta sentarse para mirar el mar, pero se niega a zambullirse en el agua. ¿Dónde demonios estará? ¡Maldita sea, Susan! Ésta es una manera diabólica de asustarme para convencerme de que compremos una casa. Debo moverme, seguir buscándola... No puedo permanecer aquí parado.

Salió corriendo hacia las dunas y, a medida que ascendía, provocaba pequeñas avalanchas de arena que cubrieron a Jo y Nathan.

—¿Crees que se trata de eso? ¿Que pretende asustarlo porque está enojada?

—Esperemos que sea eso. Ven. —Le rodeó la cintura con el brazo— Tomaremos el camino más largo hacia mi cabana. Después descansaremos un rato.

—Me sentará bien descansar.

Mientras andaban entre las dunas de la orilla y las más altas, donde los tamariscos estabilizaban la arena, se levantó el viento. La playa estaba llena de rastros; las marcas de cangrejos, las huellas de los patos salvajes, además de las pisadas de hombres. Dentro de poco la brisa las borraría todas.

¿Yo habría caminado por aquí sola en la oscuridad?, se preguntó Jo. La noche había sido clara, y una playa solitaria atraía tanto a las personas preocupadas como a las satisfechas. El aire debía de ser fresco.

—Debió de dejar los zapatos allí abajo —consideró Jo—. Si quería caminar, tal vez siguió la línea de la costa. Creo que es lo más probable.

Se volvió para contemplar los montículos que se alzaban junto al mar. El viento levantaba la arena y llenaba de espuma las olas.

—Tal vez ya la han encontrado —conjeturó Nathan al tiempo que apoyaba una mano sobre el hombro de Jo—. En cuanto lleguemos a la cabana telefonaremos para informarnos.

—¿A qué otra parte pudo haber ido? —Jo observó la zona interior de la isla, donde las dunas se elevaban implacables en suaves curvas hacia los árboles—. Habría sido una estupidez que se internara en el bosque... Se habría perdido el espectáculo de la luna... y habría necesitado los zapatos. ¿Crees posible que la rabia la impulsara a huir para que su marido se preocupara?

—No lo sé. Algunas personas casadas actúan de forma extraña.

—¿A ti te ocurrió? —Se volvió para observarle el rostro—. ¿Hiciste cosas crueles y tontas cuando estabas casado?

—Posiblemente. —Se colocó detrás de las orejas el pelo que el viento le echaba sobre la cara—. Estoy seguro de que mi ex esposa te proporcionaría una larga lista de las estupideces que cometí.

—Por lo general el matrimonio es un error. Es inevitable que uno se apoye en exceso en el otro, no le haga caso o se irrite por verlo cada día.

—Me parece un comentario demasiado cínico para alguien que nunca ha estado casado.

—He observado a las parejas; es lo que suelo hacer: observar.

—Porque es menos arriesgado que participar.

Una vez más ella se volvió.

—Qué más da. Si ella ha planeado todo esto para hacer sufrir a su marido, ¿crees que él la perdonará? Apuesto a que sí —respondió ella misma—. Seguro que se arrojará a sus pies, sollozando de alivio, y le comprará la maldita casa. Entonces ella se habrá salido con la suya después de hacerle pasar un verdadero infierno.

Nathan observó cómo la rabia confería brillo a sus ojos y color a sus mejillas.

—Tal vez tengas razón. —Había quedado fascinado al observar cómo había pasado en un abrir y cerrar de los de la preocupación a la condena—. En todo caso, achacas un carácter calculador a una mujer a quien ni siquiera conoces.

—Pero he conocido a otras como ella. Mi madre, Ginny, personas que hacen cuanto les viene en gana sin importarles las consecuencias ni el dolor que puedan causar a los demás. Estoy harta de las actitudes egoístas.

Había hablado con una enorme pena. Su dolor traspasó a Nathan. Debo decírselo, pensó. No podía seguir arrinconándolo, por más que había luchado para convencerse de que sería mejor para los dos.

Tal vez la desaparición de Susan Peters constituía una señal, un presagio. Si él creyera en esas cosas... En todo caso, en algún momento tendría que decir a Jo lo que sabía.

—¿Sería ella lo bastante fuerte para soportarlo? ¿O la destrozaría?

—Entremos, Jo Ellen.

—Sí. —Cruzó los brazos cuando las nubes ocultaron el sol y el viento comenzó a aullar amenazador—. ¿Por qué demonios nos preocupamos por una desconocida que es desaprensiva como para hacer sufrir así a su marido y sus amigos?

—Porque está perdida, Jo, de una manera u otra.

—¿Y quién no lo está? —murmuró ella.

Puedo esperar un día más, se dijo Nathan. Podía esperar hasta que encontraran a Susan Peters. Si él desafiaba a los dioses retrasándolo otro día antes de destrozar la vida de ambos, estaba dispuesto a pagar el precio.

¿Acaso sería mayor que el que ya había pagado?

Cuando tuviera la certeza de que Jo era lo bastante fuerte, de que estaba en condiciones de escuchar la verdad, le revelaría el ominoso secreto que sólo él conocía.

Annabelle nunca abandonó Desire. La asesinaron en el bosque al oeste de Sanctuary, durante una noche de verano, bajo la luna llena. David Delaney, el padre a quien él quiso, admiró y respetó, fue su asesino.

Jo vio un relámpago y la cortina de lluvia que se formaba a lo lejos, sobre el mar.

—Pronto estallará la tormenta —anunció. —Lo sé.

Cuando las primeras gotas cayeron sobre la tierra, Kirby apuró el paso. El grupo de búsqueda al que se unió había decidido dividirse cuando el sendero se bifurcó. Ella eligió el ramal que se dirigía a Sanctuary y se estremeció cuando la lluvia empezó a mojarle las piernas y las enredaderas le empaparon la camisa. Cuando llegó a la linde del bosque, llovía a mares, el viento aullaba y hacía mucho frío. Vio a Brian, que recorría encorvado el camino a su derecha. Se reunieron en el borde de la terraza del este. Sin decir palabra, la cogió de la mano y la hizo entrar en el porche. Por unos minutos contemplaron, calados hasta los huesos, cómo los relámpagos herían el cielo, seguidos de los truenos.

—¿Ninguna novedad? —preguntó Kirby mientras se cambiaba el maletín médico de mano.

—Nada. Acabo de venir de la zona oeste. Giff y un grupo recorren el norte. —Brian se pasó las manos por la cara con gesto cansado—. Esto empieza a convertirse en una costumbre.

. Han transcurrido más de doce horas desde la última vez que la vieron. Es demasiado tiempo. Habrá que suspender la búsqueda hasta que pase la tormenta. Después de esto me temo que la encontraremos ahogada. ¡Pobre marido!

—No nos queda más remedio que esperar. Necesitas una camisa seca y un poco de café.

—Sí. —Se apartó el pelo mojado de la cara—. Ya que estoy aquí, te examinaré la mano y te cambiaré el vendaje.

—La mano está bien.

—Eso lo decidiré yo —replicó Kirby mientras entraba tras él—, después de echarle un vistazo.

—Como quieras, pero antes sube y ponte alguna prenda de Jo.

La casa parecía tan silenciosa, aislada de la violenta lluvia.

—¿Jo está aquí?

—No, salió también. —Se acercó al frigorífico y sacó un bol con sopa de guisantes que había preparado semanas antes—. Se refugiará en alguna parte, como todos los demás.

Cuando quince minutos después Kirby regresó, la cocina olía a café y sopa hirviendo. Se apoyó contra la puerta para ver trabajar a Brian. A pesar de la mano vendada, cortaba rebanadas de pan integral que sin duda él mismo había preparado. La camisa empapada se le adhería al cuerpo y destacaba sus músculos.

—Huele de maravilla.

—Supuse que no habías comido nada.

—No; sólo una galleta para desayunar. —Le tendió una camisa que había sacado de su armario—. Toma, ponte esto. No te conviene estar con la ropa mojada.

—Gracias. —Observó que lucía un par de pantalones de chándal grises de Jo. Con ellos ofrecía un aspecto aún más delicado—. Te quedan un poco grandes.

—Jo usa un par de tallas más que yo. —Arqueó una ceja cuando él se quitó la camisa empapada. Tenía la piel húmeda, bronceada y suave—. ¡Caramba, qué atractivo eres, Brian! —Rió al ver que él juntaba las cejas en un gesto de timidez—. Aprecio tu físico no sólo como doctora, sino también como mujer. Te aconsejo que te cubras cuanto antes

porque de lo contrario perderé el control.

—Sería interesante. —Con la prenda en las manos se acercó a ella—. ¿Quién perdería el control antes? ¿La mujer o la doctora?

—No permito que los asuntos personales interfieran en mis obligaciones profesionales. —Le pasó un dedo por el brazo—. Por ese motivo lo primero que haré será examinarte la herida.

—¿Y después? —Sin darle tiempo a contestar, la alzó y, cuando sus bocas quedaron a la misma altura se inclinó para jugar con sus labios.

—Excelente fuerza muscular —observó Kirby con voz trémula mientras le rodeaba la cintura con las piernas—. Tienes el pulso un poco acelerado —murmuró después de posar la boca en su cuello.

—Me lo provocas tú, doctora Kirby. —Brian hundió la cara en su pelo. Olía a lluvia y limones—. Por lo visto, no se me pasa. En realidad, empiezo a pensar que se trata de una enfermedad terminal. —Cuando ella se quedó completamente quieta, la miró a los ojos—. ¿Qué quieres de mí, Kirby?

—Creí que lo sabía —respondió mientras le acariciaba el rostro—, pero ya no estoy segura. Tal vez tu enfermedad es contagiosa. ¿Notas un dolor cerca del corazón?

—Sí, como si me lo hubieran oprimido.

—¿Y" una sensación rara en la boca del estómago?

—Últimamente es constante. ¿Qué nos pasa, doctora?

—No estoy segura, pero... —Se interrumpió al oír que se cerraba la puerta. Oyeron las voces de los recién llegados. Kirby suspiró y apoyó la frente contra la de Brian hasta que él la depositó en el suelo.

—Por lo visto Lexy y Giff han vuelto. —No apartó la mirada del rostro de Kirby—. No vienen solos. Supongo que todos tendrán ganas de comer algo caliente.

—Te ayudaré a servirles un poco de sopa.

—Te lo agradecería. —Al levantar la tapa de la olla dejó salir vapor y un olor exquisito—. Ya reanudaremos nuestra conversación más tarde.

—Sí, desde luego.

Desde el porche de la cabana de Nathan, Jo observaba con inquietud la lluvia mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Tan pronto como llegaron él encendió el televisor para oír el parte meteorológico. Sin embargo la transmisión se había interrumpido de manera que tuvieron que conformarse con la radio. La calidad del sonido era pésima mientras el locutor advertía de la inminencia de inundaciones.

Si esto se prolonga demasiado, se cortará el fluido eléctrico, pensó Jo, y sin duda los ríos se desbordarán. Ya alcanzaba a ver los charcos que se formaban y crecían.

—Todavía no hay noticias —informó Nathan al reunirse con ella en el porche—. Algunos grupos de rescate se han refugiado en Sanctuary hasta que amaine la tormenta. —Le puso una toalla sobre los hombros—. Estás temblando. ¿Por qué no entras?

—Me gusta ver llover. —Un relámpago acuchilló el cielo y la sobresaltó—. Los chubascos como éste son terribles si estás a la intemperie, pero es emocionante contemplarlos desde un lugar abrigado. —Respiró hondo al ver que el cielo adquiría un color blanquecino—. ¿Me prestas tu cámara? Llevé la mía a casa.

—Está en el dormitorio. Iré a buscarla.

Jo apagó el pitillo en una caracola rota. Demasiada energía, pensó. La energía bombeaba su cuerpo, la golpeaba. En cuanto apareció Nathan con la cámara, se la arrancó de las manos.

—¿Con qué clase de película está cargada?

—Cuatrocientos —susurró él mientras Jo la examinaba.

—Estupendo. —Levantó la máquina, enfocó los árboles azotados por el aguacero, el musgo agitado por el viento—. ¡Vamos, vamos! —murmuró. Cuando se produjo un relámpago, apretó el disparador—. Otro, quiero otro. —Los truenos estremecían el aire mientras ella modificaba el ángulo, con los dedos impacientes, como si se dispusiera a accionar el gatillo de un arma—. Tengo que bajar para realizar un contrapicado de ese árbol.

—No. —Nathan se inclinó y recogió la toalla que se le había caído de los hombros. El alero ofrecía poca protección, de modo que enseguida quedaron empapados—. No vas a salir. No sabes cuándo ni dónde puede caer un rayo.

—Eso añade emoción, ¿no es cierto? La incertidumbre, y que a uno no le importe no saber cuándo ocurrirán las cosas. —La temeridad confería un brillo especial a sus ojos—. No sé qué hago contigo ni cuándo recibiré un golpe, y no parece importarme. ¿Cuándo me lastimarás, Nathan, y cuánto tardaré en sobreponerme a esa herida? ¿Cuánto tiempo habrá de transcurrir antes de que uno de los dos cometa una crueldad, una estupidez, o prescinda del otro? —Acto seguido le tiró del pelo para atraer la boca de Nathan hacia la suya—. A mí no me importa —añadió antes de clavarle los dientes en el labio.

—Pues debería importarte. —Furioso con el destino, tomó el rostro de Jo entre las manos y la empujó hacia atrás. Sus ojos eran tan negros y violentos como la tormenta—. Quiero que entiendas que cuando te hiera será porque no me quedará más remedio.

—No me importa —repitió ella antes de besarle de nuevo—. Sólo quiero vivir el presente. Te deseo. Prefiero no pensar, que ninguno de los dos piense. Sólo quiero sentir.

La mente de Nathan ya estaba nublada cuando cruzaron la puerta. Jo reía mientras se desabrochaba la camisa.

—Rápido —dijo.

Él la arrojó al suelo y la cámara cayó sobre la alfombra mientras ambos se desnudaban y descalzaban. Las manos de Jo estaban enredadas en las mangas en el momento en que él la penetró. Trató de liberarlas, pero la sensación que le producía estar indefensa e inmovilizada aumentó su excitación. En cuanto consiguió sacarlas, hincó los dedos en las caderas de Nathan para animarlo a que la penetrara más profundamente.

Incapaz de contenerse, Nathan permitió que la lujuria los dominara. Si la necesidad de su compañera era frenética, la de él era desesperada. Quería poseerla, conservarla. Un día más, una hora más.

Si el castigo por el pecado de su padre era que se enamorara perdidamente, disfrutaría de cada instante antes de que le llegara la hora de pagar.

Cuando el orgasmo traspasó a Jo, lanzó un grito de alivio. El cuerpo de Nathan se hundió con energía en el de la mujer. Luego quedó inmóvil. Jadeante, se apoyó en los codos para mirarle el rostro.

—¿Era esto lo que querías?

—Sí.

—Rápido y brutal.

—Sí.

La mano de Nathan se cerró en un puño. Era exactamente lo que acababa de darle.

—¿Crees que ahora acabará todo?

Jo cerró los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para volver a abrirlos.

—No.

—Me alegro. —Relajó la mano y se la pasó por la mejilla. Otro momento robado, pensó mientras la miraba—. No soportaría tener que discutir contigo cuando todavía te deseo. Dame más, Jo Ellen. —La besó en la boca—. Esta vez no me obligues a tomarte.

La joven le abrazó.

—¡Te tengo tanto miedo!

—Ya lo sé. De todos modos, dame más. Arriésgate.

La boca de Nathan jugueteó sobre sus labios. Quería más, mucho más que ese alivio primitivo que acababan de ofrecerse. Cuando ella pronunció su nombre en un suspiro, supo que era el principio de lo que quería.

La boca de Jo se tornó más ávida mientras acariciaba a Nathan. Una nueva necesidad creció en su interior, como si nunca hubiera sido saciada. Ansiaba probar el gusto de la piel de Nathan, y le recorrió la cara y el cuello con la boca. Con un susurro de aprobación, rodó con él hasta quedar sobre su cuerpo, con la libertad de hacer lo que quisiera.

El viento arreciaba y sacudía la puerta sobre sus goznes. La casa parecía temblar. Con la violencia desatada en el exterior, Jo y Nathan se movían con lentitud, casi con languidez. Tocar, lamer, suspirar y murmurar. Jo se entregó por completo y se alegró al observar que era capaz de hacerlo estremecer de placer.

Nathan se sentó para colocarla sobre su regazo. En ese momento necesitaban la ternura para calmar el dolor ya sufrido, y el que vendría. La miró antes de besarla en la boca con dulzura. Jo podría haberse resistido; apoyó una mano contra su torso como si pretendiera detenerlo, pero sus extremidades quedaron laxas y estaba perdida.

Y le dio más.

Lo que él deseaba era que ambos se rindieran, una verdadera entrega. Los besos, suaves y profundos, los nevaron poco a poco a la excitación. Cuando él la acarició Jo dejó escapar un gemido apagado de placer. Nathan se proponía tomarla con delicadeza para que el orgasmo fuese largo y profundo.

Cuando ella tomó en sus manos el sexo de Nathan, fascinada al encontrarlo duro y listo, esbozó una sonrisa.

—Me encanta lo que me haces. —Jo descendió por su cuerpo mientras desperdigaba besos—. Quiero descubrir si soy capaz de hacerte sentir lo mismo a ti.

Nathan se estremeció cuando ella cerró la boca en torno a su sexo. El placer le nubló la vista y lo aturdió. Ella continuó mientras Nathan comenzaba a perder el control.

Jo se alzó sobre él, se sentó a horcajadas, descendió y se arqueó para que la penetrara al tiempo que levantaba la cabeza en un gesto de triunfo. Clavó la mirada en los ojos de Nathan mientras empezaba a moverse con una lentitud casi tortuosa. Se estremeció cuando él comenzó a acariciarle los pechos y echó la cabeza hacia atrás, tensa. Los músculos se cerraron en torno al miembro viril. Su cuerpo le pedía más, no podía detenerse.

Tenía la piel cubierta de sudor. Nathan se inclinó para rodearle un pezón con la boca, y paladeó su sabor a sal. Ella volvió a tener un orgasmo, y gritó con sorpresa, casi con pánico. Entonces Nathan dejó de contenerse y los hizo volar a los dos.

—Ha dejado de llover —observó Jo.

—Mmm.

La joven rió y respiró hondo.

—Nos costará explicar las marcas que nos ha dejado la alfombra en la piel. —Acarició la húmeda espalda de Nathan—. Necesito beber unos diez litros de agua.

—Te la traeré.

—Gracias.

—Aunque me avergüence decirlo, debo admitir que me siento demasiado débil para llevarte en brazos hasta la cocina. —Se levantó y sonrió al verla tendida en la alfombra.

Cuando volvió con el agua, se detuvo para contemplarla. Tenía rosada la piel de todo

el cuerpo, el pelo enredado formaba un halo alrededor de su rostro, y en su boca se dibujaba una sonrisa de felicidad. Guiado por un impulso, dejó el vaso en el suelo y cogió la cámara.

Jo abrió los ojos al oír el clic del obturador. Gritó y de manera instintiva se cubrió los pechos con los brazos.

—¿Qué haces?

Robar momentos, pensó Nathan. Los necesitaría.

—¡Estás maravillosa! —Se acuclilló y la fotografió de nuevo en el instante en que ella abría los ojos como platos.

—¡Basta! ¿Te has vuelto loco? ¡Estoy desnuda!

—Estás increíble. No te tapes. Tienes unos senos hermosos.

—Nathan. —Jo se cubrió más el pecho—. Deja la cámara.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa—. Si quieres, las revelarás tú misma. Nadie las verá. No existe nada más artístico y sorprendente que un estudio de un desnudo.

—Muy bien. —Mientras mantenía un brazo sobre el busto, tendió la otra mano para coger la cámara—. Deja que te fotografíe a ti.

—¡Por supuesto! —Le ofreció la cámara, divertido al advertir la expresión de asombro en su rostro.

—¿No te produce vergüenza?

—No.

—Quiero que me des ese rollo.

Claro. No pensaba presentarlas a un concurso fotográfico. —Miró la cámara para ver cuántas fotografías quedaban—. Sólo queda una más. Déjame que te la haga. Un primer plano de tu cara.

—De acuerdo —aceptó Jo y sonrió, más relajada. Cuando se la hubo tomado, añadió—: Ahora entrégame el carrete.

—Está bien. —Nathan se movió con velocidad y cuando Jo bajó el brazo, sacó otra fotografía.

—¡Ostras! Dijiste que sólo quedaba una.

—Te mentí. —Sin dejar de reír, depositó la cámara sobre la mesa—. Ya se ha acabado, de verdad. Tendrás que enseñarme los contactos para que elija las fotografías que me interesen.

—Si crees que voy a revelar la película, te equivocas. —Se levantó y cogió la cámara.

—Recuerda que contiene las fotos que hiciste de la tormenta. —Esbozó una amplia sonrisa al ver que Jo se debatía entre la necesidad de velar el rollo y la de preservar sus propias tomas.

—Tu comportamiento es imperdonable, Nathan.

—Quizá. No te pongas eso —agregó al ver que se inclinaba para recoger su camisa—. Todavía está húmeda. Te traeré una seca.

—Gracias. —Lo miró caminar hacia el dormitorio y apretó los labios al observar sus nalgas musculosas. La próxima vez, pensó mientras se ponía los pantalones, me aseguraré de traer mi cámara.

A continuación retiró el carrete y se lo guardó en el bolsillo.

Al salir del dormitorio, Nathan le arrojó una camisa seca y se abrochó los téjanos que acababa de enfundarse.

—Te acompañaré a Sanctuary. Nos enteraremos de si hay alguna novedad.

—De acuerdo. Los grupos de búsqueda deben de estar a punto de salir de nuevo. —Se atusó el cabello

El terreno debe de estar embarrado después de la tormenta. En tu lugar me pondría un par de botas.

Nathan le miró los mocasines.

—Tú no las llevas.

—Me las calzaría si las tuviera a mano.

—Entonces los dos nos mancharemos de lodo los pies. —Le tomó la mano y reparó en la expresión de sorpresa de Jo cuando se la llevó a la boca para besársela—. Esta noche te invitaré a cenar fuera.

—¿Fuera?

—Bien, en realidad dentro. Nos sentaremos, leeremos la carta y pediremos vino.

—Es una tontería.

—Quiero disfrutar contigo de una velada, con velas en la mesa y todo eso. La gente nos observará y pensará que formamos una buena pareja, y yo te miraré mientras pienso que luego haremos el amor. En definitiva, una velada romántica.

—Yo no sirvo para el romanticismo.

—Lo mismo dijiste con respecto al sexo, y he descubierto que te equivocabas. —Se encaminó hacia la puerta sin soltarle la mano—. Veremos cómo resulta eso. Tal vez Brian acceda a preparar un flan.

Jo echó a reír.

—A la gente le extrañará verme en una mesa del comedor de la posada.

—Así tendrás de qué cotillear. —Cuando llegaron al pie de los escalones, los zapatos se les hundieron en el barro.

Volvía a hacer calor. El bosque aparecía más verde que nunca. El agua que resbalaba de las hojas les mojaba la cabeza.

—El río está crecido, y la corriente es fuerte —comentó Jo—. Tal vez se desborde, pero no provocará una gran inundación.

Se acercó para mirarlo y, cuando se hundió hasta los tobillos en el lodo, aceptó con resignación que había estropeado los zapatos.

—Supongo que papá tendrá que evaluar los daños, pero no podrá hacer mucho al respecto. La situación será más preocupante en el campamento. Supongo que el temporal no habrá afectado a la playa, porque el viento no fue tan fuerte como para destruir las dunas. Tendremos una abundante cosecha de caracoles.

—Hablas como tu padre.

Ella lo miró por encima del hombro.

—No. Pocas veces me preocupa lo que sucede aquí. Durante la época de los huracanes, tal vez presto más atención a los informes meteorológicos, pero hace años que no se producen en esta zona.

—Jo Ellen, amas este lugar. No debería avergonzarte admitirlo.

—No es el centro de mi vida.

—No, pero te importa. —Se aproximó a ella—. Muchas cosas y mucha gente pueden importarte sin que eso signifique que sean el centro de tu existencia. Tú me importas.

Jo retrocedió un paso un tanto alarmada.

—¡Nathan...! —Casi resbaló cuando se le hundieron los pies en el barro.

—Al final caerás otra vez al río. —La cogió del brazo con firmeza—. Después me acusarás de haberte empujado. Sin embargo no pienso hacerlo, aunque reconozco que si te das un chapuzón no lo lamentaré.

—Me gusta conocer bien el suelo que piso.

—En ocasiones es preciso aventurarse en territorios desconocidos. Éste es también un terreno inexplorado para mí.

—No es cierto. Has estado casado, has...

—Ella no era como tú —susurró Nathan, y Jo quedó inmóvil entre sus brazos—. Nunca sentí por ella lo que tú me inspiras. Nunca me miró como lo haces tú ahora y jamás la deseé tanto como a ti. Nuestra relación fue un error desde el principio; no lo



comprendí hasta que volví a verte.

—Vas demasiado deprisa para mi gusto.

—Entonces debes mantenerte al ritmo que marco. ¡Maldita sea, Jo Ellen! —agregó con un suspiro de irritación—. ¡Cede un poco!

Cuando Nathan la besó en los labios, Jo notó que su deseo era más intenso de lo que juzgaba conveniente. El pánico que le provocó esa certeza luchó con un estremecimiento de felicidad.

—Tal vez no me empujas —dijo mientras él la estrechaba—, pero tengo la sensación de que me hundo. —Apoyó la cabeza sobre el hombro de su amante y se obligó a pensar con claridad—. Una parte de mí desea dejarse llevar, pero otra se niega en redondo. No sé cuál de las dos es mejor, para ti o para mí.

Nathan necesitaba ese rayo de esperanza; si Jo lo amaba lo suficiente, al menos tanto como él a ella, tal vez lograrían sobrevivir al pasado. Y a lo que vendría.

—¿Por qué no piensas en lo que te proporcionará más felicidad en lugar de preguntarte qué será mejor?

Parecía tan sencillo que Jo sonrió. Miró el río y se planteó si no habría llegado la hora de zambullirse y dejarse arrastrar por él. Casi se veía flotar en el agua, avanzar a toda velocidad impulsada por la corriente.

De pronto un grito surgió de su garganta, se hincó de rodillas antes de que él pudiera sostenerla.

—¡Jo, por el amor de Dios!

—¡En el agua! ¡En el agua! —Se cubrió la boca con la mano para contener un ataque de histeria—. ¿Es mamá? ¿Es mamá quien está en el río?

—¡Basta! —Nathan se arrodilló a su lado, la tomó por los hombros y la obligó a volver la cabeza para que lo mirara—. Cálmate, por favor. No permitiré que te desmorones, de manera que mírame y trata de contenerte.

—He visto... —Se esforzó por tomar aliento—. En el agua he visto... Me estoy volviendo loca, Nathan. No puedo evitarlo.

—¡Claro que puedes! —Desesperado, la atrajo hacia sí—. Lo conseguirás si te aferras a mí. —Mientras notaba cómo la joven se estremecía, Nathan miró la superficie del río con expresión sombría. Distinguió el pálido fantasma que lo miraba—. ¡Dios mío! —Apretó a Jo contra su cuerpo y después la apartó de sí para correr hacia el río—. ¡Está ahí abajo! —exclamó al tiempo que agarraba una pierna para impedir que la corriente arrastrara el cuerpo—. Ayúdame a levantarla.

—¿Qué?

—No estás loca. —Sin dejar de jadear, Nathan tendió la otra mano y aferró un mechón de pelo—. Hay alguien aquí. ¡Ayúdame!

—¡Oh, Dios mío! —Sin vacilar, Jo se acercó a la orilla y procuró afirmar los pies en el terreno enlodado—. Dame la mano, Nathan. No la sueltes; te ayudaré a subir. ¿Está viva? ¿Respira?

Nathan miró el cuerpo con mayor detenimiento y se le revolvió el estómago de horror y lástima. El río no había sido bondadoso.

—No. —Levantó la mirada hacia Jo—. No; no está viva. La sostendré para impedir que se la lleve la corriente. Entretanto, ve a Sanctuary en busca de ayuda.

En ese momento ella estaba tranquila.

—La sacaremos entre los dos —aseguró al tiempo que tendía una mano.

Fue una tarea terrible. En dos ocasiones Nathan resbaló al tratar de liberar el pelo de Susan Peters de las ramas en que se había enredado. Se zambulló y sintió un escalofrío cuando los brazos de la muerta le golpearon el torso. Jo lo llamaba, y se concentró en su voz mientras entre los dos rescataban lo que el río había dejado de Susan.

A pesar de las náuseas, Jo se aproximó aún más a la orilla hasta que el agua le salpicó el mentón cuando pasó un brazo debajo del cuerpo. Respiraba con dificultad porque por primera vez se encontraba cara a cara con la muerte.

Sabía que el obturador que tenía en la mente había captado la imagen para preservarla y convertirla para siempre en parte de su ser.

Clavó las rodillas y los pies en el barro. Dejó que el cadáver rodara; no soportaba mirarlo. Tendió las manos, Nathan las aferró, resbaló y volvió a cogerlas mientras trataba de salir del río. De pronto Jo dio media vuelta y vomitó.

—Ve a la cabaña —ordenó Nathan, que comenzó a toser para expulsar el agua y el gusto de la muerte.

—Estoy bien. —Se meció con las rodillas abrazadas mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Sólo necesito un minuto. Enseguida me recuperaré.

Estaba tan pálida como el cadáver que acababan de sacar y temblaba de forma violenta.

—Vuelve a la cabaña. Debes ponerte ropa seca. —Le apretó una mano—. Tienes que llamar a Sanctuary para pedir auxilio. No podemos dejarla aquí, Jo.

—No, no, tienes razón. —Con un supremo esfuerzo consiguió volverse. El cuerpo había adquirido un color gris y estaba hinchado; el pelo, oscuro, aparecía enredado. En un tiempo había sido una mujer—. Buscaré algo para taparla. Traeré una manta.

—¿Podrás arreglártelas sola?

Ella asintió y se puso en pie trabajosamente. Miró a Nathan, que tenía la cara pálida y sucia, los ojos irritados por el agua. Recordó cómo se había sumergido en el río, sin titubear en absoluto, consciente de lo que debía hacer.

—Nathan.

Él se limpió el barro que le cubría el mentón.

—¿Qué?

—Nada —murmuró Jo—. Esperaré.

Nathan aguardó hasta que se hubo alejado para inclinarse sobre el cadáver. Se obligó a volverlo, a mirarlo. Esa mujer había sido bonita... lo sabía. Con los dientes apretados, le ladeó la cabeza para verle la cara, para estar seguro.

Observó que en el cuello presentaba moretones. Apartó la mano al instante, se arrodilló y enterró la cabeza en los sucios téjanos.

¡Dios mío! ¿Qué está sucediendo?

El miedo era peor que el dolor, más agudo que la culpa, y cuando uno de ellos se unía al otro, el alma enfermaba.

Sin embargo, cuando Jo volvió logró controlarse. Advirtió que no se había cambiado de ropa pero se abstuvo de comentarlo. La ayudó a extender la delgada manta amarilla sobre el cuerpo.

—Brian y Kirby vienen hacia aquí. Bri atendió la llamada, se lo dije... Decidió que Kirby lo acompañaría porque es médico, pero no comunicará la noticia a nadie hasta

que... —Se interrumpió y miró los árboles con aspecto indefenso—. ¿Por qué vino aquí, Nathan? ¿Por qué se le ocurrió meterse en el río? Tal vez se cayera en la oscuridad y se golpeará la cabeza. ¡Es horrible! Comenzaba a aceptar la posibilidad de que la encontráramos ahogada, que el mar la devolviera a la playa. De alguna manera, esto es peor.

A apenas unos metros de mi cabaña, pensó Nathan. A sólo unos metros del lugar donde acababa de hacer el amor a Jo; del lugar donde desafié a los dioses, recordó con un estremecimiento.

¿Había arrastrado la corriente el cuerpo hasta allí, o lo habían dejado en ese sitio, tan cerca de la cabaña que en una tarde clara podría haberlo visto desde la ventana de la cocina?

Jo le cogió de la mano y se inquietó al notar que la tenía tan helada como el cuerpo que yacía en la orilla.

—Estás empapado y aterido. Ve a ponerte ropa seca. Yo los esperaré.

—No pienso irme. No te dejaré sola. Ni a ella.

Jo le rodeó con los brazos.

—Has actuado con gran valentía. —Apretó los labios contra el cuello de Nathan con el deseo de que respondiera a su muestra de afecto—. Te sumergiste en el río para sacarla. Podrías haber dejado que la corriente se la llevara. Algunos no habrían corrido semejante riesgo.

—Consideré que era mi deber.

—Eres un buen hombre, Nathan. Nunca olvidaré lo que has hecho.

Él cerró los ojos y se apartó de ella.

—Allí vienen —dijo con sequedad al ver a Brian y Kirby correr por el sendero.

Kirby observó a Jo y Nathan.

—Debéis entrar en la cabana y daros una buena ducha caliente. Dentro de un rato os examinaré. —Se adelantó y se arrodilló junto a la manta.

Jo permaneció donde estaba.

—Tiene que ser la señora Peters. El cuerpo quedó enganchado en esa rama. Supongo que cayó al río anoche, y la corriente la arrastró hasta aquí.

Jo permaneció rígida y tomó la mano de Nathan mientras Brian se acucillaba junto a Kirby. Brian asintió con gesto adusto cuando la doctora retiró la tela.

—Es ella. Comieron un par de veces en la posada. ¡Maldita sea! —Se pasó las manos por la cara—. Me reuniré con el marido. Tenemos que llevarla a alguna parte...

—No; no hay que moverla —dijo Kirby casi sin aliento—. Debes llamar a la policía para que venga enseguida. No creo que muriera ahogada. —Con suavidad levantó la barbilla del cadáver para dejar expuestas las marcas del cuello—. Me temo que la estrangularon.

—¿Cómo es posible que haya sucedido esto? —Lexy estaba ovillada en el sofá de la sala de estar. Mantenía las manos enlazadas para evitar morderse las uñas—. En Desire no hay ningún asesino. Kirby se equivoca.

—Pronto lo averiguaremos. —Kate encendió el ventilador de techo para que se refrescara el aire enrarecido—. La policía nos lo dirá. El caso es que esa pobre mujer está muerta y el marido... Jo Ellen, deja de pasearte de arriba abajo. Siéntate de una vez y bebe un trago de coñac. Es probable que hayas pillado un buen resfriado.

—No puedo estarme quieta —repuso Jo mientras caminaba de una ventana a otra, aunque ignoraba qué esperaba ver.

—Preferiría que te sentaras —pidió Lexy con tono lastimero—. Me pones nerviosa. ¡Ojalá Giff estuviera aquí! No comprendo qué hace allí, con los demás, en lugar de estar

aquí, conmigo.

—¡Deja de lloriquear, por favor! —exclamó Jo con irritación—. Trata de calmarte.

—¡Vamos! No empecéis a discutir —terció Kate al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza—. No podría soportarlo.

—Yo no soporto esta espera. Necesito volver allí —afirmó Jo antes de encaminarse hacia la puerta—. Debo saber qué sucede, hacer algo.

—¡Jo! No salgas sola —ordenó Kate—. Bastante preocupada estoy ya para que ahora te marches sola.

Al ver que su prima temblaba, Jo desistió.

—Tienes razón. No debemos salir. No haríamos más que molestar. Siéntate, Kate. ¡Vamos! —La tomó del brazo y la condujo al sofá, donde la sentó junto a Lexy—. Siéntate y toma una copa de coñac.

—Yo te la serviré —se ofreció Lexy.

—Dale la mía —dijo Jo—. No la quiero.

—Si al preocuparos por mí dejáis de discutir, seguid preocupándoos. —Aceptó el licor que Lexy le tendía y esbozó una débil sonrisa—. Deberíamos preparar café para cuando vuelvan.

—Me encargaré de eso. —Lexy se inclinó para besarla en la mejilla—. Estáte tranquila.

Al enderezarse, vio entrar a Giff.

—Ha venido la policía —anunció el muchacho—. Quieren hablar con Jo.

—Está bien. —Jo posó la mano sobre la que Lexy había apoyado en su brazo—. Estoy lista.

¿Cuánto tiempo más seguirán interrogándola? —Brian estaba en el porche de la entrada principal. El canto de las cigarras llenaba el aire.

—Espero que acaben pronto —susurró Kirby—. Llevan ya casi sesenta minutos. El interrogatorio de Nathan no duró más de una hora.

—No es justo que la obliguen a pasar por esto. Ya es bastante terrible que encontrara el cadáver y ayudara a sacarlo del río para que ahora tenga que analizar lo ocurrido.

—Estoy segura de que procurarán que no resulte demasiado violento. —Al advertir que Brian le dirigía una mirada furibunda, suspiró—. No se puede hacer otra cosa. Han asesinado a una mujer. Tienen que hacer preguntas.

—Lo que es seguro es que Jo no la asesinó. —Se dejó caer en la hamaca—. Para ti es más fácil. Los médicos de las grandes ciudades estáis acostumbrados a todo.

—Tal vez sea cierto. —Se esforzó por disimular cuan ofendida se sentía—. Sin embargo, eso no modifica la realidad. Alguien decidió acabar con la vida de Susan Peters. Es necesario que formulen preguntas para descubrir al asesino.

Brian cavilaba en la oscuridad.

—Sospecharán del marido.

—No lo sé.

—Sí, es lo más lógico. La policía siempre actúa de la misma manera. Cuando mi madre desapareció, sospecharon de mi padre, hasta que se convencieron de que ella... se había marchado. Encerrarán a ese pobre tipo en una habitación pequeña y le acribillarán a preguntas. ¿Quién sabe? Tal vez fuera él quien decidió eliminar a Susan Peters.

Miró a Kirby, que permanecía de pie, muy erguida bajo la luz amarillenta de la lámpara. Todavía lucía los pantalones de chándal de Jo. Recordó cómo había hablado con los agentes, cómo había empleado terminología técnica mientras examinaba el cadáver con el equipo de la oficina del fiscal. No había nada delicado en ella.

—Deberías volver a tu casa, Kirby. Ya no puedes hacer nada más.

Kirby tenía ganas de llorar y gritar, descargar los puños contra el muro que de repente Brian había alzado entre ellos.

—¿Por qué quieres alejarme de ti?

—Porque no sé cómo actuar. Nunca he pretendido abrirme a ti.

—Pero lo hiciste.

—¿Lo hice, Kirby? ¿O forzaste tú la puerta?

La sombra de Jo se interpuso entre ellos antes de que Kirby se marchara.

—La policía ya ha terminado.

—¿Estás bien? —preguntó Kirby—. Debes de estar extenuada. Sube a tu habitación y acuéstate. Si lo deseas, te daré algo que te ayude a dormir.

—No. Estoy bien, de veras. —Apretó la mano de Kirby—. Sólo me siento apenada. ¿Y Nathan?

—Kate lo convenció de que subiera. —Brian se acercó a su hermana para observarla. Se mostraba más tranquila de lo que esperaba—. Creo que no nos costará persuadirle de que pase la noche aquí. Es posible que la policía continúe rastreando el río durante varias horas.

—Tú también deberías quedarte, Kirby —propuso Jo.

—No, estaré mejor en casa. —Miró a Brian—. Aquí ya no hago falta. Estoy segura de que algún detective me acompañará. Iré a buscar mi maletín.

—Quédate si quieres —sugirió Brian.

Ella le dirigió una mirada fría por encima del hombro.

—Estaré mejor en casa —repitió antes de cerrar la Puerta tras de sí.

—¿Por qué dejas que se vaya? —murmuró Jo.

—Tal vez necesito averiguar si puedo dejarla ir. Quizá sea lo mejor para los dos.

Jo recordó lo que le había dicho Nathan antes de que hallaran el cadáver.

—Tal vez deberíamos pensar en qué nos hace felices, en lugar de considerar qué es lo mejor. Estoy dispuesta a intentarlo, porque con el tiempo cada vez se presentan menos oportunidades, y ya he desperdiciado bastantes de decir lo que pienso.

Brian se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos en lo que Jo pensó era un gesto típico de los Hathaway.

—Entonces dilo.

—Te quiero, Brian. —El cariño que sentía casi quedó eclipsado por el placer de ver la expresión de sorpresa de Brian.

Sin embargo él sospechó que se trataba de una treta, de una manera de distraerlo antes de golpearlo.

—¿Y?

—Ojalá lo hubiera dicho antes, con más frecuencia.

—Se puso de puntillas para darle un beso breve en la boca, que exhibía una mueca de desconfianza—. Por supuesto que si lo hubiera hecho, habría perdido la satisfacción de verte tan perplejo. Subiré para convencer a Kate de que se acueste; de ese modo podrá simular que ignora que esta noche Nathan dormirá en mi cuarto.

—Jo Ellen —dijo Brian cuando su hermana se encaminaba hacia la puerta. No obstante, tan pronto como se volvió hacia él enmudeció.

—¿Qué? —Le dedicó una amplia sonrisa—. Vamos, dilo. Es mucho más fácil de lo que crees.

—Yo también te quiero.

—Lo sé. Eres el más bondadoso de todos, Bri. Por eso estás tan preocupado. —Cerró la puerta con suavidad y subió para reunirse con su prima.

Sonó que caminaba por los jardines de Sanctuary en pleno verano, con sus aromas característicos. Había luna llena; blanco sobre negro. Las estrellas derramaban un mar de luz.

La brisa mecía los acónitos, cuyos capullos ofrecían un blanco resplandeciente. ¡Oh, cómo le encantaba verlos destacarse en la oscuridad! Son las flores de las hadas, pensó;

bailan mientras los mortales duermen.

Se sentía inmortal; tan fuerte y vital. Al levantar los brazos en alto se preguntó por qué no se elevaba en el aire. La noche era el momento propicio, pues estaba sola. Podía deslizarse por los senderos del jardín como un fantasma, y el rumor de las campanillas movidas por el viento era música a cuyo compás se podía bailar.

De pronto una sombra emergió de entre los árboles e instantes después se convirtió en un hombre. Ella se acercó con curiosidad.

Entonces empezó a correr entre la vegetación, envuelta en las tinieblas, mientras la lluvia le golpeaba la cara con rabia. La noche era diferente, y ella también. Temerosa, perseguida, cazada. El viento aullaba como un millar de lobos con los colmillos sanguinolentos, las gotas de agua semejaban estoques afilados que intentaban desgarrarle la carne, las ramas la azotaban sin piedad, los árboles se alzaban para bloquearle el paso.

En ese instante comprendió que era mortal. Dejó escapar un gemido cuando el cazador la llamó. Sin embargo, pronunciaba el nombre de Annabelle.

Jo apartó las sábanas que se le enredaban en las piernas y se incorporó en la cama. Nathan le posó una mano en el hombro. No estaba acostado a su lado, sino de pie, con el rostro oculto en la oscuridad.

—Estás bien. Sólo ha sido una pesadilla.

Incapaz de hablar, Jo asintió. Nathan le frotó la espalda durante unos segundos. Fue un gesto poco reconfortante.

—¿Necesitas algo?

—No. —El miedo ya se desvanecía—. No ha sido nada. Estoy acostumbrada.

—Sería un milagro que no tuvieras pesadillas después del día de hoy. —Se encaminó hacia la ventana.

Jo observó que se había puesto los téjanos y, cuando deslizó la cabeza sobre las almohadas, advirtió que la de Nathan estaba fría. No había compartido su lecho. No lo deseaba, comprendió Jo. Sólo había accedido a pasar la noche en Sanctuary a causa de la insistencia de Kate.

—No has dormido, ¿verdad?

—No. —Temía que no lograría conciliar el sueño nunca más.

Jo consultó el reloj; las 3.05.

—Tal vez te convendría tomar un somnífero.

—No.

—Ya sé que ha sido un infierno para ti, Nathan. Nadie puede hacer ni decir nada para aliviarte.

—Nada aliviará jamás a Tom Peters.

—Tal vez él es el asesino.

Nathan esperaba que así fuera... por más que esa esperanza lo hiciera sentir despreciable.

—Se pelearon —recordó Jo con obstinación—. Ella se fue. Tal vez él la siguió hasta el bajío, reanudaron la discusión y él montó en cólera. Un asesinato sólo exige un minuto de ira. Después, presa del pánico, pensó que debían encontrarla lejos de allí. Por eso la arrojó al río.

—Los asesinatos no sólo se cometen a causa de la furia o el pánico —afirmó Nathan con tono amargo—. No sé qué hago aquí, contigo. ¿Qué me proponía? ¿Retroceder? ¿Para solucionar qué? ¿Qué mierda creí que podría hacer?

—¿De qué hablas? —inquirió Jo con voz trémula, en contraste con la dureza y frialdad que destilaba la de Nathan.

Él se volvió para mirarla con fijeza. Jo estaba sentada en la cama, con las rodillas dobladas en una actitud de defensa, la tez muy pálida. He cometido un error tras otro,

comprendió Nathan, impulsado por el egoísmo y la estupidez. Con todo, el mayor ha sido enamorarme de ella y seducirla. La joven le odiaría antes de que todo hubiera terminado, no cabía duda.

—Dejémoslo; hemos tenido bastante por hoy... —Acercarse sería tan duro como alejarse de ella, pensó. Se sentó en el borde de la cama y le acarició los brazos—. Necesitas dormir.

—Tú también, Nathan, estamos vivos. —Le tomó la mano y se la llevó al corazón—. Hay que sobreponerse a las desgracias y seguir adelante; es una lección que aprendí por el camino más duro. —Se inclinó para besarle en los labios con suavidad—. Debemos ayudarnos mutuamente a pasar esta noche. —Le miró con los ojos velados de deseo—. Hazme el amor. Te necesito.

Él se dejó llevar. Antes de que todo terminara, lo odiaría, pero por el momento el amor bastaba.

Por la mañana no estaba en su cama, ni en Sanctuary, ni en la isla.

—¿Se marchó en el transbordador de la mañana? —preguntó Jo a Brian. No comprendía cómo se dedicaba a freír huevos con tal tranquilidad cuando alrededor reinaba el caos.

—Me lo encontré de madrugada cuando se dirigía a su cabaña —explicó Brian mientras examinaba los pedidos para el desayuno. A pesar de los problemas, pensó, la gente no pierde el apetito—. Dijo que tenía unos asuntos que resolver en tierra firme, que volvería dentro de un par de días.

—Un par de días. Ni un adiós, ni una palabra de despedida, nada.

—Parecía bastante abatido, y tú también.

—El día de ayer fue duro para todos.

—Es cierto; sin embargo, hay que atender la posada. Si quieres echarme una mano, puedes barrer las terrazas y los patios, además de colocar los cojines en las sillas.

—La vida sigue su curso, ¿verdad?

—Es un hecho. —Sacó los huevos de la sartén—. Hay que asumir las responsabilidades.

La observó sacar la escoba del armario y salir. No sabía cómo actuar ante ella.

—Corren tantos comentarios que me sorprende que la gente pueda usar la boca para comer —dijo Lexy al entrar para dejar una cafetera vacía y coger otra llena—. Si a alguien más se le ocurre preguntarme algo sobre esa pobre mujer, te juro que gritaré.

—Es lógico que hablen, que formulen preguntas.

—Tú no los oyes. —Se apoyó contra el mostrador para descansar—. Creo que apenas si he dormido diez minutos en toda la noche. Supongo que nadie ha conseguido pegar ojo. ¿Y, Jo? ¿Se ha levantado ya?

—Está fuera, limpiando las terrazas.

—Estupendo. Le conviene mantenerse ocupada. —Cuando Brian le dirigió una mirada inquisitiva, Lexy lanzó un bufido—. No soy una desalmada, Bri. Me doy cuenta de que esto es peor para ella que para los demás, sobre todo después de lo mucho que ha sufrido. Cualquier cosa que le impida pensar es una bendición.

—Nunca te he considerado una desalmada, Lex, por más que te hayas esforzado por parecerlo.

—Esta mañana no pienso responder a tus insultos, Brian. Lo cierto es que Jo me preocupa. —Miró por la ventana y se alegró al ver a su hermana barrer con energía—. La actividad física la ayudará a relajarse. Y gracias a Dios que tiene a Nathan. Es lo que necesita en este momento.

—Nathan no está en la isla.

Lexy se volvió con tal rapidez que a punto estuvo de derramar el café.

—¿Se ha marchado?  
—Pasará un par de días en tierra firme.  
—¿Por qué? Debería estar aquí, con Jo Ellen.  
—Debía atender unos negocios.  
—¿Negocios? —Lexy levantó la vista al cielo y cogió la bandeja—. ¡Es típico de los hombres! ¡Sois todos unos inútiles!

Salió con furia, contoneando las caderas. Brian había advertido que estaba de mejor humor, aunque ignoraba el motivo. ¡Mujeres!, pensó; no podemos vivir sin ellas y tampoco arrojarlas por un precipicio.

Una hora después Lexy salió de la casa con paso presuroso. Se acercó ajo, que abría la última sombrilla de las mesas del patio.

—Veo que aquí todo está en orden, de modo que sube a buscar un traje de baño. Iremos a la playa.

—¿Para qué?  
—Porque sí. Ve a cambiarte. Ya he preparado el bronceador y las toallas.  
—No me apetece ir a la playa.  
—No te he preguntado si te apetece o no. Necesitas tomar un poco de sol. Además, si no me acompañas, Brian o Kate te encomendarán alguna tarea.

Jo miró la escoba con desprecio.

—Está bien. ¿Por qué no? Hace calor. Me vendrá bien nadar un rato.

—Entonces apresúrate antes de que alguien nos encuentre y nos obligue a trabajar.

Una vez que hubo pasado la rompiente, Jo empezó a nadar en el sentido de la corriente. Había olvidado cuánto le gustaba bañarse en el mar, luchar contra las olas... Distinguía a lo lejos el chillido de un adolescente y las risas de una pareja que forcejeaba en el agua. Mar adentro, un muchacho muy bronceado practicaba surf.

Cuando se le cansaron los brazos, se puso de espaldas. El sol brillaba a través del cielo nublado y le irritaba los ojos. Los cerró mientras flotaba y pensó en Nathan.

Ambos tenían una vida propia. Tal vez se había apoyado demasiado en él. Nathan había hecho bien al alejarse de forma tan abrupta para obligarla a recuperar el equilibrio. Cuando volviera, si es que volvía, ya no dependería tanto de él. De pronto hundió la cabeza en el agua. ¡Maldita sea! Estaba enamorada de él. Era la mayor estupidez que había cometido en su vida. Como pareja no tenían futuro, ¿por qué pensaba en el futuro? Tras respirar hondo, comenzó a nadar de nuevo.

Las circunstancias los habían unido y ellos las habían aprovechado para acercarse más de lo conveniente. Con todo, las circunstancias cambiaban, y ella también.

El regreso a Sanctuary, si bien le había producido dolor y tristeza, le había devuelto la fuerza y la claridad mental que desde hacía demasiado tiempo le faltaba.

Plantó los pies en la arena y caminó a través de las olas hasta la playa. Lexy, tumbada en una toalla, exhibía sus curvas voluptuosas. Apoyada sobre un codo, leía una gruesa novela en cuya cubierta aparecía un hombre con el torso desnudo, muy musculoso, y una sonrisa arrogante en los labios carnosos.

Lexy lanzó un suspiro y pasó la página. La brisa le alborotaba la melena. La curva de sus pechos se alzaba sobre el minúsculo bikini verde y rosa. Tenía las largas piernas untadas de bronceador y las uñas de los pies pintadas de color coral.

Jo pensó que parecía la modelo de un anuncio de una playa. Se sentó a su lado y se frotó el pelo mojado con la toalla.

—¿Lo haces a propósito o se trata de algo instintivo? —¿Qué? —Lexy bajó las gafas de sol con los cristales rosados y la miró por encima de la montura.

—Conseguir que cualquier hombre que pasa se vuelva para mirarte.



—¡Ah, eso! —Con una sonrisa Lexy se subió las gafas—. Puro instinto, querida, y buena suerte. Tú también podrías lograrlo si te esmeraras un poco. Desde que llegaste has recuperado la figura, y ese bañador negro no te sienta nada mal; te da un aspecto atlético. A algunos hombres les gustan así. —Volvió a bajar las gafas—. Por ejemplo a Nathan.

—Nathan no me ha visto en traje de baño. —Entonces le espera una sorpresa muy agradable. —Si vuelve.

—¡Por supuesto que volverá! Eres inteligente y le castigarás un poco por haberse marchado.

Jo tomó un puñado de arena y dejó que se le escurriera entre los dedos.

—Estoy enamorada de él. —Ya lo he notado.

—Estoy enamorada de él, Lexy. —Jo frunció el entrecejo al mirar los resplandecientes granos que se le habían adherido a la mano.

—¡Ah! —Lexy se sentó, cruzó las piernas y sonrió—. Esto me gusta. Has tardado en caer, pero al final has elegido a un ganador.

Jo cogió otro puñado de arena y cerró la mano con fuerza.

—Detesto lo que siento, estar así. Noto una especie de nudo en el estómago.

—Se supone que así debe ser. A mí me ha ocurrido varias veces, y nunca me ha costado deshacerlo. —Fingió un puchero mientras contemplaba el mar—. Hasta ahora. Con Giff me resulta muy difícil.

—Giff te quiere. Siempre te ha querido. Tu situación es distinta.

—Es normal, porque todos somos distintos. Por eso es tan interesante.

Jo ladeó la cabeza.

—¿Sabes, Lexy? A veces me sorprendes con tu inteligencia. Creo que debo decirte lo que le dije anoche a Brian.

—¿Qué?

—Te quiero, Lexy. —Se inclinó para besarla en la mejilla—. Realmente te quiero.

—Ya lo sé, Jo. Eres insoportable, pero siempre nos has querido. —Respiró hondo y decidió sincerarse—. He de admitir que me enfurecí mucho contigo cuando te marchaste, te envidié.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque no te daba miedo irte.

—Pero si estaba aterrorizada. —Jo apoyó la barbilla sobre la rodilla y observó las olas que rompían en la playa—. A veces todavía tengo miedo de no ser capaz de hacer lo que debo, o de hacerlo y fracasar.

—Yo he fracasado, y te aseguro que es espantoso.

—No has fracasado, Lexy, sencillamente no has terminado lo que empezaste. —Volvió la cabeza— ¿Piensas regresar?

—No lo sé. Estaba convencida de que lo haría. —Se le nublaron los ojos—. El problema es que resulta más fácil quedarse aquí y dejar que pase el tiempo. ¿Por qué hablamos de esto? —Enojada consigo misma, Lexy meneó la cabeza y sacó un refresco de la nevera portátil que tenía a su lado—. Deberíamos conversar de cosas interesantes. Por ejemplo, me preguntaba... —Destapó la botella y bebió un largo trago. A continuación se pasó la lengua por el labio superior—. ¿Qué tal es el sexo con Nathan?

Jo lanzó una carcajada.

—Me niego a charlar de eso —afirmó con rotundidad al tiempo que se tendía boca abajo.

—Puntúale del uno al diez. —Lexy le dio una palmada en el hombro—. O si lo prefieres, elige un adjetivo para describirlo.

—No.

—Vamos, inténtalo. ¿Lo calificarías de increíble? —le susurró al oído—. ¿Tal vez de

fabuloso? ¿Memorable, quizá?

Jo exhaló un suspiro.

—Estupendo —dijo sin abrir los ojos—. Es estupendo.

—¡Ah, estupendo! Dime, ¿mantiene los ojos cerrados o abiertos cuando te besa?

—Depende.

—¿Hace las dos cosas? Eso me estremece. Me encanta. Y ahora hablemos de cuando él...

—Lexy —interrumpió Jo al tiempo que contenía la risa— No pienso describirte las técnicas sexuales de Nathan. Me apetece echarme una siesta. Despiértame dentro de un rato.

Y, para su sorpresa, se quedó dormida como un tronco.

Nathan se paseaba por la antigua alfombra turca de la espaciosa biblioteca de la casa del doctor Kauffman, que vivía en un rascacielos de Nueva York. Fuera, la ciudad se derretía bajo una ola de calor. En el ático, el ambiente era fresco, y se encontraba lejos de los ruidos y el trasiego de las calles.

En el reino de Kauffman, uno tenía la impresión de encontrarse fuera de Nueva York. Cada vez que Nathan recorría el gran vestíbulo, revestido de maderas, pensaba en lores ingleses y casas de campo.

Uno de los primeros trabajos de Nathan había sido el diseño de esa biblioteca. Había sido preciso derribar paredes para ubicar la enorme colección de libros de Kauffman, uno de los más importantes neurólogos del país. Había elegido la madera de castaño, las molduras anchas, con un intrincado tallado, las altas ventanas. Kauffman, que había dejado todo en sus manos, echaba a reír cada vez que le pedía opinión.

«En este caso el médico eres tú, Nathan —solía decirle—. No esperes que colabore en la elección de las vigas, del mismo modo que yo no espero que asistas a operaciones del cerebro.»

En ese momento, mientras aguardaba, Nathan se esforzaba por mantener la calma. El presente, el futuro y todas las decisiones, grandes o pequeñas, que Nathan debía adoptar dependían del criterio de Kauffman.

Los seis días que habían transcurrido desde que partió de Desire le habían resultado interminables.

Kauffman entró y cerró la puerta tras de sí.

—Lamento haberte hecho esperar, Nathan. Deberías haberte servido un coñac. Perdona, ahora recuerdo que no te gusta. Bueno, yo beberé una copa y tú fingirás tomar otra.

—Le agradezco que me haya recibido, doctor, y que se encargue de... todo esto usted mismo.

—¡Vamos! Formas parte de la familia. —Kauffman llenó dos copas del licor.

Era un hombre alto, de casi un metro noventa de estatura, que conservaba su buena planta a pesar de sus setenta años. Lucía una abundante melena cana que se peinaba hacia atrás, además de una barba y un bigote bien cuidados. Prefería los trajes de corte inglés y la elegancia de los zapatos italianos. Lo que más destacaba de él eran los ojos, oscuros, inteligentes y perspicaces bajo las pestañas pobladas y las cejas muy negras.

—Siéntate y relájate, Nathan —invitó mientras le tendía el licor—. No será necesario que te practique una lobotomía en un futuro cercano.

A Nathan le dio un vuelco el corazón.

—¿Conoce el resultado de las pruebas?

—Todas las que pediste han dado resultados negativos. Yo mismo las revisé. No tienes ningún tumor ni ninguna anomalía. Tu cerebro y tu sistema nervioso son normales.

Más tranquilo, Nathan se arrellanó en el sillón.

—Le agradezco que me haya dedicado parte de su tiempo y las molestias que se ha tomado pero me pregunto si no debería pedir una segunda opinión.

Kauffman arqueó las cejas. Al sentarse frente a Nathan, alzó la raya de los pantalones para que no se arrugaran.

—He consultado a un colega con respecto a las pruebas y ha corroborado mi opinión. Por supuesto, si lo deseas, puedes acudir a otro médico.

—No. —Aunque el coñac no le gustaba, Nathan tomó un trago—. Estoy seguro de que usted ha considerado todas las posibilidades.

—Más que eso. La tomografía y la resonancia magnética que se te practicaron son normales. El examen físico y el análisis de sangre sólo sirvieron para demostrar que gozas de una excelente salud. —Kauffman hizo girar el licor en la copa antes de llevársela a los labios—. Bien, creo que ha llegado el momento de que me cuentes el motivo que te impulsó a someterte a una revisión tan completa.

—Quería asegurarme de que no padezco ningún problema físico. Temía que tal vez sufriera desmayos o accesos de amnesia.

—¿Has perdido la noción del tiempo en algún momento?

—No. Bueno, ¿cómo voy a saberlo? Existe la posibilidad de que haya perdido la memoria durante períodos cortos, de que haya hecho... algo durante, como usted lo llamaría, un estado de fuga.

Kauffman apretó los labios. Hacía demasiado tiempo que conocía a Nathan para considerarlo un hipocondríaco.

—¿Tienes alguna prueba de ello? Por ejemplo, ¿te has encontrado en lugares a los que no sabes cómo llegaste?

—No. —Nathan experimentó cierto alivio—. Entonces, debo entender que físicamente estoy bien.

—Disfrutas de una salud excelente, casi envidiable. Tu estado emocional es otra cuestión. Ha sido un año muy duro para ti, Nathan. La desaparición de tu familia debió de afectarte mucho, y te habías divorciado poco antes. Son demasiadas pérdidas, demasiados cambios. Yo también extraño a David y Beth. Los quería mucho.

—Lo sé. —Nathan miró con fijeza esos ojos negros e imponentes. ¿Acaso el neurólogo lo sabía?, se preguntó. ¿Lo sospechaba? Sin embargo, en el rostro del doctor sólo percibía pena y comprensión—. Me consta que los quería.

—Y Kyle. —Kauffman suspiró—. Un hombre tan joven, una muerte tan innecesaria.

—Empiezo a sobreponerme, a aceptar la muerte de mis padres. —Y hasta doy gracias a Dios por ello, pensó—. En cuanto a Kyle, hacía mucho tiempo que manteníamos una relación distante. La desaparición de nuestros padres no modificó nuestro trato.

—Y tienes remordimientos por no sentir tanto su muerte como la de tus padres.

—Tal vez. —Nathan dejó la copa sobre una mesa y se pasó las manos por la cara—. Ignoro a qué obedece la sensación de culpa. Doctor Kauffman, usted fue amigo de mi padre durante treinta años, lo conocía antes de que yo naciera.

—También era amigo de tu madre —matizó Kauffman con una sonrisa—. Como hombre que ha tenido tres esposas admiraba su capacidad para mantener vivo su amor. Además, se entregaron por completo a sus hijos. Tuviste una familia estupenda. Espero que encuentres consuelo en ese recuerdo.

Ahí estriba el problema, pensó Nathan. Jamás hallaría consuelo en los recuerdos.

—¿Qué podría impulsar a un hombre como él, en apariencia normal que lleva una vida normal, a planear y cometer un acto cruel, inconcebible? —Sentía una fuerte opresión en el pecho. Cogió de nuevo la copa, aunque no le apetecía beber—. Un hombre así, ¿sería un loco? ¿Estaría enfermo?

—Con conjeturas tan generales me resulta imposible ofrecer una respuesta, Nathan. ¿Crees que tu padre cometió un acto inconcebible?

—Sé que lo hizo. —Antes de que Kauffman pudiera hablar, Nathan meneó la cabeza, se puso en pie y comenzó a pasearse—. No puedo... explicárselo. Existen otras personas con quienes debo hablar primero.

—Nathan, David Delaney era un amigo leal, un marido amante y un padre excepcional. Si piensas en eso, tu mente hallará descanso.

—Mi mente no ha hallado descanso desde su muerte. Enterré a mis padres, y no me importaría enterrar el pasado si tuviera la certeza de que no se repetirá.

Kauffman se inclinó. Desde hacía medio siglo se dedicaba a tratar trastornos mentales, y sabía que el cuerpo o el cerebro no sanaban hasta que hubieran cicatrizado las heridas del corazón.

—Sea lo que sea lo que hizo tu padre, no puedes cargar con ese peso.

—¿Quién si no? Soy el único que queda.

Kauffman exhaló un suspiro.

—Recuerdo que ya de pequeño solías asumir las responsabilidades de los demás. Cargabas con las de tu hermano con frecuencia. No cometas el mismo error por algo que no puedes modificar ni reparar.

—Desde hace dos meses no dejo de decirme: «Déjalo en paz.» Había decidido no hurgar en el pasado, concentrarme en el presente y forjar el futuro. Hay una mujer.

—¡Ah! —Kauffman se arrellanó en el asiento.

—Estoy enamorado.

—Me alegro de oírlo. ¿También ella pasa las vacaciones en esa isla en la que te has refugiado?

—No exactamente. Su familia vive allí. Se quedará una temporada. Ha tenido... ciertos problemas. De hecho, ya nos conocíamos de pequeños. Cuando volví a verla... bueno... ya sabe. Pude haberlo impedido. —Se acercó a la ventana que daba a Central Park, engalanado con el verde del verano—. Tal vez debí haberlo hecho.

—¿Qué sentido tendría que te hubieras negado la felicidad?

—Sé algo en lo que está implicada. Si se lo digo, me despreciará. Es más, sin duda le afectará emocionalmente. —Como el parque le recordaba el bosque de Desire, dio media vuelta—. ¿Sería mejor que ella siguiera creyendo algo que le provoca sufrimiento pero que no es cierto, o que conociera la verdad y tuviera que vivir con un dolor que tal vez no consiga soportar? Si se lo digo, la perderé, y dudo de que yo pueda vivir si me lo callo.

—¿Está enamorada de ti?

—Empieza a estarlo. Si permito que todo continúe como hasta ahora, lo estará. —Una leve sonrisa curvó sus labios—. Se enfadaría si me oyera hablar así, como si se tratara de algo inevitable, sobre lo que ella no tiene ningún control.

Kauffman notó el cariño que reflejaba de pronto la voz de Nathan. Siempre había sido su preferido. De hecho le quería más que a sus propios nietos.

—¡Ah, una mujer independiente! Son las más interesantes... y difíciles.

—Es fascinante, y no cabe duda de que no es fácil. Es fuerte, incluso cuando se siente herida, y le aseguro que ha sufrido mucho. Alzó una especie de muro alrededor, y he observado que últimamente esa barrera se ha resquebrajado, que ella empieza a abrirse. La he ayudado a conseguirlo. En el fondo es amable y generosa.

—En ningún momento la has descrito físicamente. —Para Kauffman, se trataba de un dato muy revelador. La atracción física lo había conducido a tres matrimonios tempestuosos, seguidos de tres divorcios fríos. Se precisaba mucho más que la mera atracción sexual para soportar la convivencia.

—Es una belleza —afirmó Nathan—. Ella preferiría no destacar, pero es imposible. Jo no valora la hermosura, sino la competencia y la honradez. —Nathan clavó la vista en la copa de coñac que apenas había probado—. No sé qué hacer.

—No puedo aconsejarte cómo debes actuar. En todo caso siempre he creído que si el amor es sincero, perdura. Tal vez deberías preguntarte qué exige un acto de amor mayor, si revelarle la verdad o guardar silencio.

—Si le oculto lo que sé, los cimientos sobre los que pretendemos construir nuestra vida ya estarán resquebrajados. Soy el único que queda con vida para explicárselo, doctor Kauffman. —Nathan levantó la vista, y en sus ojos había una profunda emoción—. Soy el único que queda.

Transcurrieron dos días, y Nathan no regresó a la isla. El tercero, Jo trató de convencerse de que no le importaba. No pensaba esperar sentada a que él cruzara el estrecho en un barco de vela para llevársela.

El cuarto día apenas si podía reprimir las ganas de llorar, y se despreciaba por ir al muelle, a las horas en que llegaba el transbordador para ver si regresaba. Al final de la semana estaba tan furiosa que atacaba a quien se atreviera a hablarle. Con la intención de restablecer la paz, Kate subió a la habitación de Jo, donde ésta se había refugiado después de una pelea con Lexy.

—¿Por qué te encierras entre cuatro paredes en una mañana tan bonita? —Se apresuró a descorrer las cortinas, y la luz del sol inundó el dormitorio.

—Me apetece estar sola. Si has venido para intentar convencerme de que me disculpe con Lexy, pierdes el tiempo.

—Por lo que a mí concierne, tú y Lexy podéis pelearos tanto como queráis. Siempre lo habéis hecho. —Kate puso los brazos en jarras—. Sin embargo, cuida el tono que empleas al hablar conmigo, señorita.

—Te pido perdón —dijo Jo con frialdad—, pero ésta es mi habitación.

—Me da igual. En estos últimos días me he mostrado paciente contigo, mientras tú te dedicabas a protestar y gruñir a todo el mundo.

—Entonces tal vez ha llegado el momento de que vuelva a casa.

—Como quieras. ¡Por favor, reacciona, Jo Ellen! —ordenó Kate con la voz quebrada—. Sólo hace una semana que ese hombre se fue, y no cabe duda de que volverá.

Jo levantó el mentón.

—No sé a quién te refieres.

—No creas que puedes engañarme, soy más vieja que tú. —Kate se sentó en el borde de la cama, donde Jo elegía las fotografías definitivas para su libro—. Hasta un ciego se daría cuenta de que Nathan Delaney te tiene trastornada. Quizá sea lo mejor que te ha sucedido en muchos años.

—No estoy trastornada.

—Estás enamorada de él, y no me sorprendería que Nathan hubiera optado por marcharse para vencer tus últimas resistencias y obligarte a reconocerlo.

Jo notó que le hervía la sangre; no se le había ocurrido tal posibilidad.

—Entonces se ha equivocado de estrategia. Irse sin despedirse siquiera no es la manera de ganarse mi afecto.

—¿Quieres que se entere de que no has dejado de llorar desde que partió? —Kate advirtió que a Jo se le encendía el rostro de rabia—. Si sigues con este comportamiento, habrá mucha gente encantada de decírselo. No me gustaría que le dieras esa satisfacción.

—Si decidiera volver, no le dirigiría la palabra.

Kate le dio una palmada en la rodilla.

—Me parece estupendo.

Jo entornó los ojos con suspicacia.

—Creía que Nathan te gustaba.

—Me gusta, y mucho. Sin embargo, reconozco que se merece una buena patada en el trasero por haberte hecho infeliz. Y tú me decepcionarías si le brindaras la oportunidad

de vanagloriarse de ello, de modo que levántate —ordenó poniéndose en pie—. Continúa con tu trabajo. Sal con la cámara y dedícate a hacer fotos. Cuando Nathan vuelva, comprenderá que tu vida ha seguido su curso sin él.

—Tienes razón. Llamaré a mi editor para decirle qué imágenes he seleccionado. Después saldré y tomaré algunas fotos. Tengo la intención de publicar otro libro.

Kate sonrió al ver que Jo se calzaba.

—Me alegro. ¿Contendrá fotografías de la isla?

—Todas serán de la isla, y quizá esta vez también incluya retratos. Nadie podrá acusarme de ser solitaria, ni de ocultarme detrás de la lente.

Jo desarrolló una intensa actividad ese día y el siguiente. La meta que se había impuesto la animaba a trabajar. Por primera vez buscaba rostros y comenzó a estudiarlos. Le fascinaba el brillo de los ojos de Giff bajo la gorra, su manera de asir el martillo.

Acudía a la cocina para fotografiar a Brian y lo convencía de que posara ya fuera con halagos o amenazas. Lexy no planteaba ningún problema, ya que le encantaba posar. La toma preferida de Jo era una en que aparecían Lexy y Giff juntos, con una expresión bobalicona de felicidad.

Incluso siguió a su padre. Permanecía en silencio para que se relajara y luego captaba su semblante meditabundo mientras miraba a lo lejos, más allá del pantano.

—Ya es hora de que guardes ese trasto. —Sam juntó las cejas en un gesto de incomodidad e irritación cuando ella volvió a enfocararlo—. Ve a jugar con otro.

—Dejó de ser un juego cuando empezaron a pagarme. Vuélvete un poco hacia la derecha y mira el mar.

Sam no se movió.

—No recuerdo que antes fueses tan molesta.

—Te informaré de que soy una fotógrafa muy famosa. Millares de personas gritan de felicidad cuando las enfoco con la cámara. —Se apresuró a apretar el obturador cuando él esbozó una levísima sonrisa—. ¡Eres tan apuesto, papá!

—Puesto que eres tan famosa, no deberías recurrir a las alabanzas para conseguir que la gente te permita fotografiarla.

Jo echó a reír.

—Es cierto. En todo caso, eres muy apuesto. Hice algunas fotos en la casa de Elsie Pendleton, la viuda Pendleton. Preguntó por ti varias veces.

—Elsie Pendleton ha buscado un hombre para reemplazar al que perdió desde que echó el primer puñado de tierra sobre el ataúd. Te aseguro que no me pescará.

—Tu familia agradece tu sensatez.

Sam estuvo a punto de sonreír.

—Estás muy alegre hoy.

—Un cambio agradable, ¿no te parece? Empezaba a hartarme de mi mal humor —explicó mientras manipulaba la cámara—, y determiné adoptar otra actitud. Tal vez estar en la isla me ha ayudado. —Se interrumpió para contemplar el pantano—. Desde que llegué he comprendido que debo aceptar algunas cosas y que, si no me sentía querida, tal vez era porque no permitía que nadie me quisiera.

Levantó la vista y advirtió que él la observaba con sumo detenimiento.

—No la busques en mí, papá. —Jo cerró los ojos cuando el dolor la atravesó como un puñal—. No sigas buscándola en mí. Me ofende que lo hagas...

—Jo Ellen...

—Durante toda la vida he tratado de dejar de parecerme a ella. En la universidad, cuando las demás chicas se arreglaban y maquillaban, yo me contenía para evitar mirarme al espejo, pues entonces la vería a ella, del mismo modo que la ves tú cada vez

que me miras. —Se enderezó—. ¿Qué debo hacer, papá, para que me veas como quien soy?

—Te veo, Jo Ellen, pero no puedo evitar verla también a ella. Y deja de incordiar-me. Soy un inútil en asuntos de mujeres. —Hundió las manos en los bolsillos y se volvió—. Quien me preocupa ahora es Lexy. Esa chica queda destrozada si no la miran y, si la miran, empieza a contonearse. Si no se casa pronto con Giff y madura, me volveré loco.

Jo lanzó una risita.

—¡No sabía que la quisieras tanto como para que pudiera volverte loco!

—¡Por supuesto que la quiero! Es mi hija —replicó con brusquedad—. Y tú también.

—Sí. —Jo sonrió—. Yo también.

Cuando no encontraba la luz adecuada, Jo se encerraba en el cuarto oscuro, donde trabajaba con entusiasmo. Escudriñaba con una lupa los contactos en busca de detalles, defectos y sombras. Entre una docena, tal vez elegía uno que cumplía sus estrictos requisitos. A pesar de todo, reveló muchas fotografías que consideraba que valían la pena. De repente encontró un carrete que no estaba marcado y chasqueó la lengua con enojo.

Soy una descuidada, se reprochó. Apagó la luz y comenzó el proceso del revelado. La oscuridad la tranquilizaba. Se movía con rapidez. La expectativa la entusiasmaba. ¿Qué vería allí, qué descubriría? ¿Qué instante quedaría preservado para siempre por el mero hecho de que ella lo había elegido?

Encendió la bombilla roja y la estancia quedó llena de esa luz fantasmal. Sofocó una carcajada al ver un negativo en que aparecía desnuda sobre la alfombra de Nathan.

—¡Caramba! Así aprenderé a marcar siempre los rollos.

Levantó los negativos para estudiar los demás. Los que había sacado de la tormenta parecían prometedores. Apretó los labios al examinar los otros, los de Nathan. En uno se veían las dunas entre la pradera cubierta de flores y el mar. Una buena composición, pensó, para tratarse de un aficionado. Por supuesto que si lo trasladaba a un contacto, sin duda encontraría defectos.

Se fijó en los últimos negativos y distinguió su cara, su cuerpo. Cogió las tijeras para destruirlos y de pronto se detuvo. ¿Por qué no se permitía satisfacer su curiosidad? Después de todo, nadie más las vería.

Así pues, se puso manos a la obra. Tal vez le resultaría doloroso obtener los contactos de ese rollo. Sin embargo, eliminaría aquellos en los que ella aparecía, no sin antes haberlos examinado bien.

Dejó de tararear, pues estaba demasiado inquieta y absorta en su tarea para escuchar la música de la radio. El papel apenas se había secado cuando lo colocó sobre el negatoscopio y lo miró con la lupa. Contuvo el aliento mientras las imágenes cobraban forma.

Tenía un aspecto travieso, juguetón; los ojos entrecerrados, en los labios una sonrisa de satisfacción sexual. Observó que en las últimas semanas había recuperado su figura, que exhibía unas curvas voluptuosas.

En la toma siguiente aparecía con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa. Se llevaba las manos al pecho para cubrirlo. No cabía duda de que parecía... ¿cómo la había definido él? ¿Desgreñada y sensual?

¡Oh, Dios! Nunca antes se había permitido exponerse ante los ojos de nadie. Ahora deseó que volviera a suceder. Quería que Nathan la tocara, la hiciera sentirse deseada y atrevida. Ansiaba volver a ser la mujer que él había visto y captado en la fotografía, dejarse llevar por él y saber que ella tenía el poder necesario para controlarlo también.

Nathan se lo había otorgado y, al preservar ese momento, la obligaba a contemplarlo



de frente y comprender qué le ofrecía y qué se perdía sin él.

—¡Eres un cretino, Nathan! Te odio.

Se puso en pie y guardó las fotografías en un cajón. No las destruiría. Las conservaría como recuerdo. Cada vez que sintiera la tentación de confiar en un hombre, de entregarse por entero, las miraría para recordar con qué facilidad se alejaban.

—Jo Ellen —llamó Lexy desde el otro lado de la puerta, al tiempo que la golpeaba con los nudillos.

—Estoy trabajando.

—Sí, ya lo sé, pero tal vez te apetezca dejarlo. ¿A que no adivinas quién ha llegado en el último transbordador?

—Brad Pitt.

—¡Cómo me gustaría! Sin embargo, tal vez a ti te guste más saber que Nathaán Delaney acaba de entrar en la cocina, más atractivo que nunca. Y te está buscando.

Jo se llevó una mano al corazón.

—Dile que estoy ocupada.

—Le he tratado con frialdad, querida. Le he dicho que no entendía por qué debías de dejar lo que estás haciendo sólo porque ha decidido volver a Desire.

Jo sonrió agradecida. No le costaba imaginar la escena, en la que Lexy interpretaría el papel de desdén dama sureña.

—Gracias.

—Debo decirte que... Oye, ¿por qué no abres la puerta? No comprendo por qué tenemos que hablar así.

Puesto que Lexy acababa de hacerle un favor, Jo hizo girar la llave y entreabrió la puerta.

—Te agradecería que le dijeras que no pienso adaptar mi horario a sus caprichos.

—De acuerdo. El caso es que está más atractivo que nunca. Con sólo mirarlo se me aceleró el corazón.

—Te aconsejo que lo desaceleres. ¿De qué lado estás?

—Del tuyo, querida. —Para demostrarlo, la besó en la mejilla—. No me cabe duda de que merece un castigo. Si necesitas consejos acerca del procedimiento que debes seguir, te daré algunas ideas.

—Gracias, pero creo que sabré arreglármelas. —Movié los hombros para aliviar la tensión—. Dile que no tengo ganas de verlo y que durante bastante tiempo estaré demasiado ocupada en asuntos más importantes que él.

—Deberías decírselo tú misma, y con esas palabras. Creo que se te da bien manejar esta clase de situaciones. —Lexy sonrió mientras enredaba un rizo alrededor de un dedo—. Bajaré para decírselo; luego volveré para contarte cómo ha reaccionado.

—No estamos en la escuela secundaria.

—No, es mucho más interesante y divertido. ¡Oh, ya sé que estás muy ofendida, Jo! —Le acarició la mejilla—. En tu situación yo estaría hecha una furia. Sin embargo, piensa en cuán satisfecha te sentirás cuando le veas arrastrarse. No le aceptes hasta que lo haga, y a menos que se presente con dos ramos de flores y un regalo caro, preferentemente una joya.

—¿Me propones que actúe como una mujer materialista?

—Yo me precio de serlo, querida. Si sigues los consejos de tu hermana menor, pronto tendrás a ese hombre a tus pies. Creo que después de esta espera ya ha sufrido lo suficiente antes de recibir el golpe siguiente. —Se frotó las manos con satisfacción—. No te preocupes, manejaré bien el asunto.

Mientras Lexy se alejaba para cumplir con su misión, Jo permaneció apoyada contra el marco de la puerta.

—Apuesto a que lo harás —murmuró—, y yo estaré en deuda contigo.

Regresó al cuarto oscuro, ordenó el banco de trabajo y colocó en su lugar las botellas de productos químicos. Se examinó las uñas y se preguntó si, después de todo, no le convendría que Lexy se las arreglara.

Al oír pasos se volvió hacia la puerta, preparada para recibir el informe de Lexy, y vio la figura de Nathan en el umbral.

—Necesito que me acompañes —dijo él con un tono cortante en el que no se percibía el menor rastro de arrepentimiento.

—Tengo entendido que te han informado de que estoy ocupada, y nadie te ha invitado a este cuarto.

—Ahórrate el discurso, Scarlett. —La cogió de la mano y tiró de ella. Cuando Jo le propinó una bofetada entrecerró los ojos y asintió—. Perfecto, no me queda más remedio que obligarte.

Todo sucedió tan deprisa que Jo no tuvo tiempo siquiera de lanzar una maldición. Al cabo de unos segundos Nathan salía de la habitación con Jo sobre el hombro.

—¡Quítame de encima tus sucias manos! —Le golpeó la espalda con los puños.

—¿Conque creías que tu hermana conseguiría deshacerse de mí? —preguntó mientras bajaba por la escalera—. He viajado todo el día para llegar hasta aquí y confío en que tengas la amabilidad de escucharme.

—¿Amabilidad? ¿Acaso una víbora de Nueva York conoce la amabilidad? —Al forcejear mientras él descendía por los peldaños, sólo logró golpearse la cabeza contra la pared—. Te odio.

—Lo sospechaba. —Con expresión sombría y paso decidido, entró en la cocina. Lexy y Brian los miraron boquiabiertos—. Perdón —dijo Nathan antes de salir mientras Jo le insultaba.

Lexy dejó escapar un largo suspiro y se llevó la mano al corazón.

—¿No es ésa la escena más romántica que has visto en tu vida?

—¡Mierda! —Brian depositó en la mesa el pastel que acababa de sacar del horno—. Jo le partirá la cara a la menor oportunidad.

—¡Qué poco romántico eres! —Lexy se apoyó contra el mostrador—. Apuesto veinte dólares a que en menos de una hora la tiene en la cama.

Brian oyó a Jo exclamar que pensaba castrar a un yanqui desaprensivo y asintió.

—Apuesto a que no.

Jo permanecía en silencio mientras Nathan conducía el todoterreno. No pensaba darle la satisfacción de arrojarse del vehículo en marcha o de escapar cuando se detuvieran. Le arañaría la cara hasta desgarrarle la piel cuando no corrieran el riesgo de salirse del camino.

—No pensaba abordar así el asunto —murmuró Nathan—. Necesito hablar contigo de algo importante. Has elegido un mal momento para adoptar una actitud desdeñosa. —Sin hacer caso del bufido que lanzó Jo, Nathan prosiguió—: No me importa pelear, incluso reconozco que en ocasiones es conveniente, pero éste no es un buen momento para discutir, y tu comportamiento no hace más que complicar una situación ya de por sí penosa.

—De modo que la culpa es mía. —Respiró hondo cuando él frenó ante su cabana—. ¿Consideras que soy la culpable de esto?

—No es una cuestión de culpas, Jo.

En lugar de arañarle como había planeado, Jo cerró los puños y le propinó varios golpes certeros.

—¡Caramba! ¡Basta ya, Jo! —exclamó Nathan al tiempo que trataba de defenderse.

Notó el sabor de la sangre en la boca y temió que le hubiera roto la mandíbula. Por fin consiguió sujetarla y obligarla a permanecer quieta en el asiento.

—Para ya, por favor. Intenta controlarte. —Se movió con rapidez al ver que Jo levantaba la rodilla para atacarle—. No quiero lastimarte.

—En cambio a mí me encantaría hacerte daño de verdad. Te lo mereces por haberme tratado así.

—Lo siento. —Bajó la frente hasta tocar la de ella—. Lo lamento, Jo.

Ella se negó a ablandarse, a reconocer que el corazón se le había encogido al percibir el tono desesperanzado de Nathan.

—Ni siquiera sabes qué lamentas.

—Lamento muchas más cosas de las que tú sospechas. —Se echó hacia atrás y la miró a los ojos—. Entra en casa, por favor. Debo contarte algo. ¡Ojalá no tuviera que decirlo! Después podrás pegarme hasta dejarme el cuerpo lleno de moretones, y juro que no levantaré un dedo para defenderme.

Jo supuso que algo terrible ocurría. Su enojo se convirtió en miedo. Mantuvo un tono frío mientras se esforzaba por contener la imaginación.

—Me parece un acuerdo aceptable. Entraré en tu casa y te escucharé. Luego, todo habrá terminado entre nosotros, Nathan. —Lo apartó de sí de un empujón y abrió la portezuela—. No consiento que me dejen plantada —susurró—. No volverá a sucederme nunca más.

Con un profundo abatimiento, Nathan la condujo hasta la cabana y encendió las luces.

—Preferiría que te sentaras.

—No me apetece, y me trae sin cuidado lo que prefieras. ¿Por qué te marchaste de esa manera? —Se volvió hacia él al tiempo que se rodeaba el cuerpo con los brazos, como si pretendiera defenderse—. ¿Cómo pudiste levantarte de mi cama e irte así, sin decir una palabra? Has estado fuera más de una semana y sabías muy bien cómo me sentiría. Si empezabas a hartarte de mí, al menos podrías haber actuado con más

delicadeza.

—¿Hartarme de ti? ¡Dios Santo, Jo! En los últimos ocho días no he dejado de pensar en ti, de desearte. Si no me importaras más que nada en el mundo, me habría quedado. Y no mantendríamos esta conversación.

—¡Me has herido, me has humillado, me...!

—Te amo.

Jo retrocedió.

—¿Acaso esperas que me arroje en tus brazos al oírlo?

—No. —Se acercó a ella y no logró reprimir la necesidad de tocarla. Le acarició los hombros con la yema de los dedos—. Estoy enamorado de ti, Jo Ellen. Tal vez siempre te he amado. Tal vez esa chica de siete años que conocí me impidió amar a nadie más. No lo sé. Necesito decirlo y que me creas antes de empezar a hablarte de lo demás.

Ella lo miró a los ojos y notó que le flaqueaban las piernas.

—¿Eres sincero?

—Por supuesto. Te quiero tanto como para poner mi pasado, mi presente y mi futuro en tus manos. Decidí regresar a Nueva York para visitar a un neurólogo amigo de la familia con el propósito de que me sometiera a algunos exámenes y análisis.

—¿Análisis? —repitió Jo con sorpresa—. ¿Qué clase de...? ¡Oh, Dios mío! —Sintió un dolor tan fuerte como si acabaran de asestarle un puñetazo en el pecho—. Estás enfermo. ¿Un neurólogo? ¿Qué es? ¿Un tumor? —La sangre se le congeló en las venas—. Sin duda existe un tratamiento que logre...

—No estoy enfermo, Jo. No tengo un tumor, no padezco ningún trastorno, pero necesitaba asegurarme.

—¿No te ocurre nada? —Volvió a rodearse el cuerpo con los brazos—. No lo entiendo. ¿Viajaste a Nueva York para que te realizaran una revisión aunque no te Pasaba nada?

—Te repito que necesitaba asegurarme. Temía que tal vez hubiera sufrido ataques de amnesia y que quizá hubiera asesinado a Susan Peters.

Impresionada, Jo se sentó en el brazo de un sillón y apoyó una mano contra el respaldo sin apartar la vista de los ojos de Nathan.

—¿Cómo se te ocurrió tamaña locura?

—Porque la estrangularon aquí, en la isla. Porque trataron de ocultar su cuerpo. Porque su marido, su familia y sus amigos podrían haber vivido el resto de su vida sin saber qué había sucedido.

—¡Basta! —Le costaba respirar, el corazón le latía con demasiada rapidez, la cabeza le daba vueltas, comenzaba a sudar. Conocía los síntomas; el pánico esperaba la oportunidad de saltar—. No quiero oír nada más de esto.

—Yo tampoco quiero decirte más, pero no hay alternativa. Mi padre asesinó a tu madre.

—¡Eso es un disparate, Nathan! —Deseó levantarse y salir corriendo, pero no lograba moverse—. Y una crueldad.

—Parece un disparate y es una crueldad, pero es cierto. Hace veinte años mi padre terminó con la vida de tu madre.

—No, el señor David era una buena persona, era nuestro amigo. Esta conversación es una locura. Mi madre se marchó —aseguró con voz trémula.

—Tu madre nunca abandonó la isla. Él... arrojó su cadáver al pantano.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad y ya la he evitado durante demasiado tiempo.—Nathan se obligó a continuar mientras ella cerraba los ojos y negaba con la cabeza— Lo planeé tan pronto como la vio, ese verano, en cuanto llegó.

—No, no, ¡no sigas!

—Es imposible borrar el pasado. Papá tenía un diario y— conservaba algunas pruebas en una caja de seguridad. Lo encontré todo después de que él y mi madre murieran.

—Lo encontraste. —Las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras se mecía con los brazos alrededor del cuerpo—. Y volviste a la isla.

—Volví para enfrentarme a ello, para tratar de recordar aquel verano; cómo se comportaba mi padre en esa época. Además pretendía decidir si debía enterrar el asunto o revelar la verdad a tu familia.

Jo notaba las palpitaciones y el zumbido en los oídos que precedían a un ataque de pánico.

—Lo sabías y volviste a la isla. Te acostaste conmigo sabiendo... —Se puso en pie a pesar del aturdimiento—. Estuviste dentro de mí. —Presa de la furia, propinó un bofetón a Nathan—. Dejé que estuvieras dentro de mí. —Le pegó de nuevo, iracunda. Él no se defendió ni trató de esquivar los golpes—. ¿Comprendes cómo me siento?

Nathan había supuesto que lo miraría así, con odio y repugnancia, incluso con miedo. Debía aceptarlo.

—Mi padre... Era mi padre.

—La mató, nos la arrebató, y durante todos estos años...

—Jo, no me enteré hasta después de su muerte. Hace meses que me debato y trato de asimilar lo que hizo. Comprendo cómo te sientes...

—No puedes comprenderlo. —Fue como si le escupiera las palabras. Quería herirlo, hacerlo sufrir—. No puedo quedarme aquí. Ni siquiera puedo mirarte. ¡No! —Retrocedió, con los puños cerrados, cuando él trató de acercarse—. ¡No me pongas las manos encima! Podría matarte por haberme tocado antes. ¡Aléjate de mí y de mi familia!

Cuando Jo salió corriendo, Nathan no intentó detenerla. Se limitó a observarla. Puesto que no podía hacer otra cosa, por lo menos se encargaría de vigilar que llegara sana y salva a Sanctuary.

Sin embargo no era a Sanctuary hacia donde Jo se dirigía.

No podía regresar a su casa. No lo soportaría. Le costaba respirar, tenía la vista nublada. Deseaba arrojar al suelo, ovillarse y gritar hasta que su cuerpo y su alma se vaciaran de dolor, pero era consciente de que, si lo hacía, luego le faltarían las fuerzas necesarias para levantarse.

De manera que corrió sin rumbo entre los árboles, mientras imágenes espantosas desfilaban por su cabeza.

Recordó la fotografía de su madre; los ojos abiertos, llenos de perplejidad, terror, sufrimiento, la boca abierta para lanzar un grito.

El dolor se le clavó en el costado como un cuchillo. Se llevó una mano allí y continuó corriendo sin dejar de sollozar.

Llegó a la playa jadeando y cayó sobre la arena. Se apresuró a levantarse y reanudó la carrera tambaleándose. Necesitaba alejarse del dolor y la pena que la destrozaban.

Oyó que alguien la llamaba y el sonido de pasos a su espalda. Tropezó, se enderezó y dio media vuelta, dispuesta a luchar.

—Jo, querida, ¿qué te ocurre? —Kirby se acercó presurosa. Lucía un albornoz y tenía el pelo mojado—. Estaba en el porche y te he visto pasar...

—¡No me toques!

—Está bien. —De manera instintiva, Kirby adoptó un tono más tierno—. ¿Por qué no me acompañas a casa? Te has lastimado. Te sangran las manos.

—Yo... —Confusa, Jo se las observó y reparó en los rasguños y la sangre que le

corría por las palmas—. Me he caído.

—Ya lo sé. Te he visto. Ven. Te desinfectaré las heridas.

—No necesito... las manos están bien. —Ni siquiera sentía el dolor. De pronto comenzaron a temblarle las piernas y la cabeza le dio vueltas—. Él mató a mi madre. ¡Kirby, mató a mi madre! Está muerta.

Con cautela, Kirby se aproximó y le rodeó la cintura.

—Ven conmigo. —La condujo por la playa. Al mirar hacia atrás, distinguió a Nathan a unos metros de distancia. A la luz de la luna, sus miradas se encontraron. Después él se volvió y se alejó.

—Estoy muy nerviosa —murmuró Jo. Notaba pequeños pinchazos en la piel y tenía el estómago revuelto.

—Está bien. Debes acostarte un rato. Apóyate en mí hasta que entremos en la cabana.

—Él la mató. Nathan lo sabía; acaba de decírmelo. —En ese momento tenía la sensación de flotar sobre los escalones—. Mi madre está muerta.

Sin pronunciar palabra, Kirby la ayudó a tenderse en la cama y la cubrió con una manta. Jo temblaba de forma visible.

—Respira despacio —ordenó Kirby—. Te daré algo para que te calmes; ahora mismo vuelvo.

—No necesito nada. —El pánico la acometió con más fuerza, y cogió a Kirby de la mano—. No quiero sedantes. Lograré recuperarme, lo sé.

—¡Por supuesto! —Kirby se sentó en el borde de la cama y le tomó el pulso—. ¿Estás en condiciones de explicarme lo que sucedió?

—Necesito contarlo, pero no me siento con ánimos para hablar con mi familia. No sé qué hacer. Ni siquiera sé qué debo sentir.

El pulso de Jo se normalizaba y sus pupilas ya no estaban tan dilatadas.

—¿Qué te dijo Nathan?

Jo clavó la vista en el techo.

—Me dijo que su padre asesinó a mi madre.

—¡Dios Santo! —Kirby se llevó la mano de Jo a la mejilla—. ¿Cómo sucedió?

—No lo sé. No pude seguir escuchándole. No quise oírlo. Aseguré que su padre la había matado. Nathan se enteró al leer su diario y volvió a la isla. Yo me he acostado con él. —Tenía los ojos inundados de lágrimas que ya le resbalaban por las mejillas—. Me he acostado con el hijo del asesino de mamá.

Kirby sabía que debía mantener la calma. Si pronunciaba una palabra equivocada, Jo quedaría destrozada.

—Si lo hiciste fue porque le querías, y él a ti.

—Pero él lo sabía. Regresó a la isla sabiendo lo que había hecho su padre.

—Sin duda debió de resultarle muy duro.

—¿Cómo es posible que digas eso? —Furiosa, Jo se apoyó sobre los codos para incorporarse—. ¿Duro para él?

—Además fue un acto de valentía —agregó Kirby con suavidad—. Jo, ¿qué edad tenía él cuando murió tu madre?

—¿Y eso qué importa?

—Nueve o diez años, supongo. No era más que un niño.

—Pero ya no es un niño, y su padre...

—El padre de Nathan, no Nathan.

Un sollozo brotó de la garganta de Jo.

—Él me la quitó.

—Lo sé, y lo siento muchísimo. —Kirby la estrechó—. No imaginas cuánto lo siento.

Mientras Jo lloraba en sus brazos, Kirby supo que la tormenta no había hecho más que comenzar.

Tardó cerca de una hora en tranquilizarse. Bebió con lentitud el té muy dulce y caliente que Kirby le había preparado. El pánico había remitido, y en su lugar quedaba ahora dolor, que de pronto resultaba casi tan balsámico como el té.

—Yo sabía que estaba muerta. Lo sospeché cuando desapareció. Soñaba con ella. A medida que crecía trataba de alejar esos sueños, pero se repetían, cada vez más intensos.

—La querías. Ahora, por muy horrible que sea esto, tienes la certeza de que no te abandonó.

—Todavía no logro encontrar consuelo en ello. Deseaba herir a Nathan, tanto física como emocionalmente, y lo he hecho.

—¿Y te parece una reacción anormal? ¡Jo, no te tortures así!

—Lo intento con todas mis fuerzas. He estado a punto de sufrir otras crisis nerviosas. La habría tenido de no haberte encontrado a ti.

—Por fortuna me encontraste. —Kirby le apretó la mano—. Eres más fuerte de lo que crees, Jo, lo suficiente para superar esta situación.

—No me queda otro remedio. —Bebió otro trago de té y dejó la taza sobre el platillo—. Debo volver a casa de Nathan.

—Te conviene descansar.

—No. No le pregunté por qué, ni cómo, ni... —Cerró los ojos—. Necesito conocer las respuestas. Creo que no podré vivir con esto hasta conocer todos los detalles. Debo descubrir qué ocurrió exactamente antes de reunirme con mi familia.

—Sería mejor que regresaras ahora a Sanctuary. Te acompañaré. Después podréis hacer las preguntas todos juntos.

—Debo afrontar esto sola. Soy la principal afectada, Kirby. —A Jo le palpitaban las sienes. Cuando abrió los ojos, tenía las pupilas dilatadas y el rostro demudado—. Estoy enamorada del hombre cuyo padre asesinó a mi madre.

Cuando Kirby la dejó ante la cabana, Jo vislumbró la silueta de Nathan a través de la puerta mosquitera. Se preguntó si alguna vez se verían obligados a afrontar una situación más difícil que la que ahora vivían.

Él no dijo nada al verla subir por los escalones de la entrada. Le abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. Creía que jamás volvería a verla y no estaba seguro si eso habría sido peor que verla así, pálida y abatida.

—Necesito preguntarte... saber...

—Te diré todo cuanto pueda.

Jo se frotó las manos con nerviosismo.

—¿Mantenían... una relación amorosa?

—No. —Deseaba darle la espalda, pero se forzó a mirarla a la cara y percibir el dolor que reflejaban sus ojos—. No hubo nada entre ellos. En el diario escribió que tu madre era una mujer entregada a su familia... a sus hijos y a su marido.

—Supongo entonces que él intentó seducirla, que la deseaba. —Separó las manos—. ¿Se pelearon? ¿Su muerte fue accidental? —inquirió con voz trémula y tono suplicante.

—No. ¡Dios mío! —Esto es peor de lo que esperaba, pensó Nathan—. Conocía bien las costumbres de tu madre porque durante un tiempo la espío. Ella solía pasear de noche por los jardines.

—Le encantaban las flores por la noche. —Recordó el sueño que había tenido después de que se hallara el cadáver de Susan Peters—. Sobre todo las blancas. Disfrutaba con su fragancia y el silencio. Necesitaba estar sola un rato cada día.

—Él eligió la noche —continuó Nathan—. Agregó un somnífero al vino de mi madre

para que... para que no se enterara de que se marchaba. En su diario descubrió todo el proceso. Esperó a Annabelle en el límite del bosque, al oeste de la casa. —Sufría mientras lo explicaba y miraba a Jo a los ojos—. La dejó inconsciente de un golpe y se adentró con ella en el bosque. Tenía todo preparado; las luces y el trípode. No fue un accidente, sino una acción planeada, premeditada.

—¿Por qué? —Se derrumbó en un sillón—. Recuerdo que era bueno y paciente. Papá lo llevó a pescar. De vez en cuando mamá le preparaba tarta de nueces porque sabía que le gustaba. —Se le escapó un gemido y se llevó los dedos a los labios para controlarse—. ¡Oh, Dios! ¿Debo entender que la asesinó sin ningún motivo?

—Existía un propósito —matizó al tiempo que se dirigía a la cocina para buscar una botella de whisky—, jero no un motivo. —Vertió el licor en un vaso y lo apuró de un trago—. Yo le quería, Jo. Me enseñó a montar en bicicleta, me prestaba atención. Cada vez que viajaba, llamaba a casa no sólo para hablar con mamá, sino con los tres. Nos escuchaba de verdad, no fingía como algunos adultos que suponen que los chicos no comprenden nada. Le importábamos. —Se volvió hacia Jo y le dirigió una mirada elocuente—. Regalaba flores a mamá sin motivo alguno. Por la noche, los oía reír juntos. Éramos felices, y él era el centro de todo. Sin embargo, ahora debo aceptar que cometió un jacto monstruoso.

—No sabes cómo me siento —dijo Jo. La cabeza le daba vueltas—. Vacía por dentro. En carne viva. —Cerró los ojos con fuerza—. ¿Vuestra vida familiar no cambió después de eso?

—Él era el único que lo sabía, y fue muy cuidadoso. Todo siguió como siempre hasta que falleció y, al revisar sus papeles, encontramos el diario y las fotografías.

—Fotografías. Fotografías de mi madre ya muerta.

Nathan debía decirlo todo, por más desagradable que resultara.

—Lo llamaba «el momento decisivo».

—¡Oh, Dios mío! —Las palabras que había oído en clases y conferencias resonaron en su mente. «Captar el instante decisivo, anticipar el momento en el que una situación llegará a su punto culminante, saber cuándo apretar el obturador para preservar esa imagen, la más poderosa»—. Era un estudio, un trabajo.

—Ése era su propósito. Manipular, provocar, controlar y captar la muerte. —Sintió una náusea profunda. Tomó otro trago de whisky para evitar el vómito—. Sin embargo, estoy seguro de que había algo más, algo que nadie notó ni sospechó jamás. De lo contrario resulta inexplicable. Tenía amigos y había triunfado en su profesión. Llevaba una vida absolutamente normal. —Cada palabra, cada recuerdo lo destrozaba—. No existe justificación alguna —añadió—. Ni absolución posible.

—Tomó fotografías de su rostro, sus ojos, su cuerpo desnudos —dijo Jo—. Preparó bien las poses; la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, el brazo derecho cruzado sobre la cintura.

—¿Y cómo...?

—La vi. —Cerró los ojos y dio media vuelta. El alivio era dolorosamente frío—. No estoy loca. Nunca lo he estado. No fue una alucinación. Era real.

—¿De qué hablas?

Jo sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo trasero de los téjanos con impaciencia. Encendió un fósforo y clavó la vista en la llama.

—Ya no me tiembla la mano —observó—. Estoy tranquila. No sufriré una crisis nerviosa. Conseguiré superar todo esto. Nunca volveré a desmoronarme.

Nathan se acercó a la mujer con preocupación.

—Jo Ellen.

—No estoy loca. —Levantó la cabeza y se acercó a la llama al pitillo con absoluta serenidad—. Nunca más me desmoronaré. —Exhaló una bocanada de humo—. Alguien



me mandó una fotografía de mi madre, una de las que hizo tu padre.

A Nathan se le heló la sangre.

—¡Es imposible!

—La vi, la tuve en mis manos. Fue lo que desencadenó mi crisis nerviosa.

—Me dijiste que alguien te enviaba fotografías en las que aparecías tú.

—Es cierto. Junto a ellas, en el último paquete que recibí en Charlotte, había una de mi madre. Más tarde no conseguí encontrarla. Quien me las mandaba entró en mi apartamento y la cogió. Entonces creí que había sufrido una alucinación, pero era real, existía.

—Yo soy el único que pudo habértelas remitido, y no lo hice.

—¿Dónde están esas fotografías? ¿Y los negativos?

—Desaparecieron.

—¿Que desaparecieron? ¿Cómo?

—Kyle quería destruir tanto las fotografías como el diario. Yo me opuse. Necesitaba algún tiempo para decidir qué debía hacer. Discutimos. Él arguyó que habían transcurrido veinte años. ¿Qué sentido tenía sacar todo a la luz? Montó en cólera cuando dije que tal vez acudiría a la policía o intentaría hablar con tu familia. A la mañana siguiente, se había marchado y se había llevado consigo las fotografías y el diario. Ignoraba su paradero. Algún tiempo después me comunicaron que se había ahogado. Supongo que le resultaba imposible seguir adelante después de conocer lo ocurrido y decidió acabar con todo, incluso con su vida.

—Sin embargo las fotografías todavía existen, al igual que las que me tomaron a mí. —Jo tenía la mente clara—. Me parezco a mi madre. Es lógico que quien sintiera una obsesión enfermiza por ella la trasladara hacia mí.

—¿Crees que no lo he pensado? ¿Que no me ha aterrorizado tal posibilidad? Cuando encontramos a Susan Peters y se determinó cómo había muerto, pensé... Soy el único que queda, Jo. Enterré a mi padre.

—¿También enterraste a tu hermano?

La miró de hito en hito y negó con la cabeza.

—Kyle ha muerto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Porque en los informes se asegura que se emborrachó y cayó del barco? ¿Y si no fuese así, Nathan? Tenía las fotografías, los negativos, el diario.

—Se ahogó. Quienes le acompañaban en la embarcación afirmaron que estaba borracho como una cuba, deprimido e irritable. No repararon en su ausencia hasta la mañana siguiente. Su ropa y sus pertenencias continuaban en el barco. —Como Jo permanecía en silencio, Nathan comenzó a pasearse—. No tengo más remedio que aceptar lo que hizo mi padre. Ahora quieres que crea que mi hermano está vivo y se dedica a acosarte; que es capaz de provocarte una crisis nerviosa, de seguirte hasta aquí y... —se interrumpió y tras una breve pausa, añadió—: y de matar a Susan Peters.

—A mi madre la estrangularon, ¿no es cierto, Nathan?

—Sí. ¡Dios Santo!

Tengo que conservar la calma, se dijo Jo, y dar el próximo paso.

—Susan Peters fue violada.

Al comprender lo que ella trataba de insinuar Nathan cerró los ojos.

—Sí.

—Si no fue el marido...

—La policía no ha encontrado pruebas para encarcelar al esposo. Lo comprobé antes de volver, Jo Ellen.

Me temo que es preciso investigar la desaparición de Ginny.

—¿Ginny? —El horror destruyó la tranquilidad con que se había protegido—. ¡Oh, no! ¡Ginny!

Nathan no podía tocarla ni ofrecerle nada. Salió al porche para dejarla sola, apoyó las manos sobre la balaustrada y se inclinó con la desesperada necesidad de respirar aire fresco. Cuando oyó que la puerta se abría a su espalda, se obligó a erguirse.

—¿Cuál era el propósito de tu padre, Nathan? ¿Qué pretendía con esas fotografías, si nunca podría mostrarlas?

—Perseguía la perfección, el control; no limitarse a observar y conservar, sino formar parte de la imagen, crearla. La mujer perfecta, el crimen perfecto, la imagen perfecta. Consideraba a tu madre hermosa, inteligente, elegante, digna. —Observó cómo las luciérnagas parpadeaban en la oscuridad—. Debí haberos revelado la verdad tan pronto como llegué a la isla. Sin embargo, necesitaba tiempo para asimilar lo sucedido. Primero justifiqué mi silencio en el hecho de que tu familia había aceptado una mentira, y la verdad era más cruel; después lo mantuve al enamorarme de ti. Pensé que habías sufrido mucho y que debía esperar hasta que confiaras en mí, hasta que te enamoraras de mí. —Nathan se aferraba a la barandilla mientras ella permanecía a su espalda—. Sin embargo, tras el asesinato de Susan Peters, comprendí que no debía ocultar la verdad por más tiempo y que tenías derecho a conocerla. No puedo hacer nada para modificar el pasado ni para expiar su culpa. Nada de lo que diga conseguirá cicatrizar la herida que os causó a ti y a tu familia.

—Es cierto, no puedes hacer ni decir nada. Nos arrebató a mi madre y permitió que creyéramos que nos había abandonado. Su egoísmo nos destrozó la vida y nos provocó un dolor que jamás hemos logrado aplacar. ¡Y cómo debió de sufrir ella! —exclamó Jo con voz trémula—. Mamá debía de estar tan asustada y confusa. No había hecho nada para merecerlo, aparte de ser quien era. —Jo respiró hondo—. Quise culparte de lo ocurrido, Nathan, porque estás aquí, porque tuviste a tu madre, porque me acariciaste y me hiciste experimentar sensaciones que desconocía. Por todo eso necesitaba culparte.

—Esperaba que lo hicieras.

—No era preciso que me revelaras la verdad. Pudiste haberla olvidado, enterrado, y yo jamás me habría enterado.

—Pero yo lo sabía, y cada día que pasara a tu lado lo consideraría una traición. —Se volvió hacia ella—. Ojalá hubiera podido vivir con lo que sabía y haberte ahorrado el dolor.

—¿Y ahora qué? —Levantó la cabeza hacia el cielo y buscó la respuesta en su corazón—. ¿Debo hacerte pagar por algo que no hiciste, castigarte por algo que sucedió cuando éramos niños?

—¿Por qué no? —La amargura le cerraba la garganta mientras contemplaba los árboles y el río, que fluía silencioso—. Cada vez que me mires lo verás a él y recordarás lo que hizo. Y me odiarás por ello.

Es lo que hice, pensó Jo. Lo había mirado, había visto al padre y lo había odiado. Nathan había aceptado los golpes y los insultos sin intentar siquiera defenderse.

Kirby le había calificado de valiente, y tenía razón.

Nathan también ha sufrido, pensó. Se preguntó por qué habría tardado tanto en entender que, por más grave que fuera el daño que ella había recibido, el que habían infligido a Nathan era comparable.

—Por lo visto no confías en mi comprensión ni en mi inteligencia. Es evidente que tienes una pobre opinión de mí.

Nathan ignoraba que le quedaran fuerzas suficientes para sorprenderse. La miró con incredulidad.

—No te entiendo.

—No; no cabe duda de que no me entiendes si crees que después de haber aceptado lo sucedido, de llorar por ello, te culparía a ti o te consideraría responsable.

—Era mi padre.

—Si estuviera vivo lo mataría con mis propias manos por lo que hizo a mamá, a mis hermanos, a todos, incluso a ti. Le odio, jamás le perdonaré. ¿Puedes soportar vivir con eso, Nathan? ¿O acaso prefieres que cada uno siga su camino? Te diré qué pienso hacer. —Hablabla de forma atropellada para impedir que él la interrumpiera—. No permitiré que me engañen ni que me roben la posibilidad de ser feliz. Si te alejas de mí, aprenderé a despreciarte.

Entró en la casa como una exhalación y cerró con un portazo.

Él permaneció unos minutos en el porche mientras trataba de asimilar el impacto, la generosidad que implicaban sus palabras. Se reunió con ella y susurró:

—¿Quieres que me quede, Jo Ellen?

—¿No es eso lo que acabo de decir? —Sacó un cigarrillo y acto seguido lo arrojó al suelo con furia—. ¿Por qué tengo que perderte? ¿Crees que, después de conseguir que me enamorara de ti, puedes desaparecer de mi vida porque consideras que es lo mejor para mí? ¿Porque opinas que es la actitud más honorable? ¡A la mierda con tu sentido del honor, Nathan! ¡A la mierda con ese honor si me impide tener lo que necesito! Ya he perdido otras veces lo que necesitaba y me vi impotente para evitarlo. Ahora no pienso permanecer de brazos cruzados —concluyó con el rostro encendido de rabia.

—Jamás sospeché que reaccionarías así. Me había preparado para perderte, para conservarte. No sé qué decir; sólo que te amo.

—Sería mucho mejor si me abrazaras mientras lo dices.

Nathan se acercó sin apartar la vista de sus ojos. Primero la rodeó con timidez, luego la estrechó entre sus brazos y enterró la cara en su pelo.

—Te amo... —Se le quebró la voz—. Te amo, Jo Ellen.

—No permitiremos que nos arrebaten nuestra voz —susurró Jo con fiereza—. ¡No lo permitiremos!

Nathan permanecía muy quieto para no despertarla.

La mujer que yacía a su lado, la mujer a quien amaba, corría un grave peligro cuyo origen era demasiado horroroso para que se animara a pronunciarlo siquiera. La protegería con su vida si era necesario. Mataría para mantenerla a salvo.

Abrigaba la esperanza de que su amor sobreviviera a cualquier calamidad. Había llegado el momento de que se enfrentaran a lo que los acosaba desde hacía veinte años.

—Nathan, debo explicárselo a mi familia. —En la oscuridad, Jo buscó su mano—. Encontraré el momento indicado.

—Debes permitir que esté presente, Jo. Acepto que lo hagas a tu manera, pero no sola.

—Está bien. Además, existen otras cuestiones que es preciso abordar.

—Tú necesitas protección.

—No trates de representar el papel de príncipe salvador de damas, Nathan. Me resulta irritante.

Él la cogió por la cintura y la obligó a ponerse de rodillas.

—No te sucederá nada. —Sus ojos brillaban en la oscuridad—. Me encargaré de eso.

—Más vale que te tranquilices —replicó Jo con calma—. Prefiero pensar que nada nos sucederá a ninguno de los dos. Así pues, debemos reflexionar antes de actuar.

—Es preciso imponer algunas reglas, Jo. La primera es que no irás sola a ninguna parte hasta que todo esto haya terminado.

—Yo no soy mi madre, ni Ginny, ni Susan Peters. No soy una mujer indefensa. Jamás permitiré que me atrapen.

Como una reprimenda no haría más que herir su amor propio y la enfurecería, Nathan se mantuvo sereno.

—Si es necesario te sacaré de la isla de la misma manera en que te traje aquí. Te llevaré a algún lugar seguro y te encerraré bajo llave.

—Me temo que valoras en exceso tu fuerza.

—En este caso te aseguro que no. —Le alzó el mentón—. Mírame, Jo. Eres todo para mí. Aceptaré cualquier cosa, superaré cualquier adversidad, pero me niego a perderte.

Jo tembló, no de miedo o enojo, sino de emoción.

—Nunca me habían querido tanto. Me cuesta acostumbrarme.

—Practica... y prométeme que...

—No iré sola a ninguna parte. —Lanzó un suspiro—. Por lo visto mantener una relación implica multitud de concesiones y compromisos. Posiblemente por eso hasta ahora me había negado a buscar pareja.

»No podemos permanecer de brazos cruzados. No soy la única mujer de la isla, y tampoco la única hija de Annabelle.

—No nos quedaremos quietos. Efectuaré algunas llamadas y recabaré información sobre el accidente de Kyle para asegurarme de que no he pasado nada por alto. En su momento no investigué a fondo el asunto.

Era una situación difícil para mí y tal vez se me escapó algo.

—¿Qué me dices de sus amigos? ¿Y de sus finanzas?

—Apenas sabía nada de él. En los últimos años nos habíamos distanciado. —Nathan se puso en pie y abrió las ventanas para que entrara el aire—. Residíamos en lugares distintos, teníamos poco en común.

—¿Cómo era?

—Era... una persona que vivía el presente. Deseaba aprovechar el momento, sacarle el mayor partido posible. No le preocupaban el futuro ni las consecuencias de sus actos. Nunca hirió a nadie, sólo a sí mismo. —Era importante que ella comprendiera eso—. Kyle elegía siempre el camino más fácil. Poseía mucho encanto, además de talento. Papá solía afirmar que si Kyle hubiera puesto tanto empeño en su trabajo como en las diversiones, habría sido uno de los mejores fotógrafos del mundo. Kyle opinaba que papá era demasiado crítico con su obra, que nunca estaba satisfecho, que sentía celos porque él tenía toda una vida por delante.

Se interrumpió para reflexionar sobre las palabras de su hermano, ¿Acaso había existido el afán de competir? ¿La necesidad morbosa de superar al padre? Las sienes comenzaron a palparle.

—Realizaré las llamadas —anunció—. Si descartamos esa posibilidad, podremos concentrarnos en otras. Tal vez en una borrachera Kyle enseñó las fotografías a algún amigo.

—Tal vez. El responsable, sea quien sea, posee sólidos conocimientos de fotografía y es bastante hábil, aunque inconstante e irregular.

Nathan sonrió. Jo acababa de describir a su hermano a la perfección.

—Sin duda, él mismo se encargó del revelado —añadió Jo—, lo que significa que tiene acceso a un cuarto oscuro. Disponía de uno en Charlotte y aquí, en la isla, debió de buscar otro. El paquete que recibí se envió desde Savannah.

—¿Es posible alquilar un cuarto oscuro?

—Sí, y quizá lo hizo. Tal vez alquiló un apartamento o una casa y trajo su propio equipo, o bien lo compró. Dispondría de mayor libertad y control si contara con un espacio y un equipo propios. —Su mirada se encontró con la de Nathan—. Ésa es la base de todo esto: el control.

«Controlar el momento, manipular el estado de ánimo, el sujeto, el resultado. Ése es el verdadero poder del arte.» Nathan recordó las palabras que su padre había escrito en el diario.

—Sí, tienes razón. Así pues, realizaremos las investigaciones oportunas para

averiguar si alguien ha adquirido el equipo necesario para montar un cuarto oscuro, y si ordenó que lo enviaran a Savannah. No será fácil, y llevará algún tiempo.

—Es una buena forma de comenzar. Seguramente está solo, pues necesita libertad para hacer cuanto se le antoje. Debemos sospechar de cualquier individuo que ande solo y lleve una cámara, aunque es probable que sólo se trate de un inocente que desea fotografiar pajaritos.

—Si fuera Kyle, lo reconocería.

—¿Estás seguro, Nathan? ¿Lo reconocerías si él no lo quisiera? Sin duda sabe que estás aquí y que yo he estado contigo. La hija de Annabelle Hathaway con el hijo de David Delaney. Si eso es así, creo que no estás más seguro que yo.

Jo despertó a mediodía. No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde, y hacía años que no disfrutaba de un sueño tan profundo y sin pesadillas.

Le extrañaba que no se sintiera inquieta ni tensa. Ahora podía llorar por su madre, por una mujer que tenía su misma edad cuando se enfrentó al horror más espantoso. Más aún, podía apenarse por todos los años durante los cuales condenó a una madre, una esposa, una mujer que no había hecho nada más pecaminoso que llamar la atención de un demente.

Por fin sus heridas comenzarían a cicatrizar.

—Me quiere, mamá —susurró—. Tal vez sea la manera que tiene el destino de compensarme por haber sido cruel y desalmado hace veinte años. Soy feliz. Por loco que esté el mundo, soy feliz con él.

Se levantó de la cama y se prometió que a partir de ese día nada los separaría.

En la sala, Nathan acababa de telefonear al consulado de Estados Unidos en Niza. No había dormido y estaba destrozado. Tenía la impresión de que corría en círculos mientras recababa información, buscaba cualquier pista, cualquier dato que hubiese pasado por alto meses antes.

Le devoraban los remordimientos al pensar que su mayor esperanza consistía en confirmar que su hermano había muerto.

Levantó la cabeza al oír pasos que subían por los escalones de entrada. Consiguió sonreír al ver a Giff detrás de la puerta mosquitera y le hizo señas de que entrara mientras terminaba de hablar.

—Perdona por interrumpirte —se disculpó Giff.

—No te preocupes. Ya he acabado.

—Me dirigía a la cabana Live Oak y decidí pasar para entregarte estos planos. Me dijiste que no te importaría echar un vistazo a mi proyecto de ampliación de Sanctuary.

—Me encantará verlos. —Agradeciendo la distracción, Nathan los tomó y los extendió sobre la mesa de la cocina—. A mí también se me habían ocurrido algunas ideas.

Giff quedó boquiabierto al ver salir a Jo del dormitorio.

—Buenos días, Jo Ellen.

La mujer confió en no haberse ruborizado ante la mirada de los dos hombres. Sólo una camisa de Nathan cubría su desnudez y, aunque le cubría hasta los muslos, resultaba evidente que no llevaba nada debajo. Supongo que esto me enseñará a no salir en cuanto percibo el aroma del café, pensó.

—Buenos días, Giff.

—Sólo he venido para traer algo a Nathan.

—Muy bien. Voy a servirte un café. —No le quedaba más remedio que comportarse como una descarada, de modo que se acercó al mostrador para prepararse una taza—. Lo tomaré en el dormitorio.

Giff estaba entusiasmado. ¡Menuda situación! Como sabía que Lexy querría enterarse de todos los detalles, decidió obtener información.

—Tal vez te interese echar un vistazo a los planos.

Kate se propone ampliar la casa, y siempre has tenido buen ojo para esas cosas.

Modales o dignidad; era una decisión imposible para una mujer educada en las tradiciones sureñas. Jo procuró combinar ambas cosas y se acercó al mostrador. Quedó intrigada al ver una serie de líneas extrañas y números.

Nathan se obligó a no mirar las piernas de Jo para concentrarse en los planos.

—Es un buen diseño. ¿Dirigirás tú las obras?

—Sí, Bill y yo.

—Si alargaras este ángulo —propuso mientras trazaba una línea con el dedo—, te ahorrarías el trabajo de excavar aquí y contarías con la ventaja de utilizar los jardines como parte de la estructura.

—Pero entonces ¿no se perdería este rincón? ¿No resultaría difícil acceder hasta ahí desde la casa principal? A la señorita Kate le daría un ataque si le planteara cambiar las puertas o las ventanas.

—No sería necesario modificar nada. —Nathan desenrolló todo el plano para ver la obra completa—. Buen trabajo —murmuró—. Jo, por favor, tráeme una hoja de papel de dibujo —pidió Nathan—. Algunos empleados de mi empresa carecen de la habilidad necesaria para realizar un diseño como éste.

—¿En serio? —Giff olvidó por completo la presencia de Jo y se colocó detrás de Nathan, a quien miraba con una mezcla de incredulidad y regocijo.

—Si alguna vez decides estudiar en la universidad para licenciarte en arquitectura y quieres ser aprendiz en un estudio, no dejes de avisarme. —Tomó un lápiz y comenzó a dibujar en el papel que Jo acababa de tenderle—. ¿Ves? De esta manera se consigue una forma más suave. Yo evitaría los ángulos agudos y procuraría que el conjunto armonizara con la curva del tejado.

—Sí, lo veo. —Se percató de que sus dibujos resultaban un tanto torpes comparados con los de Nathan—. Jamás se me hubiera ocurrido algo así, y nunca conseguiré dibujar tan bien como tú.

—¡Por supuesto que lo conseguirás! Además, tú has hecho la parte más difícil. Resulta más fácil modificar un par de detalles en un trabajo bueno y detallado que trazar el concepto básico.

Nathan se enderezó y contempló su dibujo con los ojos entornados.

—Tal vez tu planteamiento satisfaga más al cliente. Resulta más viable y tradicional.

—Pero el tuyo es mucho más artístico.

—El cliente no siempre se decanta por lo artístico. —Nathan dejó el lápiz—. En todo caso, muestra las dos opciones a Kate y que ella decida. Después perfeccionaremos los detalles del plano que elija antes de que empiecen las obras.

—¿Trabajarás conmigo en esto?

—Por supuesto. —Nathan tomó la taza de café de Jo y bebió—. Me encantaría.

Giff recogió los papeles.

—Creo que iré ahora mismo a Sanctuary para hablar con la señorita Kate. ¡No sabes cuánto te lo agradezco, Nathan! —Se tocó el borde de la gorra—. Hasta pronto, Jo.

La joven se apoyó contra el mostrador mientras Nathan cogía otra hoja. Después de apurar el café que ella se había servido, empezó otro dibujo.

—Creo que ni siquiera sospechas lo que acabas de hacer —murmuró ella.

—¿A qué distancia de este rincón se encuentra el arriate con flores azules?

Jo buscó otra taza.

—He dicho que ni siquiera sospechas lo que acabas de hacer.

—¿Con respecto a qué? ¡Ah! —Miró la taza vacía—. Perdona, me he bebido tu café.

—Aparte de eso..., que me enojó y conmovió a la vez. —Le rodeó la cintura con los brazos—. Eres un tipo estupendo, Nathan.

—Gracias. —Normalidad, se dijo. Por lo menos durante una hora era necesario que

actuaran con normalidad—. ¿Lo dices porque no te di una palmada en el trasero cuando entraste cubierta sólo con mi camisa... a pesar de las ganas que tuve de hacerlo?

—No. Eso lo considero un rasgo de inteligencia. Lo que yo digo es que eres bueno. ¿No has visto la cara que ha puesto?

Nathan negó con la cabeza.

—Me temo que no me he fijado. ¿Hablas de Giff?

—No conozco a nadie que no sienta simpatía por Giff, pero todos le consideran tan sólo un tipo trabajador, amable y digno de confianza. Tú acabas de decirle que es más que eso y que puede llegar a ser aún más. Y lo afirmaste con una franqueza y naturalidad tales que te creyó. —Se puso de puntillas para apoyar la mejilla contra la de él—. En este momento me gustas, Nathan. Me gusta cómo eres.

—A mí también me gustas. —La estrechó en sus brazos.

Kirby se encaminó hacia Sanctuary. Si Jo estaba allí, hablaría con ella en privado. Su estricto código ético le impedía mencionar a los demás integrantes de la familia Hathaway la información que había conocido la noche anterior. Si Jo había regresado a casa después de hablar con Nathan, suponía que todo el mundo estaría conmocionado.

Por lo menos podría echarles una mano como doctora.

Sin embargo, no habían reclamado su presencia por ese motivo.

Kirby planeaba evitar a Brian. Por ello había acudido entre las horas del desayuno y el almuerzo. Además entró por la puerta principal, no por la de la cocina como solía.

Ya que nos hemos esforzado en evitarnos durante una semana, pensó, ¿qué importa un día más? No se habría presentado allí si Kate no la hubiera llamado; al parecer un huésped se había resbalado por la escalera. Kate la recibió con gran nerviosismo.

—Kirby, no sé cómo expresarte mi agradecimiento. La mujer sólo se ha torcido el tobillo, pero arma tal escándalo que da la impresión de que se ha roto todos los huesos del cuerpo.

Kirby dedujo por su expresión que Jo todavía no les había hablado de Annabelle.

—No te preocupes —dijo.

—Ya sé que es tu tarde libre y lamento haberte molestado, pero la mujer se niega a levantarse de la cama.

Kirby subió tras ella por las escaleras.

—De todos modos siempre conviene examinar esas lesiones. Si se trata de algo más grave que un esguince, le practicaremos una radiografía y la enviaremos a Savannah.

—Sería una manera de quitármela de encima —murmuró Kate. Golpeó con los nudillos la puerta de una habitación—. Señora Tores, ha llegado la doctora. Mándale la cuenta a la posada —susurró Kate dirigiéndose a Kirby— y cóbrale de más por ser tan pesada.

Treinta minutos después Kirby salió del dormitorio. Estaba agotada y le dolía la cabeza por la retahíla de quejas con que le había obsequiado la señora Tores. Cuando se detuvo para frotarse las sienes, Kate se asomó por el pasillo.

—¿A salvo?

—He reprimido la tentación de sedarla. Se encuentra bien, Kate. Tuve que realizarle un examen físico completo para que quedara satisfecha. Tan sólo se ha torcido un poco el tobillo; por lo demás, tiene unos pulmones bien sanos. Por tu bien, espero que no se quede mucho tiempo en Desire.

—Gracias a Dios se marchará pasado mañana. Ven, te serviré un vaso de limonada y un trozo de la tarta de ciruelas que Brian preparó ayer.

—Lo siento, debo volver. Tengo que poner al día los papeles.

—No pienso dejarte ir sin que bebas algo fresco. Hace un calor infernal.



—Me gusta el calor y...

Kirby se interrumpió al ver a Brian entrar por la puerta principal. Portaba en los brazos un gran ramo de flores, y Kirby lo encontró más viril y atractivo que nunca.

—¡Ah, Brian! Me alegro de que te hayas ocupado de eso. —Kate bajó por la escalera a toda prisa—. Esta mañana pensaba cortarlas para llenar los jarrones, pero el accidente de la señora Tores me ha entretenido. —Siguió parloteando mientras cogía las flores—. Ya me encargaré yo de preparar los ramos. Te juro, Kirby, que este hombre las mete de cualquier forma en los jarrones. Brian, prepara una limonada para Kirby y ofrécele un trozo de tarta. Ha venido para hacerme un favor y me gustaría agradecersele de alguna manera. Id a la cocina.

Empezó a subir por la escalera con la esperanza de que esos muchachos no se portaran como un par de tontos.

—No necesito nada —dijo Kirby muy tiesa—. De hecho ya me marchaba.

—Supongo que dispondrás de cinco minutos para beber algo fresco; de lo contrario Kate se ofenderá.

—De acuerdo. —Cruzó el vestíbulo con pasos rápidos. Deseaba alejarse de él. Cuando se enterara de lo de su madre, no dudaría en brindarle su apoyo, pero entretanto se sentía demasiado dolida para hablar con él.

—¿Cómo está la paciente?

—Podría bailar si se lo propusiera. No le sucede nada. —Abrió la puerta y permaneció de pie mientras él abría la nevera para sacar una jarra de limonada—. ¿Qué tal tienes la mano?

—Ya está bien.

—Ya que estoy aquí podría aprovechar para examinarla. —Depositó el maletín sobre la mesa—. Tendría que haberte quitado los puntos hace un par de días.

—Estabas a punto de marcharte.

—Te ahorraré el viaje hasta el consultorio.

Brian dejó de servir la limonada y la miró. Los rayos del sol que entraban por la ventana situada a su espalda formaban una especie de halo alrededor del pelo de Kirby.

—Está bien. —Llevó el vaso hasta la mesa y se sentó.

A pesar del calor, Kirby tenía las manos frías. No apreció hinchazón ni rastros de infección. La herida se había curado. Apenas le quedará cicatriz, dedujo, y abrió el maletín para buscar las tijeras.

—Será sólo un momento.

—Sólo te pido que no vuelvas a pincharme.

Ella cortó el primer punto y lo retiró con las pinzas.

—Puesto que los dos vivimos en esta isla y es probable que nos encontremos con frecuencia, te agradecería que me aclararas la situación.

—Está bastante clara, Kirby.

—Para ti, no para mí. —Cortó otro punto—. Quiero saber por qué decidiste alejarte de mí, qué te impulsó a romper lo que existía entre nosotros.

—Llegamos mucho más lejos de lo que yo preveía. Ni tú ni yo creíamos nunca que nuestra relación funcionara. Decidí alejarme primero, eso es todo.

—¡Ah, lo comprendo! Decidiste plantarme antes de que yo te abandonara.

—Más o menos. —Deseó no oler su aroma, aquel perfume con olor a melocotón que lo torturaba—. En mi opinión, no hice más que simplificar las cosas.

—Y a ti te gustan las cosas sencillas, ¿verdad? Te gusta hacer todo a tu manera, a tu ritmo, cuando te conviene.

Kirby hablaba con calma, pero él no confiaba demasiado en que estuviera tan tranquila como aparentaba y, puesto que tenía un instrumento cortante en la mano, asintió.

—Tienes razón. En realidad eres igual que yo; lo que sucede es que tu manera y tu ritmo son distintos de los míos.

—No lo negaré. Supongo que prefieres una mujer delicada, que acceda a todos tus deseos y caprichos. No cabe duda de que yo no soy así.

—No, desde luego que no. Lo cierto es que yo no buscaba una mujer ni entablar una relación. Me perseguiste y eres hermosa; me cansé de simular que no te deseaba.

—Ambos disfrutamos, de manera que no tenemos por qué quejarnos. —Cortó el último punto—. Ya está. —Lo miró a los ojos—. Ya está, Brian, la cicatriz desaparecerá poco a poco. Dentro de un tiempo ni siquiera recordarás que te cortaste. Y ahora que hemos aclarado la situación, seguiré mi camino. —Se puso en pie.

—Gracias por todo —dijo Brian.

—No hay de qué —replicó Kirby con voz gélida antes de salir.

Una vez fuera, corrió hasta llegar al bosque.

—Bueno, ya está —musitó Brian, que levantó el vaso de limonada que Kirby ni siquiera había probado y tomó varios tragos. Le hizo arder el estómago como si fuera ácido.

Había hecho lo correcto al impedir que la situación se complicara. Con ello había herido el amor propio de Kirby, que no obstante tenía suficiente para que no le afectara perder un poco. Además poseía orgullo, clase e inteligencia, debía reconocerlo. Desde luego, era una mujer increíble.

He hecho lo correcto, pensó al tiempo que se pasaba el vaso por la frente. Con el tiempo, ella lo habría abandonado, estaba seguro.

Las mujeres como Kirby Fitzsimmons no solían mantener relaciones estables. De hecho no quería a ninguna mujer a su lado, pero había empezado a fantasear, a plantearse la posibilidad de contraer matrimonio, de formar una familia, y en ese sentido ella no le convenía.

Kirby era demasiado inquieta para quedarse en Desire. Si le ofrecían un buen puesto en un hospital, no dudaría en marcharse.

Recordó cómo había manipulado el cuerpo de Susan Peters. De pronto se había convertido en una mujer fría, que impartía órdenes con voz tranquila, los ojos inexpresivos, sin el menor temblor en las manos.

Esa escena le había abierto los ojos. Kirby no era una damisela frágil que se contentaría con tratar sarpullidos o quemaduras de sol en una isla perdida en medio del mar. ¿Atarse al dueño de una posada que se ganaba la vida batiendo huevos para preparar tortillas? Menudo disparate, se dijo Brian.

Así pues, el asunto estaba terminado, y se adaptaría poco a poco a la vida tranquila que le gustaba.

¡Maldita rutina!, pensó en un repentino ataque de furia. Casi se le cayó el vaso al ver el maletín de Kirby sobre la mesa. Se lo ha dejado, pensó mientras lo abría y examinaba su contenido. Que vuelva a buscarlo, decidió. Él estaba muy ocupado. No pensaba perseguirla por toda la isla para devolvérselo.

Sin embargo, tal vez lo necesitara; en cualquier momento podía presentarse una urgencia, y si Kirby no tenía su instrumental, él sería el responsable. Quizá muriera alguien por su culpa.

Como no quería que le remordiera la conciencia, cogió el maletín; era más pesado de lo que pensaba. Se lo llevaría a su casa y asunto terminado.

Decidió ir en el coche en lugar de cruzar el bosque. Hacía demasiado calor para andar. Además, si Kirby se había entretenido en el camino, tal vez llegaría a la cabaña antes que ella. En ese caso dejaría el maletín en la cabaña, junto a la puerta, y se marcharía sin necesidad de verla.

Al enfilar el sendero de entrada creyó que sus deseos se habían cumplido y se sintió

decepcionado aun a su pesar. Mientras subía por los escalones que conducían al porche, comprendió que se había equivocado. La oyó sollozar y se detuvo en seco. El llanto lo conmovió sobremanera. Se preguntó si habría algo peor para un hombre que enfrentarse a una mujer que lloraba.

Abrió y cerró la puerta con sigilo. Tenía los nervios de punta cuando se encaminó hacia el dormitorio mientras se cambiaba el maletín de mano una y otra vez. Kirby yacía hecha un ovillo en la cama, con el pelo caído sobre la cara. No era la primera vez que Brian veía a una mujer llorar; al fin y al cabo, vivía con Lexy. Sin embargo, jamás esperó un llanto tan poco contenido por parte de Kirby, que lo había desafiado a resistírsele, que había examinado un cadáver sin inmutarse, que acababa de salir de su cocina con la cabeza bien alta y una expresión de frialdad absoluta.

Con Lexy la alternativa era salir corriendo y cerrar la puerta o mantenerla abrazada hasta que se calmara.

Se decantó por la última opción. Se sentó en el borde de la cama y extendió el brazo para atraerla hacia sí.

Kirby se irguió en el acto para golpear con fuerza la mano que le tendía. Él insistió con paciencia.

—¡Vete de aquí! ¡No me toques! —Aparte del dolor que sentía, la humillación de que la viera en ese estado le resultaba insoportable. Le propinó puntapiés, se retorció y por fin huyó por el otro lado de la cama. Lo miró furiosa, con los ojos enrojecidos por el llanto, e incapaz de reprimir los sollozos.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi casa? ¡Largo de aquí!

—Te dejaste el maletín en la cocina. —Se puso en pie, frente a ella, separados por la cama—. Te he oído sollozar. Lo lamento. No sabía que podía hacerte llorar.

Ella sacó pañuelos de papel de una caja que había sobre la mesita de noche y se enjugó las lágrimas.

—¿Y por qué crees que lloro por ti?

—Porque dudo de que en los últimos cinco minutos te hayas encontrado con alguien que te haya provocado el llanto; considero que es una suposición razonable.

—Y tú eres muy razonable, ¿verdad, Brian? —Sacó más pañuelos de papel y arrojó los usados al suelo—. Te agradecería que te marcharas y me dejaras en paz.

—Si te he herido...

—¿Si me has herido? —Desesperada tomó la caja de pañuelos y se la lanzó a la cara—. Sí, me has herido, ¡hijo de puta! ¿Qué crees que soy? ¿Una pelota que se puede apartar de una patada? Afirmabas estar enamorado de mí y luego, con toda tranquilidad, me dices que todo ha terminado.

—Dije que creía que me estaba enamorando de ti —matizó—, pero conseguí que no llegara a más.

—¡Eres un...! —Ciega de furia, Kirby cogió lo primero que encontró a mano y se lo arrojó.

—¡Por el amor de Dios! —Brian esquivó el pequeño jarrón de cristal, que pasó cerca de su cabeza—. Si me hieres la cara, tendrás que cosérmela.

—¡Ni lo pienses! —Tomó el frasco de colonia que estaba sobre la cómoda y lo lanzó—. Por mí puedes desangrarte hasta morir, imbécil.

Él se agachó para evitar el nuevo proyectil y se abalanzó sobre ella con rapidez antes de que le golpeará en la cabeza con un espejo con el marco de plata. Cayeron ambos sobre la cama.

—Te mantendré así hasta que te tranquilices —amenazó Brian entre jadeos mientras la inmovilizaba sobre el colchón—. ¡No permitiré que me lastimes porque he herido tu amor propio!

—¿Mi amor propio? —Dejó de forcejear, y las lágrimas brotaron de nuevo en sus

ojos enrojecidos—. Me has destrozado el corazón. —Volvió la cabeza y cerró los párpados mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Ya no tengo amor propio para que nadie me lo hiera.

Sorprendido, él se apartó, y la mujer se tendió de costado, ovillada, mientras lloraba en silencio.

—Déjame sola, Brian.

—Sé que, tarde o temprano, me abandonarás. Por eso decidí romper nuestra relación —murmuró mientras le acariciaba la cabeza—. Sé que no te quedarás aquí, conmigo. Si no procuro olvidarte ahora, cuando te vayas me moriré.

Ella estaba tan cansada que ya no podía llorar. Abrió los ojos.

—¿Por qué crees que no me quedaré?

—¿Por qué habías de quedarte? Puedes ir a donde quieras, Nueva York, Chicago, Los Ángeles. Eres joven, hermosa, inteligente. En cualquiera de esas ciudades un médico gana muchísimo dinero, acude a clubes de campo y posee un consultorio en un edificio elegante.

—Si me interesara eso, habría intentado conseguirlo. Si quisiera estar en Nueva York, Chicago o Los Ángeles, ya me habría ido.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque me encanta estar aquí, practicar la clase de medicina que me gusta y llevar la vida que deseo.

—Estás acostumbrada a otro estilo de vida. Tu padre es rico...

—Y mi madre es una belleza —replicó con ironía.

—Lo que quiero decir es que...

—Ya sé qué quieres decir. —La cabeza le dolía tanto que parecía a punto de estallar. Más tarde tomaría algo para remediarlo—. No me gustan los clubes de campo porque por lo general se rigen por normas muy estrictas y los socios son poco tolerantes. Prefiero sentarme en el porche y ver el mar, pasear por el bosque. —Le miró a la cara—. Y tú, Brian, ¿por qué te quedas? Podrías trasladarte a una gran ciudad, dirigir la cocina de un hotel elegante o abrir tu propio restaurante. ¿Por qué no lo haces?

—Porque aquí tengo lo que quiero.

—Yo también. —Volvió la cabeza para apoyar la mejilla contra la colcha—. Ahora vete.

Brian se puso en pie y la miró. Se sentía torpe. Deslizó los pulgares en los bolsillos delanteros del pantalón, se alejó, se acercó al lecho, miró por la ventana, observó a Kirby, que no se movía ni hablaba. Brian masculló una maldición, respiró hondo y se encaminó hacia la puerta. De pronto dio media vuelta.

—No te he dicho la verdad. No terminé con lo nuestro, Kirby. Deseaba hacerlo, pero no pude. Preferiría que no estuviéramos juntos porque temo que surgirán complicaciones. Ésa es la verdad.

La mujer se incorporó y observó a Brian, que parecía muy desdichado.

—¿Ésa es tu manera de decirme que estás enamorado de mí?

—Sí.

—Me apartas de tu vida, me humillas al encontrarme en un momento de debilidad, me insultas al negar mis sentimientos y después dices que me quieres. —Meneó la cabeza y se apartó el cabello de la cara—. Bueno, éste es el momento romántico con que toda mujer sueña.

—Me limito a explicarte cómo son las cosas, qué siento.

Ella exhaló un suspiro.

—Puesto que yo también estoy enamorada de ti, te propondré algo.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no paseamos por la playa? Tal vez el aire fresco te aclare la mente.

Entonces podrás decirme cómo son las cosas y qué sientes.

Brian lo consideró.

—Acepto —concedió al tiempo que le tendía una mano.

Había algo malo en el ambiente. Sam lo percibía. Era más que el calor abrasador, más que el aspecto tenebroso del cielo. Lo preocupaba el huracán *Carla*, que arrasaba las Bahamas. Los meteorólogos afirmaban que se dirigía hacia el océano, pero Sam sabía que los huracanes eran esencialmente femeninos. Y las mujeres eran imprevisibles por naturaleza.

Probablemente no atacaría Desire y descargaría su furia en Florida. Con todo, la atmósfera le resultaba inquietante; demasiado cargada, consideró.

Se encaminó hacia la casa con la intención de oír las noticias en la radio que Kate le había regalado la Navidad anterior. No cabía duda de que se avecinaba una tormenta, y convenía saber cuándo llegaría.

Desde lo alto de la colina observó que había una pareja en el borde del jardín del este de Sanctuary. Los rayos del sol convertían el pelo de Jo en llamas resplandecientes. Tenía el cuerpo inclinado, apoyado contra el del hombre. El chico de los Delaney, pensó Sam, ya convertido en un hombre. Tenía las manos sobre las nalgas de su hija. Sam exhaló una bocanada de aire y se preguntó cómo debía sentirse ante esa escena.

Los jóvenes se miraban a los ojos con fijeza y se unieron en un beso apasionado e íntimo. ¿Cómo debía sentirse al ver eso?, se preguntó Sam de nuevo. Antes las parejas no se acariciaban a la vista de todo el mundo. Recordó que cuando cortejaba a Annabelle, se alejaban como ladrones para disfrutar de cierta intimidad. Si el padre de Belle los hubiera sorprendido besándose, habría convertido sus vidas en un infierno.

Siguió caminando, asegurándose de que sus pasos fuesen lo bastante sonoros para despertar a los muertos y a los que soñaban. Ni siquiera tienen la decencia de separarse y adoptar una expresión de culpabilidad, pensó Sam. Jo y Nathan se apartaron con tranquilidad, se cogieron de la mano y se volvieron hacia él.

—Hay huéspedes en la casa, Jo Ellen, y no pagan para que les ofrezcáis un espectáculo.

La muchacha parpadeó con sorpresa.

—Lo siento, papá.

—Si queréis demostraros vuestro cariño con entera libertad, os sugiero que busquéis un lugar apartado.

Jo reprimió la risa, bajó la cabeza para que él no percibiera su expresión divertida y asintió.

—Sí, señor.

Sam miró a Nathan.

—Supongo que eres lo bastante mayorcito para dominar tus impulsos en lugares públicos.

Siguiendo el ejemplo de Jo, Nathan habló con respeto.

—Sí, señor.

Satisfecho, aunque dudaba de que su reprimenda les hubiera causado algún efecto, Sam miró al cielo con el entrecejo fruncido.

—Se acerca una tormenta —murmuró—, y descargará aquí a pesar de lo que digan los meteorólogos.

Intentaba entablar conversación, comprendió Jo.

—*Carla* se dirige hacia Cuba —dijo—, y sospechan que se desviará hacia el mar.

—Al huracán le trae sin cuidado lo que digan. Hará lo que le venga en gana. —Escrutó a Nathan—. Supongo que en Nueva York sufrís el embate de los huracanes.

—No. De todos modos presencié los destrozos que provocó el *Gilbert* en Cozumel, porque estaba allí. —Se abstuvo de mencionar que había visto cómo un tornado barrió Oklahoma y la avalancha que se originó en un ¡paso de montaña cercano al chalet donde trabajaba en Suiza.

—Bueno, entonces ya sabes qué es —repuso Sam—. Me han contado que tú y Giff os encargaréis de llevar a cabo la ampliación de Sanctuary que tanto desea Kate.

—El proyecto es de Giff. Me limito a aportar algunas ideas.

—¿Por qué no me enseñas qué pensáis hacer con mi casa?

—Por supuesto, se lo explicaré a grandes rasgos.

—Muy bien. Jo Ellen, sospecho que tu amigo se quedará a comer. Di a Brian que tendrá otra boca que alimentar.

Jo se disponía a hablar, pero al ver que su padre ya se alejaba se encogió de hombros y se dirigió a la casa.

Entró en la cocina, donde Brian cortaba la cabeza a unos camarones mientras cantaba, lo que sorprendió ajo.

—¿Qué diablos ha sucedido en este lugar? Papá se ha animado a mantener una conversación y ha pedido ver los planos de la ampliación y tú cantas mientras trabajas.

—No estaba cantando.

—¡Te he oído!

—¿Y qué? Es mi cocina.

—Así me gusta más. —Se acercó a la nevera—. ¿Te apetece una cerveza?

—Sí, gracias. —Se pasó la mano por la frente sudorosa y tomó el botellín que ella había abierto. Bebió un largo trago antes de preguntar—: ¿De modo que no propinaste una buena paliza a Nathan?

—No. Sólo le partí el labio. —Introdujo la mano en el bol de cerámica para coger un bombón—. Un hermano como Dios manda le hubiera molido a palos.

—Siempre has afirmado que prefieres librar sola tus propias batallas. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo puedes combinar los dulces con la cerveza? ¡Qué asco!

—A mí me gusta. ¿Necesitas ayuda?

Brian quedó impresionado.

—Define la palabra «ayuda».

—Me refiero a si quieres que corte algunas verduras...

Brian tomó otro trago de cerveza mientras la observaba.

—Puedes pelar y rallar algunas zanahorias.

—¿Cuántas?

—El equivalente a veinte dólares. Eso es lo que me has costado.

—¿Por qué?

—Lexy y yo hicimos una apuesta. Una docena —le agregó mientras reanudaba su tarea.

Ella sacó las hortalizas y comenzó a pelarlas con movimientos lentos y precisos.

—Brian, si durante toda tu vida hubieras creído algo, te hubieras resignado a ello, y luego descubrieras que estabas equivocado, ¿preferirías seguir engañado o conocer la verdad, aunque fuera terrible?

—No puedes sentirte tranquilo al pasar ante un perro dormido, porque ignoras cuándo despertará y tratará de morderte. —Rebozó los camarones con una mezcla de agua, cerveza y especias—. Por otra parte, si el perro permanece largo tiempo dormido, envejece y se le caen los dientes.

—No me has ayudado demasiado.

—Tu pregunta tampoco fue muy clara. Estás manchando el suelo con las peladuras

de las zanahorias.

—No te preocupes, las barreré. —Junto con ellas le hubiera gustado barrer las palabras y esconderlas debajo de la primera alfombra que encontrara a mano. Con todo, ella siempre sabría que estaban allí—. ¿Crees que un hombre normal, con una familia, un trabajo y una casa en una zona residencial, que juega a la pelota con su hijo los sábados por la tarde y regala rosas a su mujer puede llevar una doble vida? ¿Es posible que una faceta enfermiza de su personalidad le impulse a cometer un acto inconcebible y después reunirse con su familia como si nada hubiera sucedido?

Brian dejó el colador donde había lavado los camarones en el fregadero.

—Planteas unas preguntas muy extrañas, Jo Ellen. ¿Te propones escribir un libro?

—¿Por qué no me das tu opinión de una vez?

—Está bien. El tema de Jekyll y Hyde, la doble personalidad, siempre ha fascinado a todo el mundo. Todos poseemos una parte perversa. No existe ninguna persona que no tenga sombras en su carácter.

—No me refiero a un hombre, que un día cede a la tentación y es infiel a su mujer en el motel del pueblo, o que roba un poco de dinero de la caja de la empresa donde trabaja. Hablo de alguien que comete una atrocidad sin que luego le remuerda la conciencia y sin que las personas que lo rodean sospechen nada de él.

—Considero que la maldad más fácil de esconder es la que no provoca ningún sentimiento de culpa. Si uno no siente remordimientos, no hay espejo donde se refleje la maldad.

—No hay espejo donde se refleje la maldad —repitió Jo—. Sería como un vidrio negro, opaco, ¿verdad?

—¿Deseas plantear alguna otra conjetura?

—¿Qué te parece esto? ¿Qué ocurre cuando una manzana cae del árbol?

Con unas carcajadas, Brian vertió los camarones en una cacerola.

—Creo que depende de la manzana. Si aún está verde, rodará. En cambio una demasiado madura caerá con un ruido sordo y quedará junto al árbol. —Se volvió en busca de la cerveza mientras se enjugaba la frente y su mirada se cruzó con la de Jo—. ¿Qué sucede? —preguntó al ver que lo miraba con fijeza, los ojos muy abiertos y la cara pálida.

—Tienes razón —susurró Jo.

—Soy muy hábil cuando recurro a las parábolas.

—Después de comer, hemos de hablar, todos —le anunció Jo—. Avisaré a los demás. Nos reuniremos en la sala de estar.

—¿Todos? ¿A quién quieres castigar?

—Es muy importante, Brian, para todos.

—No sé qué hago aquí. Tengo una cita —declaró Lexy mientras se arreglaba el pelo ante el espejo del bar—. Ya son casi las once. Giff es capaz de no esperarme e irse a la cama.

—Jo dijo que era importante —le recordó Kate, que se esforzaba por conseguir que las agujas de tejer se movieran de forma rítmica en lugar de engancharse. Hacía diez años que trabajaba en ese cubrecamas y estaba decidida a terminarlo antes de que transcurriera otra década.

—Entonces ¿dónde está Jo? —preguntó Lexy con impaciencia—. Aquí sólo estamos tú y yo. Lo más probable es que Brian haya ido a casa de Kirby y que papá esté oyendo la radio, preocupado por ese huracán que ni siquiera pasará cerca de la isla.

—Ya llegarán. ¿Por qué no sirves un par de vasos de vino? —Kate siempre había soñado con ver a toda la familia reunida, comentando los acontecimientos del día.



—Está claro que mi destino es servir a la gente.  
 Cuando vuelva a Nueva York, jamás se me ocurrirá trabajar de camarera.

Sam se asomó y al entrar miró con expresión divertida a Kate. No avanza con el cubrecamas, pensó; además, cada vez que lo saca, parece más feo.

—¿Sabes qué se propone esa chica? —preguntó.  
 —No tengo ni idea —contestó Kate—. Siéntate. Lexy nos ofrecerá un vaso de vino.  
 —Prefiero una cerveza.  
 —Bien, pedid lo que deseéis —intervino Lexy—. No olvidéis que he nacido para servir.

—Tranquila, yo cogeré la cerveza —repuso Sam.  
 —No, siéntate —ordenó su hija—. Te la traeré.

Obediente, Sam tomó asiento en el sofá, junto a Kate, e hizo tamborilear los dedos sobre las rodillas. Levantó la vista cuando Lexy le tendió la bebida.

—Supongo que querrás una propina.

Kate detuvo las agujas, Lexy lo miró de hito en hito. Ruborizado Sam clavó la vista en la cerveza.

—¡Caramba, Sam! Acabas de hacer un chiste. Lexy, recuérdame que lo anote en mi diario.

—Lo que me impulsa a mantener la boca cerrada son las mujeres sarcásticas —replicó él.

Kate prorrumpió en carcajadas y le dio una palmada en la rodilla mientras Lexy los miraba sonriente.

Ésa fue la escena que encontró Jo al entrar. Se sintió conmovida al verlos tan felices y se le encogió el corazón al pensar que ella y el hombre que estaba a su espalda tal vez destruirían esa imagen familiar.

—Aquí está —dijo Kate, todavía sonriente. Al ver a Nathan imaginó a Jo enfundada en un traje de novia. Dejó a un lado la labor.

—Estábamos bebiendo un poco de vino. Tal vez convenga que lo cambiemos por champán.

—No, está bien. —Jo tenía los nervios de punta—. No te levantes, Kate, yo lo serviré.

—Espero que no nos entretengas demasiado, Jo. Tengo una cita.

—Lo siento, Lexy.

—Siéntate —dijo Kate. Se volvió hacia Lexy y arqueó las cejas—. Ponte cómodo, Nathan. Estoy segura de que Brian llegará enseguida. ¡Ah! Aquí está. Brian, da más potencia al ventilador de techo, por favor. Hace tanto calor que uno se derrite. Tu cabana junto al río debe de ser más fresca, Nathan.

—Tal vez. —Tomó asiento y miró a Sam; esa tarde habían pasado veinte minutos juntos, estudiando los planos, y durante ese rato Nathan había paladeado el gusto amargo de la decepción. Había llegado la hora de revelar la verdad y aceptar las consecuencias—. ¿Qué? —dijo al advertir que Kate le hablaba.

—Te preguntaba si te resulta tan fácil trabajar aquí como en Nueva York.

—Representa un cambio agradable. —Intercambió una mirada con Jo cuando ella le tendió el vino. Termina con esto, le suplicó en silencio. Termina con esto de una vez.

—¿Quieres sentarte, Brian? —murmuró ella.

—Hummm. —Brian, que estaba pensando en ir a casa de Kirby en cuanto acabara la reunión, respondió—. Por supuesto.

Se instaló en un sillón. Jamás se había sentido tan relajado y feliz. Incluso dedicó un guiño a Lexy cuando ella se acomodó en el brazo de su sillón.

—No sé cómo empezar, cómo decirlo. —Jo respiró hondo—. Ojalá pudiera dejar que los perros durmieran tranquilos. —Advirtió la perplejidad que mostraba Brian—. Sin

embargo, no puedo. Ignoro si es lo mejor, pero creo que es lo que debo hacer. —Se acercó a la mesa auxiliar que había delante de Sam y se sentó en ella—. Papá, se trata de mamá.

Notó que su padre apretaba los labios.

—No vale la pena remover el pasado, Jo Ellen. Después de tanto tiempo todos hemos aprendido a aceptar lo que ocurrió.

—Está muerta, papá. Murió hace veinte años. —Posó una mano sobre la de él—. No nos abandonó ni a ti ni a nosotros. No se marchó de Sanctuary. La asesinaron.

—¿Cómo puedes decir semejante barbaridad? —le preguntó Lexy al tiempo que se ponía de pie.

—Alexa —terció Sam con la mirada fija en Jo—, cállate. —Necesitaba unos minutos para recuperarse del golpe que su hija acababa de asestarle. Deseaba olvidar el asunto, pero no había manera de eludir la mirada apenada de su hija—. Supongo que tendrás un motivo para decirlo, para creerlo.

—Sí.

Le contó con calma la historia de la fotografía que había recibido; el impacto que sufrió al reconocerla y tener la certeza absoluta de que se trataba de Annabelle.

—Intenté convencerme de que se había hecho años después, que no era más que un montaje, una broma horrible; luego pensé que no eran más que imaginaciones mías. Sin embargo, era mamá, y la foto se tomó aquí, en la isla, la noche en que nosotros creíamos que se había marchado.

—¿Dónde está la fotografía? —preguntó Sam—. ¿Dónde está?

—Desapareció. La persona que me la mandó entró en mi apartamento y se la llevó mientras yo estaba internada en el hospital. Te aseguro que la vi, y era mamá.

—¿Por qué estas tan segura?

—Porque yo también la he visto —intervino Nathan—. La tomó mi padre después de asesinarla.

Un tanto aturdido, Sam se levantó con lentitud.

—¿Te quedas tan tranquilo después de afirmar que tu padre mató a Belle? ¿Que asesinó a una mujer que no le había hecho ningún daño y que luego le hizo fotografías y te las enseñó?

—Nathan no sabía nada, papá. —Jo le cogió del brazo—. No era más que un chiquillo. No sabía nada. —Ahora ya no es un chiquillo. —Tras la muerte de mi padre encontré las fotografías y su diario. Todo cuanto Jo ha explicado es cierto. Mi padre acabó con la vida de su esposa. Lo describió con todo detalle en un diario que guardó junto con las fotografías y los negativos en una caja de seguridad. Los hallé después de que él y mi madre fallecieran.

Se produjo un silencio que sólo fue roto por el chirrido del ventilador de techo, el llanto de Lexy y la respiración trabajosa de Sam, que en esos momentos recordaba a su esposa, a quien tanto había amado y maldecido después.

—Durante veinte años tu padre nos lo ocultó. —Sam cerró los puños con furia—. Y ahora te presentas aquí, después de averiguarlo, y seduces a mi hija, y tú se lo permites, Jo. —La fulminó con la mirada—. Lo sabías y se lo permitiste.

—Cuando me lo contó sentí lo mismo que tú ahora. Sin embargo, reflexioné y comprendí que... Nathan no es responsable de lo que sucedió. —Su sangre lo es.

—Tiene razón. —Nathan se levantó—. Decidí volver con la intención de afrontar el pasado, olvidarlo o enterrarlo, y me enamoré de quien no debía.

Brian apartó a Lexy para que dejara de llorar sobre su hombro.

—¿Por qué? —preguntó con voz quebrada—. ¿Por qué lo hizo?

—No existe ninguna razón que justifique su atrocidad —contestó Nathan—. Tu madre no hizo nada. La... eligió. Para él formaba parte de un proyecto, una

investigación. No actuó por despecho, ni siquiera por pasión. Ni yo mismo logro explicármelo.

—Será mejor que te marches, Nathan —susurró Kate mientras se ponía en pie—. Necesitamos estar solos para asimilarlo.

—No puedo irme hasta que lo haya explicado todo.

—No te quiero en mi casa —masculló Sam con tono amenazador—. No te quiero en mis tierras.

—No me iré hasta asegurarme de que Jo está a salvo, porque quienquiera que haya matado a Susan Peters y a Ginny Pendleton, se propone acabar con ella también.

—¡Ginny! —Kate se aferró al brazo de Sam para no perder el equilibrio.

—No dispongo de ninguna prueba que demuestre que han asesinado a Ginny, pero lo sé. No me iré hasta que escuchéis lo que he venido a decir.

—Dejadlo terminar. —Lexy se tragó las lágrimas y habló con una firmeza sorprendente—. Ginny no se fue por voluntad propia, siempre lo he sospechado. Le ocurrió lo mismo que a mamá, ¿no es cierto, Nathan? Y a Susan Peters también. —Cruzó las manos sobre el regazo y se volvió hacia Jo—. A ti te mandaron fotografías que se tomaron aquí, en la isla. La historia se repite...

—Tú sabes manejar bien una cámara, Nathan. —Los ojos de Brian eran dos ranuras de un azul intenso.

A Nathan le dolió oír esas palabras en boca de su amigo de la infancia.

—No tenéis motivos para confiar en mí, pero sí para escucharme.

—Trataré de explicárselo, Nathan. —Jo tomó un trago de vino antes de iniciar la narración.

No omitió ningún detalle, y enumeró todos los pasos que Nathan y ella habían decidido tomar para encontrar las respuestas.

—Así pues, tu padre asesinó a nuestra madre —interrumpió Brian con amargura—, y ahora tu hermano, a quien creías muerto, es el responsable de lo que está ocurriendo.

—No lo sabemos con certeza. En todo caso, aunque fuese su hermano, Nathan no es culpable de nada. Hace un rato me explicaste una parábola sobre la manzana que cae del árbol. Algunas son lo bastante fuertes para rodar y quedar enteras, mientras que las que están podridas permanecen al lado del árbol.

—¿A qué viene esto? —exclamó Brian con furia—. Su padre mató a mamá, nos destrozó la vida a todos. Ahora hay otra mujer muerta, tal vez dos. ¿Esperas que le demos una palmada en la espalda y digamos que está todo perdonado? ¡Y una mierda! —concluyó antes de salir.

—Iré con él. —Lexy se detuvo ante Nathan—. Es el mayor y sin duda la quería mucho. Sin embargo, se equivoca. Nathan; no tenemos nada que perdonarte. Eres una víctima, como nosotros.

Cuando Lexy salió, Kate dijo con asombro y admiración:

—En ocasiones esta muchacha me sorprende por su sensatez. Necesitamos un poco de tiempo, Nathan. Algunas heridas deben curarse en la intimidad.

—Voy contigo —dijo ojo.

Nathan negó con la cabeza.

—No, debes quedarte con tu familia. Todos necesitamos tiempo. —Se volvió hacia Sam—. Si tiene algo más que decirme...

—No dudes que te encontraré.

Nathan asintió antes de marcharse.

—Papá...

—No tengo nada que decirte, Jo Ellen. Te pido que te vayas a tu habitación y me dejes solo.

—Está bien. Sé cómo te sientes y cuánto sufres. Necesitas tiempo para asimilar la

realidad. —No apartó la mirada de la de su padre—. Sin embargo, si pasado ese tiempo mantienes esta actitud, me avergonzaré de ti por culpar a Nathan de lo que hizo su padre.

Sin pronunciar palabra, Sam salió de la sala.

—Ve a tu habitación, Jo. —Kate le puso la mano en el hombro—. Intentaré hablar con él.

—¿Tú también le culpas, Kate?

—Ahora mismo no sé muy bien qué pensar. Comprendo que Nathan sufre, y Sam también, pero es a tu padre a quien debo lealtad. Vete y no me hagas más preguntas hasta que haya analizado la situación.

Kate encontró a Sam en el porche delantero, apoyado contra la barandilla. Las nubes cubrían la luna y las estrellas. Sin encender la luz, se acercó a él en silencio.

—Es terrible volver a llorar por ella —susurró Sam mientras deslizaba las manos por la balaustrada.

—Sí, lo es.

—¿Me consuela saber que no nos abandonó? ¿Podré retractarme de los impropiedades que le he dirigido durante veinte años, de las veces que la he tachado de egoísta y desalmada?

—Es lógico que la maldijeras, Sam. Pensabas que te había dejado. No es mala la persona que cree una mentira, sino quien la inventa.

lil se puso mas tenso.

—Si has salido para defender a ese muchacho, más vale que vuelvas a casa.

—No he salido por ese motivo, pero lo cierto es que tu sufrimiento es equiparable al de él, porque tú creías que Belle te había abandonado, y Nathan que su padre era una buena persona. Ahora los dos habéis descubierto que os equivocabais, y él debe aceptar que su padre era una persona egoísta y desalmada.

—¡Te he dicho que entres en casa!

—Está bien, testarudo. Estáte aquí solo, regodéate en tu desgracia. —Dio media vuelta y quedó petrificada cuando Sam le tomó la mano.

—No te vayas. —Las palabras le quemaban en la garganta—. ¡No te vayas!

—No sé qué hacer para ayudarlos. Me resulta insoportable ver sufrir a las personas a quienes quiero y no poder hacer nada para consolarlas.

—No puedo llorarla como debería, Kate. Veinte años es mucho tiempo. Ya no soy el mismo que era cuando la perdí.

—Estabas enamorado de ella.

—Siempre la he querido, aun en los momentos en que pensaba lo peor de ella. ¿Recuerdas cómo era, Kate? ¡Tan alegre!

—Envidiaba su capacidad para iluminar a todos cuantos la rodeaban.

—Una luz suave también tiene su atractivo. —Miró las manos unidas de ambos sin advertir que Kate se estremecía—. Tú siempre has mantenido esa luz encendida —añadió Sam con cariño—. Ella te habría agradecido la manera en que educaste a sus hijos y cuidaste de la familia. Yo debería haberte dado las gracias por ello hace mucho tiempo.

—Al principio me quedé aquí por ella, luego porque no deseaba marcharme. Y, Sam, no creo que Belle hubiera querido que volvieras a llorarla. Por otro lado, recuerda que no solía alimentar rencores. Jamás habría culpado a un chico de diez años de los actos de su padre.

—Acabo de acordarme de que cuando Belle desapareció, David Delaney participó en la búsqueda. —Cerró los ojos al notar que la furia volvía a arder en ellos—. Ese hijo de puta recorrió la isla conmigo después de haber cometido semejante atrocidad con una mujer. Y su esposa llevó a los chicos a su cabana y cuidó de ellos todo el día. Yo le

estuve agradecido por eso.

—Te engañó —musitó Kate— tanto como a su familia.

—Nada de lo que hacía delataba su maldad. ¡Si entonces hubiera sospechado siquiera lo que ahora sé, le habría hecho pagar por la barbaridad que cometió!

—¿Y harás que el hijo pague en su lugar?

—No lo sé.

—¿Y si tuvieran razón, Sam? ¿Si alguien quiere hacer a Jo lo que hicieron a Annabelle? Debemos proteger lo que nos queda, y si no me equivoco a Nathan Delaney no le importaría colocarse delante de un tren en marcha para salvar a Jo.

—Yo protegeré a los míos. Esta vez estoy preparado.

En una noche sin luna, el límite del bosque era un lugar excelente, pero no pudo resistir la tentación de aproximarse un poco más al amparo de la oscuridad.

Resultaba emocionante estar tan cerca de la casa, oír con tanta claridad las palabras del viejo. El hecho de que todo hubiera salido a la luz aumentaba aún más su excitación. Creían saberlo todo, comprenderlo todo, y posiblemente pensaban que por ello se encontraban a salvo.

Sin embargo se equivocaban.

Palpó el arma que llevaba introducida en la bota. Podría utilizarla en ese mismo momento para eliminar a la pareja; sería como disparar a un par de patos dormidos. De esa manera las dos mujeres quedarán solas en la casa, porque Brian se había marchado en un ataque de furia.

Podría disfrutar de las dos hijas de Annabelle, una después de la otra, o las dos al mismo tiempo. Un delicioso *ménage a trois*.

Sin embargo eso significaría apartarse del plan que había trazado. Atenerse a él demostraba su disciplina, su habilidad para concebir y ejecutar. Además, si deseaba repetir la experiencia que había vivido con Annabelle, debía tener paciencia.

No obstante, eso no implicaba abstenerse de agitar un poco el agua turbia. Es mucho más fácil atrapar conejos asustados, pensó.

Se adentró en el bosque y pasó una hora agradable contemplando la luz de la ventana del dormitorio de Jo.

Kirby corría por la playa al amanecer, mientras por el este asomaba el sol, de un rojo intenso y glorioso. Soplaban un viento fuerte y el cielo amenazaba tormenta. Después de todo, tal vez recibamos el coletazo de *Carla*, pensó. Quizá de esa manera Brian olvidaría por un tiempo sus problemas.

Deseaba saber cómo ayudarlo. La noche anterior, cuando entró como una tromba en su cabana, Kirby se limitó a escuchar, de la misma manera que había escuchado a Jo. Sin embargo cuando trató de consolarlo como había consolado a Jo, observó que él rechazaba sus palabras amables y tranquilizadoras, de modo que en su lugar le ofreció pasión y se sintió satisfecha cuando él desahogó toda su infelicidad en el sexo.

No consiguió convencerlo de que se quedara a dormir. Brian se marchó antes de que el sol asomara en el horizonte, y ella comprendió que al menos le había devuelto el equilibrio que necesitaba para regresar a Sanctuary.

Si el hombre a quien amaba tenía problemas y se sentía infeliz, ella también. Se prepararía para permanecer a su lado hasta que se recuperara del golpe y confiaba en aportarle un poco de paz interior.

En ese momento vio a Nathan en la playa. Su sentido de la lealtad luchó contra la razón mientras aflojaba la marcha. Con todo, su deseo de ayudar a los demás se impuso; era incapaz de dar la espalda a una persona que sufría.

—¡Qué mañana! —exclamó para que su voz se oyera por encima del ulular del viento y el bramido de las olas. Se detuvo al lado de Nathan—. Bueno, ¿tus vacaciones responden a tus expectativas?

Él lanzó una carcajada.

—¡Ah, sí! Es el viaje más feliz de mi vida.

—Necesitas un café. Como doctora te diré que la cafeína perjudica al organismo, pero sé que muchas veces obra milagros.

—¿Me estás ofreciendo un café?

—En efecto.

—Te lo agradecería, Kirby, pero ambos sabemos que a Brian no le gustaría que me invitaras a una taza de café. No puedo culparle por ello.

—Tomo mis propias decisiones, Nathan. Por eso está loco por mí. —Le puso una mano en el brazo. No; no podía dar la espalda a una persona que sufría—. Ven a mi cabana. Considérame la bondadosa doctora de la isla. Desnuda tu alma. —Le sonrió—. Si lo prefieres, te cobraré la visita.

Nathan respiró hondo.

—Una taza de café me sentará tan bien como hablar con alguien.

—Entonces, vamos. —Con los brazos enlazados, se alejaron de la costa—. De manera que los Hathaway te hicieron pasar un mal rato.

—En realidad no lo sé. Dadas las circunstancias, se mostraron bastante amables. ¡La hospitalidad sureña! Después de decirles que mi padre violó y mató a Belle, no trataron siquiera de lincharme.

Kirby se detuvo al pie de los escalones.

—Es una tragedia terrible, no cabe duda, pero ninguno te culpará una vez que hayan tenido tiempo de recapacitar.

—Jo es la única que no me culpa.

—Está enamorada de ti.

—Lexy tampoco me lanzó ningún reproche —murmuró—. Me miró a los ojos, con las mejillas mojadas por las lágrimas, y dijo que yo no era responsable de lo ocurrido.

—Lexy simula, finge y se hace la tonta, pero no lo es. —Abrió la puerta y se volvió hacia Nathan—. Tiene razón al decir que no eres responsable de nada de esto.

—Trato de convencerme de que no lo soy, sobre todo porque me he enamorado dejo. No obstante, esto no ha terminado, Kirby. Ha muerto otra mujer, de manera que no ha terminado.

Ella asintió.

—También hablaremos de eso.

*Carla* atacó la costa sudeste de Florida antes de seguir rumbo hacia el norte. En su camino caprichoso bailó sobre Fort Lauderdale, donde destruyó casas y se cobró algunas vidas, pero no parecía decidida a quedarse.

Su ojo era frío y amplio, su aliento rápido y ansioso. Había cobrado fuerzas desde su nacimiento en las cálidas aguas del Caribe.

Como una prostituta despiadada, viró hacia el mar para clavar sus afilados tacones en la estrecha línea de islas que encontró en su camino.

Lexy entró presurosa en la habitación donde Jo alisaba la colcha de la cama. La luz del sol, cálida y brillante, se colaba por las puertas abiertas del balcón y destacaba las ojeras de Jo, que delataban una noche de insomnio. —*Carla* acaba de arrasar St. Simons —comunicó Lexy casi sin aliento después de haber subido corriendo por los dos tramos de escaleras.

—¿St. Simons? Creí que se dirigía hacia el oeste. —Cambió de opinión y viró hacia el norte. El último informe anuncia que si mantiene el curso y la velocidad, llegará aquí antes de que caiga la noche. —¿Es muy fuerte? —Ha alcanzado la categoría tres. —Eso significa que desata unos vientos de casi ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Evacuaremos a los turistas antes de que el mar se embravezca e impida que circulen los transbordadores. Kate quiere que nos eches una mano con los huéspedes. Giff y yo nos encargaremos de que suban al transbordador.

—Está bien, enseguida bajo. Esperemos que la maldita *Carla* cambie de opinión, se dirija hacia el mar y nos deje en paz.

—Papá habla por radio para enterarse de las últimas noticias. Brian ha ido a ver si el barco está preparado y si dispone de combustible suficiente por si acaso también nosotros hemos de abandonar la isla.

—Papá no se marchará. Aguantará el huracán aunque tenga que atarse a un árbol.

—En cambio tú sí piensas irte. —Lexy se acercó a su hermana—. He entrado en la habitación y he visto las maletas abiertas, casi preparadas.

—Hay más motivos para que me vaya que para que me quede.

—Te equivocas, Jo. Hay más motivos para que te quedes, por lo menos hasta que solucionemos este asunto. Además, hemos de enterrar a mamá.

—¡Oh, Dios, Lexy! —Jo se cubrió la cara con las manos.

—No me refiero a su cuerpo. Colocaremos una lápida en el cementerio y nos despediremos de ella. Nos quería, pero hasta ahora lo ignoraba. Creía que se había marchado por mi culpa.

—¿Cómo se te ocurrió pensar algo así? —Yo era la menor. Pensé que tal vez no quería otra criatura, que no quería tenerme a mí; por eso siempre me he esforzado por ganarme el cariño de los demás. Estaba dispuesta a ser lo que los otros prefirieran;

idiota o inteligente, inútil o competente. —Se acercó al balcón y cerró las puertas—. He cometido muchas estupideces, y es probable que siga cometiéndolas. Sin embargo, al conocer la verdad algo cambió en mi interior. Necesito despedirme de ella. Todos debemos darle nuestro último adiós.

—Me avergüenzo por no haber pensado en ello —murmuró Jo—. Si me voy antes de que se lleve a cabo la ceremonia, regresaré. Te lo prometo. —Se inclinó para recoger las sábanas que había quitado de la cama—. A pesar de todo, me alegro de haber vuelto, de que nuestra relación haya mejorado.

—Yo también. —Lexy sonrió—. Tal vez no te importaría hacerme algunas fotografías para que las presentara a los *castings*. Les impresionará ver que las ha tomado una de las fotógrafas más importantes del mundo.

—Si conseguimos librarnos de *Carla*, organizaremos una sesión fotográfica para dejar boquiabiertos a todos los encargados de *casting* de Nueva York.

—¿En serio? ¡Estupendo! —Miró hacia el cielo con el entrecejo fruncido—. ¡Maldito huracán! Siempre surge algo que obliga a postergar las cosas que valen la pena. Tal vez podamos alquilar un par de días un estudio en Savannah y...

—Lexy.

—Bueno, está bien, pero es más divertido pensar en eso que clavar planchas de madera. Por supuesto, es probable que Giff me considere inútil para esa tarea; entonces me dedicaré a examinar mi guardarropa y decidir qué me pondré para la sesión de fotos. Quiero aparecer sensual y un tanto rebelde. Si pudiéramos conseguir alguna especie de ventilador para...

—¡Lexy! —repitió Jo con cierta exasperación.

—Ya me voy, ya me voy. Tengo un vestido de fiesta precioso. —Echó a andar hacia la puerta—. Y si Kate me prestara el collar de perlas de la abuela.

Jo rió al oír que Lexy se alejaba hablando por el pasillo. Era evidente que las personas no cambiaban demasiado. Introdujo las sábanas en la cesta de la ropa sucia y observó que en una habitación con la puerta abierta una pareja preparaba el equipaje con celeridad. Supuso que la mayoría de los huéspedes haría lo mismo en esos momentos.

Cobrar las facturas a los veraneantes, que por lo general era un trámite sin mayor complicación, ese día exigiría mucha paciencia.

En cuanto bajó advirtió que no exageraba. Las maletas se apilaban junto a la puerta, y en la sala de estar se había congregado media docena de huéspedes; unos caminaban nerviosos de arriba abajo en tanto que otros miraban desde las ventanas el cielo como si temieran que se abriera en cualquier momento.

Kate estaba sentada al escritorio, rodeada de papeles. Cuando vio ajo, forzó una sonrisa.

—No; no se preocupe. Nos ocuparemos de que todo el mundo llegue sano y salvo al transbordador. Cada hora sale uno de ellos hacia tierra firme. —Ante la confusión de voces que preguntaban, levantó una mano—. Yo misma llevaré al primer grupo al embarcadero. Mi sobrina se encargará de todos los trámites. —Dirigió a Jo una mirada desesperada con la que pretendía pedirle perdón—. Señores Littleton, salgan con su familia y suban al vehículo que se dirige al puerto. Los acompañarán los señores Parker y la señorita Houston. Pido a los demás que tengan un poco de paciencia; mi sobrina los atenderá enseguida. —Acto seguido se abrió paso entre los clientes y cogió a Jo del brazo—. Tengo que salir. Se comportan como si corriéramos el riesgo de sufrir un ataque nuclear.

—Es posible que la mayoría de ellos nunca se haya topado con un huracán.

—Por eso me alegro de ayudarlos a que se marchen. ¡Por el amor de Dios! La isla ha resistido numerosos huracanes y aguantará otro más.

Puesto que era preciso que hablaran en privado, Kate condujo a Jo al baño del



vestíbulo, el único lugar vacío. Cerró la puerta con llave antes de exhalar un suspiro de satisfacción.

—Lamento dejarte rodeada de esta multitud.

—No te preocupes. Llevaré al siguiente grupo en el todoterreno.

—No —replicó Kate con firmeza. Tras respirar hondo, se lavó la cara con agua fría y añadió—: No debes salir de esta casa, Jo Ellen, y menos sola. Ya tenemos bastantes preocupaciones.

—¡Por el amor de Dios! Cerraré con llave las portezuelas del vehículo.

—Te he dicho que no, y no pienso discutir. No tengo tiempo. Serás de gran ayuda aquí, tratando de que los turistas mantengan la calma. Debo recoger a algunas personas de las cabañas. Brian ha ido al campamento. Dentro de poco llegará otro grupo aterrorizado.

—Está bien, Kate. Como quieras.

—Tu padre ha bajado la radio a la cocina. —Kate cogió a Jo por los brazos—. Te oírás si gritas. No corras ningún riesgo, por favor.

—Desde luego que no. Tengo que llamar a Nathan.

—Le he telefoneado, pero no contesta. Pasaré por su cabaña antes de traer el próximo grupo. Me sentiría más tranquila si estuviera con nosotros.

—Gracias.

—No me lo agradezcas, querida. Te he endilgado una tarea bien dura. —Kate respiró hondo, se irguió y abrió la puerta.

Jo hizo una mueca al oír las voces que llenaban la sala de estar.

—Vuelve pronto —dijo con una débil sonrisa mientras se encaminaba hacia la línea de fuego.

Fuera, Giff colocaba una plancha de madera sobre la ventana del comedor. Agachada a sus pies, Lexy martilleaba un clavo con rapidez sin parar de hablar, pero Giff apenas si le prestaba atención. El viento había cesado, y la luz comenzaba a teñirse de un tono amarillento.

Se acerca, pensó Giff, y con más rapidez de lo que esperábamos. Probablemente su familia se refugiará en Sanctuary.

Había ordenado a su primo y dos amigos que protegieran con tablones las cabañas. Necesitaban más manos.

—¿Ha avisado alguien a Nathan?

—No lo sé. —Lexy sacó otro clavo de la bolsa— De todos modos, papá no permitiría que nos ayudara.

—El señor Hathaway es un hombre sensato, Lexy, y ha tenido una noche entera para reflexionar.

—Es tan tozudo como una muía, y Brian no se queda atrás. Esto es como culpar a los tataranietos del cretino de Sherman de haber incendiado Atlanta.

—Supongo que algunos lo hacen.

—Sí, los que no tienen dos dedos de frente. —Con los labios apretados, Lexy colocó otro clavo—. Me entristecería tener que admitir que mi padre y mi hermano son un par de idiotas, además de unos cegatos, porque hasta una octogenaria con cataratas se daría cuenta de que Nathan quiere a Jo Ellen. —Se enderezó y sopló para apartarse el pelo de los ojos. A continuación miró a Giff con el entrecejo fruncido—. ¿Por qué sonríes de esa manera? ¿Tengo la cara sucia?

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida, Alexa Hathaway, y siempre me sorprendes, por mucho que crea conocerte.

—Bueno, querido... —Ladeó la cabeza y batió las pestañas—. Reconozco que soy

encantadora.

Giff introdujo la mano en el bolsillo del pantalón.

—Había planeado que fuera diferente, pero creo que nunca te he amado más que en este instante.

Sacó una cajita del bolsillo y, cuando la abrió, observó que Lexy abría los ojos como platos. El pequeño diamante engarzado en el anillo de oro destellaba a la luz del sol.

—Cásate conmigo, Alexa.

A la muchacha se le saltaron las lágrimas y comenzaron a temblarle las manos.

—¡Oh! ¿Cómo has podido estropearlo de esta manera? —Dio media vuelta y golpeó con el martillo la pared.

—Como acabo de decir —murmuró él—, siempre me sorprendes. ¿Quieres que guarde el anillo y te lo entregue mientras cenamos a la luz de unas velas?

—¡No, no! —Con un pequeño sollozo, comenzó a hincar otro clavo—. Guárdalo. Devuélvelo. No puedo casarme contigo.

—¿Por qué?

Lexy se volvió hacia él con furia.

—Sabes que si insistes al final aceptaré, que cederé porque te quiero. Entonces tendré que renunciar a todo lo demás. Me quedaré en esta maldita isla, en lugar de regresar a Nueva York e intentar triunfar en el teatro. Con el paso de los años, me arrepentiré y te odiaré porque me impediste probar suerte. Durante toda mi vejez me preguntaré si hubiera podido llegar a ser alguien.

—¿Y qué te induce a creer que pretendo que renuncies a Nueva York y al teatro? Quiero lo mejor para ti, Lexy, y comparto todos tus sueños.

Ella se enjugó las lágrimas con la mano.

—No te comprendo. No entiendo lo que dices.

—Trato de explicarte que yo también he trazado mis propios planes, que aspiro a algo mejor. No pienso pasarme la vida haciendo reparaciones en Desire.

Con cierta irritación, se quitó la gorra, se enjugó el sudor de la frente y volvió a ponérsela.

—En Nueva York también construyen casas, ¿no es cierto?, y es preciso arreglar desperfectos, como en cualquier parte.

Lexy bajó las manos con lentitud y lo miró fijamente a los ojos.

—¿No te importaría ir a Nueva York? ¿Vivirías en Nueva York por mí?

—No he dicho eso. —Un tanto enojado, cerró de golpe la tapa de la cajita y se la guardó en el bolsillo—. Deseo mudarme a Nueva York por los dos, por ti y por mí. Al principio pasaremos estrecheces, mis ahorros no bastarán, y tal vez asista a algún curso de arquitectura para que Nathan me acepte en su empresa.

—¿Un empleo en el estudio de Nathan? ¿Quieres trabajar en Nueva York?

—Me apetece conocer la ciudad, y verte en un escenario iluminada por un foco.

—Tal vez nunca lo logre.

—¿Cómo que no? —Se le marcaron los hoyuelos de las mejillas—. Nunca he conocido a nadie capaz de interpretar tantos papeles como tú. Triunfarás, Lexy. Creo en ti.

Lexy se arrojó a sus brazos y rompió a llorar.

—¡Oh, Giff! Eres perfecto. —Se echó hacia atrás y le tomó la cara entre las manos—. Eres mi hombre ideal.

—He trabajado de firme para conseguirlo.

—Al principio será duro, es cierto. Serviré mesas hasta que termines tus estudios o se me presente una oportunidad. Haré lo que sea. Bueno, ¡date prisa! ¡Quiero que me pongas el anillo ahora mismo! No soporto la espera.

—Algún día te compraré una sortija mejor.

—No; no lo harás. —Se emocionó cuando él le deslizó el aro en el dedo y bajó la cabeza para besarla—. Cuando seamos ricos, me comprarás montones de joyas... porque quiero ser muy rica, Giff, y no me avergüenza decirlo. Pero este... —añadió mientras levantaba la mano y contemplaba los destellos del diamante— este anillo es perfecto.

Después de dos horas de atender a los turistas, a Jo le dolía la cabeza. Kate había realizado dos viajes al puerto para acompañar a los veraneantes. Brian había llevado a Sanctuary a una docena de personas del campamento, al que regresó para inspeccionar bien el lugar y cerciorarse de que no quedaba nadie. Lo único que sabían de Nathan era que ayudaba a cubrir con láminas de madera las cabañas que daban a la playa.

Con excepción de los monótonos golpes de martillo, Sanctuary por fin quedó en silencio. Jo supuso que Kate llegaría en cualquier momento con los últimos ocupantes de las cabañas. Las ventanas del sur y del este estaban cubiertas de tablones, de modo que la casa estaba casi en tinieblas. Cuando abrió la puerta principal, entró una ráfaga de viento frío. Hacia el sur el cielo aparecía oscuro y rasgado por algunos relámpagos, pero no se oían los truenos. Todavía está bastante lejos, dedujo. Debían permanecer atentos al rumbo que tomara *Carla*. Por precaución, sacaría las fotografías y negativos del cuarto oscuro para guardarlos en la caja fuerte de la oficina de Kate.

Como no deseaba ver a su padre, subió por la escalera y examinó las habitaciones para asegurarse de que ningún huésped se había dejado nada. Encendía las luces y avanzaba con rapidez hacia el ala de la familia, donde el sonido de los martillazos era más fuerte, lo que le resultó reconfortante. Nos están encerrando, pensó. Si *Carla* atacaba, la isla y la casa se mantendrían en pie, como habían hecho otras veces.

Al pasar ante la oficina de Kate oyó voces al otro lado de las ventanas protegidas por tablones. Brian ha vuelto o papá ha salido para ayudar a Giff, conjeturó.

Encendió la luz del cuarto oscuro y la radio.

«La intensidad del huracán *Carla* ha aumentado hasta alcanzar la categoría tres y se supone que alrededor de las siete de la tarde caerá sobre Little Desire, ubicada en la costa de Georgia. Se ha evacuado a los turistas de esa isla privada perteneciente a la cadena de Sea Islands, y se aconseja a los residentes que abandonen el lugar lo antes posible. Se prevén vientos de ciento ochenta kilómetros por hora y se supone que el huracán atacará la pequeña isla cuando suba la marea.»

Jo se mesó el cabello. Sabía qué les aguardaba: cabañas arrancadas del suelo por el viento o el agua, casas destruidas, el bosque arrasado.

Consultó el reloj. Iría a buscar a Nathan y Kirby y, aunque se viera obligada a dejar inconsciente a su padre, sacaría a toda la familia de la isla.

Abrió un cajón. No le importaba perder las fotografías, pero por nada del mundo se desprendería de los negativos. Cuando tendió la mano para cogerlos, quedó petrificada.

Sobre las carpetas descansaban unas fotografías. La cabeza le dio vueltas y las manos se le humedecieron mientras contemplaba el rostro de su madre. Había visto antes esa fotografía, en otro cuarto oscuro, en lo que casi le parecía otra vida. Lanzó un gemido al tiempo que la cogía.

Era real. Contuvo la respiración antes de volverla y leer la frase escrita: MUERTE DE UN ÁNGEL.

Ahogó un sollozo y se obligó a mirar la fotografía siguiente. El dolor le resultó insoportable. La pose era casi idéntica, como si el fotógrafo hubiera tratado de reproducir la toma anterior, con la diferencia de que en esta última quien aparecía era Ginny, con el rostro apagado, los ojos vacíos.

—Lo siento —susurró Jo al tiempo que apretaba la fotografía contra su corazón—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

La tercera fotografía era, sin duda alguna, de Susan Peters. Jo cerró los ojos y la dejó a un lado.

En la última fotografía aparecía ella con los ojos cerrados, el cuerpo desnudo. La arrojó al suelo y se apartó. Tanteó a su espalda en busca de la puerta con la urgente necesidad de salir corriendo. De repente retrocedió hacia la mesa y derribó la radio, que comenzó a emitir música.

—¡No! —Cerró los puños y se clavó las uñas en las palmas hasta que el dolor superó al impacto recibido—. ¡No permitiré que suceda! No lo creeré. No permitiré que sea cierto.

Comenzó a mecerse y contó las respiraciones hasta que venció al pánico. A continuación, con expresión sombría y resuelta, recogió la fotografía.

Su rostro. Sí, era su rostro. Era ella antes de que Lexy le cortara el pelo para la fogata. Por lo tanto, la habían tomado varias semanas antes. La acercó a la luz y se forzó a analizarla.

Tardó sólo unos minutos en advertir que la cara era la suya, pero no el cuerpo. Los pechos y las caderas eran demasiado voluptuosos. La colocó al lado de la de Annabelle. Habían añadido su rostro al cuerpo de su madre para convertirlas en una sola, pensó.

Eso era lo que ese desaprensivo deseaba hacer desde el principio.

Brian condujo el todoterreno por el camino del campamento. Varios lugares estaban llenos de desperdicios, lo que dada la inminente llegada del huracán, carecía de importancia, pensó. El viento había cobrado fuerza. Una ráfaga sacudió el vehículo, y Brian aferró el volante. Disponía de alrededor de una hora para terminar los preparativos.

Tuvo que hacer un esfuerzo por no apresurar el recorrido. Quería ir a buscar a Kirby y ponerla a salvo en Sanctuary. Habría preferido enviarla a tierra firme, pero sabía que al discutir con ella únicamente conseguiría gastar aliento y energías. Si un residente de la isla permanecía allí para enfrentarse al huracán, ella también se quedaría para atenderlo en caso necesario.

Hace más de cien años que Sanctuary se mantiene en pie, se dijo Brian. Aguantará este huracán.

Tenía muchas otras preocupaciones. No cabía duda de que quedarían aislados de tierra firme. La radio sería una ayuda, pero una vez que *Carla* los atacara se cortaría la corriente eléctrica y no podrían utilizar el teléfono. Ya se había ocupado de cargar el generador, y Kate mantenía una abundante provisión de agua potable embotellada. Además contaban con comida, un refugio y varias espaldas fuertes, que serían necesarias para reparar los daños que causara *Carla*.

Se sentía cada vez más tranquilo al ver que no había quedado nadie en el campamento. Confiaba en que no hubiera ningún imbécil oculto entre los árboles o en la playa, convencido de que un huracán era una aventura digna de las vacaciones.

Lanzó una maldición y frenó cuando una figura se colocó delante del coche.

—¡Dios mío! ¡Pedazo de idiota! —Brian se apeó furioso—. He estado a punto de atropellado. ¿Cómo se le ocurre ponerse en medio del camino? ¿Y no sabe que se acerca un huracán?

—Sí, ya me he enterado. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Y sorprendentemente llega en el momento exacto.

—Sí, sorprendentemente. —Enojado, Brian señaló el todoterreno con el pulgar—. Suba, tal vez pueda embarcar en el último transbordador; no disponemos de mucho tiempo.

—¡Ah! En realidad no quiero marcharme. —Sin dejar de sonreír, levantó la mano que mantenía detrás de la espalda y disparó.

Brian retrocedió cuando el dolor le estalló en el pecho, trastabilló y luchó por evitar

que el mundo diera vueltas alrededor. Mientras caía, vio reír a su amigo de la infancia.

—Uno menos. —Dio media vuelta al cuerpo de Brian con el pie—. Te agradezco la oportunidad que me has brindado al evitarme algunos riesgos, viejo amigo, y que me prestes el vehículo. —Mientras subía al coche, dirigió una última mirada a Brian—. No te preocupes. Llevaré el todoterreno a Sanctuary... en el momento preciso.

La lluvia comenzó a azotar los vidrios de las ventanas mientras Kirby preparaba el material médico. Con una tranquilidad increíble, trató de prever cualquier contingencia. Si se presentaba alguna emergencia, en Sanctuary trabajaría con mayor comodidad. Ya había considerado la posibilidad de que la cabana no resistiera la fuerza del huracán.

Sabía muy bien que la mayoría de los isleños eran tozudos y se negarían a dejar sus casas, de modo que suponía que por la mañana tendría que atender a personas con fracturas, contusiones, heridas. La cabana tembló al recibir una fuerte ráfaga de viento, y Kirby apretó los dientes. En el momento en que alzaba una caja, la puerta de entrada se abrió. Tardó un par de segundos en reconocer a Giff, que lucía un impermeable amarillo con capucha.

—Toma. —Le colocó la caja en las manos—. Cárgala en el coche. Yo llevaré esa otra.

—Supuse que estarías reuniendo medicamentos, pero date prisa. La desgraciada se acerca a toda velocidad.

—Ya tengo casi todo preparado —afirmó ella mientras se enfundaba un impermeable—. ¿Dónde está Brian?

—Fue a revisar el campamento. Todavía no ha vuelto.

—Bueno, ya debería haber regresado —replicó con preocupación antes de recoger el resto de fármacos. Cuando salió al porche, el viento la empujó hacia atrás.

—¿Has protegido bien la cabaña? —preguntó Giff por encima del rugido de las olas. Introdujo la caja en el coche.

—Sí. Nathan me ayudó. ¿Sabes si ha vuelto a casa?

—No. No le he visto.

—¡Por el amor de Dios! —Se echó hacia atrás el pelo empapado—. ¿Qué demonios están haciendo él y Brian? Pasaremos por el campamento, Giff.

—No tenemos mucho tiempo, Kirby.

—De todos modos iremos. Tal vez Brian haya tenido algún problema. Quizá el viento haya arrancado algunos árboles de raíz. Si aún no ha regresado a Sanctuary y no te has cruzado con él por el camino, es posible que todavía esté allí. No me marcharé hasta asegurarme.

Giff abrió la puerta del coche y la ayudó a subir.

—Tú eres la doctora —exclamó.

—¡Maldita sea! —exclamó Nathan mientras golpeaba el volante con la mano. Acababa de cargar en el todoterreno todo su equipo y el vehículo no arrancaba.

Se apeó con rabia y el viento, cada vez más fuerte, le azotó mientras las gotas de lluvia parecían clavársele en la piel. Levantó el capó y volvió a maldecir. Ignoraba qué fallaba.

Debía reunirse con Jo, y enseguida. Ya había hecho todo lo posible por ayudar a los demás.

Cerró la portezuela con furia y echó a andar hacia el río, sin importarle dejar atrás el equipo. Tendría que recorrer alrededor de medio kilómetro antes de poder cruzarlo, y la caminata hacia Sanctuary a través del bosque no resultaría placentera.

Oyó el crujido de los árboles torturados por las intensas ráfagas, sintió cómo el vendaval jugaba a empujarlo hacia atrás mientras él luchaba por avanzar. Un relámpago iluminó el cielo y lo tiñó de un tono anaranjado.

Le escocían los ojos, tenía la vista nublada. No reparó en el hombre que salía de detrás de un árbol hasta que lo tuvo casi encima.

—¡Dios! ¿Qué diablos hace aquí? —Tardó más de diez segundos en ver más allá de las diferencias y reconocer la cara—. Kyle. —El horror superó a la sorpresa—. Dios mío, ¿qué has hecho?

—¡Hola! —Kyle le tendió la mano en actitud amistosa y, cuando Nathan posó la mirada en ella, le estrelló la culata de la pistola contra la sien.

—Dos menos. —Echó hacia atrás la cabeza y prorrumpió en carcajadas. La tormenta le infundía fuerza. La violencia del huracán lo excitaba—. No me parece correcto disparar a sangre fría a mi hermano, a pesar de que eres un cretino irritable. —Se agachó y, aunque Nathan no podía oírlo, susurró—: El río crecerá, los árboles caerán. Simularemos que lo que te sucederá es culpa del destino.

Se irguió y echó a andar con la intención de reclamar a la mujer que había decidido le pertenecía, mientras su hermano yacía en la tierra, empapado y ensangrentado.

## 30

Los limpiaparabrisas no daban abasto para retirar el agua de la lluvia, y el camino se había convertido en un lodazal, de manera que Giff debía luchar por cada metro que avanzaba.

—*Carla* ya está aquí —comentó a Kirby—. Brian es demasiado sensato para estar fuera con este tiempo, y yo también.

—Por favor, toma la ruta oeste —pidió ella con preocupación—. Debe de haber enfilado ese camino.

—El trayecto por el sur es más corto.

—¡Por favor!

Giff giró el volante hacia la izquierda.

—Si logramos sobrevivir a esto, Brian me despellejará por haberte hecho caso.

—No serán más de cinco minutos. —Se inclinó e intentó ver algo a través del parabrisas cubierto de agua—. ¿Qué es eso? Hay algo allí, en la orilla del camino.

—Seguro que se trata de algo que se le cayó de la mochila a algún veraneante. La gente estaba tan desesperada por salir de aquí que...

—¡Para! —exclamó al tiempo que agarraba el volante; el vehículo patinó.

—¡Dios bendito! ¿Qué pretendes? ¿Volcar el coche? Oye... —Tendió una mano para detenerla, pero sólo consiguió coger el impermeable de Kirby en el momento en que ella se apeaba—. ¡Maldita mujer! —Abrió la portezuela—. ¡Kirby, vuelve! ¡El viento te arrastrará hasta Savannah!

—¡Ayúdame Giff, por el amor de Dios! ¡Es Brian! —Con las manos heladas rasgó la camisa cubierta de sangre—. Le han disparado.

—¿Dónde estarán? —Mientras el viento azotaba las paredes, Lexy se paseaba por el salón—. ¿Dónde se habrán metido? Ya hace casi una hora que Giff se marchó, y Brian salió antes que él.

—Tal vez se han refugiado en alguna parte. —Kate estaba ovillada en un sillón y rezaba para no dejarse llevar por el pánico—. Quizá consideraron peligroso volver y prefirieron guarecerse en otra parte.

—Giff aseguró que regresarían. Me lo prometió.

—Entonces, volverá. —Kate cruzó las manos sobre el regazo—. Llegarán de un momento a otro, cansados, empapados y ateridos. ¿Por qué no preparamos café y lo vertemos en los termos antes de que se corte el fluido eléctrico?

—¿Cómo puedes pensar en hacer café cuando...? —Se interrumpió y cerró los ojos—. Está bien. Es mejor que quedarnos aquí sentadas. Todas las ventanas están cubiertas con tablones, de modo que ni siquiera veremos si se acercan.

—Les prepararemos comida caliente y ropa seca. —Kate cogió una linterna.

Cuando salieron, Jo se levantó. Su padre estaba de pie en el otro extremo de la habitación, de espaldas a ella, con la vista clavada en la ventana cubierta de madera.

—Papá, ha conseguido entrar en la casa.

—¿Qué?

—Que ha entrado en la casa. —Procuró mantener la calma cuando él se volvió—.

Prefiero no comentárselo a Lexy y Kate de momento. Ya están bastante asustadas. Deseaba embarcar en el último transbordador, pero como Brian aún no ha regresado...

A Sam comenzó a arderle el estómago.

—¿Estás segura de que ha estado aquí?

—Sí. Me dejó... En los últimos dos días estuvo en el cuarto oscuro, ignoro cuándo exactamente.

—Nathan Delaney ha estado en esta casa.

—No es Nathan.

Sam la miró con severidad.

—No estaría tan seguro. Ve a la cocina con Kate y Lexy mientras yo recorro las habitaciones.

—Te acompañaré.

—Haz lo que te he dicho. Es preciso que las tres estéis juntas.

—Es a mí a quien busca. Si permanecen a mi lado, correrán un peligro aún mayor.

—Nadie hará daño a ningún miembro de mi familia. —La tomó del brazo dispuesto a arrastrarla hasta la cocina si era necesario.

En ese momento se abrió la puerta principal y penetraron en el interior un viento furioso y cortinas de lluvia.

—¡Arriba, Giff, llévalo al primer piso! —Mientras jadeaba, Kirby oprimía el pecho de Brian, en tanto que Giff se tambaleaba bajo el peso del herido—. Necesito los medicamentos y el instrumental. Están en el todoterreno —explicó cuando Sam y Jo se acercaron—. Necesito sábanas, toallas, luz ¡Ahora mismo! Ha perdido demasiada sangre.

Kate apareció en el vestíbulo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

—Le han disparado. —Kirby no apartaba la vista de la cara de Brian—. Pedid un helicóptero por radio.

Debemos llevarlo a un hospital. Avisad también a la policía. ¡Daos prisa! Ya he perdido demasiado tiempo.

Sin molestarse en ponerse un impermeable, Sam salió corriendo a la tormenta, cegado por la rabia y sordo por el rugido que resonaba en su cerebro y el aullido del viento. Arrastró la primera caja y enseguida vio que Jo se apresuraba a coger la otra.

Se encaminaron juntos hacia la casa luchando contra las ráfagas y el aguacero.

—Lo han trasladado a la suite del jardín, la habitación más cercana. —Lexy apoyó la espalda contra la puerta y consiguió cerrarla—. Kirby se niega a decir si la herida es grave. No explica nada. Kate está hablando por radio.

Mientras subía por la escalera, Jo aferró la caja con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Kirby había quitado a Brian la camisa ensangrentada y la había arrojado al suelo. No oía el golpeteo de la lluvia ni el aullido del viento. En esos momentos sólo pensaba en salvar a Brian.

—Necesito más almohadas para mantenerle el cuerpo y las piernas más elevadas que la cabeza. Está en coma. Necesita más mantas. La bala lo atravesó. He localizado el orificio de salida. —Colocó gasas en la parte posterior del hombro derecho del herido—. Ignoro los daños que ha ocasionado el proyectil en el interior. En todo caso, me preocupa que haya perdido tanta sangre. Tiene la presión arterial muy baja, y el pulso irregular. ¿Cuál es su grupo sanguíneo?

—A negativo —informó Sam—, como yo.

—Entonces le realizaremos una transfusión. Necesito que alguien extraiga la sangre a Sam; yo daré las indicaciones oportunas.

—Yo me encargaré de eso —se ofreció Kate—. No pueden enviar un helicóptero.



Nada puede salir o entrar en la isla hasta que *Carla* se haya alejado.

¡Oh, Dios! Ella no era cirujana. Por primera vez en su vida, Kirby se maldijo por no haber seguido el consejo de su padre. La herida de entrada de la bala era pequeña, fácil de tratar, pero el orificio de salida tenía casi el tamaño de un puño. Presa del pánico y la impotencia cerró los ojos.

—Bueno, está bien. Debemos estabilizarlo. Giff, aprieta las gasas de la herida con firmeza y no las retires si la sangre las traspasa; simplemente añade más. Sostén el tensiómetro con la otra mano. Kate, trae mi maletín y saca un tubo de goma. Tendrás que hacer un torniquete. —Su voz había adquirido un tono de enorme frialdad. Preparó una jeringa. Debía salvar a Brian. Contempló su cara pálida como el papel—. Te mantendré a mi lado, ¿me oyes?

En el momento en que le clavaba la aguja, se hizo la oscuridad.

Nathan luchó por emerger de una neblina roja y volvió a sumirse en ella. Debía levantarse, aunque cada vez que lo intentaba el dolor era espantoso. Estaba aterido y tenía la sensación de que yacía en el fondo de un pozo de agua helada. Trató de incorporarse; sintió que la neblina se cerraba alrededor de él y se espesaba, pero por fin consiguió salir de ella.

Se hallaba inmerso en una pesadilla oscura y violenta. El viento aullaba mientras el agua lo cubría y le entraba en la boca cada vez que trataba de respirar. La cabeza la daba vueltas. Logró tenderse de bruces y apoyarse sobre las manos y las rodillas. Trató de ponerse en pie y perdió el sentido. Cuando su rostro tocó tierra, el agua fría le devolvió la consciencia.

Kyle. Había sido Kyle. Había regresado de entre los muertos. Tenía el pelo largo y rubio, no castaño como antes, y un intenso bronceado sustituía a su habitual palidez. En sus ojos se reflejaba la locura.

—No pienso perderlo —declaró Kirby con tono frío mientras trabajaba a la luz de una linterna. Se esforzaba por mantener la calma y alejar la desesperación—. ¡Quédate conmigo, Brian!

—Necesitarán más luz.— Giff acarició la cabeza de Lexy—. Si aquí no hago falta, bajaré para encender el generador.

—Quien ha hecho esto... —musitó Lexy al tiempo que le aferraba la mano— puede estar en cualquier parte.

—Quédate aquí —dijo Giff—. Es posible que Kirby necesite ayuda. —Se acercó a la cama, se inclinó para mirar el rostro de Brian y susurró a Sam—: ¿Tienes un arma en la casa?

Sam tenía la vista clavada en el tubo que transfería su sangre al cuerpo de su hijo.

—En mi habitación, en el estante superior del armario. Hay una caja de metal. Saca el revólver y las balas. —Dirigió la mirada hacia Giff un instante—. Confío en que la usarás si es preciso.

Giff asintió y se volvió para dedicar una sonrisa a Lexy.

—Enseguida vuelvo.

—¿Hay otra linterna, más velas? —Kirby levantó los párpados de Brian y observó que tenía las pupilas dilatadas—. Si no cierro el orificio de salida, perderá más sangre de la que pueda transfundirle.

Kate se acercó con una linterna y enfocó la herida.

—No permitas que se nos vaya —pidió mientras contenía las lágrimas.

—No te preocupes, Kate; le salvaremos.

—No le perderemos, Kate —intervino Sam al tiempo que la cogía de la mano.

—Tal vez Giff no sepa poner en marcha el generador —dijo Jo—. Bajaré para buscar

más linternas.

—Te acompañaré.

—No, quédate aquí. Tal vez Kirby te necesite. Papá no puede ayudar y dudo que Kate consiga aguantar más tiempo. Vuelvo enseguida. —Le apretó el hombro en un gesto afectuoso.

Cogió una linterna y salió con sigilo. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para contener su preocupación por Brian, por Nathan, por todos.

¿Y si también habían disparado a Nathan y en esos momentos se desangraba tendido en el barro? No podía hacer nada por ayudarlo. Pero ¿cómo podía permanecer de brazos cruzados?

Sin duda se ha refugiado en alguna parte, trató de convencerse mientras bajaba a toda prisa por la escalera. Cuando la tormenta amaine vendrá y trasladaremos a Brian a un hospital.

Se sobresaltó al oír el estrépito de vidrios rotos. Al cabo de unos segundos observó que una rama de árbol había quebrado el tablón que cubría la ventana, y la lluvia entraba por la abertura a raudales.

Sostuvo la linterna en alto. Tendría que encontrar a Giff para que reparara el daño.

Cuando dio media vuelta, él estaba allí.

—Qué bien —dijo Kyle mientras se acercaba—. Estaba a punto de subir a buscarte. No grites. —Blandió el arma—. Mataré a quien baje para averiguar qué sucede. —Esbozó una sonrisa—. ¿Cómo se encuentra tu hermano?

—Se aferra a la vida. —Bajó la linterna para que las sombras fueran más profundas. El agua que se colaba por la madera rajada le salpicaba la cara—. Hacía mucho que no te veíamos, Kyle.

—No tanto. Además, desde hace meses me mantengo en estrecho contacto contigo. ¿Te gusta mi obra?

—Es... buena.

—¿Zorra! —masculló con rabia antes de encogerse de hombros—. Debes ser sincera conmigo. Supongo que valoras la creatividad de la última fotografía, mezcía de lo antiguo y lo actual. Es uno de mis mejores trabajos.

—No negaré que se trata de un buen montaje. ¿Dónde está Nathan, Kyle?

—Sospecho que donde lo dejé. —Con la rapidez de una serpiente la agarró del pelo—. Por una vez en la vida no me importará conformarme con las sobras de mi hermano mayor. En mi opinión, se mostró excesivamente... tierno. Yo soy mucho mejor que él, en todos los sentidos. Siempre lo he sido.

—¿Dónde está?

—¿Quieres verlo? Te llevaré con él. Ven, vamos a dar un paseo.

—¿Con este temporal? —Jo fingió resistirse mientras él la empujaba hacia la puerta. Debía conseguir que se alejara de Sanctuary—. Debes de estar loco para querer salir con este huracán.

—Soy muy fuerte, querida Jo, poderoso. —La besó en la sien—. No te preocupes, no permitiré que te suceda nada hasta que todo sea perfecto. Lo tengo todo planeado. Abre la puerta.

Las luces se encendieron de pronto. Jo aprovechó para descargar la linterna sobre él e intentó golpearlo en la entrepierna, pero sólo consiguió propinarle un rodillazo en el muslo. Aun así Kyle lanzó un gruñido de sorpresa y dolor y aflojó la mano con que le agarraba el pelo. Jo se alejó y abrió la puerta principal para salir al fragor de la tormenta.

—Si me quieres, hijo de puta, tendrás que venir a buscarme.

Jo avanzó en medio del vendaval con la intención de alejar al desaprensivo de Sanctuary.

La oscuridad y la lluvia se los tragaron.

Apenas un minuto después Giff subió del sótano. Advirtió la violencia del viento en el interior y de inmediato se dirigió al vestíbulo. La puerta principal estaba abierta de par en par, de modo que la lluvia se colaba a raudales. Sacó el arma que se había introducido en el cinturón de los téjanos, retiró el seguro y avanzó. El dedo que descansaba sobre el gatillo tembló, y estuvo a punto de disparar en el momento en que Nathan apareció en el umbral.

—¡Jo Ellen! ¿Dónde estás?

—¿Qué te ha sucedido? —Decidido a no correr ningún riesgo, Giff se aproximó sin dejar de apuntarle.

—He venido para... mi hermano... —Cayó de rodillas y se pasó la mano por la herida de la frente. Estaba aturdido—. Fue mi hermano.

—Dijiste que estaba muerto.

—No; no ha muerto. —Nathan meneó la cabeza y clavó la vista en el arma—. ¿Dónde estajo?

—Está a salvo. Alguien disparó a Brian.

—¡Oh, Dios mío! ¿Está muerto?

—Kirby lo está atendiendo. Cierra la puerta, Nathan, y manten las manos donde yo pueda verlas.

—¡Maldita sea! —Al oír un grito, las palpitaciones de las sienes y el dolor desaparecieron—. ¡Está fuera!

—Si te mueves, te dispararé.

—La matará si no se lo impedimos. No permitiré que vuelva a suceder. ¡Por el amor de Dios, Giff, ayúdame a localizarla antes de que ese loco la encuentre!

Debía decidir entre el instinto y la precaución. Rezó para hacer lo correcto y le tendió el arma.

—La encontraremos,. Es tu hermano. Haz lo que consideres oportuno.

Jo contuvo un grito cuando una gruesa rama se desplomó a sus pies. La oscuridad era total, y el viento ululaba de forma atronadora. Las hojas de los árboles le golpeaban la cara como balas mientras avanzaba trastabillando.

Se dejó caer de rodillas y rodeó con los brazos un tronco. Estaba convencida de que el huracán la destrozaría. Había conseguido huir de él, pero ahora estaba perdida. El bosque temblaba con violencia mientras gotas de lluvia caían como cuchillos.

Debía regresar a casa antes de que él abandonara la búsqueda. Si volvía antes que ella, mataría a todos; sin duda ya había asesinado a Nathan. Comenzó a arrastrarse entre sollozos. Las manos se le hundían en el barro mientras avanzaba trabajosamente.

En Sanctuary, Kirby retiró el tubo que trasfundía sangre al cuerpo de Brian. No podía arriesgarse a extraer más a Sam hasta que hubiera descansado.

—A Sam le conviene beber líquidos. Lo mejor son los zumos, pues la fruta tiene proteínas —dijo con tono cansino mientras se estiraba antes de inclinarse para tomar el pulso de Brian. Le miró la cara y percibió un leve aleteo en sus pestañas—. Comienza a recuperar la consciencia. Abre los ojos, Brian. Vuelve, Brian.

—¿Está bien? ¿Se salvará? —preguntó Lexy al tiempo que se acercaba.

—El pulso es más regular. Pásame el tensiómetro. Brian, abre los ojos. ¡Así me gusta! —Observó con alivio cómo levantaba los párpados y trataba de enfocar la vista—. Estáte tranquilo. No debes moverte. ¿Me ves?

—Sí. —El dolor en el pecho era insoportable. Le pareció oír que alguien sollozaba.

—Muy bien —Reprimió el temblor de la mano para iluminarle los ojos con una linterna—. Procura estarte quieto. Debo examinarte.

—¿Qué sucedió?

—Te hirieron. —Incapaz de contener los sollozos, Kate le tomó la mano y apoyó la mejilla contra la de Brian—. Kirby te salvará.

—Todo es confuso —balbuceó mientras movía la cabeza sin cesar. Vio la cara pálida y extenuada de su padre—. Me duele mucho —dijo y observó con sorpresa que Sam se cubría la cara con las manos y rompía a llorar—. ¿Qué diablos ocurre? —Kirby lo obligó a permanecer tendido.

—Te he dicho que te estés quieto. No permitiré que estropees todo mi trabajo. Dentro de un minuto te daré algo que te calmará el dolor. La presión arterial ha ¡subido.

—¿Puedo beber un poco de agua? Tengo la sensación de haber estado... —Se interrumpió al recordar lo sucedido; la figura en el camino, el destello del arma y la explosión en su pecho—. Me disparó. Me pegó un tiro.

—Kirby y Giff te encontraron —explicó Lexy mientras le cogía la otra mano— y te trajeron a casa. Kirby te ha salvado la vida.

—Fue Kyle. Kyle Delaney. —Las punzadas le impedían respirar—. Lo reconocí... sus ojos. Lo había visto antes, pero entonces llevaba gafas de sol. Fue... el día que me corté la mano. Kyle estaba en el consultorio contigo, Kirby.

—¿El artista? —preguntó ella mientras se inclinaba para ponerle una inyección.

—Era Kyle Delaney. Ha estado aquí, en la isla todo el tiempo.

—¡Quédate quieto! Sostenlo, Lexy. ¡Maldita sea! Empezarás a sangrar otra vez. Ayúdame, Kate, porque se lastimará antes de que el sedante surta efecto.

Kate cogió de los hombros a Brian para inmovilizarlo y miró alrededor.

—¿Dónde está Jo? ¿Dónde está Jo Ellen? —preguntó con terror.

Perdida, perdida en la oscuridad medio muerta de frío. Se preguntó si el viento había amainado o si ya se había acostumbrado a sus embates. Imaginó que se ponía en pie y corría. Quería reunir las fuerzas necesarias para conseguirlo, pero estaba demasiado débil y cansado, de modo que avanzaba arrastrándose por el barro.

Había perdido el sentido de la orientación y temió dirigirse por error hacia el río y morir ahogada en sus aguas. Con todo, se negaba a detenerse; debía llegar a su casa.

Y le consolaba pensar que su perseguidor también se había extraviado. Otro árbol se desplomó a sus espaldas con tal fuerza que el suelo se estremeció. Creyó oír una voz que pronunciaba su nombre, pero el viento se la llevó. Tal vez era él, pensó mientras le castañeteaban los dientes. Ese loco llamaría con la esperanza de que delatara su paradero y después la mataría como a los demás; como su padre había asesinado a Annabelle.

Y estaba tan extenuada que no habría opuesto resistencia, pero su deseo de que él muriera le infundía fuerzas.

Por mamá, pensó; y también por Ginny y Susan Peters. Apretó los dientes. Y por Nathan.

Vislumbró la luz, en estrecho haz, y se ovilló detrás de un árbol. El resplandor se mantenía inmóvil, no temblaba como hubiera hecho si procediera de una linterna en manos de un hombre.

Es Sanctuary, comprendió al tiempo que se tapaba la boca con una mano manchada de barro para contener un sollozo. El haz se colaba por la ventana rota de la sala de estar. Reunió todas sus fuerzas y se puso en pie. Permaneció apoyada contra el árbol hasta que desapareció el mareo antes de echar a andar guiada por la luz.

Cuando llegó a la linde del bosque comenzó a correr.

—Sabía que volverías. —Kyle se interpuso en su campo y le colocó el cañón del arma contra la garganta—. Te he estudiado durante tanto tiempo que te adivino el pensamiento.

Jo dio rienda suelta a las lágrimas.

—¿Por qué actúas así? ¿No te parece bastante lo que hizo tu padre?

—Sabes bien que nunca me valoró. No valía tanto como él, y por supuesto me consideraba inferior al maravilloso Nathan. Sin embargo, yo sólo necesitaba un golpe de inspiración para superarme. —Sonrió mientras la lluvia le caía por la cara y el viento le agitaba el cabello—. Tenemos que limpiarte un poco. No supone ningún problema. Iremos al campamento, a las duchas de los hombres, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Me encantan las bromas pesadas. Solía gastárselas a Nathan, pero ni siquiera se enteraba. ¡Oh! ¿El gatito se ha escapado? No; no se ha escapado, sino que ha decidido darse un baño en el río, metido en una bolsa de plástico. Nathan ¿cómo se te ocurrió colocar el libro sobre los agujeros del frasco de las luciérnagas? —Kyle lanzó una carcajada y negó con la cabeza—. Le volvía loco con mis travesuras... —Movié el arma—. El todoterreno está al final del sendero. Tendremos que andar hasta allí.

—Le odias.

—¡Por supuesto! —Le tiró de la mano para obligarla a caminar—. Era el preferido de papá. Sin embargo mi padre no era el hombre que nosotros creíamos. Descubrirlo me abrió los ojos... el secreto de David Delaney. Si él fue capaz, yo también, porque soy mejor que él. Tú serás mi obra maestra, Jo Ellen, como Annabelle fue la suya. Y en este caso también culparán a Nathan, lo que me satisface muchísimo. Si logra sobrevivir, lo encerrarán.

Jo tropezó y recuperó el equilibrio.

—¿Está vivo?

—Es posible. Cuando lo interroguen, acusará a su hermano muerto, y tarde o temprano registrarán su cabaña. Me tomé la molestia de dejar allí algunas fotografías; lo malo es que no podré incluir ninguna tuya.

Tal vez esté con vida pensó Jo, y yo debo luchar para conservar la mía. Se volvió y se echó hacia atrás el pelo empapado. En ese instante comprendió que no se equivocaba, lo peor de la tormenta ya había pasado. Lucharía contra *Carla* y contra Kyle.

—El problema, Kyle, estriba en que tu padre era un fotógrafo excelente, aunque quizá su estilo era un tanto conservador. En cambio tú eres un fotógrafo de tercera. No dominas la composición ni los juegos de luces y sombras.

Cuando él hizo ademán de abofetearla, Jo ya estaba preparada. Se agachó y le clavó la cabeza en el cuerpo. Kyle perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Ella le aferró la muñeca y trató de arrebatarle el arma, pero él le rodeó las piernas con el otro brazo y la derribó.

—¡Hija de puta! No pienso oír tus insultos. ¿Crees que permitiré que estropees mi obra después de todo el trabajo que me he tomado?

Tendió la mano para agarrarla del pelo pero sólo apresó agua de lluvia. Ella se retorció para apoderarse del arma mientras las caracolas se le clavaban en las palmas.

Observó que el hombre empuñaba la pistola.

—Kyle.

Al oír su nombre, se volvió hacia la derecha.

—¡Nathan! —Su sonrisa se agrandó mientras comenzaba a manar sangre de la herida que Jo le había provocado en el brazo—. Qué interesante. Sé que no lo usarás —añadió al tiempo que señalaba con la cabeza el revólver con que Nathan le apuntaba—. No tienes coraje para matar.

—Baja el arma, Kyle. Todo ha terminado.

—Te equivocas. Nuestro padre lo empezó, y yo lo terminaré. —Se puso en pie con lentitud—. Lo terminaré, Nathan, y de una forma que él nunca hubiera imaginado. Mi momento decisivo, mi triunfo. Él se limitó a plantar las semillas; yo cosecho lo que él sembró. —Avanzó un paso sin dejar de sonreír—. Lo cosecho, Nathan. Piensa en cómo se enorgullecería al ver lo que he logrado imitando sus métodos, aunque perfeccionándolos.

—Sí. —A pesar del frío, Nathan comenzó a sudar—. Lo has superado, Kyle.

—Ya era hora de que lo admitieras. —Kyle inclinó la cabeza—. Esto es lo que yo llamaría un final al estilo mejicano. ¿Quién disparará primero ? —Lanzó una risita aguda que penetró en el cerebro de Nathan—. Como eres un cobarde, conozco bien la respuesta. ¿Qué te parece si modifico el juego, si cambio las reglas, como solía hacer de pequeño, y la mato antes a ella?

Cuando volvió el arma hacia Jo, Nathan apretó el gatillo. Kyle saltó hacia atrás, con la boca abierta, mientras se apretaba el pecho con una mano que retiró cubierta de sangre.

—¡Me has matado! ¡Me has matado por una mujer!

Nathan bajó el revólver al ver que Kyle se derrumbaba.

—Ya estabas muerto —murmuró. Se acercó a Jo y la ayudó a ponerse en pie. Acto seguido la rodeó con los brazos—. Ya estaba muerto.

—Estamos a salvo. —Apretó la cara contra el hombro de Nathan y lo estrechó—. Por fin estamos a salvo.

Giff se acercó por el camino embarrado. Su semblante se endureció al ver la figura caída en el suelo y miró a Nathan.

—Llévala a casa.

Jo y Nathan se encaminaron hacia Sanctuary mientras el huracán perdía intensidad.

# EPÍLOGO

—La policía y el equipo médico ya vienen hacia aquí en helicóptero. Trasladarán a tierra firme a los heridos.

—No quiero que me internen en el hospital —declaró Brian.

Kirby se acercó a la cama y le cogió la muñeca para tomarle el pulso una vez más.

—No estás en condiciones de discutir con tu médico.

—¿Qué me harán allí que no me hayas hecho tú ya?

Kirby revisó las vendas y se alegró al observar que ya no sangraba.

—Te atenderán un par de enfermeras atractivas, te administrarán calmantes y en pocos días te darán el alta.

Brian reflexionó.

—¿Me aseguras que las enfermeras serán atractivas?

—No me cabe duda... —Se le quebró la voz, y Brian advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No era más que una broma! —Le cogió la mano—. Ni siquiera las miraré.

—Lo siento. Creí que lograría controlarme. —Se arrodilló y apoyó la cabeza contra la cama—. ¡He pasado tanto miedo! No sospechas siquiera cuánto sangrabas. Apenas te notaba el pulso.

—Me has salvado la vida —dijo él acariciándole la mano—, te has quedado a mi lado. Has pasado la noche en vela.

—Más tarde descansaré. —Le besó la mano una y otra vez—. Dormiré varios días seguidos.

—Podrías recurrir a tus influencias para compartir mi habitación en el hospital.

—Tal vez.

—Después volveríamos a la isla y compartirías mi dormitorio durante la convalecencia.

—¿Por qué no?

—Luego, cuando me haya recuperado, podrías compartir el resto de mi vida.

Ella se enjugó las lágrimas.

—Si ésa es una proposición de matrimonio, deberías estar de rodillas.

—Tú eres una mujer poco convencional.

—Tienes razón. —Reposó la mejilla sobre la mano de Brian—. Puesto que me considero en parte responsable de que sigas con vida, me parece lógico que la comparta contigo.

—Los jardines han quedado destrozados —observó Jo mientras contemplaba las flores cubiertas de barro—. Tardaremos semanas en limpiarlos, salvar lo que se pueda y empezar de nuevo.

—¿Es lo que quieres hacer? —preguntó Nathan—. ¿Salvar lo que se pueda y empezar de nuevo?

Jo lo miró. El vendaje que Kirby le había aplicado en la frente contrastaba con su piel morena. Tenía profundas ojeras, todavía estaba extenuado.

Jo se rodeó con los brazos y comenzó a girar con lentitud. El sol era radiante; el aire, fresco. El huracán había causado graves daños; había derribado árboles, destrozado la

fuelle del jardín, arrancado el techo del cobertizo. En el suelo del patio se amontonaban ramas, hojas y vidrios.

Entretanto, Giff y Lexy se afanaban por retirar los tablonos de madera para que la luz entrara por las ventanas. Jo distinguió a su padre y Kate junto a un tronco caído y observó con sorpresa y alegría que Sam le pasaba un brazo por los hombros.

—Sí, es lo que quiero. Me gustaría permanecer algún tiempo aquí para ayudarlos a reparar los destrozos. No quedará todo como antes... aunque quizá logremos mejorarlo.

Se protegió los ojos del sol con una mano y miró a Nathan.

—Brian dijo que quería verte.

—Sí, estuve con él antes de salir. Queremos que todo siga como antes. Tal vez nuestra relación no sea como hace unos días... aunque quizá logremos mejorarla —añadió con una sonrisa.

—También has hablado con mi padre.

—Sí. Se siente feliz porque sus hijos están a salvo. —Hundió las manos en los bolsillos—. Opina que tengo mucho coraje por haber matado a mi hermano.

—No sólo por eso, sino también por salvarme la vida.

—El coraje no tiene nada que ver. —Se alejó de ella por el sendero embarrado—. No sentí nada al apretar el gatillo. Para mí Kyle ya no existía. Representó un alivio terminar con todo esto.

—¡No niegues que fue un acto de valentía! Estabas herido, tanto física como psíquicamente. Luchaste por mí a pesar del dolor y en medio de la tempestad. Te enfrentaste a lo que nadie debería enfrentarse jamás e hiciste lo que nadie tendría que verse obligado a hacer. Cuando llegue la policía, les diré que eres un héroe. —Le puso una mano en el brazo—. Te debo no sólo mi vida, sino también la de mi familia además del recuerdo de mi madre.

—Sin embargo, él era mi padre, y Kyle mi hermano. Es una realidad que no puedo modificar.

—No, es cierto, pero ya no existen. —Levantó la vista al oír el estruendo de los helicópteros. Deseaba aclarar la situación antes de afrontar el horror, el interrogatorio de la policía, la investigación—. Dijiste que estabas enamorado de mí.

—Sí, te amo más que a nada en el mundo.

—¿No constituye el amor el cimiento ideal? Un hombre con tanto talento como tú debería saber qué hay que reconstruir, qué es preciso reforzar, para que algo se mantenga en pie. ¿Quieres salvar lo que se pueda, Nathan, y empezar de nuevo?

—Sí, quiero.

Ella lo miró y le tendió una mano.

—Entonces ¿por qué no empezamos una vida juntos ?